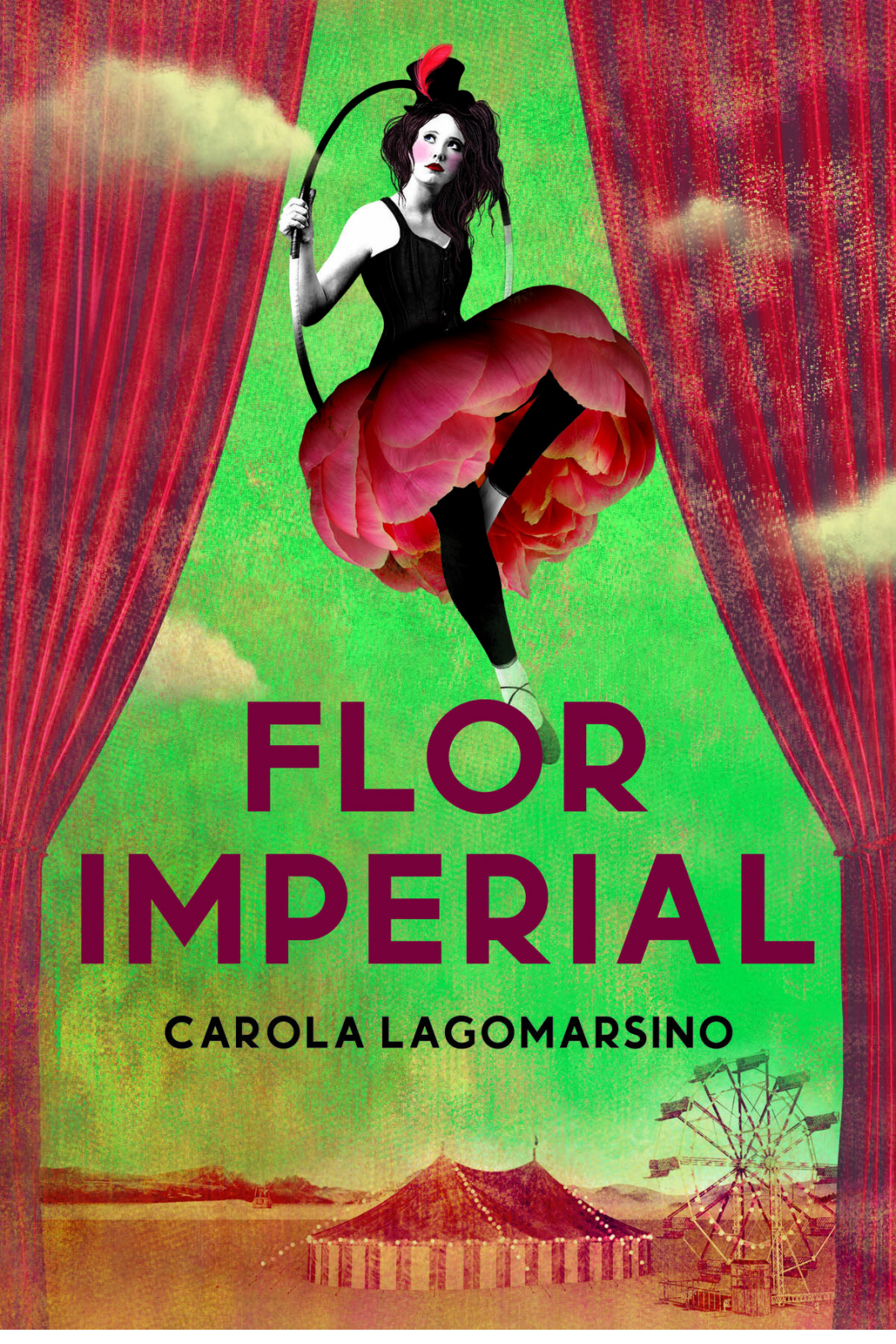

FLOR
IMPERIAL
CAROLA LAGOMARSINO

FLOR IMPERIAL

CAROLA LAGOMARSINO

A Juan.

Cuando era rico, me creía pobre y cuando estaba pobre, me sentía rico; por el momento, me siento rico. Fui niño "bien", vagabundo, niño "bien" y vagabundo. Cuando era niño "bien", me sentía sucio y cuando era vagabundo, me sentía limpio; ahora me siento limpio.

Soy haragán y activo con alteración de alta frecuencia. Cuando haraganeo, teorizo y cuando trabajo, echo al suelo mis teorías; de manera que cuando haraganeo, me siento genial y cuando trabajo, me siento bruto. Por ahora me siento genial.

He ido a la escuela hasta quinto grado, de modo que comprendí y me quedó en la memoria todo lo que aprendí después; así que ahora me desempeño bien en casi todos los terrenos, y es por eso que no soy primero en nada. Tengo una larga práctica en cambios de empleo, oficios y profesiones, en mudanzas y en pedir sopa de verduras en idiomas que no comprendo. Hay en el mundo solo dos puntos geográficos donde me gusta vivir: los montes de Misiones y los viejos barrios de París.

GERMÁN DRAS

Primera parte
Semillas y germinación

1

Manchester, Inglaterra, 1905

—¡Eso es lo que les pasa a los que van por mal camino! —sentenció una mujer con cara de harpía que no se perdía un detalle de la escena.

Sucedió un día lluvioso, ante un círculo de curiosos, un conjunto de personas tan grises como los techos de las casas cubiertas de hollín.

El niño no debía tener más de doce años, pero cuando el policía se llevó a su padre, mordió con tanta desesperación la mano que apresaba el brazo del condenado que el grito del uniformado se oyó hasta los límites del pueblo, allí donde terminaba el dominio de los humanos y empezaba el de las ovejas.

Las lágrimas brotaban abundantes de los ojos del pequeño; lo único que conservaría de ese día en su memoria sería la imagen empañada de un hombre que le sonreía. Recordaría para siempre sus últimas palabras: "*Never bow your head to injustice my boy!*".[1]

Cuando arrancó el Ford, el niño se lanzó corriendo detrás del vehículo de la penitenciaría, siguió hasta donde sus piernas podían sostenerlo, corrió a toda velocidad, saltó varios puestos de verduras, se trepó a los techos de las casas y siguió saludando con la mano aun cuando el vehículo no era más que un punto en el horizonte.

Se quedó solo un largo rato, adosado a una chimenea, contemplando, triste, las casas de ladrillos de la ciudad fabril, los meandros del río Irwell, el acueducto, la torre de la catedral y más

allá, las laderas todavía cubiertas de nieve. Llegó a su casa sin pisar la calle. El sol ya se ponía. Bajó deslizándose por un caño grueso y cuando su madre le abrió la puerta, lo vio tan desolado que no le dio el corazón para retarlo por el desgarro que tenía en el forro de su chaqueta.

Luego de enterarse de que su marido había sido condenado a la horca, la señora Hall pasó varios meses en cama, sumida en la más profunda desolación. El temor a caer en la indigencia fue lo que la empujó a tragar su orgullo y pedir ayuda a la familia antes que al Estado.

De los cinco hijos del matrimonio se hizo cargo una tía que, viendo la situación del hogar, tomó la iniciativa de escribir a un pariente en Argentina y puso a los dos mayores en el primer barco rumbo a América. Al final de ese mismo año, Martin Hall, arrastrado por Rose —su hermana mayor, de diecisiete años—, buscaba, en el trajín de la cubierta, la puerta de su camarote de tercera clase en el *Alcántara*, de la compañía de navegación Royal Mail Steam. El flamante transatlántico zarpó de Southampton hacia América del Sur. Era el barco a motor más grande en servicio, de un aspecto muy inusual: dos chimeneas mochas anchas y horizontales en su parte superior, dos mástiles y una popa de crucero.

Por todo equipaje, los Hall llevaban un pequeño bolso con dos mudas de ropa, una Biblia y un papel donde figuraba el nombre y la dirección de un desconocido residente en tierras tan lejanas que parecía tratarse de otro planeta.

Rose, una joven muy práctica, encontró rápidamente a una familia que la aceptó para que se encargara de la educación de sus hijos durante la travesía a cambio de unas monedas que le permitirían conseguir comida para ella y su hermanito; por lo menos, tendrían un plato caliente por día. Pero Martin, acechado por el hambre a pesar de los esfuerzos de su hermana, resolvió encontrar él también una manera de ganarse el pan. Lo único que tenía para ofrecer era su agilidad.

Era un niño delgado, bien proporcionado, con una cabeza que funcionaba tan rápido como su cuerpo. Sabía que, por su humilde extracción, no lo dejarían trabajar en primera clase; buscó entonces convertirse en el ayudante de algún marinero vago o añoso, gustoso de

conseguir a alguien que hiciera el trabajo en su lugar. Se presentó discretamente a todos los miembros de la tripulación que encontraba a su paso. Su personalidad serena y su gran destreza física llamaron la atención de un marinero que le ofreció secundarlo en varias tareas de a bordo: verificación diaria de los distintos aparejos del barco, material de carga y descarga, sogas, cabos, ganchos, bombas, manguera, tareas de limpieza general y, sobre todo, eliminación del óxido y agua salada en los vidrios y superficies de las cubiertas.

Una mañana, la joven señorita Hall se percató de las maniobras de su hermanito. Al caminar hacia el camarote donde la esperaban sus alumnos, Rose ahogó un grito al verlo suspendido a varios metros de la cubierta principal, con un balde atado a la cintura y un cepillo en la mano, silbando una melodía de su tierra natal. Pero al morder la manzana jugosa que le regaló unas horas después, no tuvo corazón para retarlo:

—¡Usted es incorregible! Tenga solamente cuidado de no matarse, no tengo ganas de llegar sola a tierra extraña.

Como toda respuesta, Martin le ofreció su mejor sonrisa. Era un niño de pelo castaño, mirada chispeante, travieso, pero sin maldad. La señora Hall rezó todas las noches pidiéndole a Dios que sus hijos llegaran sanos y salvos, sabía que nunca los volvería a ver. Guardó las primeras cartas de Rosy dobladas contra su pecho hasta que el papel, amarillento y delgado, se confundiera con su piel. Martin era su hijo preferido. No lo alejaba de ella porque fuera el más difícil de criar. Al contrario, sabía que tenía la destreza suficiente para forjarse un destino mejor. Se lo entregaba al mar, al cielo, al azar de la vida, sabiendo que la separación sería para ella una herida que nunca cicatrizaría.

Además de poder alimentarse bien, al estar ocupados con sus respectivas tareas, el viaje se hizo más entretenido para los hermanos Hall. Era solo a la caída del sol, antes de dormirse, que Martin sentía un pinchazo en el pecho. Nunca hubiese admitido que se trataba de miedo, de temor a lo desconocido. Entonces saltaba de su litera y salía a mirar el mar, pensando en su padre; le prometía que iba a convertirse en un hombre rico y libre en esas tierras, pero, sobre todas las cosas, un hombre que lucharía toda su vida contra las injusticias.

Esas ideas, tal vez pueriles, le daban fuerzas para enfrentar un destino lejos de todo lo que conocía.

Se volvió una rutina. Todas las mañanas, lo que motivaba a ese cuerpo de niño para abrir los ojos y levantarse era la promesa de ver el amanecer sobre el mar. El jefe de cocina le permitía sentarse media hora en un rincón de la cubierta de primera clase para comer el pan que sobraba de la noche con una fina capa de manteca y azúcar, y un poco de té. El pequeño Martin se quedaba en silencio, atento de no dejar caer ni una miga en el suelo, y contemplaba la inmensidad del océano. Era su momento, unos minutos de eternidad solo para él, y el pan duro que a veces le raspaba las encías era entonces el más sabroso del mundo, porque contenía en su corteza todo lo que significaban esas mañanas: la complicidad del jefe de cocina, el calor del sol sobre su rostro, los aromas del mar, las pepitas de luz que brillaban entre las olas y la ilusión de ser un niño de primera clase.

Fue una de esas mañanas, mientras sus ojos seguían el vuelo de una gaviota, que se percató de que su madre le había obsequiado el regalo más grande que se le puede hacer a un hijo: le había dado alas. Aprender a volar solo era cuestión de valentía.

1 “¡Nunca agaches la cabeza ante la injusticia, mi niño!”.

2

—¿Dónde? —repitió en una carcajada el viejo marinero que supervisaba el trabajo de Martin—, ¿dónde dijiste que vive ese supuesto tío tuyo?... ¿Patagonia? —La risa lo hacía escupir pequeñas gotas de saliva con aroma a licor—. ¿No tendrás acaso una dirección un poco más precisa?

Martin lo miró con el entrecejo fruncido, no entendía qué era tan gracioso.

—El que te dio esa dirección no tiene la más mínima intención de recibirte, lo siento, pequeño, pero la Patagonia es tan vasta como cinco veces tu país. Además, solo hay tierras azotadas por los vientos, pastizales e indios salvajes. ¡Créeme, estarías toda una vida buscando a esa persona y no la encontrarías jamás!

Se quedó congelado, los latidos de su corazón retumbaban en su cabeza como un gran tambor. Debía verse en este preciso momento como los conejos que acorralaba su madre para el guiso dominical, los ojos redondos como platos, el hocico trémulo, las orejas derechas y duras como espadas.

Cuando Martin le comentó a su hermana los dichos del marino, Rose se echó a llorar desconsoladamente, presa del pánico. A pesar de ser la mayor, su hermano entendió rápidamente que él tendría que ser el responsable de buscar un lugar seguro, Rose no estaba hecha para la aventura.

—Pregunta a esa familia si conocen un lugar…

—No, Martin —dijo entre dos sollozos—. ¿Cómo van a saber ellos si también es la primera vez que viajan a Buenos Aires? ¡Indios! ¡Por

Dios! ¡De saberlo nunca me hubiese subido a este maldito barco!

Martin le tiró suavemente de la punta de la trenza que caía sobre su hombro:

—No estás sola, Rosy, yo te cuidaré.

Pero al decir esas palabras, sintió un fuerte retortijón en la panza: no cabía duda de que debería crecer más rápido de lo que la naturaleza tenía previsto para él.

Empezó a prestar atención a toda conversación, toda información que escuchaba sobre su nuevo destino. Al parecer, en la gran ciudad, no vivían indios, había calles de tierra, algunas de adoquines, un río color té con leche, muchos italianos y españoles y construcciones de estilo francés. Una mezcla extraña —pensó esperanzado Martin—, si era tierra de inmigrantes era porque había trabajo para todos.

Durante las horas que pasaban juntos, los hermanos intercambiaban las palabras en castellano que aprendían. Las canjeaban como canicas y las clasificaban según su relevancia o procedencia. Las de Rose, siempre adecuadas y elegantes, eran las palabras-bolitas de alabastro, vidrio, cerámica e incluso cristal; las de Martin, encontradas en los bajos fondos del barco, eran las de arcilla, acero, piedra o madera. Rústicas, pero eternas como el lunfardo.

De tanto lavarla, la camisa de Rose había pasado del azul al celeste. Martin había pegado un estirón durante la larga travesía y el pantalón le llegaba arriba de los tobillos. Los días transcurrieron. Mientras Martin se desenvolvía cada vez con más soltura entre los marineros, Rose se recluía. Su hermano la encontraba al atardecer rezando, la tez pálida.

El buen tiempo acompañó al navío. Cuando por fin vieron tierra firme delante de sus ojos, la joven tomó de la mano a su hermano sin dejar de mirar el horizonte. Temblaba.

Al bajar de la planchada, sus nombres fueron registrados en un cuaderno. La primera impresión que tuvo el niño de la Argentina fue la de una tierra muy chata, porque emergían chimeneas de ladrillos como un bosque de árboles carbonizados en la neblina del amanecer.

Al principio, las cosas fueron más fáciles de lo que esperaban. El barco no escupió a los hermanos Hall en medio de un mundo hostil y desconocido, fueron llevados, como muchos otros pasajeros de

segunda clase, al Hotel de los Inmigrantes. Allí, en esa torre de Babel de cerámicos blancos, buscaron los sonidos del único idioma que conocían: el inglés. Encontraron un solo anglosajón; se trataba de un minero reclutado para trabajar en una hacienda, pero no tenía la mínima intención de compartir su información con extraños por miedo a perder el puesto. Finalmente, por medio de una costurera francesa que entendía algunas palabras del idioma de Shakespeare, obtuvieron una dirección para buscar ayuda.

Del convento de Nuestra Señora del Pilar, donde tocaron a principio del invierno la pesada puerta de madera, Rose no salió nunca más. Tomó los hábitos a los pocos meses de ingresar, dejando a Martin más desamparado que a su llegada.

—Tendrá comida siempre que venga a buscarla aquí, Martin, pero yo no puedo enfrentar esta ciudad, es demasiado para mí. Usted es valiente, a lo mejor, encontrará trabajo rápidamente.

Eso fue todo. Rose apenas podía hacerse cargo de ella misma, ¿cómo podría ocuparse de su hermano?

Cuando vio el velo blanco de novicia que cubría la cabellera cobriza de su hermana, se sintió muy solo. Se dieron un último abrazo. Lo que sentía Martin con respecto a la decisión de Rose fue cambiando a medida que transcurrían las horas; de la bronca pasó a la resignación, hasta llegó a pensar que, tal vez, era mejor que su hermana estuviera protegida detrás de esas espesas paredes y no en los suburbios, con su rostro pálido, temeroso. Era como una florecita blanca creciendo en un pantano, los sapos no tardarían en comérsela.

El convento de las capuchinas era conocido por recibir no solamente a jóvenes con genuina vocación religiosa, sino a todas las muchachas de alma pura que no tuviesen con qué vivir.

Martin giró sobre sus talones y se enfrentó a la calle con dos pedazos de pan sin levadura en el bolsillo y una canasta de facturas para vender en las escalinatas de la iglesia. Rose le prepararía todos los domingos la mercancía suficiente como para obtener unos pesos. Sin saber adónde ir, durmió en el porche del convento hasta que una de las monjas decidió llevarlo a la calle Montes de Oca. Solo existía un lugar en toda Santa María de Buenos Aires donde aceptarían albergar a un menor de edad con la ropa hecha harapos y que apenas sabía

unas palabras de español: la Casa de Expósitos.[2] Durante varios días, antes de cruzar toda la ciudad para llegar al lugar donde, según la superior del convento, atenderían sus necesidades alejándolo de los senderos de la perdición, Martin intentó encontrar de nuevo trabajo a bordo de un transatlántico, pero el buque en el que llegaron ya había zarpado y ningún otro marinero le dio una oportunidad. Del puerto se fue en dirección al sur, hacia la larga calle Montes de Oca, situada entre el río y unos temibles barrancones asolados por las bravías crecientes del Plata. Caminó dubitativo, volvió mil veces sobre sus pasos. Si decidió seguir los consejos de su hermana, era por una sola razón: tenía hambre.

Pegó la nariz sobre la vidriera de una pastelería, se le hizo agua la boca al ver los merengues y las rosquillas en las estanterías, las vitroleras llenas hasta el tope de grageas con sus tapas decoradas con encaje blanco, los budines cortados en finas rodajas y las magdalenas espolvoreadas de azúcar. Un hombre con grandes bigotes, desde el interior, le ordenó retirarse, amenazándolo con la palma de la mano.

Martin siguió su camino, un poco al azar. Rose tenía razón, esa ciudad inmensa daba un poco de miedo. Extrañó a su padre. Si caminara a su lado, dándole la mano para cruzar las grandes avenidas, corriendo con él, jugando a espantar a las palomas, todo sería muy distinto. Le revolvería el pelo con los dedos, anudaría su bufanda para que no se resfriara y, sobre todo, llenaría su alma de ese optimismo casi iluso que desbordaba de su persona, contándole cómo, algún día, se volverían ricos, tan ricos que lo invitaría a comer hasta el hartazgo todas las delicias de la confitería.

Cuando apareció el imponente edificio del orfanato en medio de un cielo plomizo, Martin rodeó sus costillas con los brazos y aspiró con fuerza una gota de moco. El lugar no se veía tan siniestro como se lo había imaginado, cruzó la calle apurando el paso, obligándose a avanzar. Como tantas veces en el puerto, le repitió a la monja que le abrió la puerta sus conocimientos en limpieza de todo tipo:

—Hasta puedo subirme a los *roofs,* no sufro de vérti…

No pudo terminar la frase, cayó en un agujero negro. Cuando se despertó del desmayo, estaba acostado en una cama en medio de una inmensa sala con otras camas idénticas, prolijamente tendidas, pero

vacías. Y de no ser por el aroma a comida que llegaba hasta sus narinas, hubiese saltado por la ventana, lejos de allí.

Pero se quedó. Dejó de tener frío. Desde su llegada, el tufo húmedo del Río de la Plata se le había metido en los huesos. De no ser un inglés criado en climas rudos, probablemente hubiese muerto de neumonía. Lo trataron con firmeza, pero sin maldad. Dormía en una cama con barrotes de hierro, la número siete contando desde la puerta, en la sala de los más grandes.

Todos los días tenía que asistir a clases. Aprendió español, idioma que en su imaginación emparentaba al enorme crucifijo que colgaba sobre el pizarrón: el idioma y la cruz, los conquistadores de América. Dibujó una caricatura de Cristóbal Colón, lo pusieron en penitencia. Se quedó dormido durante la misa, lo pusieron en penitencia y también cuando, una tarde soleada, se subió al techo para ver si, desde allí, veía el Río de la Plata. Sin embargo, las atenciones que le propiciaron le devolvieron cierta dignidad, aunque lo sumergían en el océano del anonimato gris de los huérfanos: hijos de inmigrantes, de prostitutas, de moribundas sin leche, hijos con enfermedades invalidantes, otros frutos de amores ilícitos o de madres judicialmente recluidas.

El joven Hall recibió un guardapolvo gris de tela miseria y zapatos con cordones. Lo bañaron, peinaron, le revisaron los dientes, le cortaron el pelo y las uñas. Asistió a las clases interesado en aprender cuantas cosas podían servirle afuera de esas altas paredes. Pero eran paredes y Martin no las soportaba; su naturaleza era la de un individuo libre, animado por una necesidad irrefrenable de acción. Y como si la hubiese llamado, la acción no tardó en encontrarlo a él.

2 Actual Casa Cuna.

3

El grito estridente de una niña lo despertó. Se había quedado dormido en un banco del pasillo mientras esperaba la revisación médica. Parpadeó unos instantes hasta lograr entender lo que sucedía a unos metros de él. Un chico, ya adolescente, forcejeaba con una pequeña para arrebatarle un trapo de algodón que, al parecer, era para ella un objeto preciado. Martin empezó a sentir ese odio instintivo y heredado que brotaba como lava volcánica cada vez que alguien sufría un abuso de poder. Sin medir las consecuencias, se levantó cargado de furia y le dio un empujón al grandulón. La niña dejó de llorar en el acto y cuando Martin le devolvió su trapo, lo agarró con prisa y se puso un pulgar en la boca. Hall estaba por hablarle cuando sintió que un puño caía sobre su mejilla con tanto peso que pensó haberse chocado la cara contra la pared. Alertado por una advertencia de la niña, se agachó a tiempo antes de recibir un segundo golpe. Su cerebro pensaba con rapidez; por primera vez, se percató de que su contrincante era más alto y pesado que él. Debía ser uno de los huérfanos más antiguos del lugar. Sus pequeños ojos miraban a Martin de un modo extraño, era la mirada de alguien que no tiene nada que perder. Aprovechando que estaba agachado, encerró con sus brazos las rodillas del adolescente sin soltarlo hasta que sintió que perdía el equilibrio y caía con las dos manos hacia delante, en un intento desesperado de evitar que su frente chocara contra el piso. Cayó como un bulto y, al impactar, su muñeca derecha se torció con un pequeño ruido de ramas quebradas. Un grito de ogro se hizo escuchar hasta en el consultorio del galeno que abrió la puerta con las cejas fruncidas.

—¿De nuevo, Ivo? ¿Qué has hecho esta vez?

—Nada —gimió el grandote agarrándose la muñeca— ¡yo no fui! Fue él.

El médico dirigió su mirada hacia Martin con un aire de fastidio:

—¿Y vos, quién sos?

—¡El ganador de la pelea! —exclamó Martin inflando el pecho—. Me llamo Martin, doctor, Martin Hall.

El galeno lo miro atónito, estaba claramente molesto. Iba a decir algo cuando una vocecita se hizo escuchar desde detrás del banco de madera:

—Ivo me quería robar mi trapito y el chico nuevo me ayudó.

El semblante del médico se relajó, les hizo gestos a ambos muchachos para que lo siguieran a su despacho y, antes de cerrar la puerta detrás de ellos, se aseguró de que la niña estuviera bien como para volver al patio de juegos.

Ivo empezó a temblar. El dolor se hacía más fuerte a cada minuto y apretaba los dientes para no llorar. Su amor propio sufría aún más que su muñeca: nadie hasta ese día se había atrevido a desafiarlo y menos aún a derrotarlo.

—Me las vas a pagar —masculló cuando el galeno buscaba vendajes en un armario al otro extremo de la pieza.

Martin alzó los hombros:

—Te la buscaste… —y no tuvo tiempo de agregar nada más.

Entre el sermón del médico a ambos luchadores, la colocación de la férula a Ivo y la revisación médica de rutina, era ya mediodía cuando salieron del consultorio.

Rápidamente, se corrió la voz de que un nuevo chico había lastimado al gran Ivo. En su fuero interno, Martin agradeció esa oportunidad, porque, sin que nadie supiese todavía quién era ni de dónde venía, lo precedía una fama de luchador y todos lo miraron desde el primer día con admiración. En contrapartida, supo a partir de ese momento que en cuanto soldasen los huesos de Ivo, sería mejor para él no estar más en los alrededores. Como castigo, las hermanas lo obligaron a barrer durante dos días las hojas de los árboles que en ese abril ventoso no paraban de caer. No se rebeló, aceptó la tarea con resignación, aguantó las llagas en las palmas de sus manos y buscaba

las partes soleadas del patio para sentir el calor del sol. La belleza de los colores otoñales lo animaron y cuando la niña del trapito le ofreció su sonrisa del otro lado del ventanal del segundo piso, se sintió un gladiador en las arenas de Roma. Su imaginación transformó la escoba en lanza y las hojas en leones hambrientos. Tenía tan solo doce años, pero la sonrisa de una mujer ya lo hacía sentir el más dichoso de los hombres.

4

Un domingo, como todos los domingos, salió del orfanato, con el visto bueno de las autoridades para seguir ayudando a su hermana con la venta de las facturas.

Se apostó a la salida de la iglesia con su canasto de mimbre y, lejos de poner cara de desahuciado, se alisó el pelo con la mano e iluminó su rostro con una sonrisa amplia y jovial. Nada tenía para él más valor que las felicitaciones de Rose cuando le devolvía el canasto vacío y le daba lo recaudado a través de la reja del convento. Ella siempre le obsequiaba unas monedas y una factura a cambio.

Martin aprovechaba las horas libres para pasear, miraba a los transeúntes y se maravillaba con las vidrieras, los grandes bulevares y soplando aire caliente sobre las puntas de los dedos, leía con atención los carteles en algunos negocios para ver si podía conseguir trabajo. Pero todos siempre le decían lo mismo: buscaban alguien *con experiencia*, pero ¿cómo se suponía que podría tener experiencia si nadie le daba la oportunidad de intentarlo?

Experiencia no tenía ninguna para enfrentar lo que se le venía encima. Sucedió un domingo al comienzo del invierno, una mañana de niebla. Caminaba, como siempre, de regreso al orfanato sin muchas ganas de andar por allí, desalentado por el frío.

Girando distraído en una esquina del barrio de San Telmo, un hombre se le acercó corriendo y le tiró en el canasto una pila de diarios gritando que los escondiera. Martin apenas terminaba de echarles encima el mantel que cubría en general los panecillos y las medialunas, cuando tres agentes de policía aparecieron a la vuelta de

la esquina. Le gritaron:

—¿Por dónde fue? ¿Lo viste a esa basura de anarquista?

Sin saber bien por qué, Martin señaló la dirección contraria a la que vio alejarse al fugitivo. Tal vez porque su corazón instintivamente tendía a socorrer a los perseguidos, tal vez porque ese joven le hizo acordar a su padre corriendo, escapándose una vez más de la cárcel para estar, aunque fuera unas horas, abrazado a su mujer y a sus hijos. El hecho es que ese dedo apuntando a la dirección opuesta cambiaría su vida, ese índice señalando la calle equivocada llamaría la atención del hombre que, escondido en el zaguán de una antigua casa, esperó a que la policía estuviera fuera de la vista para recuperar sus periódicos.

—Gracias, pibe —dijo jadeando—, vení que te invito a tomar algo caliente. Quiero hablar con vos.

Y Martin accedió. Los ojos del desconocido eran francos como los de un perro, sin malicia ni sombras. Se llamaba Doménico, nunca lo olvidaría, tenía rasgos parecidos a los de su padre, era morocho, de hombros anchos y delgado, la mirada chispeante y una pequeña cicatriz a un lado del mentón.

—¿Por qué me ayudaste, pibe?

—Mi padre, él enseñar a mí, yo hacer eso para él también cuando él escapar la *gorra*.

El hombre sintió por ese huérfano una gran ternura, algo en él era diferente de los otros chicos de su edad, una suerte de voracidad por comerse la vida, luchar por un destino más digno:

—No te asustes, no es un interrogatorio. Yo sé por qué me ayudaste, ¡porque corre por tus venas el deseo de crecer en un mundo más justo!

—Se equivoca, señor, yo no estar asustado.

—No, por supuesto que no. Se ve a leguas que tenés agallas.

—¿Que tengo qué cosa?

—¿Vos no sos porteño, de dónde sos? ¿De dónde es ese acento? ¿Sos inglés?

—Sí, señor, nacido en…

El desconocido puso su dedo índice delante de su boca para que callara:

—No des tanta información, solo lo justo y necesario. Si aceptás mi propuesta, ya tendremos tiempo de conversar, pero no te entregues al

primer tipo que cruzás, hay que ser más cauteloso.

—Entendido, señor.

Doménico tomó un sorbo de su café sin dejar de mirar al mocoso.

—¿Te gustaría ser parte de una gran familia?

—Sí, solo que no gusta bebés que lloran todo el tiempo, mucho ruido.

El anarquista estalló en una carcajada y sacudió sus anchos hombros:

—No te preocupes, somos una familia de tipos grandes y mi esposa, Gianna, ¡sabe hacer las mejores pastas de toda la ciudad!

Martin se esforzaba por hablar bien el castellano. Para asegurarse de que lo entendieran, se había acostumbrado a acompañar cada una de sus frases con gestos de las manos que hacían sonreír al italiano. Se frotó la panza imaginándose frente a un enorme plato de fideos con salsa de tomate.

—¿Te enseñaron algo las monjas?

—Sí, yo grande, así que enseñaron imprenta, impresiones de misales y esas cosas.

Puso las manos delante y giró una rueda imaginaria imitando el rodillo de tinta de la imprenta.

Una chispa iluminó la mirada del italiano, no paraba de frotarse el mentón balanceando la cabeza.

Cuando llegó la leche chocolatada humeante, puso su dedo sobre la taza para sentir el calor de la cerámica contra la piel. Miró al camarero con su blusa blanca y su chaleco negro, esos bigotes finamente cortados, las uñas limpias. Olió el perfume cítrico del agua de Colonia de un señor sentado cerca de ellos, oyó el ruido de los platos, sintió el humo de un cigarrillo, la espuma sobre la cerveza que se deslizaba suave del chop hacia la bandeja de metal. Algo pasó en la cabeza de Martin: en ese mismo instante, supo que la vida valdría la pena si llegaba a ser un hombre que pudiese disfrutar de todo eso, del calorcito que otorgaba el bienestar.

Una pregunta de Doménico lo sacó de su ensoñación:

—Tengo un laburo para vos, en otro tipo de imprenta. ¿Te interesa?

—Depende.

—¿De qué depende, pebete?

—De cuánto me va a pagar.

Doménico lo miro entre sorprendido y divertido:

—¡Vaya! Sos más inteligente de lo que pensaba. Pero es al revés la cosa. La paga depende de la calidad de tu trabajo. ¿Me seguís? Al principio no será mucho, ¡pero si te desenvolvés bien…! Además, si te gusta el laburo, tendrás un lugar donde dormir solo para vos y comida hecha por mi mujer que cocina como nadie. Che, mírame a los ojos, no te estoy macaneando, es la verdad.

Martin sonrió, el labio superior pintado de leche:

—¿Cuándo yo comenzar laburo tuyo?

5

Así fue como el pequeño Martin entró a formar parte de un grupo de hombres dispuestos a todo para reivindicar sus derechos: los anarquistas, principales perturbadores del orden social, antifascistas, antiburgueses, ideólogos de un mundo imposible, defensores de las clases oprimidas.

Payadores criollos cantaban acompañados de su guitarra: “Con mi canto pregono el sol de la libertad, abajo los usureros, mueran todos los rendijas que ya se aproxima el día de la paz universal… Somos los que defendemos un ideal de justicia que no encierra en si codicia ni ambición, ideal cantado por los reclusos abucheados… somos los que despreciamos las religiones farsantes… Somos esos anarquistas que nos llaman asesinos, porque al obrero inducimos a buscar la libertad, golpeamos a los tiranos y siempre nos rebelamos contra toda autoridad…”.

En medio de las asambleas, irrumpían muchachas y muchachos cantando la “Verbena anarquista”. Pronto, esa melodía ondulante entró en el corazón del joven Hall como un padrenuestro. Las plegarias de los parias correrían por su sangre con más fervor luego de la Semana Trágica y después del primer golpe de palo recibido en la espalda por la policía montada.

Apretó los dientes y se sacó su camisa con orgullo cuando la esposa de Doménico le calmó el ador del hematoma con un poco de hielo, lo retó suavemente, pidiéndole con un cariño maternal que se cuidara, que mirara bien adónde pisar mientras escapaba, un tropiezo en una circunstancia de revuelta era la muerte asegurada. Bien lo sabía ella,

su hermano había muerto con la cabeza fracturada debajo de la herradura de un caballo.

Durante esos años, Doménico fue su mentor. Le hizo al pequeño un lugar en un rincón de la imprenta donde, en aquel entonces, se editaba el principal diario anarquista de la época: *La Antorcha.*

Martin Hall era querido, lo llamaban el *inglé*, con respeto y cariño, porque en ese lejano país anglosajón se encontraba la cuna del anarquismo.

El anarquismo era un movimiento internacional: "Somos los hijos de la Comuna de París, de Proudhon, de Bakunin, somos las venas latiendo de la revolución", decía el tano enardecido en los discursos que daba en las asambleas clandestinas. Martin no tenía idea de quiénes eran esos hombres, entonces, cuando la imprenta cerraba sus puertas, cuando el ruido de las máquinas cesaba, se sentaba en el colchón que le servía de cama y se esforzaba por leer todo lo que encontraba en las polvorientas estanterías. Cada vez con más fluidez, leía periódicos, libros, manuales, panfletos. A veces se quedaba leyendo hasta las primeras luces de la aurora.

Tenía cada vez más en claro que el movimiento no quería el poder, sino una transformación social, un cambio radical en la forma de vida en común. Un mosaico de pensamientos, algunos francamente opuestos, sin un jefe definido. Al alba, el hambre lo despabilaba. Entonces, dormitando, se lavaba la cara, se peinaba la raya al medio de la cabeza, inspeccionaba un bigote que sombreaba debajo de su nariz y se dirigía a la casa de su protector, a unas cuadras de allí, para desayunar y enterarse de lo que le mandaría hacer ese día.

Retrospectivamente, cuando Martin de vez en cuando volvía a recordar esos años, le parecía extraño que él hubiese abrazado una causa con tanto fervor. Quizá, la influencia de Doménico en su joven cerebro era lo bastante fuerte como para que pensara, como decía su maestro, "en la revolución caminando por la calle, comiendo o hasta durmiendo". Como un credo, se repetía en todas las reuniones que el sistema social era injusto; los poderosos, ladrones, y los patrones, explotadores. Todo lo que estaba al servicio de la clase burguesa era el enemigo: políticos, policías y banqueros. Abrazó la causa y consiguió satisfacer una necesidad más profunda aun, inconsciente, como el

anhelo de una figura paterna, una figura masculina sobre la cual moldear su propia virilidad.

El extremo de una remolacha se escapaba del canasto de una ama de casa y parecía la cola de una rata enorme. Hombres trajeados se dirigían con prisa a sus oficinas, los porteros daban brillo a los bronces de las puertas saludando a los comerciantes ambulantes con gritos y silbidos. Martin seguía con admiración todas las actividades que, desde temprano, animaban el barrio detrás del Congreso nacional, donde vivía la familia de Doménico, por un tiempo, hasta que tuviese que mudarse nuevamente, escapando siempre. El olor a coliflor hervido y a estiércol se unían al vapor que salía de las tintorerías. Las puertas con motivos *art déco* agregaban cierta elegancia a un barrio populoso y, en general, de paredes sombrías y calles angostas.

Eran sabrosas las pastas caseras de la señora de su mentor, lástima sus hijos, que se disputaban siempre las mejores raciones, en una anarquía doméstica que su madre apenas lograba controlar sin el apoyo de su esposo. Doménico llevaba su ideología tan lejos, que, según él, cualquier desorden era símbolo de libertad.

Una mañana, Martin salía de la imprenta con los brazos cargados de panfletos, cuando vio una sombra cerca de la entrada. Se agachó, tomó una piedra y en ese instante escuchó una voz desconocida:

—Dejá esa piedra, no te voy a hacer nada.

—¿Qué quiere?

—Darte un buen consejo.

El hombre no se movió, tenía las manos hundidas en los bolsillos de su saco y un hombro apoyado contra la pared. Su voz profunda resonaba segura y serena contra la piedra.

—No necesito su consejo.

—Te lo voy a dar igual, pero antes, te voy a hacer una pregunta: ¿vos pensás realmente que esa gente, esos anarquistas, van a cambiar el mundo?

Martin no contestó, apretó la piedra entre sus dedos, aunque midiendo la estatura del hombre, rápidamente se dio cuenta de que no estaba preparado para empezar una pelea.

—¿Quién es usted?

—No importa eso, pibe, un amigo que te quiere dar un consejo: no

andés con malas compañías, buscate una vida respetable, aprendé un oficio, porque si te encuentro otra vez en cosas raras, te vamos a expulsar del país.[3] Ahora dame esos papeles que tenés en la mano y andate. Si te vuelvo a ver haciendo de canillita para esos malandras, estás frito.

Martin sabía perfectamente lo que significaba entregar a ese hombre los panfletos. Sintió que se le congelaban las vértebras. El desconocido le impedía escapar bloqueando la entrada de la imprenta con su cuerpo. Con mano temblorosa, Hall le dio las hojas y cuando el hombre giró en la esquina, se puso a temblar. Estaba convencido de haber hecho un daño irreparable a sus compañeros. En su cabeza, los veía esposados contra el muro de una prisión. Tomó una bocanada de aire y, a pesar de la opresión que sentía en el pecho, salió corriendo hacia la casa de Doménico.

Al ver el rostro bondadoso de Gianna, no pudo contener las lágrimas. Ella apoyó despacio la escoba que tenía en la mano contra el marco de la puerta y secó con su pulgar una lágrima que rodaba por la mejilla. Lo invitó a entrar sin decir una palabra, pero el arco que formaban sus hombros lo decía todo. Llevaba años soportando el peso del martirio, como alguien que siempre nada a contracorriente.

Juntando coraje, se sentó a la mesa de la cocina frente a un plato de polenta que apenas pudo tragar y le contó a Doménico y Gianna lo sucedido.

Martin, lejos de sentirse aliviado, cayó en la cuenta de que no hacía más que agregar más penas a una mujer que ya había soportado mucho en la vida, como esposa del vengador de las masas. Solo la escuchó decir entre dos suspiros:

—Qué pena, nos vamos a tener que mudar otra vez. Me gustaba el barrio.

Doménico solo dejó caer su mano sobre el hombro de Martin, resignado:

—Son cosas que pueden pasar, muchacho, no te tortures. Por un tiempo, no salgas a la calle, te encontraremos otra tarea.

Al día siguiente, ayudó a Gianna a subir sus pocas pertenencias a una chata. Doménico fue detenido por treinta días, volvió con dos costillas rotas y un párpado hinchado, pero ya había conseguido un

local en desuso en el barrio de Almagro donde instalar su imprenta, el catre para Martin y justo arriba, un pequeño departamento para su familia. Dos cosas inflaban su pecho de orgullo cuando, finalmente, transcurrido un tiempo prudencial, pudo volver a volantear por allí: la sombra de un bigote debajo de su nariz y la bufanda que Gianna le había tejido.

Rose tomó los votos, se cortó el cabello, recibió su velo negro y se convirtió en la hermana Rosa. Martin seguía visitándola de tanto en tanto, sus vidas eran tan distintas que, salvo la lectura de las cartas provenientes de ultramar, algunas que otras risas y lágrimas, no tenían mucho para compartir.

Con Martin cada vez más integrado a la familia, un día antes de Navidad, Doménico dejó de escribir un artículo para admirar la destreza con la que el pequeño inglés enrollaba sobre la mesa la masa de los tallarines que luego preparaba su esposa. Tuvo una idea, fugaz, pero que volvería a concretarse meses más tarde: “Esas manos son ideales para fabricar explosivos”.

3 Esto alude a la Ley de Residencia que redactó Miguel Cané durante la presidencia de Julio A. Roca. La ley autorizaba la expulsión de inmigrantes que manifestaran ideas “disidentes”.

6

Cada vez eran más los trabajadores que acudían a las reuniones clandestinas. Hall escuchó sus reivindicaciones, conoció la lucha del proletariado, una masa de sombras que allí formaban un solo cuerpo. Eran hombres rústicos, hermanos unidos por el color del hollín, la grasa de los motores, la harina de los hornos, los golpes de los martillos. La huelga había sido la primera arma contra los abusos laborales, pero frente a las represalias cada vez más violentas de la policía, los anarquistas también habían adoptado métodos cada vez más fuertes para llamar la atención, cuidando siempre de no herir a inocentes.

Doménico organizaba en su imprenta veladas y los payadores criollos y verbenas catalanas cantaban las miserias de los sectores populares. La guitarra ponía a la peonada melancólica, adormecía por un momento los dolores y las añoranzas.

El joven cuidó del lugar como si fuera su propia casa, distribuyó los diarios en las principales fábricas de la Capital y pronto lo vieron tan hábil a la hora de escapar de la policía que le otorgaron tareas cada vez más complejas. Doménico le enseñó a leer y escribir en español correctamente, también a usar la imprenta, cargar un rifle, tirar y a fabricar pequeñas bombas caseras poniendo en una caja botellas de líquido corrosivos, clavos y bulones.

Como un gorrión en primavera, Martin iba y venía entre las calles de la gran ciudad. A sus quince años, se sentía con tal dominio de su cuerpo y de su espíritu que algunas muchachas giraban discretamente la cabeza para admirar su porte. Al igual que un velero con viento en

popa, la alegría de vivir lo empujaba al caminar con una energía tan vital que parecía flotar por encima de los adoquines.

Su pasión por la vida misma lo hacía arriesgarse sin pensar, a veces, en las consecuencias de sus actos, con tal de devolverle a Doménico todo el cariño y el aprendizaje recibido, era capaz de burlar la ley. Aprendió a hacerse invisible y a reconocer a los policías vestidos de civil.

El primero de mayo de 1909, Martin ocupaba, como tantos otros, la plaza del Congreso de la Nación, enfrentando a los "cosacos". Así llamaban a los soldados del coronel Ramón Falcón. La represión fue cruel: murieron ocho obreros y hubo cientos de heridos. Simón Radowitzky, el anarquista adolescente, fue apresado y enviado a la Siberia argentina: la penitenciaría de Ushuaia. Tal vez Martin no recordaba que los disturbios, cuyo paroxismo fue el asesinato de Falcón, fueron llamados la Semana Roja, pero nunca olvidaría los disparos, los aullidos, los cascos de los caballos de la montada tan cerca de su cabeza.

Los libertarios componían himnos para sus mártires, para ayudarlos a enfrentar sus más profundos miedos. Caían cantando, caían con el puño alzado y la esperanza fiel, tan pertinaz como el hambre que sentían en el estómago.

Las guajiras rojas eran entonadas por un coro entusiasta de mujeres. Por primera vez desde su partida de Inglaterra, Martin sentía que pertenecía a una familia. Familia reunida alrededor de un mismo ideal, de un fogón de justicia, de amor por la libertad. Sabiendo el peligro a la vuelta de cada esquina, vivían cada instante con una inusual intensidad. No había lugar para tibios, para bribones. En las barricadas, todos eran un mismo cuerpo bajo el clamor de la marsellesa anarquista. Los caídos se volvían héroes, leyendas de nuevas canciones y poemas.

Con los ojos redondos como bolas, Martin asistía a los discursos de una mujer espeluznante, la dueña del diario *La Protesta*, la llamada Venus Roja, Salvadora Medina Onrubia, enardecida por el odio, parada arriba de los ataúdes de caídos en combate. Fueron años agitados, no había tiempo para jugar, no se jugaba, se luchaba.

Así llegó Hall a ver crecer, debajo de su nariz, la sombra de un

bigote, con la extraña sensación de no haber sido un niño.

***

Para festejar su cumpleaños número diecisiete, Doménico lo llevó al Armenonville,[4] un cabaret en boga donde decía que, si bien apestaba a burgués pervertido, las bailarinas eran las más lindas y tocaban tango los mejores músicos del momento. Conocía demasiado bien a su mentor como para saber que no estaban allí solo por divertimento. Su mirada, como puntas de dardos, se detenía en los comensales más distinguidos sentados cerca del rosedal, debajo de una glorieta rebosante de glicinas en flor. A ellos nadie los miró con sospecha, la gente estaba demasiado entretenida con la orquesta, pero Hall se sintió incómodo e intrigado a la vez. Ese lugar era una muestra de la sociedad porteña del momento y la nueva burguesía dominante. Esa, que usaba mucha colonia, había llegado al puerto librada a sus propias fuerzas, a sus recursos, y logró afirmarse, a pesar de todo, en sus aspiraciones de progreso y ascenso social. Muchos de sus miembros proporcionaban al país la industria que necesitaba para poder consumir lo que hasta entonces solo provenía del exterior. Luego, en menor número, estaba la casta de criollos, tallados en su cultura esencialmente ibérica, como decía su mentor, donde predominaba el ideal caballeresco, el absolutismo religioso, los mandatos feudales heredados de los hidalgos medievales. Ellos eran los terratenientes, los dueños de fincas y estancias, los inalcanzables. Era la tradición ligada a la tierra contra lo moderno, la vida cambiante de una ciudad en expansión gracias a la inmensa mano de obra de inmigrantes analfabetos y el capital de procedencia británico.

A los costados, algunos comerciantes enriquecidos se reían fuerte, sin muchos modales y, seguramente en la cocina, callados y sumisos, unos pueblerinos de la baja Italia estarían fregando las docenas de platos que les llegaban desde las mesas a cargo de los camareros españoles.

Doménico, que los odiaba a todos, recorrió el jardín silbando un aria de *La traviata* de Verdi, las manos en los bolsillos en una franca actitud provocativa. Terminó por elegir una mesa lejos del escenario, pero

tenía la ventaja de ofrecer una vista panorámica del conjunto. Se sentó, escupió en el pasto, prendió un cigarrillo y le dijo al cumpleañero, sin dejar de mirar un punto invisible delante de él:

—¿Ves este tipo de barba a la derecha de la señora con sombrero celeste?

Martin se volteó despacio. No tardó en encontrarlos e hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Mañana, este hijo de puta va a recibir un paquete nuestro por despedir a cincuenta compañeros de su usina. Los echó de patitas a la calle, así nomás, algunos con años de antigüedad, otros con familia que alimentar. No le importó nada a ese malnacido. El paquete lo va a fabricar Gino, Rivarol lo pondrá en su sitio, pero vos tendrás que vigilar los alrededores desde los techos de enfrente y avisarle si ves algo raro. ¡Será tu primera vez en las trincheras, pichón! —luego se colocó un cigarrillo en el borde de los labios, encendió una cerilla en la suela de su zapato y contempló el atardecer.

El muchacho sintió un nudo en su garganta. De golpe, fue como si las flores, la música, los vestidos coloridos y las risas fueran el escenario de una obra bien distinta de la que venía a ver. Sintió fuego en el estómago al tomar su primer sorbo de alcohol, tomó otro, esperando que Doménico prosiguiera:

—Es un artefacto nuevo, lo hizo un camarada recién llegado de Italia. Irás con Gino bien temprano en la madrugada, antes de la llegada de los empleados de las oficinas, justo cuando el vigilante de la noche cede su lugar al portero. Todo como siempre, no queremos víctimas, solo asustar. El tipo vive donde antes era la quinta de los Unzué, calle Guido. Mañana le pediré su carro al afilador de cuchillos, haremos el recorrido en su lugar. Vos mirá los techos, elegí un buen lugar, si vez a “la gorra”, chiflá.

Martin se enderezó en su silla al recibir una palmadita de Doménico. Se sentía halagado por la confianza depositada en él. Si hacía las cosas bien, los miembros del grupo dejarían de verlo como un niño y, por fin, lo tratarían de igual a igual.

Serían solo daños materiales: ladrillos rotos, volarían unas ventanas, tal vez una puerta, mucho humo en medio de escombros, gritos de las mujeres del vecindario y nada más. Al día siguiente, en todos los

diarios de la Capital, se hablaría de la bomba de los anarquistas y luego ellos, en su diario, en *La Antorcha*, justificarían la acción, explicarían los motivos de sus actos sin esperar que la sociedad los entendiera.

Las plumas de un sombrero taparon el rostro del empresario. Martin no miraba a las bailarinas, dejaba planear la mirada sobre el público. No sabía todavía exactamente lo que sentía con respecto a esa gente, nunca se hubiese atrevido a comentárselo a Doménico, pero no era odio, era una suerte de envidia. La vida con dinero parecía tan fácil. Curiosamente, al mismo tiempo que aceptaba colaborar para atacar los bienes de un potentado, en su fuero interno, juró que algún día él también sería dueño de algo, fuera cual fuese la manera de lograrlo.

Escucharon en silencio a la pequeña orquestra que tocaba un aire del repertorio clásico. Era una música alegre y suave, pero Martin, por más que lo intentase, no lograba distenderse. Era su mentor. Podía sentir desde su silla las ondas de odio que emanaban de cada una de sus células. Lo observaba de reojo masticar, la mandíbula dura, una sonrisa falsa en los labios:

—Todos ellos… saben que el hombre libre es un peligro para cualquier forma de estado —dijo apretando los dientes—. ¡Bueno, pero hoy brindemos por tu cumpleaños!

Doménico era así, inquieto y a veces atolondrado, pasaba de un tema a otro, un día despertaba rico y al otro día ya no tenía un solo centavo, se entusiasmaba con la causa de los trabajadores, pero a la mínima baja se encerraba en sí mismo y pasaba días en su cuarto, escribiendo, sin comer ni recibir visitas.

Martin se marchó de la velada pensativo, turbado: ¿nacemos realmente todos iguales? ¿De qué lado quería estar él realmente? Él no odiaba a esa gente, tal vez quería ser como ellos. Volvió a escuchar en su cabeza las palabras del policía de civil que le había confiscado los panfletos: “¿Vos pensás realmente que esa gente, esos anarquistas, van a cambiar el mundo? Buscate un oficio… una vida respetable”.

Durante un breve instante, sintió el deseo de ser parte de esa clase rica, imbuida de confort, alejada de las incertidumbres cotidianas. Sus cavilaciones le quitaron el sueño. El ideal anarquista, por primera vez, terminaba donde empezaban sus ambiciones. Y sus ambiciones lo

llevaban lejos del universo fabril y proletario. Se avergonzó de pronto de una idea que escondió inmediatamente en el fondo de su corazón: no le disgustaba la vida que llevaban los burgueses, era mullida y suave como un almohadón de plumas, los ricos solo estiraban la mano para alcanzar lo que necesitaban y nunca sentían el apremio del hambre o la garra del frío en sus huesos.

Esa noche, apenas si pudo conciliar el sueño. Estaba inquieto. Repasaba una y otra vez el plan: subir al techo del edificio frente a la casa del juez, estar alerta, atento y si se acercaba alguien, avisar al gordo Rivarol que se abortaba la operación. Practicó varias veces el silbido, raspó la suela de los zapatos para tener más agarre y eligió ropa de color oscuro a pesar del calor. Se acercó a la pequeña ventana y miró a la calle; si llegara a llover, se complicaría todo, los techos se volverían resbaladizos como aceite en la sartén. Pero no, el cielo estaba cristalino, el aire pesado, todo parecía estar en suspenso, a la espera, como él, del acontecimiento.

Martin percibió ese presentimiento extraño, pero no le dio importancia. No podía mostrarse débil, sus compañeros le habían confiado una misión importante.

A las ocho de la mañana ya estaba en su puesto, los ojos apuntando hacia la esquina de la calle Guido. El viento le traía oleadas del perfume dulzón que esparcían las magníficas magnolias del parque de la quinta de los Unzué, situada a pocos metros de su puesto. Enfrente, como estaba previsto, la casa del empresario no mostraba señales de estar ocupada. Doménico le había asegurado que los dueños se encontraban en su propiedad de veraneo. “Somos revolucionarios, no somos asesinos”, le había aclarado con un tono solemne en la voz.

La calle también estaba desierta, recién dentro de una hora, los primeros feligreses se desperezarían para asistir a la misa dominical.

Martin caminó por la orilla del tejado, comprobando el efecto que producía en él estar cerca del vacío. Sintió fascinación. Hubiese querido ser un ave, las alturas le provocaban cierta embriaguez y, lejos de asustarlo, lo hacían sentirse un hombre único, poderoso, que podía abarcar con la mirada kilómetros de techados grises y hasta adivinar, en algunos jardines, el movimiento de alguna sirvienta o el andar de un perro del tamaño de una hormiga. Quedó impactado por la

suntuosidad de las edificaciones del barrio, casi todas de estilo eduardiano, la imponente arboleda, un conjunto de palmeras, plátanos, magnolias, gomeros que ofrecían su espesa sombra a la barranca. Se mantuvo en cuclillas, observando, en primer plano, el palacio de la familia Unzué, los campos, en segundo plano, las vías del tren, la Avenida Alvear[5] y más allá, el Río de la Plata.

A los lejos se oía llegar el tren. Prestando aún más atención, se escuchaban los acordes de un vals en un piano, un éxito del momento que toda la juventud canturreaba por las calles.

Cuando vio llegar a Rivarol con su chambergo negro y el maletín en la mano, volvió a su puesto en dos saltos. El camarada parecía un autómata a quien habían dado demasiada cuerda, caminaba muy erguido y apurado. Martin sonrió: "Yo también caminaría a ese ritmo si tuviera una bomba en la mano", pensó.

Rivarol ni siquiera levantó la cabeza para ver si Martin estaba allí. Al llegar a la altura de la puerta de entrada, miró a su alrededor y dejó el maletín. A Martin se le heló la sangre de golpe. Una mujer con una niña que llevaba de la mano giró por la misma esquina, parecían dirigirse hacia ese edificio. Hall tuvo un momento de hesitación, su compañero estaba fuera de su vista, sería inútil hacer la señal. Calculó rápido el tiempo que tardaría en llegar hasta la bomba. Era en vano, la mujer ya estaba casi delante de la puerta. Se dejó caer hasta el límite del techado y empezó a gritar, sacudiendo su boina, haciéndole señas a la señora para que se alejara del lugar. La niña por fin lo vio, devolvió el saludo con la mano que tenía libre, sonreía…

Todo voló por los aires. La polvareda que se levantó no dejó ver nada más. El estruendo fue breve, pero su intensidad hizo volar los cristales de las edificaciones linderas. Martin tuvo que remontar el techo a gachas, las piernas le temblaban. Luego de la explosión, se escuchó ladrar a los perros, gritos de gente, todo un tumulto que le hizo entender que algo espantoso acababa de suceder.

Cuando sus pies tocaron el adoquinado, se echó a correr; decidió que correría sin parar hacia cualquier lado, hasta que no pudiera más. Las lágrimas salían eyectadas y corrían por sus mejillas, hasta un hilo de saliva salía de su boca. Le faltaba el aire para gritar, si no hubiese gritado, porque el dolor que sentía en ese momento en su alma era

demasiado grande, lo ahogaba.

No se detuvo, ni siquiera cuando el agente de tránsito lo intimó a hacerlo con su silbato. Con una desesperación cercana a la locura, corrió sin saber muy bien adónde ir. Esforzaba su cuerpo a huir lo más rápido posible, esforzaba su mente para aceptar lo inaceptable: que una niña y una mujer habían muerto por su culpa.

Cuando el dolor en el pecho le impidió seguir, se dejó caer en el interior de un tranvía abandonado. Era la terminal y detrás de las formaciones detenidas, siempre había alguna de las que ya no estaban en servicio para aprovechar algunos repuestos.

Con el puño golpeó el viejo asiento, pensó en Doménico y lo maldijo. ¿Qué cara pondría al enterarse de su infortunio? Seguro que pensaría solo en los suyos, desalmado, diciendo que esas cosas podían suceder, que lo importante era la causa revolucionaria, la lucha anarquista. Lo oía decir, con falsa aflicción, “pero cómo iba a saber yo que la empleada…”.

Miró su reflejo en el vidrio, su cara bañada de transpiración y lágrimas. “Yo no soy así”, murmuró. “No puedo volver con ellos, no soy un asesino”.

4 El Armenonville, que abrió a principios del siglo XX sobre la Avda. del Libertador (donde hoy se encuentra el edificio del Automóvil Club Argentino) fue uno de los cabarets más lujosos de Buenos Aires.

5 Hoy Avenida del Libertador.

7

Sus pasos lo llevaron hacia los barrios marginales, lejos del brillo de las cúpulas, aparecían, lúgubres, las fachadas de los conventillos. Martin no agachó la frente ante la borrasca, salió todos los días de su refugio, el estómago vacío, en busca de faena, hasta que una tarde, encontró trabajo en un bodegón de mala muerte. Aceptó las tareas más ingratas sin quejarse: lavaba la vajilla, recargaba las lámparas, barría el salón, plegaba las sillas, ordenaba el material. Siempre se tenía que levantar primero y acostar último. Y cada vez que sentía que se le quebraba la voluntad, recordaba la sonrisa de la niña segundos antes de la explosión.

Lo que la prensa interpretó como un atentado acentuó todavía más las divisiones en el anarquismo argentino. Incluso *La Protesta* empezó a cuestionar los métodos de los anarquistas más virulentos. Las bombas no resolvían nada, al contrario, empeoraban la situación y generaban el rechazo de la opinión pública. Sin embargo, nadie quiso jamás atentar contra la vida de las personas y, menos todavía, de civiles inocentes. Rivarol fue detenido, torturado y fusilado. Era desconcertante que hombres bien pensantes, abogando por la grandeza humana y las libertades individuales, usasen esa metodología. ¿Acaso no eran los métodos que empleaban sus peores enemigos, los fascistas?

Vergüenza era lo que sentía el joven Hall cada vez que pasaba delante de un vendedor de diarios y leía los títulos. Para ahorrarse ese suplicio, se ocultaba. Encontró un escondite donde se había instalado un circo. Contaba con la ayuda del tiempo, la gente pronto olvidaría a esas pobres víctimas. Él, nunca.

En ese lugar no aprendió mucho, salvo que la ginebra no llevaba a buen camino y que no valía la pena vivir para gastarse en bebidas lo que se ganaba con riñas de gallos.

Luego de un mes, cansado de escuchar los gritos y peleas de los borrachos, se marchó nuevamente.

Sus pasos apurados por huir lejos lo llevaron del lado de Béccar, entre viejas quintas de verduras, arroyos y llanura. Las tierras allí eran altas y fértiles, la gente vivía feliz. Encontró faena en una fábrica de ladrillos. El ladrillo se volvía imprescindible para la construcción de viviendas cada vez más numerosas.

Fue así como Martin se volvió hornero.

Se levantaba temprano, a las tres o cuatro de la mañana, para cargar el carro de ladrillos y preparar el horno. El invierno fue muy crudo ese año, pero el calor del horno y la buena comida que allí le daban lo mantuvieron saludable. La alimentación era sana y natural, la mayoría de los alimentos se cultivaban y preparaban en la casa de la numerosa familia de Julio Baltasar. El agua era abundante, lo mandaban a extraerla de la noria, luego llegó el molino de viento.

Cuando el barro estaba totalmente cremoso, se podía moldear el ladrillo. Después se tapaba con pasto seco para que no se secara. Una vez retirados de los moldes, los ladrillos se llevaban a la cancha, donde se depositaban con cuidado. Una vez secos, se apilaban y tapaban con chapas de zinc. Se contaban uno a uno antes y luego de salir de los hornos. El trabajo de cocción llevaba toda la noche, para que el combustible se mantuviera prendido. Al final del día, sobre todo con buen tiempo, se controlaba el trabajo de los caballos en el pisadero, luego se los llevaba al arroyo para lavarlos. La tarea era continua. Lo que el joven menos disfrutaba era viajar al lado de su patrón cuando este, luego de cargar los doscientos ladrillos en la chata, arengaba a los tronqueros. Llegando a las puertas de la ciudad, su cuerpo se tensaba cada vez que escuchaba el silbato estridente de un policía. Trataba de disimular su malestar, por suerte, iban tan de madrugada que para la media mañana ya estaban de regreso.

Martin se quedó un año entero trabajando para don Baltasar. Fue feliz hasta que una de las hijas se enamoró de él; en realidad, Baltasar tenía cuatro hijas y todas se enamoraron de Hall. Era un joven

apuesto, siempre alegre, despierto y educado.

El dueño del horno tenía esas cuatro hijas cuadradas y rosaditas como sus ladrillos. Le ofreció al joven aprendiz desposar a la mayor y se desencadenó un drama familiar: celos y peleas entre las muchachas, se acabó la felicidad, el calor del horno, los duraznos y las carreras de barquitos de madera en los arroyos. Martin no quería casarse con ninguna, entonces tuvo que marcharse.

Cruzó toda la ciudad como una sombra, con miedo de que la policía lo agarrara a la vuelta de cada esquina. Tomó varios colectivos y tranvías hasta que llegó a la terminal, al sur de la Capital, un terraplén de pasto ralo y perros flacos. Pero allí encontró algo que le cambiaría la vida para siempre.

8

Caballos de tela y papel maché, luna de yute, gauchos con cuchillos sin filo y doncellas con las mejillas pintadas de rojo, eso era el teatro criollo y, antes de ser criollo, fue español bajo la forma del sainete, una pieza breve y jocosa, que reflejaba con sagacidad los quehaceres del pueblo. Luego del español, Martin aprendió a escuchar la jerga de esos actores astutos que transforman el lenguaje en improvisaciones, payadas, despropósitos, *quid pro quo* y malentendidos domésticos que hacían doblarse de la risa a los espectadores.

Buenos Aires, ciudad agitada, la vida del puerto, del arrabal, de ese conglomerado caótico era fuente de inspiración para los creadores de dramas amorosos, donde la miseria humana se mezclaba con el heroísmo de una figura masculina que hacía frente a las injusticias. Y por una hora, Martin se olvidó de sus desgracias y rio, rio como nunca lo había hecho en su corta vida. Tal vez no entendiera todo lo que sucedía en el escenario, pero allí, sentado sobre el banco de madera, sintió en su cuerpo la energía de la fantasía. Miró a su alrededor, sus ojos vieron el pecho de una señora sacudiéndose en hipos de risas, las lágrimas que saltaban de los ojos de un viejo, las dentaduras torcidas de los niños que pateaban el suelo pidiendo más, como si una mano invisible les hiciera cosquillas. Y cuando saludaron los actores y la sala se vació lentamente, Martin se quedó allí, sentado, la mirada perdida. Deseaba que el espectáculo volviera a empezar una y otra vez.

***

Seguramente se quedó dormido y a nadie le molestó. Se despertó, tenía el cuerpo entumecido, se enderezó, sorprendido de encontrarse en el mismo sitio que la noche anterior, levantó la boina del piso un poco avergonzado.

Sobre el escenario, varios actores ensayaban. Al verlo despierto, le sonrieron y continuaron sus acrobacias. “Probablemente”, pensó Martin, “me tomaron por un borracho”.

Estaba por levantarse a desgano cuando un hombre canoso lo interpeló:

—Ya que está acá, jovencito, y si no tiene nada mejor que hacer, observe nuestro desempeño y diga sin mentir qué le parece nuestra actuación.

Martin contestó con una amplia sonrisa, no tenía adónde ir y ningún sitio, en ese momento, era mejor que aquel.

Los actores empezaron a llenar todo el escenario de sus corridas y piruetas, cuando de repente uno de ellos tropezó, siguió en un largo trastabillar y cayó debajo de las tablas, donde empezaba la platea. El joven espectador dudó, no sabía si era parte del espectáculo o si se trataba de un accidente. Pero de pronto se escuchó una queja larga, el sonido de alguien que no tiene suficiente aire en los pulmones para gritar, pero que necesita auxilio. Todos se precipitaron para asistirlo, pero el mayor, un hombre canoso, con el semblante serio, ordenó que todos se quedaran en su sitio. Se escuchó su voz profunda y grave:

—Tano… quedate quieto hasta que sepamos si tenés algún hueso roto.

Tano yacía de espaldas sobre la tierra, sus ojos fijos en un punto invisible en lo alto. Estaba lívido, los labios temblorosos murmuraron:

—Por fin voy a ver la gran carpa, amigos, no se aflijan, ya estoy viendo la entrada, es aún más hermosa de lo que imaginaba… Tocá tu trompeta, Lucho, el espectáculo está por comenzar.

Lucho se secó las lágrimas con el revés de su manga, arrimó el instrumento a sus labios y dejo salir una melodía, como un último homenaje al gran Tano. A todos se les encogió el estómago.

—La sombra de una nube pasó encima de mi rostro. Debe de ser un ángel —exclamó levantando sus tupidas cejas.

—Basta de decir pavadas, ¿dónde te duele? —dijo el de pelo blanco.

Tano llevó su mano a la parte baja de la espalda.

—¿Podés mover las piernas y los brazos?

Tano ejecutó la indicación, la cara crispada. Podía.

—Entonces, reposo hasta que deje de doler. Llévenlo a la cama —ordenó el que parecía ser el dueño del teatro.

Dos de los actores más jóvenes lo ayudaron a levantarse. Todos miraron con un poco de alivio a Tano alejarse caminando, los brazos rodeando el cuello de sus acompañantes.

—¿Y ahora cómo vamos a hacer? ¿Quién hará sus piruetas esta noche? —preguntó una muchacha con voz de pito.

Lentamente, la cabeza del director giró hacia el lugar donde estaba Martin. Tardó unos segundos en entender que el destino le estaba ofreciendo una oportunidad única e irrepetible.

Se sacó la gorra y tímidamente, asintió con la cabeza, como aceptando el desafío.

Así fue como Martin Hall, el *inglé,* se convirtió poco a poco en Juan Moreira, el gaucho bondadoso y valiente, en ese drama criollo que contaba al hombre de la ciudad las aventuras de los habitantes de las llanuras pampeanas, con sátiras y acciones épicas, acrobacias y sainetes.

Moreira vestía sombrero de paja de ala ancha, bombacha, saco, botas de becerro, pañuelo al cuello y poncho pampa al brazo. Martin aprendió a bailar el pericón y a impostar la voz para que todos los presentes escuchasen sus versos.

El director del pequeño teatro cayó rápidamente en la cuenta de que ese joven, puliendo un poco su acento británico, tenía un don escénico que saltaba a la vista. No se sonrojaba ni mostraba timidez, todo lo contrario, avanzaba, la espalda erguida, y parecía ávido de protagonismo, sediento de ese amor tan peculiar que regala el público a un actor talentoso.

Con una sorprendente naturalidad, se lanzó a interpretar primero el rol del inmigrante, llamando a su memoria las sensaciones vividas a su llegada a la metrópolis. Encarnar al inmigrante pronto lo aburrió: eso no era actuar, era jugar el papel de sí mismo, pero, al decir del director del teatro: “Para hacer el rol de gaucho, al *inglé*, le falta todavía criollismo”. Qué significaba eso era algo que el joven Martin

no entendía con exactitud, interpretaba que le faltaba audacia, borrar todo rastro de acento británico y conocer algunos pasos de baile. Se dejó crecer el bigote y la barba, y se puso a leer el *Martín Fierro* con la misma avidez de cuando era anarquista y leía los ejemplares de *La Protesta* hasta horas avanzadas de la noche. Pero, de a poco, se fue alejando de una guerra que no era la suya, le dieron muchas más satisfacciones las falsas batallas, las figuras hirsutas y bravías, ver cruzar los actores moviéndose desenvueltos en la arena del picadero, en el juego de la pasión violenta; llenó su tierno corazón la calidez de las apacibles fiestas con sus bailes pintorescos y los cantares henchidos de sabores nativos, sentía íntimo regocijo. Aprendió aquellos pericones y cielitos, se sonrojó al admirar aquellas criollitas de trenza a las espaldas vestidas de percal, moviéndose garbosas al compás de la guitarra. El tintineo de espuelas y ondear de pañuelos serían los recuerdos de una temporada de inocente felicidad.

Al pegar un estirón, el pantalón de inmigrante le quedó corto, entonces, le dieron una bombacha de gaucho y salió por primera vez a escena como representante de la tradición pampeana en un rol secundario donde solo decía dos palabras. Unos centímetros le dieron al joven la oportunidad de pasar de gringo a criollo. El día que se puso el atuendo de gaucho completo se percibió, por primera vez, como un hijo más de ese país de solitarias inmensidades.

Así fue como Martin Hall se convirtió en actor.

9

La trama del espectáculo era simple. El gaucho Moreira era perseguido por la justicia; en otra ocasión, su amada era seducida por un juez de paz, mientras inmigrantes lo ayudaban a esconderse de la policía. Tal era la empatía de los espectadores con el protagonista que, a menudo, el actor que actuaba de policía recibía proyectiles e insultos. Martin era demasiado blanquito para ser un Juan Moreira, pero en cuanto se vistió de gaucho, se tomó su identidad con tanta seriedad que, aunque sus apariciones fuesen breves, no pasaban inadvertidas.

> *La casualidad mía ha puesto un zorzal en el camino y traigo su canción. Un gaucho va a cantar al cariño criollo en nombre de tuita nuestra tierra. Es día de fiesta y la fiesta es canto.*

Fueron esas, durante varios meses, las únicas palabras dichas sobre el escenario. Le faltaba todavía caja para proyectar la voz y soltura para actuar con naturalidad.

Pero observaba a sus colegas, admirando el talento de los grandes maestros, entendiendo que la tarea del actor se limitaba a realizar una elocución perfecta y un desempeño corporal que no interfiriera con la claridad del texto.

El actor, de la misma extracción social que el espectador, podía expresarse con todo el cuerpo y recurrir sin reparos a la espontaneidad, la grosería, el desparpajo, la gestualidad exacerbada, aunque imprecisa, y el movimiento. Todo estaba permitido mientras se

mantuviera la atención del público.

Bernabé “Pepe Moreira”, el jefe de la *troupe*, ponía tanto empeño y energía en actuar que, a menudo, luego del espectáculo, caía en cama, febril, agotado.

El género teatral, viejo como el mundo, llevaba por momento a los actores por caminos sombríos. Eran nómades sin desierto, genios sin lámparas, intelectuales sin bibliotecas. Con el afán de divertir, se cambiaba seguido el repertorio y, con el repertorio, hubo también que modificar los trajes, el lenguaje y las escenografías. El público de clase baja y su falta de instrucción no le permitían a Pepe ir muy lejos en el refinamiento de sus textos como hubiese deseado. Se amoldaba a las necesidades de familias sufridas, hacinadas en conventillos, comunicándose en múltiples idiomas. La visión romántica de su ardua tarea lo salvaba de la mediocridad. Tenía siempre presente que su oficio se remontaba a las tragedias de antiguos griegos, a los saltimbanquis de la Edad Media, los sainetes madrileños y hasta los cabarets parisinos, e iba al encuentro de una épica gauchesca bien criolla. Detrás de la aparente inocencia de una persecución policial con trompetas y pistolas de madera, se contaban historias de todos los días y la risa era entonces el vehículo para sanar heridas. Bernabé era un sabio, el Sócrates de los baldíos, y Martin se sintió tan a gusto a su lado que llegó a pensar que seguiría toda su vida acompañando al circo de los pobres.

10

—¡Pero lo tienes que matar con más convicción! ¡Acaso son dos mujerzuelas! Vamos, alza ese brazo, muchacho, cuando te dan el golpe fatal, agárrate el pecho y arrodíllate mirando al cielo, vamos que hace frío, ¡terminemos de una vez con eso!

Don Bernabé, el escenógrafo, le mostraba a Martin cómo tenía que hacer para que su muerte conmoviera a los espectadores. El actor que hacía de policía temblaba como una hoja.

—¿Pero qué te pasa, genovés? ¿De qué tenés tanto miedo? Se supone que vos sos el malo.

—No tengo miedo, patrón… ¡Tengo un frío que no me suelta los huesos!

El uniforme de sargento que vestía era de una tela fina y desteñida y poca grasa tenía el genovés para paliar el viento sur que traía las heladas.

Hall escuchaba la escena, divertido, parecía más cómico el diálogo real que el de la ficción.

—¡Vas a sudar la gota gorda cuando corras para que no te patee el trasero! ¡Quiero una escena que me remueva las tripas, nos quedaremos hasta la madrugada si hace falta!

A Martin se le quitó la sonrisa de un saque, ya no sentía los pies. Miró a su compañero con el entrecejo fruncido y le dirigió un insulto contundente en voz baja. El otro no lo pensó dos veces, levantó la pistola y le disparó al gaucho en el corazón con furia en la mirada.

Don Pepe Bernabé aplaudió:

—¡Caray! ¡Al fin! ¡Así lo quiero en la función de mañana, con la

sangre en el ojo, genovés! ¡Moreira! No olvidés mirar al cielo luego de recibir el disparo. Todo por hoy, cierren esa cortina y apaguen las lámparas que no estamos para derroche.

Mientras Martin se acercaba al fogón, Bernabé, la mirada perdida entre las llamas, la cabeza envuelta en su vieja bufanda de lana, le dijo:

—Divertir al pueblo no es desafiar a la muerte, es permitirles olvidar la muerte durante un tiempo, aunque sea. Ellos se la encuentran a cada esquina, en el tropiezo de un caballo, una maceta caída de un techo, un bicho en la sopa, un día muy húmedo o un cansancio demasiado grande, acumulado en años de mala vida. Es porque están obsesionados con la muerte que necesitan reírse de ella, sacarle su máscara, burlarse, porque nunca se sabe dónde se tomará venganza. Mire esas bocas, esos abismos sin dientes que se abren en una risa plena y ancha, esas panzas que sacuden su vacío en una carcajada, los ojos de los niños que brillan bajo la ilusión de que, por una vez, es el policía el que recibe la paliza.

Martin se quedó pensativo, sí, era bueno burlarse de la muerte, él nunca pensaba en que podía morir, tenía demasiada fuerza, demasiadas cosas para vivir, un destino increíble, no cabía ninguna duda. La risa de los niños llenaba su corazón de un calor hermoso, mordía una y otra vez la mano del policía, una y otra vez repitiendo su pasado, haciendo de ese recuerdo algo mejor, algo útil, porque de la tragedia salía la felicidad y si lo actuaba con tanto empeño, era porque su bronca era real, una y otra vez, descargaba el dolor por la pérdida de su padre.

De reojo, miró el agujero de polilla que dejaba ver un mechón de pelo gris de Bernabé, ese hombre se merecía mucho más de lo que cosechaba. Martin pensó que, después de Doménico, era la persona más brillante y apasionada que había conocido. Ambos poseían esa certitud de una vocación calada en los huesos, una pasión que inhalaban a cada respiración, una suerte de locura que los hacía enfocarse solo en lo más importante de la existencia y los convertía en maestros. Seguramente también los aislaba del mundo, ellos siempre estaban un poco más allá de los demás, en nebulosas de ideas grandiosas, en dramaturgias personales, en tragedias solitarias.

Por la noche, mientras esperaba que el sueño lo intimara a dormirse, envuelto en un poncho prestado, escuchaba a los payadores. La luz de la fogata proyectaba sobre los rostros sombras movedizas. Era fría y húmeda la noche lejos del fuego. Martin se esforzaba por comprender el lenguaje de los bajos fondos porteños, ese duelo de palabras y rimas fue para él la mejor escuela, le hizo entender mejor que cualquier libro las rivalidades entre la Capital y el campo. Cuanto más entendía Hall, más apreciaba la agudeza de los dos gauchos poetas. Concentrado en sus versos, el de las cejas fornidas le contestaba al del bigote tupido.

11

Era ya la tercera vez que Martin volvía del retrete bajo la mirada paternal de Pepe. No podía controlar sus entrañas, todo su ser parecía estar comprimido en los giros gelatinosos de su intestino. La puerta del baño desvencijada no cerraba, unos centímetros faltaban para que pudiera sostenerse con la punta del pie. Una bolsa de papas oficiaba de cerrojo. No le importaba; en algún momento, tendría que correr la bolsa de papas, salir de allí y enfrentar el público. Era la primera vez que veía tanta gente en la platea.

Los aplausos y gritos se escuchaban a lo lejos. En soledad, cerró los ojos, tenía que volver a él la fuerza arrolladora del personaje que interpretaba y vencer al miedo. Salió, decidido a triunfar, a no defraudar a los que confiaban en su actuación.

Como dotado de una fuerza sobrenatural, Martin no solamente ejecutó los saltos a la perfección, sino que realizó unos nuevos que dejaron boquiabierto al público que aplaudió exaltado. Sabía de memoria los trucos, sabía incluso más de lo que suponía, en ningún momento sintió miedo. En la segunda noche de representación de *La Reina del Plata*, una de las mujeres sentadas en primera fila le tiró un beso con la mano. Ese beso lo hizo saltar tan alto que, mientras bajaba nuevamente al suelo, la tensión era tal que se podía escuchar el vuelo de una mosca. Luego de que sus pies aterrizasen sobre el piso, la gente estalló en gritos y vítores.

El público no era el único que retenía la respiración a cada impulso que se daba el mozo para saltar. Detrás de la cortina, con los puños apretados contra el pecho, una muchacha seguía sin parpadear los

círculos que hacía Martin en el aire, admirando su coraje y su fisonomía.

Cuando llegó la primavera, la concurrencia fue mayor. El teatro estaba todas las noches repleto y detrás de las bambalinas, se murmuraban palabras de aliento. Todos los días hacían dos representaciones y en las fechas festivas se duplicaban las funciones.

Levantando con el índice el chambergo hacia la frente, pisando liviano, empujando los hombros hacia atrás, midiendo a todo el mundo con la vista, Martin entraba en escena cada vez con más aplomo. Tenía ojos castaños, vivaces, y esa sonrisa de dientes blancos, irresistible, que había practicado delante de un pedacito de espejo roto que encontró en el terraplén.

—La magia, pibe —dijo Pepe, mientras anudaba su pañuelo colorado al cuello—, es la pasión con la que hacés las cosas, hagas lo que hagas. No me cansa el rodar de las carretas, no añoro el triunfo del teatro, tengo ese circo en las venas, es mi familia y mi razón de ser. Aunque muera en la indigencia, moriré feliz. Cuando escucho el redoble del tambor, mi sangre se pone a bullir, se me van los males y las tristezas. Verás, algún día te tocará sentirlo también.

Al tiempo, ya con confianza, Martin le pidió a Pepe si podía tener un nombre artístico, como los demás. Pepe alisó su barba y llamó al mago.

—¡Mago! —gritó rodeando su boca con las manos—, el pibe quiere un nombre artístico. ¿Se te ocurre algo?

El mago, con su andar flemático, se acercó pensativo y preguntó, arqueando una ceja:

—¿Tu apellido en inglés significa algo?

—¿Hall? Bueno, se pronuncia como *all*, “todo”.

—Entonces será Martino el Guapo Tutti, ¿te gusta?

Martin asintió sonriente.

—Entonces, no se habla más —exclamó Pepe—. ¡Te presentarás como Martino Tutti, el más guapo de los saltimbanquis! ¡En pista!

12

Desde el momento en que fue aceptado como un miembro más de esa gran familia circense, disfrutó plenamente de su magia. Aprendió a usar martillo y agujas, maquillaje y disfraces. Observaba el talento de esa gente simple, su alegría espontánea, su esfuerzo apasionado, los miles de oficios que lo rodeaban, todas las destrezas que hacían falta para transformar el baldío en paraíso y ofrecer un espectáculo que el público aplaudía, agradecido.

En su gorra empezó a entrar algo de dinero. Subiéndose a los bancos con trancos ágiles, su sonrisa seductora y la picardía de su mirada terminaban de convencer a cualquiera de poner un billete más grande. Pudo comprarse un traje con chaqueta, un chambergo que usaba de costado al uso criollo y zapatos de suela de goma. Se animó a tirarles a las muchachas algunos piropos bien pensados y respetuosos, y a cambio recibía miradas divertidas, fugaces. Pero lo que realmente cambió su vida fue acceder a un cuarto en una pensión que, aunque modesta, lo hizo sentir por primera vez habitante de esa inmensa ciudad, un porteño. En su día libre, recorría las calles. Luciendo su traje nuevo, se iba hacia Palermo, admiraba los sauces cuyas ramas se reflejaban en las aguas quietas, miraba los comensales del restaurante Los Lagos. La burguesía porteña salía a pasear como él, en las noches caniculares, inclinaba la cabeza en signo de respeto al paso de algún honorable señor que llevaba en su brazo a una dama, sintiéndose, por primera vez en su vida, lejos de las incertidumbres de la pobreza, aunque sus únicas riquezas fueran un traje de buena confección y unas monedas en el bolsillo. Luego de visitar a su hermana, con cinco

centavos se compraba un sándwich en el bar Lescano y admiraba sobre la calle Corrientes los afiches de revistas frívolas y las funciones de *music hall*. Sus pasos lo llevaban hasta el barrio de Flores, con sus quintas bordeadas de arrayanes. Un tanto intimidado por los suntuosos palacios de la Recoleta o los elegantes negocios de la calle Flores, prefería andar por los barrios aledaños al centro: Montserrat, San Telmo, San Cristóbal, Retiro, Balvanera. Caminaba a paso ligero las aceras irregulares con sus faroles esquineros, sus jazmines en flor. Palpaba, con la punta de los zapatos, la heterogénea mezcolanza que palpita en todo porteño, dándole ese aire petulante, despreocupado, un poco juguetón, un poco pendenciero. Hall llegaba hasta el límite de la ciudad, y su corazón se encogía en los barrios de los excluidos de la fiesta: los piringundines donde hombres desilusionados se emborrachaban con ajenjo sobre mesas aún más sucias que los conventillos donde vivían sus hijos, apretados. Se fue familiarizando con los sonidos del Buenos Aires: el afilador con su alegre escala de notas agudas, el tintineo del triángulo del vendedor de plantas y macetas, el manicero con su sonora corneta, el sillero con su grito de barítono de opereta, el plumero y la bocina intempestiva de algún tranvía. Martin, en sus andanzas, copiaba la farolería de compadrito; antes de dominar el castellano, las palabras coloridas del lunfardo salían de su boca con acento anglosajón; se reían el napolitano y el andaluz, pero con cautela, el *inglé* era un inmigrante distinguido, casi temido por su audacia.

Cuando, a la vuelta de un cafetín, sobre una pared, veía pegado un anuncio en blanco y negro de las funciones del circo de Bernabé, más abajo, en letra más chica aparecía su nombre y su corazón se aceleraba, inflado de orgullo:

Variadísimo programa gimnástico y acrobático en el que tomarán parte los aplaudidos artistas: el Mago Gran Torino, Teresita en el papel de "La Percanta" y Martino Tutti, en el papel del "Gaucho Valiente". Dirige: Pepe Bernabé. ¡Por 40 noches consecutivas en Buenos Aires! Un éxito asombroso.

Entonces se decía para sí mismo*: ¡Soy un artista!* Y retornaba feliz al

circo, agarrado del barral del último tranvía, el pelo al viento.

Buenos Aires ya no le asustaba, disfrutaba de los reflejos azulados del Río de la Plata en los atardeceres de otoño, mientras saboreaba, por cinco centavos, un *gelato* napolitano comprado al heladero ambulante.

Una tarde de 25 de mayo, luego de una función excepcionalmente concurrida, Martin se encontraba ayudando a desarmar el escenario, cuando se encontró junto a la hija de Pepe que cosía con cuidado una parte del telón desgarrado. La abundante tela de color rubí rodeaba a la joven como si estuviese flotando en un lago de vino.

—¿Qué se le ofrece? ¿Qué ambiciona en este día festivo?

Teresita parpadeó, sus largas pestañas maquilladas parecieron abanicos; con un semblante pícaro, acercó su boca al oído de Martin:

—Si me das la luna, te doy un beso.

—¿La luna contra un beso? Me parece justo.

Se acercó corriendo hacia el andamio, tomando envión, y empezó a subir con tanto entusiasmo que faltó poco para que perdiera el equilibrio, pero llegó hasta el círculo de arpillera que colgaba del techo. Con precaución, lo sacó de su clavo y bajó esta vez con más cuidado y con su preciada carga.

La bailarina aplaudió con alegría viéndolo acercarse y cuando Martin puso la mejilla, ella pegó sus labios contra los suyos.

—Ahora llevate esa luna al depósito, porque si se arruina, mi padre nos va a retar.

Martin quería otro beso, pero Teresita lo empujó suavemente:

—Cuando era niña, mi abuela me contaba un cuento donde un gato era el dueño de la luna. No recuerdo cómo era, pero siempre te recordaré como el dueño de la luna. Porque sé que te irás, este mundo no es para vos, te espera un gran destino, señor Gato.

Hall miró a esa mujercita vestida de bailarina con su nariz respingada y sus brazos delgados, mientras se alejaba, grácil e inconsistente. Se puso la luna bajo el brazo y encaró hacia el depósito. Le daba ternura el cariño que demostraba Teresita, pero él no le podía corresponder más allá de un coqueteo; tenía razón, anhelaba enfrentarse en la vida a retos mayores.

Ella se hacía rogar, pero si no fuese porque su padre andaba por ahí,

hubiese recibido encantada el otro beso; es más, ella misma lo hubiese tomado de esos labios. ¡El muchacho era tan lindo! Con esa mirada pícara, ese pelo abundante y esa frente amplia, pero cuando sonreía, cuando sonreía… Allí se le iluminaba todo el rostro, como un amanecer en la montaña, era encantador. Pero a veces también había otra mirada, una precisa y recta como una lanza, determinada a conseguir todo lo que se proponía, una mirada que se proyectaba más allá de Teresita, más allá de todo lo visible a su alrededor.

13

El Gran Torino era el mago del circo criollo, un hombre alto y muy flaco que se desplazaba dando zancadas con sus piernas, como las grullas. Sus dedos largos eran hábiles para hacer desaparecer todo tipo de objetos. Nunca parecía ni contento ni triste, nunca se enojaba por nada, pero tampoco se le escuchaba reír, vivía como en un mundo paralelo, mirando a su alrededor con calma, desde la altura de su cabeza. Su pantalón, demasiado corto, dejaba ver unos tobillos huesudos y su viejo sombrero de copa de piel de foca lo hacía más alto aún.

Le había dicho a Martin:

—Nunca te voy a enseñar mis trucos, pero si sabes observar, te darás cuenta por ti mismo de cómo funciona la magia. No hay secretos, el único secreto es ser más rápido que los ojos de la gente que te mira.

Y Martin observaba. Lo hizo con tanto empeño y concentración que fue capaz de adivinar algunas de las maniobras del mago. Lejos de enojarse, Torino lo felicitaba sacando de entre sus largos dedos un cigarrillo que compartían en silencio mirando la caída del sol. Porque era hombre de pocas palabras y eso le gustaba a Martin, apreciaba esa sabiduría callada, ese silencio cargado de buena invención.

—Serás mi ayudante —le había dicho una vez Torino con su voz profunda—. El ayudante del mago es el que elige, dentro del público, al que tiene el peinado o el sombrero más apropiado para ir a esconderle una carta, entonces, cuando me toca, la voy a recoger como si yo mismo la hubiese colocado allí un segundo antes por arte de magia. Pero tenés que ser muy discreto y hábil, porque si nos pillan,

nos dejarán la cara pintada de tomate podrido.

—Pensé que el ayudante de un mago tenía que ser una linda jovencita para distraer la atención del auditorio.

—Eso es para los magos ricos, yo soy un mago pobre, pero mago al fin.

Luego, silencio. Miraron una manada de aves mientras se alejaban formando en el cielo el dibujo de la punta de una flecha.

Martin accedió a la propuesta. Vestido de negro, sigilosamente, se zambullía entre las filas de los espectadores, eligiendo siempre a damas sentadas en las últimas filas, de preferencia, mujeres voluminosas con sombreros recargados o ancianos que aprovechaban para echarse una siesta luego de un duro día de faena. El truco nunca le falló. Andaba encorvado, a veces en cuatro patas, caminando con agilidad y con las manos también cubiertas de guantes negros, de tal manera que el apodo de "Gato" le quedó y andaba en boca de todos los artistas del circo criollo.

Así fue como Martin se convirtió en mago.

***

La primavera de 1910, año del Centenario de la Revolución de Mayo, fue una de las más bellas que Martin recordaría de su juventud. Se fue borrando poco a poco la imagen de la pequeña de la calle Guido y su miedo a que la policía apareciera de golpe para llevárselo. Las temperaturas más clementes facilitaban las repeticiones, no hacía falta tanta ropa y los músculos se volvían ágiles con menos peligro de desgarro, tanto en hombres como para los pequeños criollos.

Si hubiésemos estado allí, habríamos visto el joven Hall asomando la cabeza entre la multitud la mañana en que Isabel de Borbón, princesa de Asturias, protectora de las artes y de los humildes, bajaba del buque *Alfonso XII*, luego de las maniobras de amarre.

Lo más granado de España saluda al pueblo americano y se encuentra con Figueroa Alcorta que llega en su lujoso automóvil negro. El oleaje humano sigue la comitiva hasta la residencia de la infanta en la calle Alvear; desde los balcones, lluvia de flores y vítores. Las salvas de los cañones resuenan ante la caída de la tarde. El mundo

envía a sus más destacados embajadores. Martin no se pierde un solo desfile, hasta que el silbato de un guardia lo obliga a bajar, se trepa sobre las farolas para ver más allá de los grandes sombreros de plumas que lucen las damas. Seguro que los compañeros anarquistas se estaban preparando para reclamar sus derechos.

Si eso sucedía, la represión sería sangrienta. Nada tenía que perturbar la imagen idílica de un país próspero.

Luego de los festejos del Centenario, don Pepe decidió mover el circo criollo hacia el sur y cuando llegaron a Mar del Plata para el verano, otro circo ya estaba en la plaza, uno inimaginable, uno inmenso, con el cual era casi imposible competir: el circo ruso.

"¡Los rusos nos tapan el sol!", protestaba Pepe. Era cierto, la carpa gigante roja y blanca de los Kozatov se levantaba desde la tierra como una montaña gigantesca, impenetrable, a su sombra no podía crecer ni un arbusto. A lo largo de un cordel, flameantes banderas de colores marcaban el camino de entrada y hasta se desplegaba, una hora antes de cada función, una alfombra roja.

Mientras tanto el pequeño Hall crecía. Tenía una carroza toda destartalada que solo compartía con un perro vagabundo que, al decir de Martin, sonreía todo el día. A él también se lo veía feliz, siempre estaba para un compañero que necesitaba ayuda y cuando, luego de la representación, todos se reunían alrededor de una fogata, se podía sentir ese calor tan particular de la amistad entre gente que comparte las mismas pasiones.

Los chistes y anécdotas del viejo Pepe lo hacían doblarse de la risa, se secaba las lágrimas con pañuelos coloridos, pateaba la tierra como nunca lo había hecho. El sentido del humor era el principal combustible de esos actores entrañables, esa familia que lo recibió con los brazos abiertos y pronto lo trataría como a un hijo más. Recordaría siempre con una sonrisa en los labios esos días joviales de siestas al sol, besos robados a Teresita entre bambalinas, las pastas de la mujer de Pepe y las guitarreadas con su perro sonriente, el hocico apoyado sobre su pierna.

El circo gauchesco decidió finalmente montar su carpa lejos de la impresionante cúpula de los Kozatov, en los barrios populares, pero la curiosidad lo llevó a Hall una noche a ser un espectador más, no

quería perder la oportunidad de ver, al menos una vez en la vida, el espectáculo de los acróbatas más grandes del mundo. Pero ignoraba que alguien del circo ruso también había ido a ver al pequeño circo criollo, siempre en busca de nuevos talentos.

Cuando Martin y su amigo el mago llegaron cerca de la entrada, se quedaron boquiabiertos como niños. Era una carpa de cuatro mástiles distribuidos a trece metros de distancia, con un nombre incontable de estacas y cujes que sujetaban una lona decorada de rayas rojas y blancas.

—Esta carpa debe tener por lo menos cincuenta metros de altura y treinta de largo —dijo Martin cuando por fin logró pronunciar palabra.

—Creo que te quedaste corto, chamigo. Deben caber cinco veces más personas que en el nuestro.

—Por todos los santos, nunca he visto algo así, ¿piensas que trajeron todo eso directo desde Moscú?

—No sabría decirlo, pero al lado de este, el nuestro parece un corral para riña de gallos.

De pronto, Hall tropezó, sintió que su acompañante se escondía detrás de él. Pasaron acelerando el paso al lado de un oso marrón atado a un poste por una gruesa cadena.

—¡Ese seguro que lo trajeron de allá! —escuchó detrás de su cabeza.

Faltaban pocos metros para la entrada principal. Martin se reacomodó la solapa de su saco, carraspeó un poco inquieto y luego de sacarse el sombrero al ingresar, alisó su pelo con la mano.

Se instalaron en sus sillas numeradas un poco intimidados, abrumados por la cantidad de espectadores que, como ellos, miraban con aprehensión la altura desde la que colgaban los trapecios.

Una niña con bucles dorados y guantes blancos se sentó a su lado y empezó a balancear las piernas en el aire, impaciente, hasta recibir un reto discreto de su madre. En el aire flotaba una tensión particular, como si los sentimientos del público hubiesen sido comprimidos y, al son del tambor, salieran eyectados como confetis de una corneta. Pero no fue el repiqueteo del tambor sino una orquesta de quince músicos la que anunció que el espectáculo estaba por comenzar. Las bocas se cerraron, los ojos se abrieron y la magia hizo el resto.

Los dos amigos, maravillados, vieron desfilar imágenes que nunca

olvidarían: cosacos haciendo girar sus sables montados sobre caballos blancos, payasos bailando con monos vestidos de principitos, equilibristas, trapecistas, malabaristas, el lanzador de cuchillos y el temido oso rugiendo, inmenso, parado sobre sus patas traseras. Pero lo mejor quedaba para el final, y toda la audiencia lo sabía, la carpa entera parecía expandirse a medida que se acercaba el momento.

14

El corazón deja de latir los segundos en que, suelta en el aire, la trapecista da su salto al vacío hasta ser agarrada con firmeza por su compañero.

Las luces se encendieron y una voz anunció desde un rincón del círculo del escenario:

> *Ahora ha llegado el momento tan esperado, queridos espectadores, van a conocer a la grande, la fabulosa, ¡la incomparable écuyère de briosos caballos. ¡Se crio en las planicies de Siberia, recorrió el mundo para hoy estar con ustedes… Recíbanla con los merecidos aplausos!*
>
> *¡Señora Irina Kozatov, la grande de Rusia!*

El presentador realizó un amplio movimiento del brazo, estirando, como un elástico, la última palabra durante varios segundos y la cortina color púrpura se abrió para dejar entrar, a todo galope, cuatros caballos negros. Sobre el más alto de estos, una mujer con una mano levantada y un porte de reina saludaba al público.

Martin quedó hechizado por esa mujer capaz de domar a cuatro caballos al mismo tiempo, sus piernas bien torneadas quedaron pegadas a su retina, nunca había visto a una mujer mostrar las piernas con tanta audacia; parecía un hada, solo le faltaban las alas. Vestía una pequeña túnica brillante que cubría la parte superior de su cuerpo, lo suficientemente apretada como para no entorpecer sus movimientos; su pelo reunido en un rodete daba elegancia al conjunto,

pero fue cuando pasó a su lado galopando que Martin sintió que su corazón aceleraba su cadencia. La sonrisa que le ofreció fue como ser tocado con una varita mágica. Qué no hubiese dado en ese preciso instante para transformarse en animal y ser el zaino con su penacho rojo que dócilmente giraba, manteniendo el ritmo de sus trancos, como sabiendo que cualquier tropiezo podía desequilibrar a su jinete. Se colocó frente a los cuatros equinos. A un chasquido, los animales levantaban ante ella sus manos o ponían una rodilla a tierra y bajaban la cabeza dejando caer sobre sus ollares sus suntuosas crines. Para obligar a los caballos a sostener la postura, usaba una larga fusta rusa de cueros entrelazados llamada *kanchuk*. Subía y bajaba constantemente de las monturas más ligera que una mariposa.

El perfume indescriptible de sus rondas, cada vez que pasaba cerca de él, dejaba una estela de magnetismo y misterio.

Ella sostenía la fuerza de su caballo, puesto en la rienda, al galope reunido. El binomio avanzaba liviano, parecido a una burbuja repicando alrededor del picadero; de pronto, le ordenaba una parada franca, levantarse de manos, trotar al ritmo de la música. Alumna precoz de la alta escuela rusa de equitación, Irina permanecía derecha, mirando al frente, con la panza ligeramente adelantada sobre la montura, las rodillas apretadas contra la cincha, los tobillos hacia afuera. Con ligereza, precisión y elegancia dominaba física y mentalmente al semental.

Cuando terminó su acto, se bajó de un salto con los pies juntos en la arena e hizo una reverencia. Miró a su alrededor con una sonrisa serena, como si lo que acababa de realizar fuese algo fácil. Entonces estallaron los aplausos. Su figura apareció realzada por el brillo de pequeñas lentejuelas que cubrían su busto y una tiara centellante sobre su frente que devolvía al observador pepitas de oro cuando uno la miraba de frente. Martin quedó encandilado; por las noches, al cerrar los párpados, seguía viendo brillar las lentejuelas.

Todas las veces que podía, se escapaba para ver a la gran dama rusa; esperaba con ansias el momento en que la domadora entrara en escena. Cuando aparecía ella, sonriente, lista para empezar su número, el mundo dejaba de existir alrededor del joven Martin.

15

El sacudón que le dio su jefe al despertarlo con la noticia fue tan fuerte que casi lo hace caer de su catre:

—Que no vas a creer lo que acaba de suceder… ¡Vinieron a proponerme una enorme suma de dinero para comprarte!

—¿Quién? ¿A mí? —Martin se frotó los ojos con los puños.

Pepe hablaba dando saltitos, parecía tener resortes en los talones.

—Los del circo ruso. Vino un enano a decirme que te vio actuar y que, como necesitan a un nuevo acróbata, bueno… No te ofendés, ¿verdad? ¡Esa suma la verdad que me viene al pelo y además es una oportunidad soñada para vos! ¡Lo hubieras visto al emisario! Con uno solo de sus anillos de oro me compraba una chata a motor, ¡de esas que tienen manija y ruedas de caucho!

Martin enarcó las cejas, se estiró y colocó las dos manos sobre los hombros de su compañero para que dejara de brincar.

—Me alegro mucho por ti, viejo, vas a poder cambiar esa lona toda remachada y yo creo que soy un hombre con suerte. ¡Tenemos que festejar!

De pronto, el semblante del dueño del circo criollo se ensombreció, se acercó al oído de Hall y le dijo en voz baja:

—Cuidate, hijo, son rusos. Tenés mucho talento, pero sos un pichón todavía, que no te pongan en peligro con piruetas peligrosas y que te paguen lo que corresponde. Allí no hay lugar para chistes, amiguito, la disciplina es espartana.

Pepe se sonó la nariz con fuerza dentro de un pañuelo arrugado.

A Martin se le encogió el corazón, extrañaría a su familia de

saltimbanquis criollos, pero un deseo poderoso, muy en su interior, lo empujaba a seguir su destino, siempre más arriba, siempre más cerca de las estrellas. Le dio al viejo un abrazo:

—No es una despedida, don Pepe, es solo un *au revoir*.

Cuando llegó el momento, al encontrarse delante de la inmensa carpa, sus rodillas se pusieron a temblar. Intimidado, luchaba entre una fuerza que lo empujaba a avanzar y otra que lo petrificaba y le impedía mover siquiera los párpados para humedecer los ojos.

Al entrar en la carpa, le pareció ingresar en el vientre de un animal gigantesco, un enorme insecto con su espalda acorazada a rayas rojas y blancas y las sogas tirantes que la unían al suelo como patas delgadas. Una placa de bronce arriba de un mostrador indicaba la boletería.

Detrás de la caja, un hombre de cabeza grande y cuerpo pequeño contaba billetes con una concentración tan intensa que pasaron varios minutos hasta que reparó en la presencia del joven. Cuando lo vio, levantó las cejas y dejó los anteojos de leer sobre la piel de su amplia frente, mientras con un gesto rápido, guardaba los billetes dentro de una caja que cerró con una pequeña llave.

—¡Ja, ja! ¡Acá vino nuestro nuevo recluta! Bienvenido al Circo Kozatov, soy el administrador, me llamo Bakulin, Baku Bakulin. Cualquier cosa que suceda en el circo pasa por mi cabeza. Venga que le muestro rápidamente el lugar. Trate de memorizar todo lo que digo, porque no me gusta repetirme —dijo, invitándolo con un gesto a seguirlo, mientras seguía hablando sin mirarlo—. Espero que se dé cuenta del honor que tiene de ser parte del circo, cuide su puesto, no aceptamos ni ladrones ni mentirosos —caminaba y hablaba rápido, moviendo su pequeño cuerpo con energía—. ¿Hace mucho que llegó a este país? —no prestó atención a la respuesta—. Acá los más antiguos son todos rusos, pero tenemos un poco de todo, ¡mejor dicho, tenemos lo mejor de cada nacionalidad! ¡Usted compartirá el camarín con Yeugueni, ese viejo *mujik*! Ronca como un motor, nadie quiere dormir con él, pero es lo que hay disponible, además, a su edad uno duerme en cualquier lado, uno no empieza en una carroza de oro, *Nyet! Nyet!* Un actor de verdad se hace desde abajo. Hablando de abajo… empezarás con un sueldo de 25 pesos al mes, te daremos techo y

comida y si estoy satisfecho con tu trabajo, tal vez tengas un día libre por semana.

Martin contestó con un monosílabo, trataba de seguirle los pasos al enano al tiempo que observaba todo, preocupado por no dejar pasar un solo detalle, como un buen alumno. Bakulin intercambió unas palabras con un juglar de cara triste en un idioma que no entendió, supuso que era ruso. Le fueron presentando varios personajes extraños y pintorescos, cada uno ocupado en perfeccionar sus destrezas, dueños de instrumentos, de globos, antorchas, aros, pero no había rastro de la domadora.

En el aire flotaba un olor especial, una mezcla de bosta de caballo, transpiración, agua de Colonia, ungüento a base de eucaliptus para los músculos y humo de cocina; era el aroma del esfuerzo, de la acción, de los cuerpos en movimiento, de lo intangible del mundo circense. Tenía una sensación de extrañeza en el fondo del estómago, era la sensación física de la aprehensión, el miedo de no estar a la altura, a lo desconocido. Se sorprendió, no era un joven miedoso, pero se percató de que lo que más temía era el juicio de la gran Kozatov. Ella no lo había visto actuar. ¿Qué pasaría si no le gustaba lo que tenía Martin para mostrarle?

Cuando Baku lo dejó delante de su camarín cargando el bulto de su ropa escénica, Martin estaba aturdido. Deseaba permanecer unos minutos solo para digerir toda la información que acababa de ingresar por sus sentidos. Por suerte, el *mujik* de nombre impronunciable no estaba. Se acostó boca arriba sobre la estrecha cama pegada a una de las paredes del carromato y se quedó mirando el techo, preso de una mezcla de ansiedad y cansancio. El idioma ruso sonaba desde algún lugar cerca de allí, alguien cantaba, sonaba como una bola mullida, rodando, una lengua que envolvía todo a su paso melancólico.

Una iconografía colorida mezclada con símbolos bolcheviques decoraba la pared del lado de la cama de su compañero desconocido. Martin colocó una leña en el bracero y se quedó dormido, los brazos detrás de la cabeza, escuchando el crepitar del fuego.

Al caer la noche, su sensación de extrañeza empeoró, nunca le había sucedido algo así: no sabía qué hacer, si salir o quedarse a esperar que alguien fuera a buscarlo. Le parecía que nadie se acordaba de él, como

una prenda olvidada en el fondo de un armario. Jugándole una mala pasada, su memoria le hizo recordar a su madre y estuvo a punto de llorar. Por suerte, alguien tocó a la puerta y a su llamado, entró, abriendo muy despacio. Era una anciana muy arrugada vestida con un atuendo extraño con muchas cintas de colores que colgaban de las mangas. Hablaba un español envuelto en sonoridades rusas.

—¡Ese enano maldito! Dejar a usted acá solo. Pobrecito, venga con Tatucjka, soy la costurera, tengo que tomarle las medidas para sus futuras prendas. Quédese bien parado aquí, como un árbol, paradito y los brazos extendidos.

Justo cuando la anciana estaba por medir su cintura con la cinta, el estómago de Hall emitió una súplica incontrolable. El joven se sonrojó, pero Tatucjka logró sacarle una sonrisa:

—¡No puedo medirlo con la panza vacía, jovencito! ¡Vamos, sígame! Lo vamos a alimentar, si no mis medidas van a estar todas malas.

Entró a formar parte de un grupo de acróbatas. Las piruetas y los saltos eran similares a los que hacía en el circo criollo, pero la altura y la velocidad con la que tenía que ejecutarlos eran muy superiores. Sin embargo, no defraudó a nadie, entrenaba duro, siempre callado, dócil, atento. El ritmo de ejecución del número era de una precisión milimétrica. Si la concentración del cuerpo y de la mente no eran absolutas, se ponía en riesgo toda la secuencia de saltos, y podía arruinar no solamente su presentación, sino la de todo el equipo.

Firme, el cuerpo firme, siempre, sobre todo cuando debajo de él tenía a Igor y al corpulento Vlas, y arriba de sus hombros, a la pequeña Tatiana que, al terminar de repicar los tambores, saltaría haciendo tres rondas en el aire para aterrizar sobre sus pequeños pies en el suelo, varios metros abajo. Después le tocaba a él. Dos, con dos vueltas, tenía que estar frente al público, sonriente, recto y podría volver a respirar. El impulso saldría primero de las piernas, luego la cintura recibiría la orden de arquearse, los brazos darían más velocidad al cuerpo, la espalda seguiría la dirección impuesta por los hombros y las rodillas tendrían que flexionarse para recibir el impacto. Una y otra vez, hasta alcanzar la perfección.

Terminaba el día exhausto. Allí nadie hacía chistes ni había muestras de afecto o palmadas por la espalda. Solamente a la hora de

comer, cuando todos se reunían en la gran mesa, se distendía un poco el ambiente. Pero eran tantos artistas que Martin no terminaba nunca de conocerlos a todos. Los más viejos solo hablaban ruso, lo ignoraban o fingían hacerlo. Era un muchacho talentoso, pero no era como ellos, tenía que quedar claro.

Mientras Irina conversaba con los demás artistas, Martin se mantenía a un costado, mirándola desde cierta distancia. Se daba cuenta de que ella lo trataba de manera condescendiente, como a un ser inferior y su amor propio aguantó firme cuando ella empezó a burlarse de él en público, porque lo que decían sus labios no era lo que transmitía su mirada. Martin estaba seguro, ella lo miraba, sus ojos se escapaban hacia él, precisos y veloces, como el vuelo de un águila, todas las veces que Bakulin no rondaba por ahí.

Martin iba a conocer sensaciones ya difíciles de vivir para un hombre, aún más para un joven de dieciocho años.

No era un niño soñador, la acción era el motor de su vida; a pesar de todo, brotaba en él una sed insaciable de aventura y una poderosa alegría innata y contagiosa. Apenas amanecía, su cuerpo ya se ponía en alerta, los músculos se preparaban para la acción, sus sentidos atentos, ávidos de conocimientos. Parecía que el corazón golpeaba más fuerte en su pecho que lo demás. No tenía la menor duda de que lo esperaba un destino fuera de lo común, no podía ser de otra manera.

16

Algo brillaba entre los granitos de arena de la pista, el inglés lo había visto luego de su segundo salto y al aterrizar, con la velocidad de una liebre, agachándose en una corta reverencia, tomó en su mano lo que pensaba que era una moneda y cerró el puño. La platea entera estaba de pie, aplaudiéndolos a Vlas, a Igor, a Tatiana y a él. En el estruendo de miles de manos chocándose, sintió la manita de la niña apretar la suya con fuerza, dos veces seguidas, como cuando le daba la señal del impulso para sus saltos. La miró. Su sonrisa… Por primera vez, la niña le sonreía. Ella le hizo una señal leve, con un movimiento del mentón, para que mirara hacia el otro lado, y entonces sintió un calor intenso en el corazón al ver que el enorme Vlas e Igor también le sonreían. Levantaron los brazos al unísono, como recibiendo sobre sus pechos las ovaciones. Esa noche Martin supo que era parte de uno de los circos más prestigiosos del mundo. Luego de la función, Bakulin fue a anunciarle, con el tono solemne que lo caracterizaba, que la gran Irina quería hablar a solas con él. Martin escondió el medallón en el bolsillo de su chaquetilla.

Entró un poco avergonzado en el camerino de la domadora, aún no lograba entender del todo lo que esa mujer provocaba en él. Ante ella se sentía completamente desarmado, luchaba con todo su ser para sobreponerse, para no sentirse ridículo. Ya no era un niño, pero tampoco un hombre, y estaba perfectamente consciente de que había que ser muy hombre para sostenerle la mirada a una mujer como ella.

Increíblemente, esa tarde Irina estaba afligida. Había perdido un medallón que siempre llevaba alrededor de su cuello y que, según ella,

le daba suerte.

—No podré salir al escenario sin esa medalla, algo saldrá mal. ¿Qué voy a hacer?

Irina reprimió un gesto casi imperceptible: se mordió la parte interior de su mejilla. Martin se quedó parado, en medio del desorden de la pieza, tratando de no dejarse intimidar por su deslumbrante belleza. Era la primera vez que estaba solo con ella. Sentada frente al tocador, el espejo principal reflejaba su rostro, los dos del costado, sus perfiles. Estaba terminando de maquillarse. Los ojos parecían aún más claros, rodeados de un negro esfumado que volvía su mirada hipnótica. Irina era como una diosa de tres cabezas frente a ese tocador, tres reflejos lo observaban, tres deidades con sus cabelleras negras que caían, espesas, brillantes, y que llegaban casi a la cintura. La pierna derecha asomaba por la abertura de la bata, tan perfecta que parecía esculpida en mármol.

El joven no lo pensó dos veces, era la oportunidad soñada para volverse útil a los ojos de la gran dama. Introdujo discretamente la mano en su bolsillo para asegurarse de que la medallita seguía allí. Avanzó unos pasos, se hizo un lugar entre dos enormes ramos de flores y esforzándose por hacer parecer su voz más grave, dijo:

—Si me permite, señora Kozatov, yo la buscaré y la encontraré.

Irina arqueó las cejas. Por un instante, la tristeza se borró de su mirada. Volvió a tener ese gesto altivo tan característico:

—Bueno, bueno… he aquí a alguien muy seguro de sí mismo. Dudo entre felicitarlo o castigarlo por su arrogancia.

Por toda respuesta, Martin le mostró su mejor sonrisa, las manos en la espalda, inclinó el busto como quien saluda a una eminencia. Irina lo miró con más detenimiento, era atractivo el mozo, tenía algo que hacía mucho tiempo que no veía en un individuo: carisma. Esa chispa tan particular de la gente dotada y que los hace brillar como un actor que camina siempre bajo las luces doradas del escenario. Le contestó con una voz aterciopelada:

—Si la encuentra, tendrá su recompensa, señor saltarín.

Con un gesto de la mano, le indicó el sillón de terciopelo rojo que se ubicaba a un costado de la mesa de maquillaje. La pequeña mesa estaba colmada de frascos de vidrio de distintos tamaños, collares,

hebillas con brillantes y cajas labradas con polvo de arroz. Martin pensó que nunca le podría regalar cosas tan caras. Tragó saliva, aclaró:

—Martin, señora, mi nombre es Martin Hall, para servirla.

—Tome un poco de té, está recién hecho.

Sonó más como una orden que como una invitación.

Con torpeza, el joven aceptó la taza.

—¡Cuidado! Está muy caliente.

Demasiado tarde; los labios de Martin ya habían tocado el líquido hirviendo. El joven se sobresaltó, sobre su muslo cayó parte del contenido de la taza. Aguantó el dolor sabiendo que en unos segundos ya habría pasado, como cuando, en el orfanato, la maestra le pegaba con una regla de madera sobre los nudillos.

La señora Kozatov sonrió de una manera extraña, como si disfrutase de verlo quemarse. Él se sentía cada vez más incómodo, turbado y torpe.

Hundió su nariz en la taza, el aroma era fuerte, el gusto del clavo de olor y de la vainilla eran las notas que sobresalían.

—En Rusia, tomamos el té muy caliente, por el frío, sabe.

Martin asintió, en Inglaterra también hacía frío, pero su madre siempre decía que el agua hirviendo quemaba las hojas de té negro. Al terminar, dejó muy despacio la taza de porcelana sobre la mesa. No encontró ningún tema de conversación, nada parecía demasiado interesante a los oídos de la gran domadora. Hubiese querido que, por arte de magia, ella se durmiese, cerrase sus ojos y se dejara contemplar en silencio durante horas.

Decidió volver al tema de la medalla:

—Le devolveré su medallón —dijo impostando la voz como para mostrarse seguro de sí mismo.

Ella lo observó unos segundos y sentenció:

—Me gustan los hombres audaces.

Martin se dio cuenta, por su expresión, de que ella se sentía cómoda en su presencia. Se rio de forma casi infantil, mostrando el bazar a su alrededor:

—Siempre fui muy desordenada, pero no soporto que toquen mis cosas. Ya es bastante difícil tener que soportar que me toquen con los ojos… con sus…

La mirada de Irina se ensombreció. De pronto se levantó, como ignorando su presencia. Se acercó al tocador, agarró un frasco cincelado y colocó un poco de perfume sobre su nuca, justo por debajo del lóbulo de la oreja. Era lavanda. A partir de ese momento, la lavanda sería, para el resto de su vida, el perfume de Irina, la mujer que vino del frío, la Medusa que lo petrificaba con la mirada.

Un gesto de la mano de la gran dama lo invitó a retirarse. El joven cerró muy despacio la puerta del camerino y se alejó silbando entre el andamiaje que sostenía la lona gigante de la carpa. Para lograr más efecto, esperaría el momento justo para devolverle la medalla de la suerte a su dueña. Quiso dejar pasar una semana, pero no pudo calmar la ansiedad, su juventud apuraba el destino.

Cuando, al día siguiente, Martin fue a devolverle la medalla a la domadora, la encontró peinando las crines de sus caballos. La vio muy erguida y con expresión grave, los largos dedos acariciando el pelaje del semental andaluz. Al encontrarse nuevamente con esos ojos violetas tan bellos y tristes, supo en ese instante que nunca en su vida los podría olvidar. Aquel día llevaba un vestido camisa azul noche de profundo escote. Le sentaba tan bien la seda que el joven se estremeció; sentía una excitación nueva, la imaginó desnuda y tuvo deseos de hombre. Bajó la mirada, se acercó a ella y le entregó la medalla tratando de guardar algo de compostura.

Con sus blancos dedos, Irina agarró la alhaja, su rostro se iluminó.

—¿Qué edad tiene usted, muchacho?

—Veinte —mintió.

—Es una bella edad. Yo era muy feliz a esa edad.

—¿No lo es ahora, señora Kozatov?

Era una pregunta imprudente, se arrepintió apenas salió de su boca, pero ella no se mostró contrariada, solo suspiró. No contestó, en cambio, su mirada fue hacia el exterior del establo:

—Mire, a esta hora una ligera neblina azulada oculta el horizonte, es bello ¿no lo cree? —volviendo a tensar los rasgos, preguntó—: ¿Qué quiere a cambio?

—¿A cambio de qué?

—De la medalla.

Martin negó con la cabeza, divertido:

—No. No quiero nada. O tal vez sí…

—Diga.

—Que no me llame más “el saltarín”.

Irina estalló en una carcajada:

—¿Bien, y cómo he de llamarlo entonces?

—Me llamo Hall, Martin Hall, a sus órdenes.

—Señor Hall —dijo ella aspirando la “h” como si fuera a soplar una vela—, yo, la gran Irina Kozatov, le doy las gracias por haberme devuelto mi preciada medalla, ya encontraré algo para recompensarlo. Ahora déjeme, quiero estar sola con mis caballos.

Envalentonado por la buena predisposición de la señora Kozatov, se retiró; sus pies no parecían tocar tierra, la suerte estaba de su lado.

Escuchó de nuevo que Irina reía y se sintió orgulloso, no tanto por haberle devuelto la medalla, sino porque esa madrugada le había regalado un poco de alegría.

Recordó que cuando de pequeño, con una bufonada, le sacaba a su madre una sonrisa, sentía un calorcito en el cuerpo muy agradable. Era ese mismo calor que sentía ahora, a pesar del frío de la mañana. Era su esencia, su forma de ser más íntima, no podía ver a una mujer desdichada, tenía siempre que encontrar la forma de hacerle olvidar su pena, aunque fuera un segundo. Su madre siempre mostraba ojos tristes. Hall suspiró, una nube de vapor de agua salió de su boca, pensar en el pasado no le hacía bien. Caminando hacia la gran carpa, prefirió imaginarse cómo sería la señora Kozatov en su adolescencia. Bella, seguramente de una belleza fresca y deslumbrante, una extraña mezcla de ternura y brutalidad. Le fascinaba cómo ella hacía aparecer cualquier gesto cotidiano como algo extraordinario. ¿Acaso se nacía con ese talento o era algo que se adquiría a lo largo de los años? Si Irina hubiese sido una muchacha de su misma edad, tal vez se hubiese animado a pedirle un beso a cambio de la medalla.

17

Poco a poco, la domadora cambió su trato hacia el nuevo integrante de la *troupe*: lo saludaba con algún gesto o palabra amable cuando lo cruzaba, aplaudía alguna de sus proezas y hasta le ordenó a su segundo, el lanzador de cuchillos, que le enseñara el oficio.

Vasiliev, el temido moscovita capaz de dar en el blanco con sus navajas a varios metros aceptó a regañadientes la orden de la señora Kozatov. Fue un duro aprendizaje para Hall: salía de las lecciones a veces malherido por manipular las afiladas armas sin la destreza necesaria. El moscovita resultó un maestro exigente y taciturno, pero Martin poseía una vista de lince y mucha habilidad, así que, una vez asimilada la técnica, él también logró lanzar con gran velocidad los cuchillos a varios metros sin errar. Pidió, para su número, que le confeccionaran un traje de pirata inglés, y cuando Irina lo vio, desde su escondite, lanzar en público los primeros cuchillos, la cintura ceñida en una tela brillante, un sombrero de alas anchas sombreando sus ojos y una blusa abierta lo suficiente como para mostrar un pecho juvenil y musculoso, supo que no se había equivocado: el joven era talentoso, incluso, era brillante. Al final del espectáculo, la hija de Vasiliev, Dasha, era la víctima parada de espaldas a la diana donde Martin tenía que lanzar los cuchillos. El joven nunca miró a Dasha, solo le daba importancia a la superficie pintada alrededor de ella, era allí donde tenía que apuntar.

Las navajas nunca tocaron un solo pelo dorado de la muchacha. Martin sabía perfectamente que, a la primera gota de sangre, a la primera herida, Vasiliev le rompería los huesos. El muchacho hacía su

salida de la pista escuchando los aplausos, desafiando al padre con la mirada.

Dasha no veía los cuchillos, miraba a Martin casi sin parpadear, su cuerpito delgado confiaba, entregado, en la destreza del joven. Su corazón latía no de miedo, sino de amor, y cada vez que una punta se clavaba a centímetros de su piel, se estremecía mientras escuchaba al público aplaudir enloquecido. Martin le dio al número de Vasiliev un brillo nuevo; entre cada destreza, saltaba, hacía alguna pirueta, lanzaba besos al público y realizaba algunos pasos de danza con sus botas altas sobre un banco de madera. El calor de los espectadores lo estimulaba como una droga, se sentía embriagado por las pasiones que su actuación generaba, solo le faltaba una cosa para sentirse completamente invencible: el amor de Irina.

Todos la esperaban a ella. La gran rusa cerraba cada noche la función y él nunca se cansaba de verla, una y otra vez. Sus fosas nasales atesoraban ese olor tan peculiar, mezcla de pelaje de equino, flor de lavanda, aroma de mujer, estela imperceptible que dejaba tras ella en cada ronda, en cada tranco, en cada galope.

Escondido detrás de unos fardos de paja, miraba a la domadora, vestida con su chaquetilla roja a botones, las botas negras y el rodete de trenzas entrelazadas, mientras practicaba figuras arriba de su corcel preferido. Realizaba pruebas de destreza de una increíble precisión y a pesar de que un falso movimiento, sin piedad, le quebraría la nuca en dos, apenas se movía la pluma que llevaba en la cabeza y una sonrisa iluminaba su rostro.

Tenía un rostro dulce, vivaz. Sus ojos tenían un color extraño. Sus iris eran de un azul tan profundo que por momentos parecían de color violeta. El pelo era oscuro y blanca su tez, pero cuando se enojaba, fruncía las negras cejas y entonces el rostro se volvía temible, de una dureza inesperada. Nunca les pegaría a sus animales, pero se decía que un día la mejilla de un malabarista se había encontrado con su fusta a raíz de una turbia historia de robo.

Para el joven Hall, la señora Kozatov era tan inalcanzable como un ave de la cordillera, planeando entre cimas rocosas. No solo porque era una mujer hecha y derecha o porque era la dueña del circo, sino porque era absurda la idea de que una mujer así se entregara al amor

de un hombre sin pedir nada a cambio. Él no tenía nada para dar, más que su ímpetu de adolescente.

¡Había que ver el lujo de los vehículos que la venían a buscar los domingos para llevarla a patinar al Palais de Glace! A Hall solo le dejaban la fantasía, mientras lustraba sus botas, no podía evitar imaginarla deslizándose, levantando chispas de hielo con el filo de sus patines al terminar una ronda, las mejillas sonrojadas por el esfuerzo, riéndose como una niña.

El otoño le pareció a Martin especialmente bello ese año, las hojas arrancadas por ráfagas suaves en la plenitud de sus colores, cada árbol vestía un tono ocre diferente según su tipo y altura, y los días grises no hacían más que resaltar aún más el amarillo de sus copas. En su tiempo libre, en especial mientras los operarios montaban la gran carpa, el enano Baku sacaba sus acuarelas y retrataba maravillosos paisajes en un cuaderno donde ilustraba la naturaleza de los distintos pagos en los que permanecía, por una temporada, el circo ruso. Baku era el único confesor de Kozatov, el único admitido en su casa rodante cuando, luego de mucho esfuerzo, le dolían los músculos y precisaba un masaje en las piernas.

Las malas lenguas decían entre bambalinas que el señor Baku ofrecía a la gran dama otros servicios más íntimos, pero Martin no se dejaba convencer, eran cotorreos de envidiosas. A sus ojos, Irina era una mujer intachable, capaz de domar sus deseos como domaba a sus equinos. El enano era probablemente la única persona en quien la domadora podía confiar, como la reina de un imperio de lentejuelas brillantes con súbditos maquillados. Como las estrellas, esa gente brillaba al comienzo de la noche; de día, eran solo unos débiles puntos en el cielo, algo imperceptible, evanescente. Todos salvo ella, que, como la estrella de Venus, era un destello permanente, marcando, para todos, la ruta a seguir.

Luego de ganarse la confianza de sus pares, fue admitido en el círculo selecto de los mejores actores del circo. Una vez a la semana se reunían en un comedor armado con elegancia en una carpa pequeña, tan pequeña para la cantidad de gente que entraba allí que si Vlas se sentaba a un extremo de la carpa, como era tan alto, su cráneo deformaba la lona, como si la carpa tuviese una verruga. Dasha se

ofreció tímidamente como traductora y Martin enseguida entendió por qué. En ese ambiente animado por el vodka, los cigarrillos y el café, se hablaba de política. Al pasar, el joven reconocía algunas palabras por haberlas escuchado en boca de los dirigentes anarquistas. Dasha le hablaba rápido y bajito al oído: "Los bolcheviques planean tomar Petrogrado en octubre, reclaman paz para los militares en el frente, tierra para los campesinos y pan para el pueblo. Lenin es el arquitecto de la revolución social. Acá nos dividimos entre leninistas y trotskistas. Igor dice que los liberales no los dejarán asumir".

Pero Hall no prestaba demasiada atención a lo que la muchacha le decía; sus ojos buscaban a Irina, pero ella nunca participaba de esas reuniones y Bakulin tampoco.

No dejaba de imaginarse que cada vez que la cortina de la carpa se corría, aparecería la domadora envuelta en su capa de visón, sin embargo, nunca sucedía.

Martin languidecía y se aburría demasiado en esas sobremesas que terminaban al alba. Entonces, una velada en que había tomado más vodka de lo que su cuerpo estaba acostumbrado, se levantó bruscamente tirando unas cuantas copas y, efusivo, le contestó a uno de los músicos, respetado por su talento como violinista, pero odiado por sus ideales políticos contrarrevolucionarios: "¡El levantamiento de las masas no necesita de una justificación!", y salió en medio de gritos y aplausos.

Titubeando, avanzó en zigzag buscando su camarín, tratando de recordar si la frase era de Stalin o de Doménico. La niña de la calle Guido. De pronto, envuelto en un silencio compacto, miró frente a él la constelación de la Cruz del Sur, brillando intensamente en la clara atmósfera del invierno. "Estoy perdiendo el rumbo", pensó. Su rodilla chocó con algo metálico; bajó la vista: era una jaula cuadrada. En su interior, acurrucado y tiritando, estaba el macaco del payaso, olvidado allí, a la intemperie. Hall abrió la jaula, acomodó la solapa de su abrigo y colocó al pobre animalito contra su pecho:

—¡Estos quieren la revolución para los olvidados del mundo, hablan y hablan durante horas, pero te dejan acá muriéndote de frío, amiguito! Quisiera ver la cara del payaso cuando descubra la jaula vacía.

Desilusionado y un poco borracho, decidió terminar la noche en compañía del macaco, era más amistoso que todos lo de la carpa juntos, no hablaba de política, solo mostraba su dentadura de tanto en tanto para agradecer la amistad de un hombre solitario.

Durante las siguientes reuniones, solo se quedaba el tiempo necesario para comer; en cuanto empezaban a hablar de política, se retiraba. Dasha permanecía con una triste sonrisa sobre los labios, mirando cómo las velas del candelabro se iban apagando en una lágrima de cera.

***

—¿Y por qué es así? —le preguntó Martin al enano.

—¿Así cómo?

—Tan seria siempre, sabe, con esa tristeza a veces en los ojos.

—Bueno, nosotros, los rusos, vivimos las pasiones con gran intensidad —Bakulin le ordenó con un gesto de la mano al joven que cerrara la puerta del camarín—. La vida de la señora Irina no siempre fue fácil. Su familia materna es tártara, proviene del Volga, un lugar muy lejano cubierto de nieve, acechado por los lobos. Nació en un pequeño pueblo feudal. Su padre era ruso, dueño de un gran circo; el mismo zar Alejandro II asistió a una representación. Pero no pudieron disfrutar de la gloria mucho tiempo. La madre de Irinushka tuvo un accidente con un caballo cuando ella era niña. El animal le aplastó el cráneo con su casco cuando ella cayó debajo de sus patas en el picadero. El hombre, en su desesperación, mató al caballo de un tiro delante de la pequeña, que se aferraba a sus crines. Había crecido con ese animal, era para ella como un hermano. Su abuelo, el creador del circo Kozatov, la formó desde muy pequeña en los secretos de la Alta Escuela de Equitación de Viena, de la cual había sido alumno. Pobre hombre —dijo mirándose las uñas.

—¿Por qué pobre hombre?

—Lo asesinaron durante una revuelta sangrienta entre rusos y polacos en 1863. Sergei, el padre de Irina, siguió con el circo, ahora era ella quien hacía la prueba con los caballos. A los diez años ya tenía todos los conocimientos de una domadora profesional, pero su padre le

exigía cada vez más, mientras él sucumbía a la bebida. Cuando murió, luego de una larga agonía, Irina tenía quince años y se quedó sola a cargo del circo, de las deudas y de los animales.

Bakulin sacó del bolsillo interior de su saco un cigarro, lo prendió y aspiró varias veces ahuecando las mejillas. Su rostro redondo desapareció por un minuto detrás de una nube de humo blanco. Siguió el relato con tranquilidad, saboreando el efecto en su oyente.

—Vino la gran guerra, lo perdió todo. Presenció, impotente, cómo los soldados se llevaban a sus queridos caballos para servir en las batallas y morir en combate. Unos ejemplares de raza polaca, de la región del Mazury. Acá pocos los conocen, son caballos de silla de gran porte, espléndidos y vigorosos. Luego, gracias a un magnate, logró reconstruir el circo, es este en el que estamos ahora. Los sementales que monta ahora son originarios de Andalucía, lindos especímenes también, aunque a mi gusto un poco pesados a la pierna. Le fue bien un tiempo, pero el amor lo vino a complicar todo. El magnate dejó de ayudarla cuando ella se rehusó a casarse con él. Llevó el espectáculo por toda Europa y cruzó el Atlántico para conquistar nuevos espectadores, buscando artistas talentosos y huyendo de la gripe española y de sus acreedores.

—¿Por eso nunca se la ve sonreír ante el público?

Bakulin se fastidia porque Martin lo interrumpe, pero continúa.

—Irina es una mujer indomable, de una asombrosa fortaleza. Defendió el circo de su abuelo contra todos los embates del destino y se siente muy responsable de todos los que dependen de ella, hombres y animales. La medalla que le devolviste era de su madre, por eso cree que, si sale al picadero sin ella, sin la protección de su madre, el ánima del caballo asesinado volverá, hará tropezar su montura. Los rusos son muy supersticiosos. Pero no le digas que te conté toda esa historia, tampoco sé por qué lo hice, tal vez porque creo que sos una buena persona. Supongo que ella te aprecia, porque nunca la vi comprar un artista a otro circo. Debe haber visto algo en vos que vale la pena.

Martin dio por terminada la conversación. Se estaba por retirar, cuando el hombrecito, subido a una mesa para llegar a la misma altura, clavó sus ojos en él:

—Una última cosa, mozuelo, la señora Kozatov es una “flor

imperial", o sea, la mejor mano que uno pueda tener en un juego de póquer. Ni se te ocurra siquiera imaginar que puedes tocar un pelo de ella o la puntita de su corazón. Después de todo lo vivido, solo las pasiones muy fuertes llaman su atención y ese tipo de pasiones se dan en ambientes lujosos. No sé si me entiendes.

—Creo que sí —tartamudeó Martin, sin embargo, no le resultaba muy claro qué relación tenían las pasiones fuertes y el lujo.

Al contrario, en su joven cabeza, las clases adineradas no podían tener acceso al desenfreno de un amor libre y espontáneo. Vio alejarse con alivio a su interlocutor, caminando, las piernas un tanto arqueadas, dejando tras de sí una estela de humo, como una locomotora de juguete. ¿Qué relación unía a esos dos seres tan distintos? Bakulin era el administrador del circo, el agente de la domadora, y era evidente que tenía un don para los negocios del espectáculo. Quedaban muchas preguntas sin responder.

El joven Hall se quedó pensativo, imaginando a una pequeña Irina acostada sobre el cuello de un zaino, suplicando por su vida, luego el padre gritándole, tal vez empujándola y disparando al indefenso animal maniatado al piso. Entendió entonces esa relación tan peculiar que tenía con sus caballos, ella les hablaba y parecían comprenderla. Incluso creyó entender las contradicciones de su carácter, por momentos glacial y por otros ardiente.

18

Martin entró a la gran carpa seguro de no encontrar a nadie a esas horas de la madrugada. El mal tiempo que persistía desde la noche anterior daría a todos los artistas un pretexto para seguir durmiendo. Aprovecharía la pista para practicar sus acrobacias tranquilo. Respiró hondo tres veces, como le había enseñado el criollo, estiró su musculatura y se lanzó a dibujar círculos en el aire dando saltos ágiles alrededor del escenario. En una de las piruetas, falló el aterrizaje, no encontró su centro de gravedad a tiempo y quedó tendido de espaldas. Entonces la vio. Fue tal la vergüenza que no pudo mover un solo músculo. A metros del suelo, sentada sobre el trapecio, Irina se balanceaba tan silenciosa y liviana como una pluma. Martin quedó atrapado, conmovido por la imagen de esa mujer que posaba sus ojos sobre él con la dulzura de un ángel. Era otra Irina, nunca la había visto tan bella. Llevaba el conjunto que usaba para los ensayos, un corsé un tono apenas más oscuro que su piel y una falda corta de seda que parecía el pétalo de una rosa.

—¿Sabe por qué se cayó, señor Hall? —dijo ella desde lo alto de la carpa—, porque no hizo un dibujo imaginario de lo que estaba por ejecutar. Uno no se lanza al azar, es demasiado peligroso. Dibuje siempre en su cabeza los giros; de esa manera, su cuerpo sabe qué le va a pedir y nunca fallará. De nada le sirve su ímpetu si no está controlado por la mente. Es como ese trapecio: sin el empuje que le doy no me sirve, pero sin una idea muy clara de lo que quiero realizar, me romperé el cuello.

Irina tomó impulso, estiró el busto y se precipitó al vacío. Hall dejó

de respirar por varios segundos hasta que reparó en que solo era una pirueta. La trapecista volvió a sentarse, serena, retomó los consejos balanceándose, consciente de la fascinación que ejercía sobre el pobre Martin:

—Cuando un caballo se mueve con buen equilibrio, rara vez se oyen sus cascos al tocar el suelo. Un animal desequilibrado, particularmente montado por un jinete rígido e inexperto, chocará y golpeará el suelo. Lo mismo le sucede a un acróbata, la llegada del salto final debe ser imperceptible. Tiene mucho que aprender todavía "Saltarín", pero va por buen camino, es perseverante y sabe de disciplina, eso es lo principal.

Lejos de apaciguar su corazón, las palabras de la domadora incrementaron aún más su malestar. Odiaba que lo viera como un aprendiz, un mozuelo inexperimentado y torpe. Esa mañana, levantarse del suelo y mantener la cabeza en alto fueron las pruebas más difíciles de su joven existencia. Irina debió haberlo percibido, porque dejó de hamacarse, estiró el brazo para agarrar una larga soga que colgaba cerca del trapecio y se deslizó hacia abajo con las piernas cruzadas. Martin no pudo evitar observar el torneado de sus muslos, la delicadeza de los tobillos, la firmeza del busto. Toda una vida en el circo había moldeado el cuerpo de la rusa; a pesar de que ya no era una muchacha, conservaba un cuerpo firme, con perfectas proporciones.

Para cuando los pies de Irina tocaron la pista, Martin ya se había levantado. Sin saber qué hacer con las manos, empezó a sacudir su camisa como para sacar algunos granitos de arena que se hubiesen pegado a ella. No podía sostener la mirada de esa mujer, temía que fuera demasiado obvio el torbellino de emociones que provocaba en él su imponente presencia. La domadora, lentamente, levantó el brazo y casi con un gesto maternal, le reacomodó un mechón de pelo que le atravesaba la frente.

—No sabe lo difícil que es salir al escenario algunos días, sonreír, levantar a esos caballos con la mente. Porque, sabe, ellos responden a mi energía; si no estoy bien, no van a levantar las manos a mucha altura, estarán distraídos y tropezarán sobre la arena. Me gustaría tener su energía, su optimismo, usted, Saltarín, tiene algo muy

especial, lo espera un gran destino, ya verá.

Luego de un breve silencio, retomó con su voz pausada:

—Ya, vaya con su pequeña Dasha, ella lo espera, déjeme con mi melancolía, ya pasará.

Martin tuvo un instante de hesitación. Cuando habló, al ver la reacción de Irina, apenas pudo creer que esas palabras habían salido de su propia boca:

—Pero no es a Dasha a quien amo, es a usted.

—¡Joven impertinente! Salga ahora mismo de mi pista.

Hall salió cabizbajo. En cuanto la cortina se cerró, la domadora rompió en llanto. ¡Hubiese sido tan fácil responder a ese amor, dejarse llevar…!, ¡pero qué escándalo! Ella de casi cuarenta años con ese mozo de apenas veinte, ¿qué diría la compañía?, ¿la gente? Podía poner en peligro todos esos años de trabajo.

Miró hacia la entrada. Detrás de la cortina de sus lágrimas, a unos metros de allí, la silueta de Martin parecía un espantapájaros, una estatua negra e inmóvil. La lluvia caía a su alrededor, pero no se movía, miraba fijamente en dirección del camarín de Kozatov sin siquiera reparar en el charco que iba recubriendo sus pies.

Siguiendo un impulso y sin escuchar los argumentos de su razón, bajó del escenario y le hizo una seña a Martin para que la siguiera hasta su carruaje. Cerro detrás de él la puerta con cerrojo y apagó todas las luces, dejando solamente una tenue llama de lámpara de aceite. El joven tiritaba, se escuchaba cómo sus dientes chocaban unos contra otros. Sin decir una sola palabra, Irina le sacó el abrigo de lana y los botines, como si fuese un chiquilín, y cubrió su cuerpo con una espesa manta. Luego esperó que la tetera terminara de calentar el agua mirando inmóvil por la ventana. En la penumbra, brillaban sus ojos violetas. Martin no lograba discernir lo que esa mujer pensaba en ese momento, el misterio lo agobiaba. Cuando por fin logró respirar a fondo, percibió el perfume que usaba siempre y entonces escuchó que decía con voz profunda:

—Le voy a hacer una propuesta, señor Hall. Usted va a pasar el día acá conmigo. Yo le enseñaré todo lo que sé del amor si usted así lo desea, pero mañana tiene que prometerme que no seguirá con el circo. Nosotros partiremos hacia el oeste, pero usted se quedará acá y no nos

volveremos a ver nunca más.

—Pero no puedo, Irina, la amo. En otra ciudad, nadie nos conoce…

—Esa es mi propuesta, la toma o la deja.

Su voz sonó ronca, apenas un suspiro.

Martin sintió vértigo, luchando contra las ganas de llorar como un chiquillo. Se sobrepuso y pensó en lo que haría un hombre en su lugar. Colocó una mano temblorosa sobre las rodillas de la domadora, ya no temblaba de frío, sino de algo que le era imposible definir, como una mezcla de miedo y ansiedad.

La atracción que ejercía Irina sobre él era demasiado fuerte, nada podía hacer para evitarlo. La vio levantarse, dar cuerda al megáfono, seguir con un balanceo de la cabeza la melodía con los ojos cerrados. Escuchó la voz nasal del cantor, el crepitar del disco. Apenas podía creer que eso fuese real, que Irina estuviese ante él, no se lo hubiese imaginado ni en sus sueños más audaces.

Obedeció a una mano que lo invitaba a bailar. Irina posó un dedo sobre su hombro y él se dejó guiar. Pensó que todavía no había aceptado la propuesta, pero ya era tarde, no tenía fuerzas para rechazarla.

Las gotas de agua resbalaban por los cristales de la ventana del camerino. El día siguiente sería muy triste, ¿pero para qué pensar en eso? El dedo de pronto fue bajando sobre su pecho hasta llegar al primer botón de la blusa, se detuvo allí, como dubitativo, sintió cómo jugaba, buscando un lugar para tocar la piel debajo del algodón. Martin cerró los ojos, temblaba.

—¿Tiene frío todavía? —preguntó ella.

Él asintió con la cabeza, pero no, no era frío, era otra cosa, algo que por primera vez su cuerpo experimentaba.

El tamborilear de la lluvia sobre el techo de zinc, los perfumes que emanaban de los numerosos tapices y cortinados, el silbido del viento que pasaba por debajo de la puerta, las velas, todo hacía del lugar un sitio irreal. Martin pensó que no le importaría quedarse allí toda la eternidad, embriagado de deseo, insensible al mundo exterior.

Escuchó que ella le decía al oído:

—Entonces, hemos convenido que este será nuestro momento y nada más. Usted sabe la vida que he llevado, sabe qué clase de mujer soy,

sabe que entre nosotros dos nunca debe existir el amor. Pero si las cosas hubiesen sido distintas, señor Hall, le aseguro que hoy me hubiese enamorado de usted.

Martin calló. Como una daga afilada, las palabras de Irina atravesaron su pecho en un corte perfecto. El dolor fue agudo, punzante. Sintió cómo ella apretaba fuerte la mano que tenía en la suya, cómo acercaba su cuerpo mientras giraban despacio al compás de la melodía. Los ojos grandes y oscuros estaban tan cerca de los suyos que era imposible no caer en ellos como en un pozo sin fondo.

—Sin dolor no hay alegría, le enseñaré el éxtasis del mal.

Martin no entendía. Esa mujer lo estaba volviendo loco, lo mareaba, como una sirena en medio de un mar agitado. La única forma de no ahogarse pensó, era dejarse llevar por la marea. Dieron un giro más, cada vez más cerca uno del otro. Tropezaron, sus cuerpos fueron recibidos por el sillón rojo, olor a lavanda. ¿Cuántos hombres habrían amado a Irina en ese sillón? Martin empuñó la botella de vodka que encontró detrás de un almohadón y tomó del pico bajo la mirada chispeante de la domadora.

Afuera, el cielo oscuro y bajo escurría una lluvia cada vez más intensa, el lujoso camarín parecía una nave perdida en la oscuridad, naufragando en medio de un diluvio.

—Ahora me va a besar, muy suavemente el cuello y luego, despacio, irá hasta mis labios. Es fácil, yo responderé a su beso, no piense más en nada, déjese llevar. Seguirá mi ritmo, como sobre el trapecio, caeremos juntos, muy abajo, irremediablemente.

Martin trató de domar los impulsos que el deseo apresuraba, quería dejar de tener miedo de hacer algo mal, de lastimarla o de que alguna torpeza arruinara el momento.

—Quiero el amor que atormenta y duele, no el que, suave, se marchita lentamente.

Martin no escuchó, el alcohol ya empezaba a derretir sus pensamientos, sufría de un deseo tan intenso que le daban ganas de llorar.

Un suspiro de placer le aseguró que Irina disfrutaba de sus caricias, cada vez que se enardecía, ella lo retaba suavemente, obligándolo a frenar su impulso. Era como adiestrar un bagual brioso. “Tenemos

tiempo", le susurraba. Tambaleantes, se fueron acercando al lecho.

Cuando entró en ella, Martin quiso mirarla a los ojos, pero ella tenía los párpados cerrados, concentrada en cada segundo de placer que los dos cuerpos compartían.

—Esto es una locura, usted tan joven y yo…

Las manos temblorosas, acariciaron ese cuerpo sagrado, rastreando como un perro cada centímetro de piel, hundiendo su nariz entre sus senos. Ella clavaba uñas y dientes en Martin acelerando la cadencia hasta llevarla a no ser más que una serie de espasmos incontrolables, oleadas de un placer fulminante.

Eso fue todo lo que le escuchó decir a la domadora cuando, después de hacer el amor, le acarició el pelo mojado, sonriendo entre lágrimas. El resto de los saberes que ella le quiso enseñar esa noche fue sin muchas palabras. Guiado por las miradas y las manos de su maestra, Martin aprendió a amar a las mujeres. Porque en ese camarín, era evidente para él que Irina representaba a todas las mujeres que amaría en su vida y la volvería a encontrar a ella en cada una.

Al día siguiente, al ver marcharse a los caballos del circo entre la niebla, Martin lloró como un niño desamparado. Se prometió que sería la última vez de su vida que vería a un ser querido alejarse de él. Esa mujer que pasó por su juventud como la estela de un perfume le había obsequiado un preciado regalo: el saber ancestral del amor, haciendo de él un hombre aún más valioso. Sin embargo, el precio le pareció muy elevado, su corazón estaba hecho trizas.

Recordaría toda su vida esa noche y el sonido de la balalaika que tocaba la domadora todos los atardeceres, sentada sobre los escalones de su carriola.

Dasha, la rubia, también lloró desconsolada durante todo el camino que llevaba al circo ruso lejos de la capital atlántica. Nunca supo por qué su pirata se había negado a seguirlos, nunca supo por qué él no le dijo adiós.

19

En ese instante, Martin, parado en medio del baldío donde antes se elevaba la magnífica carpa del circo, se sintió atascado y muy solo. Un hueco se le hizo en la boca del estómago, recordándole las noches en las que su padre le daba un último beso antes de irse, sin saber si estaría en casa al día siguiente. La pregunta volvió, siempre sin respuesta: ¿adónde iba mi padre?

La misma pregunta retornaba ahora como un eco: ¿adónde se iba Irina? Se sintió desamparado; esta vez, el espectáculo había terminado, llevándose con él su magia. No quedaba nada allí, solo barro y cielo gris, el cielo más gris que Hall hubiese visto, un gris pálido, lavado e insulso.

De pronto, a sus espaldas, escuchó una voz. Vio una figurita que se agitaba a lo lejos, gritaba y sacudía los brazos corriendo hacia él. Cuando logró entender qué sucedía, su primer impulso fue escapar, pero sus pies no se movieron, solo sus labios emitieron un leve sonido, desahuciados:

—¡Flor de Loto!

—Malin, ¿*pol* qué se fueron sin *espelarnos*? ¿Qué vamos a hacer *alora*? —decía la pequeña mujer tratando de recuperar el aliento.

El joven tardó en contestar, ya empezaba a añorar la soledad que lo entristecía minutos antes. Había algo peor que estar solo y era estar acompañado por esa pequeña mujer del demonio.

—¿Sabés cuál es la próxima ciudad a la que planeaban quedarse? —preguntó.

—Nunca se *puele* saber, pero escuché que iban hacia el norte.

Flor de Loto ilustró su respuesta con el dedo índice apuntando hacia adelante, en la punta de este, Martin observó que la uña, de un largo inusual, casi daba una vuelta sobre sí misma.

—¿Qué pasó a vos que quedaste solo?

Martin pateó una piedrita que tenía frente a su pie, la miró dibujar medio círculo en el aire y caer dentro de una lata oxidada:

—Me quedé dormido. ¿Y vos? ¿Por qué llegaste tarde?

—Fui a ver a un primo, comprar *hielbas medical* china.

—¿Opio, querrás decir?

Flor de Loto soltó una frase en mandarín. Sonaba como si se hablara a sí misma. No contestó la pregunta. El joven sintió que el ácido de su estómago le llegaba a la garganta.

—Vos y yo ir a buscar *cilco* juntos.

Los dientes amarillentos de Loto aparecieron en una sonrisa ladina. Ambos giraron al mismo tiempo la cabeza para ver el coche de camino techado donde el inglés había vivido todo ese tiempo, pero no tenían caballo entre las varas.

Martin se imaginaba lo ridículo que sería para los que se les cruzaran ver a un inglés y a una chinita no más alta que tres tallos de puerro andar solos por ahí.

Pero tampoco podía quedarse en Mar del Plata. Allí, todo le haría recordar a la señora de los caballos negros. Así como algunas hojas secas se rehusaban a separarse de la rama que la sujetaba, el corazón de Martin no podía olvidarse de Irina. La segunda promesa que se hizo a sí mismo fue que haría lo posible o imposible para acumular riquezas suficientes para poder conquistarla y desposarla algún día. Esa idea le dio el entusiasmo necesario para seguir adelante. Para el mediodía, tenían una vieja mula gris comprada a un gitano tuerto a cambio del baúl repleto con su ropa de circo y las diez navajas que tiraba sobre la diana de Dasha.

Hall aceptaba los eventos como le llegaban, convencido de que por algo sucedían. Entonces, se entregó a las ideas estrafalarias de su nueva compañera de viaje, ya que, como decía ella: “Si yo *pule* venir desde lejana China, tú *puele* seguir hasta el norte, vos confiar en Flor de Loto”.

Desde el primer día de viaje, la chinita lo obligaba a tirar de la mula

la mayor parte del día, mientras le contaba los planes para conseguir plata y comida. Martin, tan necesitado como ella de alimento y un techo para pasar la noche, se resignaba, con la única esperanza de volver a ver a Irina. La domadora era su guía, la estrella de su amanecer, el faro de su vida.

Hubo caminos, hubo pasos, polvo blanco, casas de barro, vacas y ríos.

—¿Qué sabes *hacel*? —le preguntó la chinita en un tono autoritario.

¿Qué sabía hacer? Qué buena pregunta. Todo y nada, era capaz de hacer muchas cosas, pero no tenía ningún oficio en particular. La mujercita sobre su espalda era como un diablillo revolviendo su conciencia, hurgando, sacando lo bueno y lo malo. Conocía algunos trucos de magia; le mostró a Flor de Loto, allí, en medio de un campo de pasto verde y vacas negras. Ella arrugó la frente, puso su mano sobre el mentón e ideó un número de feria, un espectáculo ambulante. Ella sí poseía un don que captaba todas las miradas: era capaz de contorsionar el cuerpo de tal manera que parecía un nudo que podía hacer y deshacer a su antojo, lentamente, como una cobra, ante un público magnetizado.

Al día siguiente, estrenaron con éxito su pequeño número de saltimbanquis en el primer pueblo al que arribaron. No fue un éxito rotundo, pero recaudaron algo de dinero para una comida caliente. Flor de Loto apareció una mañana con una manta de color brillante y una corneta, luego con una carreta toda destartalada que Martin reparó como pudo. Viendo la mula atada a la carreta, la manta y el joven acariciando las largas orejas del animal, Flor de Loto esbozó una sonrisa, no era como estar en el circo ruso, pero era mejor que nada.

Apenas paraban la carreta en la plaza central de un pueblo, Hall tenía que llamar la atención de la gente, arengando, cantando y gesticulando. Mientras tanto, arriba de la chata, la mujer ejecutaba sus posturas siempre con una intrigante sonrisa sobre los labios. Luego, el muchacho mostraba al público sus dotes de mago, haciendo desaparecer y reaparecer monedas y billetes. Concentrado en la ejecución de sus maniobras, Hall tardó varios días en percatarse de que mientras los espectadores lo miraban absorto, la chinita vaciaba los bolsillos de los que estaban mejor vestidos.

Se hacía tan chiquitita que se volvía invisible, culebreaba entre las piernas del público, se volvía sombra entre las sombras, desaparecía en el pliegue de un vestido, detrás del cochecito de un bebé o de la espalda de una sirvienta de anchas caderas. Martin la vio, pero no se animó a hablar del tema. Era agradable dormir bajo techo, comer bien de vez en cuando y tener donde asearse. Era cómodo comprar ropa nueva, avena para la mula y un abrigo para los días ventosos. Entonces se volvió cómplice de los robos. A medida que ganaban un poco de dinero, el espectáculo se volvía más atractivo, usaban tambores, flautas, maquillaje y hasta un sombrero donde hacer desaparecer un conejo de verdad.

20

Llegó la primavera, los días se hicieron más largos y cálidos. Cruzaron provincias, llanuras pobladas de ñandúes, colmadas de palmeras, curtidas de tierra seca. Anduvieron entre altos pastizales, montes y montañas, llanuras y lagos. Pero de Irina y de su circo, ni rastro. Entonces Martin levantaba el pecho en un suspiro, unas lágrimas caían, pesadas, sobre la tela gastada de su pantalón.

—Mago triste no gana *dinelo*, inútil. *Quielo* verlo feliz. Feliz, dinero, no feliz, ¡no *dinelo*! —lo retaba Flor de Loto.

—No está bien robar, no podemos seguir así, va a terminar mal —dijo él mirando el cuerpo simétrico y alargado del animal.

—Yo no *lobo*, yo hago *pagal* a la gente lo que espectáculo vale.

Entonces, la chinita le enseñó a Martin a robar, a manipular los dedos como si fuesen palitos chinos, hacer que su mano pesara menos que una pluma y volverse invisible, mirando siempre hacia el suelo y moviéndose como una sombra.

—Mi espectáculo *mejol* que el tuyo, entonces yo actuar, ¡vos *lobar*!

Martin emitió un gruñido, no le gustaba la idea, pero Chinita tenía razón: nadie podía sacarle los ojos de encima cuando empezaba a retorcerse. De cualquier sexo o edad que tuviese su espectador, todos los ojos quedaban pegados a ella, como abejas en la miel, extasiados. Hall podría haber arrebatado un hijo a una madre, una novia a su pretendiente, un caballo a un gaucho que, por unos minutos, ni se hubiesen percatado. Hasta el mismo Martin no se acostumbraba a verla contorsionarse sin que le doliesen todos los huesos. Flor de Loto era un mal necesario. Fue así como el joven inglés se convirtió en

ladrón de billeteras, de monedas sueltas, de cigarreras de plata y de broches de nácar.

Flor de Loto lo miraba a veces de reojo, sin que el joven se percatase. Esa pequeña mujer lo incomodaba, era como viajar con una víbora, un ser escurridizo, frío y calculador. Una noche, mientras comían en una pulpería que tenía dos mesas donde servían empanadas fritas, Flor se puso melancólica, había un perfume en el aire, algo floral que le recordaba a su pasado. Martin aprovechó la ocasión para preguntarle cómo había llegado a la Argentina.

—Mi padre —dijo lentamente mientras juntaba las migas de su plato con la yema del dedo—, *caló* mientras cabalgaba un palanquín, la ama cayó y él condenado a *muelte*. Toda la familia *condenala* a la *miselia*. Yo vendida a *cilco*.

Eso fue todo, pero dejó al joven pensativo: ¿qué país era China? ¿Condenar a muerte un hombre solo por tropezar? Sintió piel de gallina. Cuántos países y cosas le faltaban por conocer. Se sintió muy chiquito en medio de un mundo tan vasto. Al final, tenían algo en común: padres sentenciados por sociedades con justicias arbitrarias. Miró a Flor de Loto e intentó una sonrisa amigable, pero ella ya no estaba allí, estaba lejos, había vuelto a su pueblo tal vez, solo con el poder de la mente y las huellas del recuerdo.

En Navidad estaban en Corrientes. Flor de Loto, en general poco propensa a compartir las ganancias, le regaló un cuchillo de mango de alpaca, seguramente robado a algún baqueano embobado por sus nalgas envueltas en medias rojas y oro. Le agradeció el regalo, pero Martin estaba melancólico: cada día que pasaba en la ruta parecía alejarlo más de su amor en lugar de acercarlo. Ya le costaba recordar con precisión el rostro de su domadora rusa. Empezó a perder el entusiasmo, a dudar del sentido de su búsqueda, a pensar de que seguramente ella ya lo había olvidado. Tal vez, no estaría contenta de verlo, lo retaría por no cumplir con su promesa. Todo eso era absurdo, ¿hasta cuándo seguiría viaje con la chinita? ¿Acaso se quedaría atado a ella toda la vida? La miró durmiendo, roncando suavemente, en la parte trasera de la carreta. Se la veía tan frágil en ese cuerpito delgado como un junco. Sin embargo, en cuanto abría los ojos, aparecía el dragón que se escondía en ella. Martin sospechaba que, al contar

episodios de su pasado, mezclaba adrede ficción y realidad, pero debió haber sufrido mucho para ser tan astuta. Era casi imposible saber su edad, ni siquiera su verdadero nombre. Lo único que contaba, en las veladas, eran cuentos chinos sobre montañas que se movían, sabios de barba larga, concubinas prisioneras en palacios dorados y emperadores crueles.

En este preciso punto de la historia, el joven aventurero se encontraba estancado entre una mujer que apenas toleraba y que lo seguía a todos lados parloteando sin cesar, y una mujer amada, silenciosa, inasible, inalcanzable.

Cuando la angustia se apoderaba de él, Martin se aferraba a su sueño, el sueño de volverse rico algún día. Presentía que un gran destino lo esperaba, que merecía ser más que un mago de feria. Confiaba en que la vida le daría alguna oportunidad.

Y la vida le dio otra oportunidad, pero de una forma inesperada.

En la ciudad de Resistencia, Chaco, algo salió mal, tal vez porque Martin estaba distraído, tal vez porque Flor de Loto estaba resfriada, pero un agente de policía desconfiado de los artistas de poca monta empezó a observarlos con otros ojos. Martin cruzó esa mirada fría y determinada al momento en que retiraba la mano de la cartera de una dama, como si el bolso fuese a morderlo.

Pero ya era tarde, el sonido estridente de un silbato alertó a los pueblerinos. La masa humana que lo rodeaba se volvió entonces como una red. En ella quedó atrapado.

21

Las paredes del calabozo tenían unas enormes manchas de humedad que desplegaban un abanico de colores verdosos. Varias moscas daban vueltas alrededor de una palangana que servía de mingitorio.

Su cuerpo recordó, al moverse, cada punto preciso donde la porra del policía había pegado. En la penumbra, Martin sintió una presencia, se dio vuelta, apoyándose sobre el codo, y vio en un rincón una masa humana sentada en el sitio más oscuro:

—¡Qué lugar encantador! —dijo con sarcasmo—. Me llamo Martin, "el inglés" me dicen.

—Soy "el paraguayo" —contestó sin ganas la masa.

—Disculpe, caballero, ¿no vio por casualidad una mujer china muy bajita que venía conmigo?

—Se fue.

—¿Cómo que se fue?

—Salió retorciéndose como un gusano por medio de los barrotes. No he visto nunca algo semejante, parecía tener huesos de felpa.

Martin suspiró.

—Sí, por supuesto, ¡tiene un talento especial para eso! —agregó para sus adentros—. ¡Más le vale volver con las llaves o me las va a pagar!

Movió la cabeza de un lado a otro, comprobando el estado de sus cervicales. No estaba seguro todavía de si el desconocido era una persona hostil o amistosa. Lo que sí sabía era que la sensación de estar preso lo ponía muy nervioso. No soportaba la idea de que unos fierros le impidiesen salir. Llamó dos o tres veces, con la esperanza de que

algún agente acudiera a aclarar la situación.

—Es la hora del almuerzo, no hay nadie en la comisaría —le dijo el otro preso con una voz sin matices.

—¡Maldita chinita! —escupió. Los nervios lo volvían locuaz, tenía la necesidad de hablar con la masa humana—. Sabía que era una mala idea, que algún día nos iban a pillar. Ahora ella está libre y yo acá dentro. Seguro que se llevó la carreta con todo. Y vos, paraguayo, ¿por qué estás acá?

—Contrabando.

—¡Ah, nada del otro mundo! Como yo, somos pequeños delincuentes nomás. No nos van a dejar acá mucho tiempo, supongo. ¿Qué cosas contrabandeaste, si se puede saber?

—Armas.

Martin se quedó mudo, sus argumentos se acababan de romper en mil pedazos.

—¡A la pucha! —exclamó perplejo, luego no dijo nada. Ya no se le ocurrían temas y su compañero de celda no parecía tener muchas ganas de entablar una conversación.

De pronto, el paraguayo pegó un salto y se tomó la cabeza con ambas manos. Martin no tardó en comprender que un objeto pesado, envuelto en una media, había sido lanzado desde afuera, entró por la diminuta ventana e impactó en la cabeza de la masa humana. Se precipitó sobre el bulto en cuestión con una amplia sonrisa:

—¡Chinita, chinita! ¡Retiro lo dicho, sos una mujer formidable! —murmuró mientras sacaba de su envoltorio un manojo de llaves grandes y pesadas.

Por primera vez, le vio la cara a su compañero, o por lo menos, lo que se podía ver de ella a través de una espesa cortina de pelo negro que caía sobre una amplia frente. El hombre debía pesar no menos de cien kilos. Fuera de su rincón, parecía una momia que de pronto recobraba vida. Estaba vestido con ropa desgastada y tenía alrededor del cuello unos collares hechos con semillas de distintos colores. Tenía toda la apariencia de un salvaje sacado de una selva profunda o la de un oso cautivo. Pero su mirada era la más triste que Hall hubiese visto, la esperanza de salir del calabozo apenas había dado un poco de brillo a esos ojos negros.

Se apuró en probar las llaves. La tercera fue la correcta.

Apenas la puerta abierta, el paraguayo le dio un empujón para salir primero.

—¡Eh, eh, eh! Tranquilo, no voy a dejarlo acá dentro, ¡la suerte se comparte!

Una vez afuera, sin saber adónde ir, Martin siguió al paraguayo que corría mucho más rápido de lo que se esperaba de un cuerpo tan robusto. A todas luces, el contrabandista conocía las calles del pueblo y se dirigía hacia un lugar preciso.

Lo siguió varias leguas hasta llegar, la lengua afuera, a la orilla de un río. Una manada de aves levantó vuelo al sentir la presencia humana acercarse, pero salvo los pájaros y algunas ranas, no había un alma en los alrededores.

—La suerte se comparte —le dijo el hombre mientras que, con agua hasta media pierna, sacaba de los juncos una pequeña embarcación de madera rústica.

Martin tomó su lugar en la barca, aferrándose a los bordes, cuando se tambaleó al subirse el paraguayo. Estaba impresionado: salvo un poco de sudor en la frente, el indio estaba fresco como si recién despertara de una larga siesta. Empuñó los remos y mirando hacia atrás, se dirigió hacia lo hondo, donde la corriente los llevaría rápidamente sin hacer ni el mínimo esfuerzo.

—¿Cómo te llamás? —preguntó el inglés cuando ya estaban lejos del punto de partida.

—Avelino Costa.

Luego de unos minutos:

—¿Hacia dónde vamos, Avelino?

—A donde nos lleve el río. ¿Acaso querías volver con tu china?

—Oh, no, no, para nada… Además, no es *mi* china, es *una* china, y es mejor perderla que encontrarla.

Por primera vez, Hall vio al paraguayo esbozar un rictus que se parecía a una sonrisa. Fue todo lo que se dijeron hasta la madrugada del día siguiente. Le caía bien ese indio. A la luz del atardecer, le afloró un poco de culpa por haber abandonado a su compañera de viaje, pero se disipó rápidamente, ella sabría arreglárselas sola. Le preguntó al paraguayo cómo era eso de ser contrabandista. Lo escuchó

atentamente, luego, al cabo de unos minutos de reflexión, dijo:

—Puedo ser uno yo también, tengo muchas habilidades, sé confeccionar explosivos, lanzar cuchillos a metros de distancia, montar a caballo, fabricar ladrillos, escribir cartas, hacer malabares y tocar un poco la guitarra.

Avelino lo miró de reojo:

—Puede ser útil, pero lo más importante es aprender a sobrevivir en la selva cuando uno trafica mercaderías. Yo te puedo enseñar, ¿te interesa?

Martin, como siempre cuando una idea le entusiasmaba, contestó con una sonrisa franca mostrando su prolija dentadura.

Así fue como Martin se volvió contrabandista.

22

Un suave oleaje acunaba al cuerpo del joven. El sueño lo había vencido durante largas horas. Sentía un calambre en una pierna. Abrió los ojos y lo primero que vio fue la cara impasible del indio que lo observaba desde la otra punta de la barca. Avelino parecía estar de cuerpo presente, pero su mente vagaba lejos, muy lejos de allí.

Despertando los músculos de su brazo, puso la mano en el agua para beber. Tenía tanta sed que finalmente sumergió toda su cara en el río.

—Yo no haría eso —dijo el indio sin salir de su estado meditativo—. A las pirañas les encanta comer narices.

Hall se apuró en alejarse de la superficie verdosa. Un poco más despabilado, observó el entorno. Nunca había visto tanto verde, tanta variedad de follaje y movimientos de aves en sus copas.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En la "tierra sin mal". Así le dicen los antiguos.

Una pequeña nube de mariposas rodeó su cabeza haciendo una corona viviente a su alrededor. Martin se quedó maravillado, era como en los cuentos de hadas que le leía su hermana mayor. Estaba por decir algo cuando su mirada se encontró con los ojos negros de su compañero. No tenía la cara de alguien que se alegra por las mariposas, todo lo contrario, estaba tenso.

—¿Qué pasa, paraguayo? ¿Por qué esa cara?

Por toda respuesta, el indio emitió un sonido extraño, como el de un toro que agoniza, sus fosas nasales se agrandaron en otro suspiro.

Martin intuyó que el lugar, para Avelino, lejos de representar un paraíso, lo devolvía a momentos oscuros de su vida.

La noche estaba a poco tiempo de sumergirlos en sus tinieblas, cuando el indio se acercó a la orilla y decidió poner pie a tierra.

—Hemos arribado —dijo.

Hall, sin hacer más preguntas, acosado por el hambre, lo siguió por un estrecho camino hasta una casa humilde pero acogedora. A metros, se olía a puchero. Martin apuró el paso con las pupilas gustativas en alerta.

Una mujer salió para recibirlos en cuanto Avelino emitió un silbido en dos tiempos que parecía un código entre miembros de una misma familia.

—Ella es Tula, mi hermana. Tula, poné otro cubierto, tenemos un invitado.

Cuando Martin se sacó el sombrero de paja para saludar a la dueña de casa, su mirada se deslizó sobre la superficie del rostro de la mujer, turbado. Tula tenía los ojos más hermosos que jamás había visto, con una expresión de serenidad y dulzura sin igual, pero la mitad de su rostro mostraba rastros de llagas, pliegues sinuosos y manchas típicas de las profundas quemaduras.

La anfitriona los recibió con un *mbejú* recién cocinado y algo de vino tinto. Los hermanos intercambiaron unas palabras en guaraní y luego de un saludo tosco, el paraguayo se retiró a lo que Martin supuso era su pieza. La perplejidad debe haber marcado la expresión del inglés, porque Tula le sirvió un poco más de vino, carraspeó discretamente y luego de sacar las migas de la mesa con la mano, le dijo a su invitado:

—Le pido que disculpe los modales de mi hermano, no es un hombre malo. Ha sufrido mucho. Ya a los diez años peleó en Cerro Corá con las tropas paraguayas de Solano López, durante la Guerra de la Triple Alianza. En los dos últimos años de la guerra, casi no quedaban hombres en edad de combatir. Fueron al frente niños y ancianos, Avelino fue testigo del horror, las tropas brasileñas atacaron sin piedad. El cerro se cubrió de sangre y barro, fue una masacre. Luego escapamos de la miseria, cruzando el río Uruguay. Pero el peor golpe lo recibió acá, en suelo misionero, cuando perdió a su mujer.

Cuando los hombres terminaron de comer, Tula se sirvió lo que quedaba en la olla y se sentó. Sopló el contenido de su plato suavemente. Martin observó cómo los pliegues de su quemadura se

cerraban y abrían como los de un acordeón.

—¿Qué le ha pasado?, si me permite preguntarle.

Tula no necesitó mirarlo a los ojos para saber que se refería a su quemadura.

—Hace unos meses, escondió en nuestra antigua casa una mercancía robada. Aprovechando que no estaba él, el damnificado incendió la vivienda mientras dormíamos yo, su mujer y su hijo. Su hijo logró salvarme, pero una viga cayó sobre su esposa, que en paz descanse. Hubo peleas luego. Su hijo no le perdonó y desapareció. Desde entonces no sabemos su paradero —Tula agregó un poco de sal al contenido de su plato. Martin observó sus dedos, tenía lindas manos—. Avelino es hábil constructor, reconstruyó nuestra casa.

—¿Y qué pasó con el culpable?

Tula dudó en contestar, cuando, de pronto, desde el umbral de la pieza contigua, apareció la cabeza del paraguayo, la mirada ensombrecida por el odio:

—Tiene una sentencia de muerte sobre su cabeza. Cuando lo encuentre será hombre muerto.

Tula hizo un gesto para callarlo:

—¡Tenés que perdonarlo! ¡El perdón es el único camino, Avelino! —exclamó con un temblor en la voz.

—¡Jamás podré perdonar! Además, no robé nada, esa mercadería era mía. ¿Y para qué vas contando eso a un extraño? Callate y termina de limpiar la mesa.

—No, soy yo el que fui indiscreto, discúlpeme —dijo Martin sin animarse a mirar al indio.

Incómodo, Hall agarró la manta que le acercaba la mujer y se dirigió hacia una hamaca paraguaya que Tula estaba colgando entre tiras de tabaco seco en un rincón de la sala de estar. Escuchó el ruido de la vajilla, agua que corría en una palangana, el canto de una lechuza y luego nada. Cayó en un sueño profundo.

Al despertar, le costó unos segundos recuperar el recuerdo de cómo había llegado hasta ese lugar. Luego, apareció la imagen de los ojos dulces de Tula y volvió a cerrar los párpados. Tenía que irse, estaba de más en esta casa, pero alguna fuerza extraña se lo impedía. Sintiendo una presencia, se sentó lentamente en su hamaca y vio a Tula que

amasaba en silencio harina de mandioca. La profundidad de esa mirada lo perturbó nuevamente, puso la mano sobre su frente, como para reacomodar una mecha de pelo.

—Buen día, señor. Si desea bañarse, avíseme, le cortaré un pedazo de jabón blanco para llevar al río.

Hall asintió, era una buena idea, una zambullida en el agua fresca lo despabilaría y le ayudaría a pensar con claridad.

Sin poder luchar contra su naturaleza de hombre, Martin se sorprendió mirando las caderas de la joven mujer mientras se agachaba para sacar la pava del fuego. Se adivinaba debajo de la abultada pollera un cuerpo proporcionado. Turbado, se precipitó hacia afuera, en dirección del río, por el camino que recorrió la noche anterior con el indio. Se sacó la ropa y no detuvo su avance en el agua hasta no tener la mitad del pecho sumergido. Estiró los brazos arriba de su cabeza, se zambulló y su pecho rozó el fondo arenoso. Silencio acuático, turbio, desconocido, tuvo miedo de pronto, una sensación difusa de inseguridad, el agua no era su elemento. Se apuró a constatar que sus pies tocaban el suelo, sacó la cabeza, respiró hondo, aliviado. Inmóvil, contempló la belleza del lugar, los rayos del sol acariciaban el agua mansa, el tortuoso arroyo parecía un pez gigante cubierto de escamas doradas y centellantes.

—Se olvidó el jabón…

La voz salió desde detrás de él. No se dio vuelta, lo que iba a suceder ya estaba escrito desde el primer momento en que Tula había posado sus ojos en los suyos.

Sintió que unas manos suaves le acariciaban la espalda con el jabón, el pelo, los hombros. El sol empezaba a calentar su piel, el agua se sentía fresca.

—No me mire —murmuró ella.

La joven entró al agua desnuda. A unos centímetros de su cuerpo, la piel de ella. Unas manos bajaron hasta su cintura, Tula lo estaba hechizando con la yema de sus dedos. Su miembro no tardó en erguirse. Con pudor, Martin puso las manos delante de su sexo. De pronto, ella desapareció bajo el agua como una sirena y lo dejó solo.

Volvió la cabeza varias veces, pero Tula no estaba. Dudó por unos segundos si todo no había sido una alucinación. Se quedó perplejo, la

mirada perdida sobre la superficie del agua cuando la voz grave de Avelino lo volvió a la realidad:

—*¡L'inglé!* Apurate que tenemos faena.

No volvió a ver a Tula en todo el día. El paraguayo lo necesitaba para interceptar unos troncos de madera de ley que andaban flotando por el río, seguramente extraviados por unos jangaderos apurados. Pero a cada momento, la imagen de las manos de Tula acariciándole el cuerpo volvían a su recuerdo. No sospechaba que el paraguayo lo estaba poniendo a prueba, midiendo su destreza en el río, su fuerza y su tenacidad, y cumplió con todo lo exigido con una sola idea en mente: volver a verla.

23

Como un regimiento vestido de armadura plateada, unas nubes se formaban en el horizonte chocando con estrepitosos sonidos de trueno, volviéndose más amenazantes a medida que se acercaban. Con el cuerpo cansado y dolorido de jalar troncos y nadar contra la corriente, Martin apenas pudo acelerar el paso para no perder de vista al paraguayo. Alzaba la vista temiendo que el viento arrancase una rama pesada de las copas que se estremecían a su alrededor. Cuando por fin vio la casa, sintió su corazón acelerarse. En un último esfuerzo, pasó corriendo al lado del indio con una sonrisa pícara, como retándolo a la carrera. El indio se dejó ganar. Tula los recibió con un fuego en la salamandra y un pastel de mandioca.

La cena fue un poco más animada que la noche anterior. Alvino contó algunas de sus aventuras como contrabandista. Martin, cada vez que cruzaba la mirada de Tula, intentaba averiguar qué esperaba de él, pero ella seguía con sus ojos tiernos que lo rozaban como aleteos de mariposas.

Luego del agobiante calor de la jornada, una brisa fresca entraba por la ventana, el pacú sazonado con lima era delicioso y Hall se sintió de pronto muy a gusto envuelto en la humedad tropical, su cuerpo se sentía liviano, en convivencia con la sensualidad de la noche.

No habló del tigre, Avelino lo hizo.

Esa misma mañana había sucedido algo que cambiaría por completo la vida de Martin en la selva. En varios pueblos ya corría la voz de su hazaña, se construía una leyenda sin que él siquiera supiera que estaba en boca de todos. Escuchó con falsa modestia cómo Avelino le contaba

a su hermana la forma en que Hall había matado al tigre.

—Habíamos atracado en la orilla, caminamos hasta el campamento cuando escuchamos el rugido tan temido. Nos subimos a una rama gruesa y lo vimos, un macho de más de cien kilos, herido en una pata. Estaba como enfurecida la fiera, por el dolor probablemente. Cuando nos vio, empezó a raspar con sus garras el tronco, se sacudía todo, la rama estaba por ceder. Si caíamos éramos hombres muertos. El gringo lo debe haber pensado antes que yo, porque ni tuve tiempo de decirle nada que saltó fuera del árbol, dando unas piruetas en el aire y cayó de pie detrás del tigre con el machete en la mano. No sé cómo lo hizo tan rápido, pero el animal no se la vio venir, apenas bajó sobre sus cuatro patas, este estaba sobre él y le cortaba el cuello. Tenemos que volver rápido para salar y cuerear su piel, antes de que lo agarren los buitres.

Tula lo miró a Martin con sus grandes ojos verdes. Lo deseaba más que nunca.

Hall, sin embargo, regresó apesadumbrado al lugar del hecho. Se sentía mal por haber matado al gran felino, ese animal era el verdadero dueño de bosque, la criatura más hermosa que jamás había visto.

Debía haberlo salvado su inconciencia, su ímpetu, porque de saber de lo que un animal así era capaz de hacer a un hombre, nunca hubiese saltado. Pero para él solo faltó el redoble de los tambores. Había sido como estar nuevamente sobre las espaldas de Igor. Solo era preciso concentrarse y aterrizar en el lugar exacto, lo había hecho miles de veces. Pero era la primera vez que terminaba su actuación con sangre en las manos.

Como adivinando su pensamiento, Avelino detuvo su marcha mirando a su alrededor para ubicarse y sentenció:

—Era él o nosotros, gringo, así es en la selva.

La leyenda, sin embargo, siguió su curso, inflándose de detalles fantasiosos como un río yendo hacia el mar y Martin se ganó el respeto de los montaraces, porque no cualquiera mataba a un tigre.

De regreso, en la oscuridad, con la piel salada del animal como prueba de lo ocurrido, Martin había apurado el paso, sintiéndose observado por miles de ojitos fosforescentes, percibía que los animales

de la noche se movían a su alrededor y pasaban sobre su cabeza nubes de murciélagos. Caminó tratando de pensar en una sola cosa: lo bueno que sería volver a ser abrazado por las piernas de su india.

***

—Mi rostro es como la corteza de un árbol, pero mis manos son raíces y mis pupilas follaje. No me juzgues por lo que tus ojos ven, sino por lo que siente tu corazón.

Martin quiso darse vuelta, pero las manos de Tula sobre sus hombros se lo impidieron. Siguió escuchándola, mirando hacia el río, el agua fluía apacible.

—Yo solo quiero una cosa.

—¿Qué?

—Un hijo.

La voz ni siquiera marcó una hesitación.

El cuerpo de Martin se tensó, ella lo percibió bajo sus dedos.

—No te preocupes, no te pediré ni siquiera conocerlo si no es lo que deseas, pero vi en tus ojos la bondad y confío en ti. Con mi rostro, no encontraré nunca esposo. A nosotras, las mujeres, el tiempo nos apura y pronto mi vientre ya no será fecundo. Puedo criarlo sola, tengo amor de sobra para un niño. Si no logro dar ese amor a alguien, me matará por dentro. Apenas sepa que tengo otra vida en mis entrañas, partiré a Paraguay, a la aldea de mi abuela, te lo prometo.

Se miraron. Hall notó que las quemaduras dificultaban leer la edad de ese rostro.

—Tu hermano se va a enfurecer conmigo si no me hago cargo de la criatura ni de vos.

—De mi hermano me encargo yo, no sabrá de quién es el hijo.

—Mi corazón pertenece a otra mujer —murmuró Hall, mientras tomaba en sus manos las manos de Tula.

—Ya lo sé, me lo dijeron las cartas.

Martin sintió que una lágrima caía sobre su cuello. Se dio vuelta lentamente. Esta vez, no hubo resistencia. Una segunda lágrima siguió un camino serpenteando entre los frunces de la piel quemada. Tula debió ser de una gran belleza antes del accidente.

Esa mujer era dueña de un poder extraño. Cuando estaba cerca de ella, podía sentir un calor muy particular, una suerte de silencio interior que le daba mucha paz.

Tula le dio una cita para la próxima luna llena en un claro del bosque y se retiró con pasos tan livianos que no parecían tocar la tierra.

Martin no sabía exactamente cuánto faltaba para la próxima luna, pero los días se sucedieron rápidamente. El paraguayo siempre encontraba algún tipo de tarea para darle, al mismo tiempo que le hablaba de la selva y le enseñaba a vivir en ella. Al cabo de un laborioso trabajo para extraerle información, Hall entendió que el indio lo estaba preparando para un transporte de contrabando.

—Así como fuiste a buscar los troncos, vas a tener que buscar las cajas. Las voy a tirar río arriba, tendrás poco tiempo entre una y otra, la correntada te arrimará la carga, pero no todas irán a parar al mismo lugar. Hay que nadar rápido y a oscuras. Si se nos escapa alguna, perderemos mucho dinero y la entrega será incompleta. Otros contrabandistas esperarán nuestras pérdidas para enriquecerse.

El indio tenía la cara ancha. Entrecerró los ojos y juntó sus sombrías cejas:

—Tendrás que ser como un fantasma, invisible y silencioso sobre la superficie del agua. Tendrás tu parte del botín si lo hacés bien, ¿entendido, *l'inglé*?

Martin hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¿Cuándo está programada la misión? —preguntó.

—Será la próxima noche de luna llena.

Martin tragó saliva.

El cuerpo del joven estaba cambiando. A fuerza de ejercicios y buena comida, su espalda se ensanchó, sus muslos se endurecieron y los brazos se habían vuelto como lianas trenzadas. Bajo la camisa transpirada, pegada a la piel, se podía ver el dibujo de los pectorales, el pecho dorado por el sol litoraleño, y debajo, el corazón, los pulmones inflados de vida. El indio lo obligaba a nadar contra la corriente varias leguas por día, enseñándole el *crawl* y a nadar bajo la superficie reteniendo la respiración el tiempo más largo posible.

Avelino no dijo nada, pero se notaba en su expresión satisfecha que

Martin no estaba practicando en vano. A la caída de la noche, solo le dijo:

—Pasado mañana será el momento. Todos estarán en la inauguración de la Estatua de la Libertad en Posadas, frente a la catedral, además, vos ya estás listo.

Así fue como Martin se volvió amante del agua. El agua era, junto a las curaciones de Tula con las hojas de aloe, lo único que calmaba las irritaciones de su piel provocadas por el intenso sol, las picaduras de insectos, los rasguños de las lianas y espinas de todo tipo. Su espalda se había vuelto una muestra de la hostilidad de la selva. Comparaba entrar en el monte cerrado con la sensación que tenía al entrar en Tula, siempre quería ir más hondo, más tiempo, que sus gritos de placer se confundiesen con los alaridos de los monos. Aprendió con ella que todo era vibración, que para amar esos territorios era necesario desprenderse, liberarse del pasado, despojarse hasta encontrar la plena presencia del espíritu. El circo le había enseñado a moverse con una reflexión directriz y controladora, la selva le enseñó, en cambio, a desenvolverse con espontaneidad e intuición. Cursó la escuela más dura de toda su vida: poner su destreza al servicio de su supervivencia.

24

La correntada corría fuerte en la parte más honda, pero como un animal salvaje que fue domesticado. Hall sabía perfectamente moverse en ella, de costado, nunca de frente. Arrastraba una balsa sobre la cual reposaba una larga soga enrollada, como las que llevan los marineros en cubierta para amarrar sus embarcaciones. Se dirigió hacia una orilla, buscó un árbol lo suficientemente grande como para atar un extremo de la soga en él y luego hizo lo mismo sobre la otra orilla, de tal manera que el ancho del río estaba unido por una línea horizontal: la soga tensada al máximo.

Luego esperó escondido en la oscuridad. Cuando vio la primera caja, se puso en posición, listo para saltar al agua en caso de que sus cálculos hubieran sido erróneos y que las cajas de madera pasaran flotando debajo de la soga. Pero no, al contrario, eran más grandes de lo que pensaba. Entonces, una tras otra, fueron atajadas por la soga, lo que le daba tiempo a Martin a buscarlas y llevarlas a la orilla más accesible.

Cuando a la madrugada el indio salió a contar las cajas, no lo podía creer: ni una sola se le había escapado a su pupilo. Se frotó la frente en silencio, sacó su machete y con un golpe seco, abrió uno de los candados. Se arrodilló solemne, como si estuviese delante de un altar, introdujo con mucho cuidado una de sus manos hundiéndola en la viruta que llenaba la caja, sacó un bollo de papel de diario y allí estaba: la primera gema de una serie de varias que contenían las cajas: cuarzos y citrinos mandarinos proveniente del sur del Brasil.

Cuando Avelino puso en la mano de Martin uno de los citrinos del

tamaño de una almendra, el joven se quedó impactado por su belleza. Las tonalidades amarillas brillaban en la palma de su mano, reflejadas en miles de destellos dorados.

—Esa es tuya —dijo el indio.

Martin empezó a reírse:

—¿Así de fácil? ¿Solo fui a darme un baño nocturno y me gano una piedra preciosa?

—La vida sabe ser muy generosa por momentos, pero no te confíes, no siempre sale tan bien. Hay que apurarse para la entrega, antes de que nos caigan encima los otros contrabandistas.

Entonces Hall empezó a entender cómo funcionaba todo eso. Había que ser el mejor para obtener información sobre los productos que alguien trataba de entrar de forma ilegal al país, pasarlos y luego empezaba una lucha larga y agotadora para evitar dejarse robar por los otros piratas. De cada cargamento, un porcentaje importante de la paga iba a parar a la mesa de algún aduanero corrupto.

Podían pasar meses sin que hubiera nada para pescar, pero, de pronto, se percibía cierta inquietud en el aire, movimientos extraños en la selva, sombras en la niebla.

A veces, uno que no agarraba nada por inútil, cantaba, y entonces era una masacre. La última vez, la policía mató a más de veinte hombres y se hizo con la mercancía.

Entonces, Martin recordó la frase que el enorme Vlas le había dicho una vez: “Esto funciona si trabajamos todos como un solo cuerpo. Tenemos diez metros de vacío bajo nuestros pies, si uno se balancea a destiempo o agarra mal la muñeca de su compañero, nos matamos todos”.

25

Martin le acarició la frente. Tula giró lentamente su rostro hacia el lado opuesto, escondiendo sus cicatrices.

—No tienes que hacerlo, no me molesta.

Ella no contestó.

—No te molesta, pero no te casarías conmigo.

—No me casaría contigo, pero no por esa razón, creo, al contrario, que sos una mujer que haría feliz a cualquier hombre. Pero no me puedo casar, no tengo nada que ofrecer a una mujer y menos a un hijo. Tengo primero que saber de qué manera llegar a ser rico.

—¿Y para qué quieres ser rico?

Martin no contestó. No podía decirle que se había prometido volver hacia la gran Irina cuando tuviese dinero suficiente. ¿Pero cuánto era tener dinero suficiente? No lo sabía. Irina, con el paso del tiempo, se había vuelto una suerte de símbolo, un espejismo, casi una excusa para su ambición. Cuando estaba cerca de otra mujer, no la extrañaba tanto, pero permanecía algo de ella en su memoria que le fascinaba, un destello que le había quedado pegado a la retina como el sol luego de cerrar los ojos.

—Debe haber dolido mucho —dijo acariciando el lado escondido de la cara de Tula.

—Sí —contestó ella.

Martin podía percibir ese dolor, era como una llamarada que nunca se apagaba. Tula entera se había vuelto la sierva del fuego y llevaría esa marca hasta su tumba. Por eso accedió a su pedido, quería hacerla feliz, ofrecerle la oportunidad de ser madre, era lo que deseaba. A

cambio, le enseñó otra forma de amar. Ella era tierna y dulce, y no lo intimidaba tanto como la domadora rusa. Lo hicieron tres veces, para estar seguros. Ella, sin mucha formalidad, lo esperaba siempre acostada entre los pastizales, su pollera larga salpicada de manchas de sombra y sol. Olía a tierra, a pasto recién cortado. Martin, más que fecundarla a ella, sentía que fecundaba a la misma tierra, que, de su unión, brotaría un árbol nuevo, con muchas flores y frutos.

Al terminar, ella siempre agradecía, sonriendo tímidamente mientras sacaba de su pelo tallos de pasto.

—No hay de qué —decía él en voz baja.

Volvieron a encontrarse. Ella le enseñó palabras en su idioma. Untaba sus senos con la pulpa de alguna fruta antes de recibir sus labios. Lo hacía morder el corazón de una guayaba o de un mamón. Le enseño cómo pelar una banana de bugre y cómo agregar hojas de stevia o de menta a la yerba del mate. Hacían el amor sobre un colchón de hojas en medio del bosque, a veces sorprendidos por el sol o por un chubasco fugaz. Martin poseía a Tula con la avidez de la juventud, ella se reía de él, pero, lejos de resistirse, le pedía cada vez más. Su necesidad sexual era salvaje, impulsiva, insaciable. Caminaban despacio al atardecer, ella siempre le pedía caminar del lado lindo de su rostro, le enseñaba a reconocer los cantos de las aves, distinguir el grito de un yacuntinga y el de una surucuá, admirar el vuelo elegante de un tungusu y el llamado de un caburé a la caída de la noche.

Martin volvía a su hamaca aturdido y febril, solo dispuesto a comer todo lo que se le presentara sobre la mesa y a caer largas horas en el más profundo de los sueños. Pero en sus sueños, era Irina que volvía, dueña absoluta del misterioso mundo del inconsciente.

Tenía veinte años y pensaba haberlo visto todo, solo le quedaba descansar en el paraíso con su Eva.

26

—¿*Un hijo?*, se preguntaba él con cierta ingenuidad, *¿ya estará en su cuerpo mi semilla?* Se imaginaba su hijo como un pequeño poroto agarrado a las paredes del vientre de su madre, un renacuajo, esbozo de humano que nunca llegaría a conocer.

No estaba en casa cuando la india se marchó, no quisieron despedirse. Ella prometió que se volverían a ver algún día. Martin supo por esa ausencia que ella había logrado su cometido: estaba embarazada.

Tula se llevaba un pedacito de él en su viaje, era una sensación extraña. Intentó no pensar en eso, no imaginar el rostro que tendría o el color de los ojos. En el fondo, Martin se sabía inconstante, inmaduro para aceptar ese papel, sin recursos ni oficio, era un simple bandido. ¿Entonces para qué dar a ese crío un padre que lo haría sufrir por sus ausencias como había sufrido él en carne propia? Tula sería una excelente madre y tal vez encontraría un buen hombre algún día, alguno con unas cicatrices internas, tan difíciles de llevar como las del rostro de ella.

Por unos días, Martin pensó que el paraguayo se había ido para acompañar a su hermana, porque no lo encontraba por ningún lado. Al principio, no se preocupó demasiado, el indio era un hombre con muchos secretos. Pero cuando lo vio llegar, un atardecer, hablando incongruencias y chocándose con cada piedra del camino, entendió que el alcohol era el responsable de esa ausencia. Poco tenían en común el indio fuerte y callado que conocía y el hombre sucio, desaliñado y grosero que veía ahora acercarse titubeando. Cuando

Martin intentó sacarle la botella de caña de la mano, recibió el puño de Avelino en la mandíbula. Por suerte era el golpe de un borracho: ni muy preciso ni convincente. Amagó el segundo y respondió al tercero. El indio cayó de espaldas sobre la tierra como cae un árbol, erguido y sin rodeos. Luego, lo vio ponerse en posición fetal y llorar como un niño.

— Indio, ¿qué te sucede? ¡Contestame!

—Estaba allí, en la pulpería.

— ¿Quién? ¿Quién estaba allí?

—Estaba el hijo de puta que mató a mi mujer y no pude. No fui capaz de matarlo. Soy un cobarde, *l'inglé*, no merezco vivir.

Martin no supo qué contestar, entendía la frustración de su amigo como si se tratase de su propia historia, pero más le dolía verlo así tirado como un trapo viejo.

—La venganza es un plato que se come frío, indio. Ya tendrás otra oportunidad y seguro que no fallarás.

Avelino gimió, con ese grito de oso tan característico de él, pegándole a la tierra hasta hacer sangrar sus nudillos. Luego, jadeando, miró a su alrededor con una mirada enfurecida:

—Tenés razón, *l'inglé*, la próxima no fallaré.

***

Hay siempre un misterio en la amistad, ¿por qué, de pronto, dos hombres pueden sentir afecto el uno por el otro? A medida que Martin ayudaba a salir al indio de su esclavitud, de su dependencia del alcohol, nació una amistad sólida, un mutuo respeto.

Una noche, otra más, que el joven ayudaba a su amigo a levantarse luego de una borrachera, le preguntó con la puerilidad del hombre feliz:

—¿Por qué, indio?, ¿por qué beber así? Quiero decir hasta caer inconsciente.

—Beber es solo una cuestión de cantidad. Quiero llegar al último vaso, hacer lo imposible para llegar al límite del último vaso, eso es todo.

—¿Para qué?

—Para poder empezar al día siguiente. No lo podés entender.

—¿Necesito entenderlo para ayudarte?

—Supongo que no, necesitás que yo quiera ser ayudado.

—¿Y cuándo llega el último vaso?

—Te lo trae la muerte, en su mano esquelética, con su risa macabra. Te lo trae ella para celebrar su victoria.

—¡Andá, entonces, matate! ¿Para qué vivir así? Yo te necesito lúcido, fuerte.

—Vos no me necesitás.

—¿Qué sabes? ¿Qué sabes lo que necesito? Estás tan interesado en vos mismo que ni siquiera sos capaz de ver que necesito un amigo.

El hombre abrió grandes los ojos. Nadie, jamás, le había hablado con tanta sinceridad.

27

Desde varios metros se podía escuchar el ruido de las riñas y los gritos de los hombres peleando. “En cualquier momento, llegará la policía, entonces, la fiesta estará completa”, pensó con ironía Hall, mientras cruzaba la calle apurando el paso.

Entró en el bar, olía una mezcla de sudor, madera húmeda y alcohol de caña.

El desorden era completo: mesas y sillas dadas vueltas, botellas volando por los aires y piñas que chocaban con mandíbulas barbudas. Los dos únicos que no peleaban eran el indio y un polaco muy delgado que fumaban en un rincón esquivando los proyectiles. Le pidió al flaco tocar algo alegre con su violín.

Hall se subió a un banco y empezó a bailar taconeando y aplaudiendo con toda su fuerza. El tumulto se fue apagando. Cuando logró llamar la atención de su salvaje audiencia, empezó a hablar. Su pregunta fue contundente y dejó a todos perplejos:

—¿Por qué, en lugar de pelearse como carroñeros, no trabajan juntos? Podrían aumentar la ganancia de todos y ser mucho más eficientes.

—¿Y quién será nuestro jefe? —gritó uno.

—Solo conozco un hombre con suficiente cabeza para serlo —dijo el indio apuntando con el índice hacia Hall—. El único acá que fue capaz de matar al tigre.

Martin lo vio en su mirada, el indio hablaba en serio. Contuvo la respiración, esperando los gritos de indignación de los otros contrabandistas, pero nada, ni uno se animó a contradecir al

paraguayo. Al contrario, miles de murmullos se elevaron, cuando de pronto, una mano levantó un vaso invitando a todos a imitarlo:

—¡A la salud del jefe, larga vida para don *l'inglé*!

Martin estalló en una carcajada y levantó el vaso como los demás. Mientras tragaba un largo sorbo, pensó que lo primero que haría como jefe de la banda sería dar un nombre nuevo a cada uno y, sobre todo, adoptar un apodo nuevo. El que tenía le parecía absolutamente ridículo.

No le hizo falta mucho tiempo para darse cuenta de que moviéndose cada uno por su cuenta, los contrabandistas de la zona perdían tiempo y oportunidades de ganar más. Incluso, las rivalidades entre ellos los llevaban a cometer errores y a enredarse en peleas que terminaban siempre a punta de pistola.

Tendrían que trabajar en equipo, como en un circo, cada uno abocado a determinada tarea, a determinadas áreas de la selva y, según sus habilidades físicas y mentales, un jefe coordinaría el grupo y repartiría las ganancias. Era una idea simple, pero no tan fácil de poner en práctica. Convencer a hombres desconfiados de trabajar juntos no sería tarea sencilla.

Esa misma noche, le dio a cada uno un apodo que serviría para identificarse en la oscuridad por la forma del cuerpo y el grito del animal que representaban. Empezó por el flaco polaco, lo llamó "Lagarto".

—¿Pero qué ruido hace el lagarto? —preguntó el polaco, criterioso.

Martin se frotó el mentón.

—No te preocupes, con solo ver tu silueta, sabremos quién es.

Todos recordaron cómo se le veía la nuez de Adán que bajaba y subía por su garganta cada vez que tragaba.

Hubo risotadas en la asamblea que Hall calló con un movimiento de la mano.

—Esos nombres de animales no son para burla, va en serio, cada uno de ustedes tiene que ser como ese animal al momento de actuar, porque los atributos de esos animales son sus atributos, lo que hace a cada uno de ustedes único e indispensable para el resto de la banda. Y si uno muere, no habrá otro animal igual, al menos que sea el mismo herido que designe a un sucesor digno de llevar su apodo. Y si la

policía detiene a uno de nosotros, no cantará nunca el nombre verdadero de sus compañeros, ni siquiera bajo tortura. A partir de ahora, olvídense de cómo los llamó su madre.

Ninguno volvió a reír, no hubo ni siquiera una sonrisa.

El segundo fue el paraguayo. Lo bautizó "Mono". Cuando cada uno de los presentes tuvo su nuevo nombre, le preguntaron por el suyo. Hall se quedó en silencio un minuto, recordó el cuento de la pequeña Teresita y finalmente dijo con un tono solemne:

—Yo seré el "Gato".

—¿Y por qué no el "Tigre"? —preguntó un polaco cuya cabeza rubia sobresalía por sobre los demás. Todos entendieron la referencia al episodio del campamento, pero Hall contestó con tono de predicador:

—Porque ningún hombre es digno de llevar ese nombre.

Martin empezaba a conocer y se hacía montaraz. Aprendió que no hay que apear[6] los árboles en luna llena, sabía el nombre de plantas y árboles, gentes y paisajes. Recorrió a caballo parte de la antigua ruta comercial establecida desde la época jesuítica que unía Asunción a Puerto Alegre, pasando por Posadas, Encarnación, Santo Tomé. Paraba en las postas, caminaba las picadas, veía cómo se poblaban los pueblos de Apóstoles, San José y Concepción de la Sierra. Buscaba un sitio para pasar las mercancías fuera de la mira de los grandes terratenientes, dueños de las rutas comerciales más utilizadas. Convencido estaba de empezar desde abajo, en secreto, armado de astucia y paciencia.

Llegó a la conclusión de que la mejor forma de evitar problemas era cambiar continuamente de lugar para pasar la mercadería y contar con la cantidad de hombres suficientes para informarse de los trayectos de los productos. Su idea era ofrecer a mejor precio el contrabando y garantizar la entrega rápida y segura. Para eso, usó recursos de mago: desviar la atención hacia otro punto, dar pistas falsas, ahuecar troncos de árboles en falsas jangadas, cuyos troncos, en realidad, transportaban mercancías. Se arriesgó a cruzar bueyes en balsas inestables para no pasar por la frontera seca y así acortar el tiempo de entrega.

Y sin otros recursos que su inteligencia, empezó a ganar dinero.

6 “Apear”, en el vocabulario de la zona, significa talar un árbol desde la base.

Segunda parte
Plántula y desarrollo

28

El dolor fue tan fuerte que le cortó la respiración. Apenas pudo entreabrir los labios para dejar entrar un poco de aire en los pulmones cuando un segundo golpe le impactaba justo debajo del primero, en medio del costillar. La venda que llevaba sobre los ojos estaba tan ajustada que no le permitía ni parpadear. Agudizó los pocos sentidos que le quedaban para sacar información de lo que lo rodeaba: a lo lejos, se escuchaban golpes de hacha sobre troncos, el perfume que llegaba a sus fosas nasales era el inconfundible aroma a madera recién cortada. Un aserradero.

Estaba en un lugar boscoso. El sonido del viento en las copas de los árboles se confundía con otro, unos murmullos de descontento. Sus axilas, estiradas como una cinta elástica expedían olor a transpiración, su propio olor, el olor del miedo. No podría aguantar mucho más colgado a lo que suponía era una viga mayor o la cabriada de un gran galpón. El ruido familiar de una rata corriendo sobre algo seco le confirmó que se trataba de un lugar de trabajo y no de una vivienda.

Giró la cabeza instintivamente hacia la derecha. Desde allí, se escuchaba el motor de un auto que se aproximaba; por el ronroneo discreto que hacía, se trataba, sin duda, de un vehículo último modelo, caro, muy caro. Martin revolvió con la punta de los pies lo poco de tierra que lograba tocar, tratando de zafarse una vez más, pero era en vano. La llegada de alguien poderoso no le inspiraba ninguna confianza, al contrario, temía lo peor. Escuchó a por lo menos tres que bajaban del auto. Voces, botas, humo de cigarrillo. Alguien le puso una mano en un hombro, le pusieron el pitillo entre los labios, lo

chupó con avidez antes de que se lo retiraran. Por fin, una voz se dirigía a él:

—Esto fue una advertencia. Espero que le haya llegado muy claro el mensaje, porque la próxima vez, no le vamos a dejar tiempo ni de pensarlo. ¿Entendido?

Martin estaba a punto de bajar el mentón en señal de afirmación, pero se contuvo. En cambio, ladeó la cabeza hacia un lado, como alguien que no entiende la pregunta, y logró articular unas palabras:

—Me gustaría hablar con usted. Entre caballeros, seguro que llegaremos a esclarecer este malentendido.

Escuchó una risotada y la respuesta fue otro golpe. La soga chilló bajo el peso de su cuerpo que se tambaleó ligeramente.

—No hay ningún malentendido, señor Hall, usted no puede entrometerse en mis negocios y mucho menos contrabandear en mi zona de acción.

Mientras ganaba un poco de tiempo tosiendo, Martin aceleraba su pensamiento, como una máquina a todo vapor, tratando de encontrar una respuesta que mejorara su situación. Lo que se escuchó decir fue lo más extraño que se le ocurrió:

—Podría trabajar para usted, soy el mejor y lo sabe, si no, no me tendría atado acá como cadáver de ganado en el matadero.

Silencio.

Un silencio que duró más de lo soportable. Martin endureció sus abdominales a la espera de un nuevo puñetazo, pero llegó otra respuesta: escuchó que cortaban la soga con un machete mal afilado y cuando sus brazos cayeron al costado de su cuerpo, apenas podía sentirlos. Le sacaron la venda de los ojos. La luz brillante del día que entraba por la gran puerta lo encandiló. Un hombre a contraluz lo observaba fumando un puro.

—No me lo esperaba, pero es una propuesta interesante. Es fascinante cómo el dolor agudiza la inteligencia.

Volutas de humo se elevaban. Mirando discretamente a su alrededor, Martin constató con asombro lo certeros que habían sido sus sentidos: el lugar era prácticamente como se lo había imaginado. Se encontraban en el vientre de un inmenso galpón situado en medio de un aserradero y el señor que le dirigía la palabra era nada menos

que el propio Emilio Barthel.

Una golondrina entró planeando, dio una vuelta por el techo y salió tan rápido como había entrado. El contrabandista interpretó que era una buena señal.

—¿Y en qué podría serme de utilidad un hombre como tú?

—Bueno, su imperio es tan extenso que es como el imperio romano, llega a territorios que se han vuelto incontrolables por su lejanía, estoy en buena posición para saberlo. De hecho, no era mi intención contrabandear sobre sus tierras, simplemente ignoraba que hubiese tal delimitación. Podría servirle de espía, por ejemplo, debe haber muchos como yo que, intencionalmente o no, obran en sus fronteras y algunos, tengo entendido, no son tan fáciles de pescar, son peces muy gordos. Conozco la frontera este como la palma de mi mano y tengo un puñado de hombres de confianza que trabajan para mí.

Barthel aplastó su cigarro en el piso:

—¡Salgan todos! —ordenó.

Martin sintió que un hermoso calor le recorría el cuerpo. Por fin tenía suerte en la jugada. Reacomodó su pelo hacia atrás y se levantó un poco el pantalón. Al estar colgando de la viga, se le había bajado varios centímetros.

—La confianza es algo muy difícil de encontrar, jovencito.

El contraste entre la mugre del contrabandista y la elegancia del empresario era demoledor. Reinaba ahora un silencio matinal, bañado de sol. Martin tuvo tiempo de anhelar que algún día él sería quien llevaría ese traje cortado a medida y desprendería a su paso el aroma de esa colonia cítrica y fresca.

—¿Bergamota?

—¿Perdón?

—Bergamota, la colonia que usted lleva, es cítrica, seguramente de proveniencia francesa ¿o me equivoco? Y el traje fue cortado a medida por Wilson y Wilson en Buenos Aires, sobre la calle Cerrito, ¡excelente trabajo! Además, probablemente, usted planea por la tarde ir a un evento elegante, porque los zapatos que lleva no son para andar por los obrajes o el monte. Tiene en su bolsillo derecho un cuaderno en donde lleva anotado todo lo que considera importante y no le gusta dejar colillas de cigarro encendidas en el suelo, presumo, porque es un

hombre precavido.

El empresario lo miró sorprendido. Claramente, no estaba frente a uno de esos roñosos que andaban por ahí buscando sacar ventaja de cualquier paso en falso que pudiera dar. Los ojos del joven eran certeros como balas de plomo, traslucían pensamientos atinados, casi irreverentes, pero de una gran suspicacia. Tal vez un hombre así le sería de gran utilidad, siempre y cuando se le dejara poco margen para volverse en su contra, porque era como adquirir un revólver de gran precisión.

—¿Usted no es parte de esa chusma de inmigrantes que se creyó eso de que esta era la tierra prometida? ¿Qué vino a hacer a la Argentina?

—Vine a ayudar a construir la Patria Grande.

La panza del empresario se sacudió en una carcajada. Se quedó pensativo abanicándose con su elegante sombrero. Luego lo escuchó decir:

—Lo espero dentro de una semana en el hotel, venga solo y sin armas. Ah, y dese un baño con jabón, apesta.

Martin vio alejarse la robusta silueta del hombre más poderoso de la región. Tomó una bocanada de aire, buscó su sombrero de paja y se alejó del galpón, silbando, bajo la mirada atónita de los peones. Ese sería un buen día después de todo.

Así fue como Martin se convirtió en espía.

29

Emilio Barthel era oriundo de los pirineos franceses. Se había casado con una mujer de posición acomodada y se lo conocía como un hombre de negocios hábil y carismático. Poseía yerbales en Paraguay y Argentina, pero el éxito de su empresa consistía en que controlaba, con la ayuda de una flota propia de veinticinco barcos, el transporte de sus productos desde Posadas hasta Buenos Aires. Luego de vivir en Villa Encarnación, se estableció en la ciudad de Posadas, donde acababa de inaugurar un hotel, el más moderno y elegante que se había visto en el noreste del país. Allí convocaría a las grandes figuras políticas de la época en fiestas y tertulias. Sus propiedades y bienes se fueron acumulando, distribuidos entre el Paraguay, el Brasil, Misiones, Buenos Aires y Rosario. Hijo del capitalismo francés, pronto ganaría millones.

El contrabando de yerba mate era la pieza maestra en el tablero de Barthel: a la vista de todos, transitaban los carros de bueyes repletos de hojas verdes, a lo largo y ancho de la provincia, hasta que en 1905 las regulaciones le pusieran cada vez más piedras en el camino. El intervencionismo estatal era como la punta de un alfiler que le empezaba a rozar la nuca. Por supuesto que sus amistades con algunos jueces le permitían sortear asuntos legales, pero no todos eran tan comprensivos. Varios evangélicos de semblante serio tenían códigos morales rígidos como cuero seco. Al cuestionarse cada día más el libre comercio de productos entre países limítrofes se incrementaron las prácticas de contrabando para evitar los impuestos aduaneros nacionales. Pero Emilio necesitaba blanquear su apellido y dejar la

parte sucia a otro hombre que se encargaría de hacer el papel de infractor. Se le ocurrió que Martin Hall podía ser ese hombre.

Apenas si lo había reconocido, viéndolo entrar a su despacho vestido de traje, engominado y limpio, nada quedaba del bandido que colgaba del techo del aserradero.

—Siento que nuestro primer encuentro no haya sido de lo más agradable para usted, señor…

—Hall, Martin Hall.

—Sí, eso es. Bueno, hagamos borrón y cuenta nueva. Usted es ahora parte de la empresa Barthel. Necesito que escuche atentamente lo que tengo para decirle y lo que quiero que haga por mí. Le aviso que al mínimo intento de engaño, lo que pasó en el galpón es un masaje tailandés al lado de lo que mis hombres le pueden llegar a hacer. En contrapartida, si me es leal, tendrá una buena retribución y podrá ser alojado acá mismo, en mi hotel.

—Estoy a la espera de sus órdenes, señor —dijo Hall enderezando el torso, como si fuera un soldado frente a un superior. Sabía a la perfección alternar acotaciones pertinentes y halagos para ganarse la simpatía de los poderosos.

Intuía que todo era cuestión de medidas: no ser demasiado sumiso ni demasiado arrogante. Los códigos de la elite social se escribían con una pluma de una extrema fineza.

—¿Tendrá algún reparo en que me vista de camarero o de encargado de salón? Así sería más fácil para mí escuchar las conversaciones en las mesas.

El empresario enarcó una de sus frondosas cejas:

—¡Excelente idea! Nos veremos una vez a la semana en la trastienda de mi negocio de ramos generales.

Era efectivamente una buena idea, pero también un capricho de juventud.

Alguien golpeó a la puerta del despacho. A la señal del francés, entró un hombre encorvado vestido con guardapolvo. Le acercó unos archivos a Barthel que dejó con sumo cuidado sobre el escritorio.

—¡Polaco! Déjeme presentarle a Hall, es el hombre del cual le hablé. Haga lo necesario para que tenga una habitación en el área de servicio y consígale ropa de camarero.

El polaco miró a Martin de pies a cabeza, como midiendo a ojo su talle, y luego de un corto carraspeo, se retiró evitando darle la espalda a su patrón.

El tiempo parecía pasar más lento en ese inmenso despacho. Cuando finalmente Emilio Barthel se despidió de él, Hall tuvo la sensación de haber pasado horas allí.

El polaco lo esperaba en el vestíbulo para llevarlo a su nueva habitación. Martin se preguntó si el hombre sabría la verdad, que él no era un camarero como cualquiera. El viejo parecía tan indiferente a todo que ni se le ocurrió entablar conversación. En ese preciso momento, al subir los peldaños que lo llevaban hacia los pisos superiores, supo que en este lugar no era oportuno hacer nuevas amistades. Se prohibió pensar en el Mono y su banda de Invisibles, los extrañaría demasiado.

***

La primera vez que bajó al salón ataviado como un camarero de gran café, nada le borró la sonrisa en varios días. Se volvió rápidamente el favorito de las clientas, que no perdían ocasión de observarlo de reojo cuando sus importantes esposos se quedaban dormidos en las reposeras de mimbre del parque o se entretenían en una charla de negocios. Aprendió rápidamente los gustos de los clientes, casi siempre los mismos, que frecuentaban el hotel. Se movía con destreza entre las mesas de la gran terraza, sin cansarse, con entusiasmo, el oído atento. En las noches calurosas de verano, su andar era parecido al vuelo preciso y rápido de las golondrinas. Supo antes que nadie que la Argentina empezaría a importar yerba mate y café desde Brasil para abastecer la creciente demanda interna, que el gobernador Lanusse quería reformar la provincia, hacerla entrar en la era moderna, aunque para eso tuviese que empezar una lucha despiadada contra los empresarios corruptos como Barthel. También supo de la existencia de una logia francmasónica entre la elite posadeña, donde se tomaban las principales decisiones sobre el devenir de la provincia, lejos de la dominación correntina. Supo y le comunicó a su jefe tanta información que todos empezaron a temerle

aún más al magnate que parecía estar siempre un paso antes de los acontecimientos.

Fue para esa época que el joven conoció al jefe del registro civil de San Ignacio, un hombre huraño, tan extraño en esas tierras y tan enamorado de la selva como él. Don Quiroga le sirvió de guía una vez que Martin tuvo que viajar hacia esa región de la provincia. El flaco le enseñó que la selva guarda secretos inconfesables, también a llevar siempre un remo de más en el bote por si se rompía uno con la fuerza de la corriente. Recorrieron juntos los cerros de Teyú Cuaré, viendo los acantilados rosados que entraban en el Paraná a resguardo del viento del sur. Hall quedó impresionado por la inmensidad de ese río, su fuerza casi animal. Don Horacio, que no era de darse con mucha gente, toleró a ese joven desterrado, porque era evidente que sentía como él la seducción irresistible de la tierra colorada. Compartió con Martin escritos y fotografías tomadas en el primer viaje del uruguayo, cuando acompañó a Lugones a las ruinas en 1903. Lo invitó a su casa, una modesta casa de monte, donde conoció a su esposa, una muchacha muy bella con los ojos más tristes que Hall jamás había visto.

30

El Gato observó cómo la untuosa gota de miel caía lentamente desde la punta de su cuchara hasta la taza de té humeante que tenía delante. Se asombró por el color ámbar de su transparencia, apenas tocada por los dedos del sol. Era una maravilla, cada día era un portento desde que vivía en el gran hotel.

En media hora se abrirían las puertas y empezarían a ingresar los primeros clientes, desde las habitaciones y desde la ruta, pero a esas horas del amanecer, Martin se imaginaba que esa hermosa mansión era suya, con sus fuentes, sus plantas y sus grandes ventanales. Imaginaba qué cosas agregaría a la decoración del salón, cómo saludaría a los huéspedes, controlaría a los empleados, probaría los platos y los licores. Barthel no era de esos hombres, nunca se daría por enterado si un arbusto había sido devorado por las hormigas, porque el jardinero no había prevenido el daño, o si un cuadro estaba torcido; solo le importaba el dinero.

Si yo fuera el dueño de un hotel… Tomó un sorbo de té negro, fuerte, como le gustaba; miró el enorme reloj detrás de la barra, todavía tenía para atesorar diez minutos de puro delirio, de pueril fantasía.

Sus labios dibujaron una sonrisa recordando cómo, de pibe, soñaba con vestir un traje de camarero de cafetín porteño. En su cabecita, era el atuendo más elegante que ambicionaba lucir algún día. Ahora vestía de mozo, pero ambicionaba verse como un empresario. Así era la vida, como en la cuerda de nudos, era preciso subir uno por uno, sin perder de vista la meta, como le habían enseñado en el circo. La ansiedad por llegar rápido solo aumentaba los riesgos de la caída.

La gota de miel finalmente cayó pesada en su infusión. Martin revolvió perezosamente el líquido y lo saboreó con los ojos cerrados. En su bolsillo derecho sentía el peso del fajo de billetes que le había dado, esa misma mañana, el dueño del hotel. Una comisión generosa por traer la carga a buen puerto.

Colocó un brazo en la manga de su saco negro, luego la otra, y dio un salto corto para acomodar la prenda sobre los hombros. Se miró satisfecho con el resultado. Alisó su bigote con los dedos y se retiró de la pieza confiado. Al ver cómo lo miraba de reojo, sonrojándose a su paso una de las mucamas, sonrió para sus adentros: sin dudas, ya poseía el porte de un ganador. Unos cuantos viajes más y estaría en condiciones de buscar a su Irina.

La agradable sensación de algo picante corriendo por sus venas lo hizo sonreír. Estaba listo para una nueva aventura. Por lo pronto, la aventura empezaba allí, en el preciso momento en que agarraba su bandeja llena de vasos recién lavados, al mismo tiempo que barría con la mirada la sala y se cercioraba de que no faltase nada en las mesas y que las que estuviesen al sol fueran desplazadas para que los comensales disfrutaran de la frescura de la sombra.

A estas horas matutinas, el hotel poseía la claridad de todo lo que está en orden, de todo lo que está limpio. Era imperioso conservar ese orden, esa transparencia.

El bar era grande. Frente a los ventanales que daban al jardín, una larga barra de caoba separaba la parte de los comensales y el espacio de los camareros. Desde el otro lado del mostrador, allí donde Martin limpiaba las bandejas cromadas, se podía ver en el exterior un gazebo coqueto y con estrado, para que tocara una orquestra al resguardo del sol. Barthel era europeo, se notaba en la decoración del lugar y en la preocupación por dejar intacta la arboleda del parque, a la inversa de los brasileños que hachaban a mansalva cualquier tronco que se cruzase en su camino.

La escuela del circo le había dado a Martin las herramientas para ser un mozo de excelencia; desafiaba a los otros camareros, por diversión, a cruzar el salón a la carrera, llevando tantas copas de cristal en una misma bandeja como él. Sabía que el secreto estaba en apretar los abdominales hasta que se tensaran y estuvieran duros como una tabla.

Era el más histriónico, el más sonriente, pero lejos de actuar de manera ingenua, su meta era la de ganarse la confianza de los habitués y sacar ventajas de su poder de seducción para extraer información provechosa a su jefe. No sorprendió a nadie que rápidamente fuera ascendido a jefe de sala, pero solo él y su patrón sabían que era para poder moverse y espiar con facilidad tanto a los clientes como a los otros empleados del Palace. Desarrolló la sorprendente habilidad de conversar con los comensales de una mesa al tiempo que escuchaba lo que se hablaba en otra, como un felino que gira las orejas en diferentes direcciones. Barthel nunca se había equivocado, era un gran conocedor del ser humano y vio en Hall algo que pocos hombres poseen: una capacidad inusual de adaptación.

Miraba detrás de la barra, fingiendo observar la transparencia de una copa; ese, allá, en la esquina, que alzaba la cabeza de su diario cada vez que entraba una señorita, o ese otro, ocupado en escribir notas en un cuaderno rojo, el viajero sediento, la dama que relojeaba las tortas del día sintiendo la saliva acumularse debajo de la lengua, ese otro que, tomando siempre una copa de más, fingía poder salir sin chocarse con el marco de la puerta. Todos eran objeto de estudios para Hall, pero les prestaba más atención a los políticos. Esa casta era la más interesante. Plantado de pie a unos metros de la mesa donde estaban sentados los hombres, calculaba minuciosamente la distancia óptima para escuchar sin levantar sospechas. Se acercaba con discreción para servir y se retiraba sin decir una palabra de más. Poder e influencia. Era un juego en el que no tenía el más mínimo conocimiento, pero estaba ávido de aprender. Los ruidos de la sala ya no le resultaban tan molestos para escuchar las charlas y su memoria nunca olvidaba un rostro. Luego de un tiempo, Martin pensó que ya había visto todos los tipos de individuos posibles, pero cuando entró el nuevo comisario, no pudo evitar una sensación desagradable.

Era un hombre peligroso, porque, como Hall, poseía un gran poder de observación y reparó enseguida en el leve temblor que del joven mozo al apoyar la copa de vino justo cuando contaba cómo, de sus propias manos, había torturado y colgado a dos contrabandistas a la vera del Paraná.

—¡El nuevo gobernador me ha encomendado poner orden en esta

ciudad y limpiarla de toda la escoria humana que se cree más lista que la ley y eso voy a hacer, caballeros! El primero que se haga el guapo conmigo terminará en la zanja.

Hubo un breve y compacto silencio en el que se oyó una mosca golpear, errática, contra el cristal de la ventana.

—Tiene todo nuestro apoyo, comisario Ayala —afirmó su vecino de mesa levantando su copa de tinto—. No queremos que estos pagos sean terreno fértil para la barbarie.

El alcalde levantó la mano para pedir un café y siguieron hablando de asuntos triviales.

Hall dio una patada a la puerta que comunicaba con la cocina, tomó de un sorbo lo que quedaba de una copa y aflojó el moño que le apretaba el cuello.

—¿Qué le sucede? —preguntó el cocinero—. ¿Algún problema con un cliente?

Martin miró el filo del cuchillo que el cocinero tenía en el aire listo para caer con todo su peso sobre el cuello de una gallina. Imaginó a Yacaré y a Topo sacudidos por los últimos espasmos de los ahorcados. Eran ellos, no había duda. Él mismo los había enviado a recibir los productos allí. Un grave error. Claramente las cosas no serían tan fáciles como antes.

—Es el vino, está picado.

El cuchillo separó de un saque la cabeza del cuerpo del ave con un ruido seco. Hall tragó saliva. Tendría que desplazar a sus hombres más adentro de la selva y avisarles que se hicieran más invisibles que nunca.

“Efectivamente”, pensó apretando los dientes, “tengo un problema con un cliente”.

31

Un ambiente de tensión se instaló en el Palace Hotel en ese comienzo de año. El nuevo gobernador era también un escollo en el camino de Emilio Barthel. Empezó una política mucho más profunda de fiscalización y represión al contrabando de la yerba mate. Hubo que abrir otras picadas y pasar por tierra, en lugar de pasar por agua porque era mucho más complicado por las malas condiciones de los caminos. Todo el proceso de comercialización se veía enlentecido y más expuesto a los pillajes de los bandeirantes. Entonces, se le pidió a Hall algo que suponía un mayor riesgo para su vida: conseguir armas en cantidad suficiente como para defenderse de los ladrones del camino.

En el despacho de Barthel flotaba un perfume de palo rosa y almizcle. Era la primera vez que se lo invitaba a hablar con él allí, en su casa, bajo la mirada de todo el servicio. Por alguna razón, Emilio quería que Hall fuera reconocido como su secretario. Martin se sentía incómodo, hubiese preferido que los encuentros siguieran en la parte trasera del viejo almacén.

El francés estaba parado frente al cristal de la ventana, dándole la espalda. Se entrecortaba a contraluz su silueta imponente, la de un hombre que no toleraba ver contrariados sus negocios. Las volutas de un puro giraban lentamente sobre su cabeza, de vez en cuando tomaban una dirección inesperada, según donde las llevaran las corrientes de aire. Hall pensó que así se sentía desde que había empezado a trabajar para el empresario: de golpe, cambiaba el rumbo, cada vez que algo nuevo sucedía y no quedaba otra que estar siempre

listo. La corpulencia de Emilio hacía que su respiración pareciese más un ronquido que un soplo vital; era un ser reflexivo con un cuerpo enfermo, reacio a la actividad física.

Martin no decía nada, esperaba que su jefe se tomara el tiempo necesario para empezar a hablar. Las primeras palabras fueron directas y atinadas, sin rodeos:

—La gente común piensa que a un hombre tan rico como yo no le importa perder dinero. Están equivocados, Hall, tienen menos sesos que un sapo, porque, justamente, si soy un hombre rico, es porque no tolero perder dinero, ni el más mínimo centavo.

Silencio.

—Considero que usted no es una persona común, considero también que tiene algo de inteligencia, lo he observado. Por eso le daré la dirección de una delicada misión. Por supuesto, la paga será consecuente.

Barthel mojó su pluma en el tintero y escribió un número sobre un papel que dejó sobre el escritorio, doblado.

—Esa es la suma.

Cuando Martin abrió el papel, tuvo que parpadear seguido para asegurarse de que sus ojos leían bien la cifra: era una cantidad de dinero inimaginable. Carraspeó antes de contestar:

—Haré lo mejor que pueda, como siempre, don Barthel.

—No, jovencito, acá no hay margen para el error. Si lo pillan, es hombre muerto y si me delata, también. ¿Se entiende?

Emilio lo miraba ahora directo a los ojos. Solo los separaba el vasto escritorio de madera pulida atestado de documentos y archivos.

—Claro como el agua —Martin intentó ser gracioso, pero se retractó enseguida—. Dígame lo que quiere que haga.

El magnate se enderezó, el cuero de la silla hizo un ruido suave:

—¿Sabe?, no hay dinero más sucio que el de la política, pero ese dinero tiene que llegarle al gobernador limpito, ¿me entiende? —Barthel volvió a tomar la pluma y un papel—. Acá figura el nombre y la ubicación exacta de la carga, pregunte por este hombre y, en menos de una semana, quiero que todo llegue a mi despacho. No me importa cómo lo haga, mientras cumpla con su tarea.

Martin carraspeó otra vez, discretamente.

—¿Algún problema?

—¿El porcentaje mío será el de siempre?

Barthel posó lentamente la pluma en el tintero, luego, con los ojos entrecerrados, le contestó sin dudarlo:

—No, esta vez será el doble.

32

Al despertarse, Hall tuvo una iluminación, una suerte de epifanía. Recordando sus lecciones de magia, cayó en la cuenta de que, para poder pasar la mercancía, tenía que usar los trucos básicos de los magos: desviar la atención lejos del objeto de interés para poder esconderlo. Los lingotes de oro no estarían en los autos, sino en la barca transportadora. Más rápido que chasqui de rebenque, saltó de la cama, se vistió con prisa, mojó su cara en la palangana de latón esmaltado para despabilarse y salió hacia la choza del Mono. Solía moverse solo en la mayoría de las misiones encomendadas por Barthel, pero para asegurarse el éxito de esta última, necesitaría la ayuda de un montaraz experto como el paraguayo.

Caminó a grandes zancadas, saltando charcos. La espesa niebla apenas dejaba ver a lo lejos, en la parte más alta de la colina, la casa de Avelino. De la chimenea salía humo y el caballo pastoreaba dentro de su corral. Los dueños preparaban la primera comida del día. Martin golpeó fuerte las palmas para anunciar su llegada. Encontró al Mono de buen humor, limpio y recién afeitado. Tula también estaba allí; en presencia de su hermano, solo le dirigió a Hall una sonrisa discreta. Pero su mirada se posó sobre él con tanta intensidad que Martin se sonrojó y se demoró más de lo habitual en limpiarse el barro de las botas sobre el felpudo de alambre.

Martin la miró de reojo, la imaginaba ya lejos de allí, buscó indicios de embarazo, pero la india estaba envuelta en una especie de poncho que le cubría desde el comienzo del pecho hasta medio muslo. Mono estaba locuaz, sería difícil escapar de su mirada para tener un

momento a sola con Tula, pensó Martin mientras tomaba su lugar en la mesa. Se sentía un poco molesto, los asuntos del corazón no se llevaban bien con los de dinero, se esforzó por mantener un semblante jovial.

—No se tome tantas molestias, don. Con esta humedad, es imposible mantener el piso limpio, ¡me va a hacer saltar todos los alambres!

El comentario de Tula hizo reír de buena gana a los tres amigos. Se sirvió maíz hervido, reviro y mate. Entendiendo que tenían que conversar de cosas de negocios, la mujer dejó a los dos hombres solos esperando que, una vez que la charla terminara, su amante se las arreglaría para encontrarla en el monte cercano.

—Vamos a esconder los billetes en cajones como los que usan los colonos para llevar sus muertos al cementerio.

—¿Querés decir...?

—¡Sí! En esos cajones. Nadie va a inspeccionar un cortejo fúnebre, menos aún si tienen pintada la cruz que señala que murieron de peste, esa Bubónica. Con dos cajones grandes y uno chico tenemos espacio suficiente.

Martin leyó en el semblante del Mono que la idea le parecía buena, así que continuó.

—Les damos a los cajones entierro, misa y todo, ya con la noche bien avanzada, vamos a retirar los billetes.

El Mono sacó, con la punta de su navaja, un hilo de maíz que se le había quedado entre los dientes, pensativo.

—No podés guiar vos la procesión, todos saben que acá no tenés familia.

—Es cierto, también lo pensé, pero puedo haber sido contratado para cruzar por el río a esos desgraciados, porque si algo se sabe acá es que yo soy el único capaz de juntarme con apestados con tal de ganar algunos duros.

El Mono inclinó la cabeza en señal de aprobación. Definitivamente era una idea brillante. Uno de los compañeros carpinteros se encargaría de hacer los cajones en madera de pino, sin forro ni ornamentación llamativa. En sus tapas se pintaría con cal grandes cruces blancas, advirtiendo que se trataban de víctimas de la peste.

Con el entusiasmo de la aventura, Martin se olvidó de Tula. Ella le

guardó rencor y se ofendió. Cayó en la cuenta de que, por primera vez en su vida, estaba enamorada.

***

Hall nunca imaginó que la plata podía pesar tanto, realmente se sentía como si cargara un muerto. Era un día extraño, sin sol, pero con una resolana irritante, típica del final del invierno. Como estaba previsto, el cortejo pasó sin problema, pero a la entrada del pueblo, el comisario aguardaba con dos hombres armados. Los tres Invisibles que acompañaban, fingiendo aflicción, sintieron que se les secaba la boca. Miraron de reojo a su jefe a quien no se le movía ni un músculo de la cara.

Sin siquiera pedir permiso, el comisario le hizo señas a uno de los guardias de que abriera uno de los cajones con un pico. El subalterno tuvo un instante de duda, el comisario desvainó su pistola y le apuntó a la cabeza:

—Tenés más probabilidades de morir si disparo que de contagiarte de esa mierda, ¡abrí, carajo!

—¿Cuál de ellos, mi comandante? —dijo el otro con una voz temblorosa.

El comisario entrecerró los ojos, observando con detenimiento los féretros de madera clara. Al cabo de unos segundos, que a todos les parecieron eternos, indicó con la punta del arma al que se encontraba en medio de los otros dos en el carro.

Cuando la tapa saltó, luego de varios y torpes intentos, el grito del suboficial lo dijo todo.

Un olor nauseabundo llegó a las narices de los presentes. El comisario se acercó sosteniendo en su mano libre un pañuelo ante su boca y nariz. No logró reconocer al difunto, estaba hinchado y ya en un estado de descomposición evidente. Dio un respingo, pálido y confundido, ordenó cerrar con prisa el ataúd.

Hall se divertía sobremanera con la escena. Sus cómplices lo miraban atónitos.

Cerraron el féretro y con un gesto, el comisario autorizó al cortejo a seguir su camino hacia el cementerio.

El plan había funcionado a la perfección.

Cuando los otros Invisibles le preguntaron al Gato cómo había hecho para que el comisario eligiera justo el ataúd donde estaba el cadáver, Hall les mostró unas letras talladas en la esquina inferior derecha del cajón, muy chiquitas. El Búho deletreó lentamente en voz alta: “o-r-o”.

—Es un viejo truco de magia, amigos. Se le tiende una trampita a la mente del observador, algo muy fácil que nunca falla.

—No entiendo.

—Es sencillo, el comisario vio los tres cajones, pero su mente le dio una información que ingresó a su pensamiento sin que se diera cuenta, y eso definió su elección. En los otros cajones no dice nada, pero en este, esa palabrita es lo que todo hombre busca.

Unas horas antes del amanecer, el Mono le avisó a Hall que el dinero ya estaba en el despacho de Barthel, a resguardo en su caja fuerte.

—¿Y nuestra parte? —le preguntó el Búho.

El Gato lo miró con una sonrisa extraña.

—¿Qué te crees? Soy pichón, pero no boludo, me la pagó por adelantado.

33

Miraba a esa pobre chica en harapos que se apresuraba para bajar torpemente la cremallera de su pantalón y así dar con su miembro y colocarlo en su boca. Todo le pareció absurdo, desprovisto de sentimientos placenteros, lúgubre.

Empujó suavemente a la muchacha apoyando su mano sobre su pelo grasiento, pero ella se resistió, empecinada en cumplir con su tarea. Cuando Hall sintió que una mano extraña hurgaba dentro de sus pantalones, agarró un mechón de pelo y apartó con tal fuerza la cara de la niña que esta cayó hacia atrás, la cola sobre el piso. Lejos de ofenderse, la jovencita aprovechó la pose para abrir las piernas y mostrar un sexo peludo, interpretando que el deseo del hombre era tomarla con brusquedad. La sonrisa todavía flotaba sobre los labios de la joven, sus ojos no mostraban más que lascivia y no parecían interpretar la realidad que la rodeaba.

Ese sexo era la entrada en el mismo infierno, con esos pelos que parecían alambres retorcidos y sus carnes rojizas. Martin desvió la mirada y se molestó al sentir una erección. Lo que lo había excitado era un pequeño lunar a la orilla del pezón que se dejó ver de pronto, al correrse de lugar el corsé. Sin dejar de mirar el lunar, se tumbó sobre la muchacha y la penetró bruscamente, deseando acabar lo más rápido posible. A sus narinas le llegaron los olores de ese cuerpo desconocido. Cerró los ojos, obligando a su mente a recordar el cuerpo de Irina. La mujer jadeaba como un perro un día de verano sofocante. Pronto todo habría terminado. Llegó una oleada de placer acompañada de unas pequeñas sacudidas, como convulsiones enfermizas. Abrió despacio los

párpados, buscando algo bello a lo cual aferrarse, pero el lunar ya no estaba. La niña se había levantado y, reacomodando su corsé, le tendió una mano para cobrar su paga.

—Tenés hambre, ¿verdad?

La chica lo miró y por primera vez, Martin percibió que un ser humano habitaba ese cuerpo. No recordaba su nombre, pero la reconoció: era una de las muchachas que, a disgusto, Martin había pasado del Brasil al país, para un nuevo burdel en Posadas. No tuvo opción, el empresario le había dejado muy en claro que, o bien trabajaba para él, o era hombre muerto.

Sacó su billetera y le dio un poco más de la cuenta, calculando lo poco que le quedaría a ella, luego de que su patrona se cobrara su comisión.

—Andate ahora, está por llover —le dijo.

La *guaina* se fue. Martin se acercó a la ventana; con el hombro en el marco, la vio unos minutos después cruzar la calle hacia la despensa. Pero se desilusionó al verla salir con lo que parecía una botella de caña de azúcar envuelta en papel de diario. “No podés salvar a la humanidad, Hall”, pensó amargado, “gran parte de ella ya está podrida”.

Se dejó caer sobre la cama y al escuchar las primeras gotas de lluvia, a pesar del cansancio, no logró dormir. No pagaría a una prostituta de no ser porque había tomado de más, su cuerpo extrañaba el contacto de una mujer. Tula no aparecía, seguramente ya se había marchado. Un vaho subía desde el río hasta el centro del pueblo, una espesa neblina flotaba sobre los cerros ¿o acaso eran los fantasmas de los muertos? Él no había ofendido a los muertos, los había puesto en tierra santa como se debía, recordó a su hermana Rose, tan supersticiosa; sintió aproximarse la migraña, necesitaba descanso. Finalmente, pasando de un pensamiento a otro, cayó en un profundo sueño.

Tuvo una pesadilla: Irina, montada desnuda sobre un enorme gato negro, se burlaba de él. Mostrando sus garras afiladas, el felino intentaba atraparlo de un zarpazo. Martin lograba escapar saltando en una palangana de hierro llena de un agua verdosa.

Se despertó tiritando de frío, la camisa empapada de transpiración.

Tocó su frente con el dorso de la mano, como solía hacer su madre cuando era pequeño, y la sintió demasiada caliente. Asustado, se preguntó si la chica no le había contagiado alguna enfermedad venérea. Juró que, si salía de esta, nunca más volvería a contratar los servicios de una prostituta. Afuera llovía copiosamente, una larga gota entraba por uno de los bordes de la ventana. La calle estaba desierta, no era un buen momento para enfermarse. Sin poder controlar el temblor ni que sus dientes dejaran de entrechocarse, se levantó con cuidado, se dirigió hacia la sala de baño, sacó su camisa pegada a su piel y se pasó por la cara una toalla mojada. Mirándose al espejo, vio unas ojeras azuladas debajo de los ojos. Se sintió muy solo. Faltaban todavía unas horas para el amanecer, resolvió envolverse en las sábanas en posición fetal y esperar, mirando las primeras luces del alba a través de la ventana. Si lograba controlar su temperatura, mañana estaría mejor.

Lo despertaron unos golpes en la puerta que resonaron como si estuvieran martillando dentro de su cabeza. Tambaleándose, fue a abrir, sin lograr conectar del todo con el presente. Antes de entreabrir la puerta, se acomodó el pelo con la mano y agarró la pistola que tenía en la mesa de luz.

Relajó los músculos de la cara al reconocer una figura familiar. Los hombros anchos encorvados y ese flequillo largo y negro que le tapaba toda la frente eran los del Mono. La voz sonó ronca:

—Jefe, se han robado la plata del cargamento de yerba de don Emilio. Aparentemente, uno de los nuestros tuvo la intención de llevarse toda la torta y esconderla en su rancho.

Para esas horas de la mañana, Hall pensaba sentirse bien, pero no era el caso, su cuerpo no le respondía como esperaba. Tuvo un gesto casi imperceptible al agarrarse del pomo de la puerta. No quería que el Mono lo viera débil, pero por cómo lo miraba el paraguayo, se dio cuenta de que su malestar era mucho más obvio de lo que creía. El hombre robusto y de pocas palabras dijo lo que Martin esperaba escuchar:

—¿Quiere que me encargue, jefe? No se lo ve muy bien hoy, sin ofender.

Martin no lo pensó dos veces, mucha opción no tenía de todas

maneras. Se sentía cada vez peor y la sola idea de tener que andar varias horas a caballo lo acobardó, no lo aguantaría, llegaría tan descompuesto al lugar que quedaría muy mal parado ante los otros hombres de la banda. Se necesitaba aplomo y dureza para esa misión.

—Está bien, hacelo. No mates al hombre, pero dale un castigo ejemplar y traé la torta a casa de vuelta. Te recompensaré bien —contestó con un hilo de voz.

—No lo hago por la recompensa, jefe, usted sabe que le debo mucho.

Martin asintió, se secó una gota de sudor que caía desde su sien hacia su mentón y agregó:

—No le digas a nadie que estoy enfermo, ya me repondré pronto, que crean que estoy ocupado en otra misión.

—Sopa de ajo y vino tinto, le pido a la cocinera que le prepare.

—Gracias, también voy a necesitar una camisa nueva —dijo Hall con una sonrisa de costado.

Cerró la puerta preguntándose si podía confiar en el Mono; sería una prueba de fuego para conocer la lealtad de los Invisibles hacia él. Escuchó los pasos pesados del paraguayo alejarse por el pasillo. La cama lo llamaba. Se envolvió nuevamente con las sábanas. Debió haberse quedado dormido. Una voz que parecía lejana le avisó que su comida estaba lista. Dio órdenes a la cocinera de pasar y la mujer frunció la nariz:

—Qué olor a encierro que hay acá, señor, permítame, así no se va a mejorar nunca.

Entregado, Martin dejo que la voluminosa cocinera lo levantara de la cama, lo llevara de un lado a otro de la pieza como un bulto para cambiar las sábanas, buscar más mantas en el placar, airear la habitación, colocar la sopa en la mesa de luz corriendo la pistola como si fuera de juguete y llevándose la ropa sucia bajo el brazo. Se sentía tan descompuesto que ni vergüenza le dio cuando la mujer le embuchó una cucharada de sopa ordenándole que abriera grande la boca como si fuera un crío.

Rodeado del perfume suave a jabón en pan que emanaba de las sábanas limpias y el estómago regocijado por el caliente brebaje, Hall se permitió el lujo de descansar todo lo que su cuerpo necesitara.

—Gracias —farfulló, hundiendo la cara en la almohada—. Dígale al conserje que no estoy para nadie.

Se refugió en sus sueños y apareció Irina sentada en un trono de oro, mostrando el mismo esplendor de sultana con el que se había presentado a él por primera vez.

Martin se acercaba lentamente, devorándola con los ojos, le tomaba la mano y la besaba varias veces con ardor juvenil. Ella echaba la cabeza hacia atrás, ofreciéndose a él. Pero no lograba abrazarla, su piel blanca era intangible como la bruma del amanecer. Se despertó ante la imagen terrorífica de unos caballos negros que lo estaban por aplastar bajo sus cascos.

Abrió el estuche del reloj, era medianoche. Llovía ahora con más intensidad. En el jardín, las ramas de los árboles se inclinaban bajo el peso del agua. Sintió un escalofrío, la fiebre no sería tan fácil de doblegar. Se puso la bata y se dirigió hacia las cocinas. No se cruzó con nadie en los pasillos. Necesitaba un vaso de leche. Cuando el líquido blanco y ligeramente grasoso se deslizó por su garganta, lo recordó: era lo que le daba su madre cuando tenía pesadillas, le contaba que la blancura de la leche sacaba de su cabeza todas las imágenes oscuras, que luego de beber toda la leche del vaso, soñaría con ángeles. Así fue, la leche lo tranquilizó, nunca fallaba. Sintió su pulso desacelerarse como una rueda que alguien va frenando de a poco.

Pasaron varios días sin que el Gato tuviese noticias del Mono. Mientras tanto, su salud mejoraba, recobraba fuerzas. Tenía dos cargamentos importantes para ocuparse antes de viajar hacia donde se encontraba el circo Kozatov.

La próxima misión fue pan comido al lado de la anterior: se trataba de seis yuntas de mulas que tenían que pasar por frontera seca, ya que en esa época del año, el río estaba muy crecido.

34

“El Viejo Almacén” así se llamaba. No se habían roto la cabeza para buscarle un nombre original, era inútil de todas formas, todos en el pueblo sabían que era otro comercio más de don Barthel. Ponerle “Almacén Barthel” hubiese sido casi una afrenta, una marca reiterada demasiadas veces en la región, omnipresente, recuerdo de una explotación humana controversial. No hubiese sido bueno para el comercio.

Pero el almacenero era un buen tipo, un turco bonachón que amaba su oficio, les daba su yapa a los guiris, repartía la mercadería con su chata de cuatro ruedas y fiaba en secreto a los mensúes más desafortunados. Era muy común verlo, los días de calor, sentado en la puerta de su negocio, tomando un mate, conversando con algún vecino, saludando a todos lo que pasaban frente a su negocio. En el fondo, un pequeño despacho de bebidas con pocas mesas. Los que no poseían radio en sus casas, concurrían allí para escuchar alguna noticia de importancia. La pileta para lavar las copas, instalada en el mostrador de bebidas, tenía ese pico característico en forma de cisne y agua corriente proveniente de un ingenioso sistema elaborado por el mismo dueño para usar agua de lluvia. Vendía de todo, hasta paja de guinea para hacer las escobas y barras de hielo. Su mayor lujo era vender la yerba envasada en lata. Detrás del mostrador, varios cajones con tapa guardaban los productos. El turco, con gran meticulosidad, sacaba con la ayuda de un cucharón la cantidad necesaria para poner en la balanza. Al lado, en un galpón, se podía conseguir forraje, alimentos para animales y carbón. Su esposa era la encargada de

vender los yuyos para los males diversos de los pueblerinos.

La construcción era una de las mejores de Posadas, como todo lo que era del gran magnate: paredes anchas, tirantes de tronco de palmeras y madera de ley, techo de chapa y piso de baldosas coloradas. En el frente, un bebedero para animales de tiro.

Martin hubiese querido disfrutar de ese cálido lugar y de su dueño como los demás, pero no podía permitírselo. El turco lo hacía entrar por una puerta aledaña y secreta directamente hacia la despensa de bebidas, cerrada para la ocasión, y allí tenía que quedarse sentado, esperando la llegada de Barthel. Algunos días, la señora del almacenero se apiadaba del joven y le daba un cuenco con un puchero humeante que Hall comía con avidez, quemándose la lengua. Sabía que su jefe podía llegar de un momento a otro y le arruinaría la comida.

En cuanto empezó a trabajar para el empresario y hacer buen dinero, se ganó el respeto de los otros contrabandistas. Los que estaban indecisos fueron a pedirle ser parte de su suerte. La red de hombres con apodos de animales se hizo tan grande que cualquiera que quisiese comerciar por su cuenta no tenía ninguna chance de llegar primero para hacerse con los productos. Para cuando llegase, luego de días de andar por las picadas, no quedaba nada, todo había sido llevado río abajo hacia algún puerto donde esperaba el comprador. Entonces llegaban a la cueva hombres demacrados, los brazos picoteados por sabandijas de la selva, descalzos y con el machete desafilado. Muchos de ellos habían escapado de los yerbales, la espalda marcada por los azotes de los capangas.

Como la rueda de un molino nuevo, todo se puso en marcha: cuantos más hombres tenía a disposición, más información recaudaba, más mercancía podía mover de un lado a otro, más dinero atesoraba. No le faltaba inteligencia y así como un año atrás observaba a los artistas del circo para aprender de ellos, ahora, detrás de su traje de mozo, observaba con atención cada gesto, cada palabra y conducta de los potentados.

Se veían los domingos, luego de misa. Don Barthel, acompañado por el repiqueteo de las campanas, terminaba de saludar a los fieles y antes del almuerzo, pasaba furtivamente por detrás del almacén, que a

esas horas estaba cerrado, para conversar con Hall. Un morrudo lo iba siguiendo y se apostaba de guardia cerca del palenque.

La conversación siempre se resumía en saber dónde, cuándo y cómo mover las mercancías. Según la época del año, se trataría de cuero, yerba, madera o café. En alguna ocasión, eran unas chinas para los burdeles o unas tropillas de vacas. Martin no se acobardaba ante nada mientras el precio estuviese a la altura del riesgo. Y riesgo había cada vez más: por un lado, se iban reforzando los controles aduaneros, por el otro, los bandeirantes brasileños siempre estaban al acecho.

El éxito comercial de Barthel ya estaba asentado cuando conoció a Martin, pero las habilidades del joven para controlar todos los movimientos de la mercancía desde los obrajes y yerbatales hasta los vapores, además de su incursión en la política local, contribuyeron para hacer de él el hombre más poderoso de Misiones.

Las acusaciones de usurero, evasor y esclavista que pesaban sobre el magnate no se acomodaban con sus ambiciones políticas y delegar a un joven desconocido el pasaje de la yerba mate desde Paraguay hacia la Argentina lejos de los controles aduaneros era una ventaja no despreciable. Emilio necesitaba limpiar su imagen pública, una imagen que algunos diarios locales favorables a la elite política del momento no dudaban en describir como “un hombre sin escrúpulos, un vulgar ladrón, defraudador de la renta fiscal del país y de los países vecinos”.

Barthel, sin embargo, no se quedaba atrás y, en general, contratacaba a sus detractores a quienes tildaba de traidores. Las logias francmasónicas de las cuales era miembro se revelaban como el recipiente perfecto para hacer fraguar el cemento de sus nuevas alianzas.

Cuando, luego de varios meses, el Mono volvió con parte del dinero robado de don Emilio, Martin le pidió permiso al empresario para hacer un viaje a la capital porteña. Le fue concedido a condición de seguir siendo, aun a la distancia, un espía del magnate. Le dijo: “Tendrá a su disposición un automóvil con chofer para moverse en la ciudad, algo de dinero, hay algunos sitios que quiero que visite por mí, controlar que mi yerba se distribuya adecuadamente, negocios, Hall, siempre negocios. Pero no se preocupe, tendrá tiempo suficiente para sus asuntos de corazón”.

¿Cómo sabía el magante? ¿Tan obvio era? Él mismo sería espiado por el chofer de Barthel, por supuesto, y era una maniobra tan inteligente que Martin no tuvo ni la oportunidad de chistar.

Antes de cerrar la puerta de su habitación, se aseguró por décima vez tener en el bolsillo interior de su chaqueta el recorte del diario donde se anunciaba el regreso del circo Kozatov a Buenos Aires.

35

¿Qué era eso? Se estremeció, algo le había saltado sobre la espalda, obligándolo a doblar las rodillas, su cerebro tardó unos segundos en descifrar lo que sucedía y dar la orden a su brazo derecho, el más fuerte, de anteponerse entre su cuello y el filo de la navaja que alguien, agarrado a él como una garrapata, intentaba clavar.

—¡Me las vas a *pagal*, *traidol*! Esperé durante días, pero me abandonaste, me dejaste en el camino, sola. ¡Después que te salvé, te di las llaves para *salil* de la prisión y me abandonaste *clápula*!

Esa voz, ese acento tan particular. ¡Flor de Loto!

Martin empezó a gritar girando como un trompo:

—¡No fue mi intención abandonarte, Flor de Loto, te lo juro! Pero no te encontré, te busqué por todo el pueblo.

—*¡Mentiloso!*

Hall sentía ya una espesa gota de sangre bajar por su cuello, sus manos intentaban en vano hacerse con alguna pierna o un pie, cuando de golpe, el chasquido de un látigo sonó en el aire justo arriba de sus cabezas. La chinita dejó de moverse y se deslizó por la espalda de Martin como un bulto que uno se quita de los hombros.

El látigo, como un ave cautiva, volvió hacia su dueña. Irina estaba allí, más altiva y bella que nunca, aún más imponente de lo que Hall recordaba, protegida por una autoridad y una educación que la cubrían de una armadura a prueba de todo.

Ella lo miró también, seguramente sorprendida de verlo tan bien vestido. Más allá de sus hombros, vio también el automóvil nuevo con

el cual el joven había viajado para buscarla.

Entonces habló y sus palabras hirieron al joven Martin mucho más que cien cuchillos sobre su garganta:

—Pensé que había sido clara, te dije que no volvieras a verme.

Un viento helado levantó los bordes de su capa negra. Estaba vestida de domadora, lista para su número ecuestre.

—Recordaba que eras una hermosa mujer, no recordaba que tu alma era tan oscura.

—¿Qué quieres? Date prisa, mi público me espera.

—Quería… no, no importa ya. Me equivoqué, tenías razón, no tendría que haber venido.

—Sigue tu camino, Saltarín, al parecer te va bien, no me necesitas.

—Dejá ese juego maligno, sé que me amás. —El timbre de la voz sonó viril, aplomado.

Martin la miró con toda la arrogancia de su juventud mientras pasaba un dedo por su herida. Era hermoso verlo así, no era una actuación, era genuino, tenía encarnada esa seguridad que da el dinero, le sentaba la ropa elegante como si siempre la hubiese usado, los viajes y las aventuras habían terminado de hacer de él un hombre, Irina se rebeló para no perder su poder.

—Yo soy la domadora, nunca me dejaré domar por nadie.

La vio alejarse. El corazón se le encogió de golpe, sintió que el aire entraba a sus pulmones con dificultad.

Un hombre vestido de payaso pasó a su lado:

—¡La vida es un circo, mi amigo! —escuchó que le decía con una risotada.

Flor de Loto había desaparecido, el sol se ponía. Oyó a los lejos, bajo la gran cúpula, los aplausos de los espectadores, los ecos de un mundo de ilusiones.

Hall volvió hacia su coche, inmerso en la más profunda confusión. De una patada, hizo volar una vieja lata que aterrizó varios metros adelante.

—¡Basta de mujeres! —exclamó—. Ya me cansé de la rusa, de la china de acá, las chinas de allá, las indias, las polacas, las… todas más embrolladas que firulete de colectivo, ¿no es cierto?

Un caballo criollo resopló a unos metros de él.

—¡Ves! ¡Estás de acuerdo conmigo! El amor, de ahora en adelante, será un juego o no será. No dejaré más que me rompan el corazón, que entorpezcan mis ambiciones. ¿Qué? No me mires así. ¡Juro que no voy a permitir que ninguna mujer me lleve de la nariz nunca más!

El caballo resopló nuevamente y movió la cabeza de un lado a otro. Hall caminaba en círculos, a grandes zancadas. En el fondo, no estaba seguro de poder confiar en su propia palabra.

—Tenés razón, la vida de un hombre solitario es como una planta sin agua. Pero duele, mi amigo, si supieras cuánto duele el amor.

Se acercó al criollo y le acarició el cuello. El olor del pelaje era reconfortante, suave.

—Encontraré una mujer que sepa amarme —dijo en voz baja.

Mientras tanto, se dedicaría a acumular la cantidad más grande de dinero que le fuera posible y se convertiría en el dueño del comercio ilegal en la frontera del noreste. Estaba por volverse, cuando escuchó que lo llamaban. Era una voz conocida, pero no lograba identificarla con un rostro. Su memoria conectó los cabos sueltos cuando desde la penumbra vio acercarse a un hombre de muy baja estatura con un diente de oro:

—Espero no haberte asustado, ¿te acuerdas de mí? Bakulin, el que te sacó de la criollada esa que frecuentabas.

Hall puso la mano sobre su sombrero en signo de saludo.

—Vaya, te ha ido bien, por lo que veo. Sé reconocer un traje hecho a medida, ¿puedo?

El enano se acercó para tocar la tela del saco. Un silbido admirativo salió de sus labios.

—¡Vaya! Qué suave.

—Qué tal, Baku… ¿Espiando, como siempre?

El enano torció el labio en una sonrisa forzada:

—Es mi trabajo acá, ¿recuerdas? Pero esta vez te puede ser útil.

—Creo que te equivocás, no estoy interesado en los chismes de los actores del circo.

—Puede que no, pero si ese chisme tiene que ver con la señora Kozatov… Pero no importa, tienes razón, me equivoqué, no te interesa saber por qué te ha rechazado.

Bakulin sacó de su pantalón unos copos de viruta y se dio vuelta

para marcharse.

—¡No! Espera.

—Me parecía.

—Quiero saber.

—Te costará unas monedas de las grandes.

Hall odiaba caer en la trampa del enano, pero se sentía con una necesidad tan imperiosa de entender lo que pasaba con Irina, que puso la mano en el bolsillo de su chaqueta y tiró al piso varias monedas que fueron rodando hasta los pies de Bakulin.

Luego de levantar el dinero, el hombrecillo miró a Hall con una mezcla de desdén y sorna. El desprecio era mutuo:

—Apurate, no tengo toda la noche —escupió Martin, torturado entre la necesidad de saber y el miedo a descubrir una verdad terrible.

—Seré breve. De hecho, no voy a decirte nada. Pero te daré una llavecita que abre una habitación contigua a la que esta noche ocupará la señora Kozatov en el hotel. Nada es más crudo que la realidad, espera y verás. Detrás de un cuadro que representa un florero con rosas, hay un pequeño agujero en la pared. Es a través de tu ojo que la verdad te será revelada. Luego, podrás elegir qué hacer con esa verdad, pero ni se te ocurra intervenir. Tendrás que ser de una discreción total.

La transgresión, lo prohibido tienen en general un atractivo muy particular. Bakulin, gran conocedor del alma humana, bien lo sabía.

—¿Me proponés espiar a Irina? ¡Eso es repugnante! No es digno de un caballero.

Baku repitió esa sonrisa extraña que provocaba en Martin el impulso de huir, pero algo más fuerte se lo impedía, un cierto cosquilleo, una febril curiosidad.

—No debería decírtelo, pero fue Irina quien me pidió que te diera esas llaves.

Devolviéndole el desdén, el enano tiró la pequeña llave a los pies de Martin que miró detenidamente el piso antes de agacharse. Cuando se levantó, el hombrecito ya no estaba.

36

De todas las cosas que en unas horas Martin podía haberse imaginado que vería, ninguna se acercaba ni de lejos a lo que pasaba en la habitación contigua.

El agujero estaba allí, detrás del cuadro. Tenía varias huellas de dedos a su alrededor. No era el primero en jugar al espía, eso era evidente.

Lo que vio lo perturbó a tal punto que su primer impulso fue retirar el rostro de la pared, como si estuviera tan caliente que lo quemara. Pero, queriendo averiguar que lo que veía no era producto de su imaginación, volvió a colocar el ojo en el pequeño intersticio. La señora Kozatov, vestida con el corsé negro que usaba para su número de domadora y la faz cubierta de un tul, estaba parada frente a un hombre desnudo, más bien obeso, que recibía sobre su espalda los golpes secos que Irina le daba con una fusta corta y flexible. Pero lejos de pedir clemencia, Martin oyó que el hombre pedía que le pegaran con más fuerza. Ella, sin dudarlo, accedió al pedido con júbilo, el placer de su rostro era todavía más perturbador que la alegría de la piel flácida y trémula del desconocido que vibraba a cada golpe como un instrumento musical.

En un momento, le pareció que la domadora miraba de tanto en tanto hacia el agujero, como si quisiera cerciorarse de que Martin se encontraba allí, viéndola gozar de ese juego perverso. Entonces, se alejó de la pared, un poco asqueado. Fue hasta la ventana, la abrió de par en par y respiró hondo varias veces, dejando que la frescura de la noche le llenara los pulmones de su pureza. No se sentía ni siquiera

con ánimo de volver a la habitación; a pesar del lujo de la decoración, todo le parecía artificial, insano. Varios coches pasaron por la calle, había ruido, sonidos de una gran ciudad que nunca dormía.

No escuchó que alguien golpeaba discretamente a su puerta, tampoco se percató de que Irina entró y que se encontraba justo detrás de él, cubierta de una bata color rubí, con unos mechones desprendidos del peinado, lo que le daba un aspecto salvaje.

—¿Te gustó el espectáculo? Es un número especial del circo Kozatov.

—Prefiero olvidar lo que vi y perdonarte.

Irina estalló en una carcajada que hirió profundamente al joven:

—¿Tendrías la arrogancia de perdonar algo a alguien que no se siente culpable? —Reacomodando su peinado frente al espejo, agregó —: ¿Qué es lo que necesitas? ¿Mi confesión? ¿Qué es lo que más te molesta? ¿Que lo que viste está fuera de tu entendimiento o que tu entendimiento no es lo suficientemente agudo como para aceptar lo que viste?

Él no contestó.

—El motivo por el cual quería que vieras mi secreto es para darte la libertad de elegir si amarme o no a la luz de la verdad.

—Es una locura.

—¿Según qué criterio? ¿La moral cristiana? ¿La ley de la naturaleza? ¿Los códigos jurídicos? ¿Acaso lo que te molesta es que hago tambalear los cimientos de la dominación masculina o que la imagen que tenías de mí se cayó en el barro de las miserias humanas? Sabes… seré una mujer enferma, pero no soy un monstruo. Torturo hombres que me pagan por hacerlo, me suplican que lo haga porque alivio penas mucho más profundas que los acechan.

—¿Y lo disfrutás?

—Me parece delicioso.

Martin estaba tan confundido que apenas podía mirar a esa mujer terrible. Temía que, a pesar de todo, ella siguiera ejerciendo un poder sobre él.

—Yo solo quería amarte.

—¡Saltarín, yo podría ser tu madre!

—¡No! Mi madre era una persona buena y humilde.

—No digas tonterías. Sabes perfectamente a qué me refiero.

Martin volvió a mirar por la ventana. A pesar de que era libre para salir cuando quisiera, se sentía atrapado. Cerró los puños, tenía ganas de llorar. Irina se acercó despacio a un mueble de estilo chino, abrió una puerta laqueada, sacó una botella de vino y le entregó a Martin una de las dos copas que había llenado hasta la mitad.

—Hagamos las paces —dijo levantando su copa a la altura de su nariz—. Eres un buen muchacho y me gustas, pero me duele verte, me recuerda a mi juventud, años perdidos que no volverán. Vete ahora, déjame sola, no soy una mujer para ti.

Ahora era Irina quien se veía desvalida, la voz temblorosa y las lágrimas asomadas al borde de sus ojos.

—¡Márchate, si no puedes enfrentar la fealdad de mi alma! —le gritó.

Hall tomó de un sorbo el vino fuerte, cargado de tanino, que se le subió enseguida a la cabeza. Lejos de irse, se precipitó sobre Irina movido por un instinto casi animal. Hubo un forcejeo, sintió que algo impactaba contra su frente, que un líquido tibio corría por la sien. Sangre.

Ella, con lo que quedaba de la copa en la mano, lo miraba con una intensidad voluptuosa. Le tomó la cabeza entre las manos y besó su herida. Sus labios y su mentón estaban rojos por la sangre del joven. Martin se dejó besar, no entendía lo que le sucedía, su cabeza estaba embriagada de deseo, al mismo tiempo que quería lastimar a Irina sin piedad, con un odio claro y puro. Tiró de un mechón de pelo, arrancó su bata, mordió su seno con toda su fuerza y le hizo el amor con una brutalidad que ni él sospechaba posible. Ella no se resistió, al contrario, lo animaba a decirle las cosas más horribles que se le pueden decir a una mujer, mientras le arañaba la espalda con sus uñas. Luego del último golpe de cadera, sudado y sin aliento, se separó de su cuerpo, con el alma herida, tenía ganas de llorar:

—¡Te odio! —gritó golpeando el piso con el puño.

—El odio y la pasión son caras de la misma moneda —contestó ella jadeando—. Podrás amar a otras mujeres, pero te aseguro que no sentirás con ninguna lo que sentiste hoy en mis brazos.

Martin necesitaba un abrazo, era lo único que quería en ese

momento, algo que le devolviese su parte humana, algo de ternura y cariño, pero Irina simplemente se levantó, se dirigió hacia el cuarto de baño y cerró la puerta.

—Este amor no me deja respirar —se escuchó decirse a sí mismo, mientras levantaba el pecho con leves aspiraciones para llenarlo de aire—. No te entiendo, te he visto rezar a tus santos, si existe algo de fe en ti, ¡ten piedad de nosotros!

No hubo respuesta.

El joven buscó su ropa en el desorden de la habitación, se sentía mareado, aturdido, solo. Se vistió con prisa y salió deseando alejarse lo más rápido posible de esa mujer endemoniada.

Al escuchar la puerta cerrarse con fuerza, Irina abrió la boca, pero el dolor dentro de su alma era tan grande que ningún sonido salió de su garganta. Parada contra el esmalte de la bacha, miró su reflejo en el espejo, su pelo negro caía en finas mechas sobre la frente, las formas borrosas se contorsionaban detrás de sus lágrimas, pero a pesar de saberse una hermosa mujer, lo que veía ella era un alma enferma y perdida, su verdadero rostro era abominable. Lo que quedaba de ella, cuando se apagaban las luces del picadero, era una mujer capaz de vender su cuerpo a cambio de un lápiz labial.

La soledad la envolvió en sus alas grises.

37

Martin caminó por el largo pasillo en una suerte de trance. Llegó a la gran puerta de salida, casi sin darse cuenta, cuando sintió que alguien le tocaba el hombro con un dedo. Era uno de los recepcionistas.

—Disculpe, señor, le falta abonar la habitación.

Hall frunció el entrecejo, miró a su alrededor, pero por suerte, aparentemente nadie se había fijado en él. Se disculpó avergonzado.

—Deje, nomás, ponga la estancia a cuenta del circo Kozatov.

El enano maldito estaba nuevamente allí. Su piel tenía todavía restos de maquillaje de la última función y un brillo casi imperceptible en las aletas de la nariz. Flotaba sobre sus labios una sonrisa ambigua, vestía un pequeño traje a rayas, un corbatín de seda carmesí y un sombrero de caña alta que lo hacía parecerse a una botella de vino Don Felipe. La desproporción de su cuerpo corto era chocante comparada con la sobria elegancia del recepcionista.

Bakulin le hizo una señal al botones, este interpretó de inmediato lo que deseaba y abrió una puerta corrediza al costado del *lobby* que daba a un pequeño salón.

Muy a desgano, Hall se sentó y rechazó un habano que le ofrecía su acompañante. Veía atónito cómo el hombrecito se movía por el hotel como si fuera de su propiedad. La sala olía a tabaco de pipa, dos lámparas de pie con flequillos de decoración alrededor de las pantallas irradiaban un resplandor tenue. El haz de luz de una de las lámparas daba directamente sobre la cabeza del hombrecito, lo que le confería un aspecto espectral. Una biblioteca y un espejo con un importante

marco dorado completaban el conjunto. Era evidentemente un lugar privilegiado para hablar sobre temas de alcobas o políticamente incorrectos. Envuelto en esa penumbra, Martin se sintió un tanto abatido, pero quería respuestas a las muchas preguntas que rondaban en su cabeza.

—¿Y? ¿Qué tal la habitación del hoyo? —preguntó su interlocutor —. ¿Te gustó lo que viste? El del culo blanco es el dueño de este hotel, nada interesante, ¡pero ella! ¡Ah, ella! ¿No es cierto que es una mujer sublime?

—¿Por eso lo hace? ¿Por dinero? Pensé que tenía ingresos de sobra con el éxito del circo.

Baku exhaló una espesa bocanada de humo en dirección al techo y se sentó a sus anchas sobre un sillón granate. Se pegó la frente con la palma de una mano como quien se sorprende de algo. La sobreactuación era grotesca.

—¡Pero no entendiste nada, Saltarín! Nada de nada. A ver si usás un poco lo que tienes detrás de esa frente de mocete petulante. Ella lo hace porque le gusta. Le satisface dominar a hombres poderosos, aunque sea por un ratito, sentir ese poder, tratarlos como basura, mientras ellos la adoran como a una madona, la veneran, la buscan. Además, a cambio, tiene siempre las mejores habitaciones cuando el circo viene a la Capital, ciertos convenios interesantes con algunos peces gordos de la municipalidad. ¿Por qué creés que los Kozatov siempre tenemos los mejores sitios para montar nuestras carpas? Ella sabe mejor que nadie reunir lo profesional y el placer.

Martin se levantó, su indignación llegaba al límite, la situación se volvía a cada minuto más embarazosa e incómoda. *Los* Kozatov, ¿qué? ¿Eran parientes encima? Martin sintió un nudo en la garganta.

—Entonces, ¿renunciás a ella? Qué pena, se va a poner triste, le escuché decir que eras un joven de su gusto, le parecías muy atractivo, sobre todo con esa pilcha cara. Me hubiera gustado verlos juntos.

—¿Vernos juntos?

—Sí. ¿Qué pensás? ¿Que con un taburete no llego al agujerito? A mí también me gusta de vez en cuando ser espectador.

El joven salió del salón antes de que el enano terminase la frase, ya había escuchado demasiado. Insistió en pagar la habitación, rechazó a

un chico que le quería lustrar los mocasines y salió a la calle, ansioso de alejarse de toda esa locura.

Ese día, Martin entendió un poco mejor los insondables recovecos de la mente humana y el lado oscuro de las personas.

Se consoló pensando que le sería más fácil olvidar a Irina después de lo que descubrió sobre sus inclinaciones sexuales. Era cierto que se trataba de una mujer sublime, pero, como una llamarada, aniquilaría cualquier intento de amor. Sentía pena por ella, no lograba entender qué acontecimientos en la vida de alguien podían generar semejante depravación.

Compró su boleto de vuelta a Posadas y sintió cierto alivio al saber que en pocas horas estaría confortablemente instalado en un coche de primera clase, viendo el paisaje pampeano que, al cabo de un rato, terminaría por darle un sueño arrollador. Dejó su valija y le hizo señas al anciano que vendía diarios y revistas. Necesitaba tener la mente ocupada, lejos del recuerdo de la domadora de hombres.

Cuando, sentado en su butaca, escuchó los primeros chirridos de las ruedas del tren sobre los rieles, sus músculos empezaron a relajarse. Tomó conciencia de la tensión acumulada en su cuerpo. Sentía su energía atorada, como el cauce de un río interrumpido por una represa. Su vida tendría que empezar a tener un poco más de orden. Sin un mínimo de previsibilidad, sus ahorros pronto desaparecerían y su liderazgo, como jefe de la banda de los contrabandistas, sería muy cuestionado.

Al ver la poca plata que le quedaba en su billetera, se le hizo un hueco en el estómago. El dinero se derretía como cubos de hielo al sol, necesitaría acumular mucho más y aprender a gastar mucho menos si quería prosperar. Llegando a la provincia de Corrientes, estaba la decisión tomada: aceptaría la propuesta de Barthel.

En Posadas decidió hospedarse en el Hotel París, frente a la plaza 9 de Julio. El principal competidor del Plaza, situado en la esquina de las calles Colón y Bolívar, era el lugar elegido por las familias y, sobre todo, por el gran número de hombres relacionados con la economía extractiva altoparanaense. Era una posada nueva, menos concurrida que el hotel de Barthel, pero el tipo de clientela que se alojaba allí siempre estaba de paso: eran comerciantes, viajantes y botanistas,

nadie allí lo identificaría, sería, vestido de explorador, un excéntrico más.

Para esa época, la ciudad de Posadas estaba dividida en dos zonas que se daban la espalda: la bajada vieja, lugar de reclutamiento de los mensúes, obrajeros y hacheros en general, zona de humildes, de bares y prostíbulos, y la parte alta, donde estaban las residencias de los ricos empresarios, descendientes de europeos en su mayoría, terratenientes y comerciantes adinerados.

Cansado de andar, se preparó para un sueño largo; ahora que había llegado a su destino, no tenía prisa. En tiempo de cosecha, la bajada vieja se vaciaba y las calles calladas y polvorientas quedaban sumidas en una tranquilidad pasajera solo perturbada por la llegada de algún vapor al muelle.

Hall tenía entera conciencia de que, para seguir haciendo la tarea que le pedía Barthel, necesitaría un equipo de hombres un tanto marginales que aceptaran desafiar las leyes aduaneras, pero tampoco demasiado. No buscaba antiguos reclusos o criminales, tenía muy claro que necesitaba hombres que, habiendo escapado de los obrajes, vivieran como desertores en la selva. Albergaba la esperanza de volver a juntar un puñado de sus antiguos compañeros, buscar una guarida, un lugar que los representara y, para dar más cohesión al grupo, formar una suerte de clan que acudiría a su llamado, con la promesa de que un día no trabajarían para un empresario, sino para sí mismos, para el grupo de los Invisibles.

Confiaba en su talento de comediante, de orador, para convencer a otros marginales de trabajar bajo su mando. Aun un hombre sin instrucción podía entender las ventajas de accionar uniendo fuerzas, sobre todo si la recompensa superaba con creces lo que ganaría traficando solo. Era hábil con los números; rápidamente, sacó la cuenta de lo que podría llegar a ganar. Por entonces, al año, según lo que le había dicho el empresario, se importaban más de cuarenta mil toneladas de yerba que se sumaban a las mil quinientas que se cosechaban en el país. Contando que el contrabando permitía ahorrar a los traficantes los cincuenta centavos por arroba de yerba transportada, con solo cobrarle veinte, sería pronto una cuantiosa suma que llegaría a sus manos. Además, con la protección de jueces

amigos del francés, era pan comido.

No escapaba a la inteligencia del joven Hall que el contrabando de yerba mate era el escándalo más consensuado de la provincia; el peligro no eran las autoridades, ni los caudillos, ni la burocracia, sino los otros contrabandistas.

Martin se frotó las manos. Su cabeza funcionaba como un motor bien engrasado: pensaba, calculaba, anticipaba las jugadas, llenaba cuadernos de cifras y palabras que solo él entendía. La adrenalina corría a tal velocidad por sus venas que, hasta bien avanzada la noche, daba vuelta en la cama sin poder dormir.

Las prostitutas de la bajada vieja le sirvieron de mensajeras, nadie mejor que ellas para difundir que se buscaba armar un grupo de contrabandistas. Hall buscó a las más despiertas, les daba una buena propina para que seleccionen a los mejores hombres, lejos de la mirada inquisidora de los conchabadores, también al acecho de mano de obra.

En menos de un mes, Avelino y Martin pusieron fecha para la primera reunión clandestina mientras subían por el camino que serpenteaba y terminaba en el rancho del paraguayo.

38

Barthel pegó un golpe tan fuerte a la mesa que el portarretrato de alpaca saltó y se estrelló contra el piso. Tenía la sangre que hervía, la cara colorada y el cuello hinchado apretado bajo el collar desmontable de su camisa parecía que explotaría bajo la presión en cualquier momento.

—¡Se les da trabajo y así nos agradecen! —segundo golpe a la mesa —. Le juro, Hall, que si encuentro al malnacido que alentó el paro e hizo quemar la plantación, lo voy a matar con mis propias manos.

Martin no se inmutó, sabía que no era cierto. Barthel era un hombre de carácter fuerte, pero para hacer el trabajo sucio, siempre enviaba a otro. Por eso, los domingos, cuando acompañaba a su esposa a misa, se sentía en paz consigo mismo.

—¡Era mi mejor yerbal! ¡Plantas de más de diez años y lo sabían! Llegó a San Ignacio un hombre enviado desde Buenos Aires por la Federación Obrera Marítima… Ahora esos vagos piden un aumento de 4 pesos al día y descanso los domingos. Ya tuve que aguantar un paro, amenazan con otros. ¿Sabe cuánto me cuesta un día de paro?

Un ataque de tos le impidió seguir. Martin se levantó con prisa para buscarle un vaso de agua. Luego de tomarlo, siguió con un hilo de voz:

—Me voy a ir de este lugar. Estoy enfermo y si me presionan desde arriba y desde abajo, me van a aplastar como una cucaracha. Tengo que irme o la amargura me va a matar antes de tiempo. Me volveré a Francia, allí quiero terminar mis días. Usted quedará libre de compromiso, conoce mejor que yo las rutas y las picadas. Si quiere seguir con el contrabandeo, ya no me importa. Las ganancias serán

todas suyas y los riesgos también.

“Los riesgos”, pensó Martin recuperando el vaso vacío, siempre habían sido todos suyos, en cambio las ganancias eran de los poderosos. Pero era una gran noticia, la partida de Barthel dejaría una interesante desorganización en el intercambio ilegal de las mercancías, él mismo podría volverse el conductor de esa nueva era. Él y sus hombres se harían con los canales de comercialización que eran dominio exclusivo del gran magnate, pero tendría que actuar rápido y en el mayor secreto posible.

Seguiría moviendo los productos, pero esta vez se encargaría no solamente de pasarlos de un lado a otro del río, sino de venderlos al mejor postor. Hizo unos cálculos rápidos mientras su jefe recuperaba la compostura: con lo que tenía ahorrado, le podría comprar al magnate la mitad de la flota de los vapores. Sería más que suficiente para lo que planeaba. Pero no era ese el momento de compartir sus ideas, ya se presentaría la ocasión, tenía que ser paciente. Por más que se intentara imponer las regulaciones aduaneras en suelo argentino, el río no era más que un paso fronterizo, no dividía jurisdicciones y las autoridades seguían sin poder controlar las partes más alejadas de los puestos aduaneros. Todo seguiría siendo, por unos años más, bastante confuso. Para muchos de los nuevos a cargo de hacer cumplir la ley, la selva era un obstáculo. Representaba, en su imaginario, una enorme trampa verde donde acechaban miles de peligros, desde tigres gigantes hasta seres temibles de las leyendas locales.

Sobre una de las paredes, una piel de yaguareté, secada y cuereada, adornaba el despacho. Hall calculó que se debía tratar de un tigre de por lo menos cien kilos, macho adulto. Recordó a su tigre, el que había degollado para salvar la vida de Avelino, porque ese había sido, en el fondo, el motivo del sacrificio. La rama no podía soportar más tiempo el peso del indio, se iba a caer directamente al pie de la fiera. Ya no se hablaba más de su heroica aventura. Ahora, algunos cazadores los mataban por divertimento con sus fusiles, desde una distancia prudencial y tenían encima la caradurez de pavonearse con las pieles sobre la espalda.

Una exclamación del empresario lo sacó de sus cavilaciones:

—¡Esos anarquistas! ¿Sabe usted quiénes son los anarquistas?

Barthel clavó sus ojos claros en los de Martin. El joven ni pestañeó, pero la sentencia iba más allá de la pregunta, el magnate quería sondear los pensamientos de Hall.

—Unos desagradecidos que meten bombas —contestó finalmente el joven, asegurándose de decir lo que su interlocutor quería escuchar.

—Es una excelente forma de resumirlo. Son como un virus que inoculan en la mente de los trabajadores. ¡Inmigrantes todos! ¡Por qué no se habrán quedado en sus países! Vinieron hasta el nuevo mundo con sus estúpidas ideas sobre la igualdad ente los hombres, ¿acaso en la naturaleza hay igualdad, Hall? ¿O sobreviven los más fuertes?

Una gota de transpiración bajó a lo largo de los altos pómulos del francés, su tez, antes colorada, se veía de pronto de una palidez mortífera.

Martin no contestó, se quedó pensando que Barthel, a pesar de todas sus riquezas, no era un hombre feliz. Estaba enfermo y cansado, tal vez ya ni siquiera podía gozar de todo lo que había logrado en esa tierra, porque lo había hecho con un propósito egoísta. Ni siquiera se lo podía legar a un sucesor: su hijo estaba en el otro bando, era un anarquista.

Enderezando la espalda, el contrabandista abrió su chaqueta y sacó de adentro de un bolsillo interno un sobre arrugado. Acercándose, lo dejó con un movimiento muy lento sobre el escritorio sin dejar de observarlo. Al volver a su sitio, dijo con una voz clara y pausada:

—Quiero comprar algunos barcos de su flota. Allí está la suma que escuché que usted pide por uno de los vapores que hacen el recorrido hacia Encarnación. Mañana le podría alcanzar el monto para comprar los dos restantes.

Martin sentía que el corazón se aceleraba en su pecho, estaba haciendo el negocio más grande de su joven vida. En ese sobre, los billetes representaban meses de arduo trabajo, momentos donde su propia vida peligró y horas de caminar la selva, navegar los ríos bajo un sol implacable o un diluvio apocalíptico. Lo sostenía la convicción de que estaba haciendo lo correcto, que su plata no hubiese podido encontrar mejor destino: estaba invirtiendo en su futuro.

El empresario inclinó la cabeza sorprendido y avanzó una mano firme:

—Trato hecho, caballero, mi flota será suya, ¡sé que estará en buenas manos!

Martin Hall salió del despacho de Barthel como transportado por unas alas gigantes que apenas lo dejaban tocar el suelo. Nada en ese día podría borrar la sonrisa de sus labios. El sol parecía brillar más fuerte que nunca y las flores exhalaban un perfume a su paso con un aroma más potente que otras veces. Preso de un entusiasmo sin precedentes, salió corriendo a campo traviesa, sacudiendo su boina y mirando al cielo:

—¡Lo logré, padre! Míreme, padre. ¡Lo logré! ¡Seré un gran empresario! ¡Desde allá arriba podrá contarles a los ángeles el orgullo que siente por su hijo!

39

—¡Topo! ¡Sacate los dados de la nariz! ¡Por Dios! ¿No pueden comportarse como adultos?

—Pero tengo algo molesto *po'* dentro, patrón.

Unas risas estallaron en la sala.

—Patrón, nada. Acá no hay patrón ni conchabo, ni peón. Somos todos iguales, bueno, eso si dejan de rascarse el culo o los testículos, o sacarse las pulgas que les corren por el cuerpo.

Cayó en la cuenta de que les hablaba como un anarquista y rectificó el tiro: esa banda no podía manejarse sin un hombre que les diera órdenes claras, porque el propósito de ellos no era sembrar el caos ni vengar a la clase trabajadora, sino hacer dinero. Entonces enderezó la espalda y exigió silencio. Olía a tierra y a sudor. La atmósfera era densa, unos veinte pares de ojos estaban fijos en el inglés, expectantes.

"Nada nuevo para mí", pensó Hall, "con los rusos, tuve miles de ojos pegados a mi cuerpo, esperando que hiciera posible lo imposible".

—¿Rascarse los qué? ¿Qué dijo? —se escuchó en la sala.

Martin alzó la mirada hacia el techo y recordó las palabras de Domingo Barthel: "Usted es un ingenuo, no va a cambiar a esa gente, son como ratas, no conocen otra cosa que el monte o las calles viciadas de la bajada vieja".

—El jefe quiere que nos comportemos como señoritos.

Martin buscó con la vista de dónde provenía la voz. Vio a un hombre de gran estatura, con una espesa barba negra. Le habían dado el apodo de Tarántula. Casi nadie lo conocía bien, pero le temían. Tal vez su acotación le daba pie a Martin para deshacerse de él, no era un

buen elemento para la banda.

—Vos, aunque te vistiesen todo de seda, no podrías parecerte ni de lejos a un señorito. De todas formas, no obligo a nadie a quedarse, la puerta está abierta.

Los dos hombres se desafiaron con la mirada en medio de un espeso silencio. Tarántula no se movía de su sitio, pero después de terminar de un sorbo el vaso que tenía en la mesa, se marchó. El Gato retomó su discurso, aliviado:

—Ha desaparecido la hermana de Mono. Les pido a cualquiera de ustedes que tenga información que me la comunique. Puede estar en cualquier lado, queremos saber dónde, muerta o viva.

—¡Yo voy del lado de lo de la Bertha! Voy a echar un ojo del lado de las guainas nuevas de la Berta —dijo uno divertido.

Mono sacó su cuchillo, miró al dueño de la frase con furia en los ojos.

Los chistes cesaron en el acto.

—Yo me encargo de los prostíbulos. Ya sabemos que vos, allí, lo único que vas a encontrar son las tetas de las putas —le retrucó Martin de mal modo mientras le hacía una seña al paraguayo para que se calmara.

Con el ambiente muy caldeado, el jefe dio por terminada la reunión antes de que el paraguayo diera la primera estocada hacia alguno de los presentes.

***

Martin Hall ya conocía la pobreza. En los yerbatales de Misiones descubrió la miseria.

El monte de pronto era como la visión del infierno mismo: bajo un sol cruel, entre los caminos delgados que separaban las hileras de los arbustos de yerba mate, hombres y mujeres, bajo la amenaza de una lluvia de gritos y latigazos, cortaban a toda prisa las ramas superiores de las plantas. Otros, el cuello doblado bajo el peso de las bolsas de hojas, los pies cubiertos de barro colorado y sangre van, como muertos vivos, entre la pesa y el camión. Si alguno cae muerto al costado del camino, se lo tira al río, como un desecho.

Una sola palabra se escucha, dolorosa como cuero de rebenque:

—*¡Neike! ¡Neike!*[7]

Vienen de Puerto Piraí, del río, del monte, de todas partes buscando faena, cultivando campos ajenos, gastando, en la pulpería, la plata que, aunque cobrada en la papeleta, siempre fue de otro.

No se han bañado en semanas, la ropa que los cubre es la misma con la que venían cosechando, quizá desde hace meses. Llevan las barbas crecidas, el pelo en desorden, las ropas rotas, las camisas en pedazos y negras de mugre, los zapatos o las alpargatas deshechos y el aspecto general es miserable. Buen número de ellos tiene sarna, tuberculosis, piojos o enfermedades venéreas.

Jirones de ropa, frentes quemadas, ojos enrojecidos por el resplandor del sol es todo lo que queda de humano en esos seres.

Volvieron a la memoria de Martin las palabras de Juan Moreira, el gaucho justiciero que interpretaba con la conducción del viejo Pepe: "…van como parias, andan en sus tierras, viviendo en soledades, tanta pobreza no he visto y eso que soy rodador, me rebela ser testigo de tanta hambruna y pobreza, vaya indigencia que el cristiano le han *dejao*, ¡no tiene perdón de Dios!". Las palabras pronunciadas entonces sobre el escenario tomaron todo su peso y se arrepintió de haberlas dicho en su momento con tanta ligereza.

Martin pidió permiso al capataz para recorrer el yerbatal. Se le concedió de mal modo. Buscó en cada rostro femenino la marca de Tula, pero no estaba allí. Solo había mujeres de miradas vacías y brazos flacos.

Se volvió con las riendas en una mano y la otra revoleando el rebenque en el aire, escapando de ese lugar maldito a todo galope.

La india no estaba en las aldeas de los indígenas, ni en los yerbales, ni en las colonias. No estaría en los aserraderos, porque allí no se permitían mujeres. Solo le quedaba por explorar los prostíbulos de la bajada vieja de Posadas.

Eran casas humildes, hechas de tablones de madera gruesa, clavadas groseramente. Otras, de adobe y paja, se amontonaban en una pendiente hacia la orilla del Paraná, resistiendo como podían a las tormentas. Arrasadas por las crecidas, volvían a ser construidas en medio del barro rojizo. Enfermedades venéreas, perros sarnosos, larvas

de moscas, gallinas, ellos también eran corridos por los ricos hacia ese lugar, como quien barre la mugre de su patio hacia la calle.

Llovía fuerte cuando el joven bajó de su caballo. De los techos de las casas caían cortinas de agua. El río estaba crecido y llegaba casi al pie de la primera casa de madera en la otra punta de la bajada. El muelle del puerto estaba sumergido. No tenía muchas expectativas, era poco probable que Tula estuviese allí, al menos por voluntad propia. A ella no le apremiaba la necesidad de trabajar como china, su hermano le daba comida y un techo donde vivir, incluso lo tenía a él, el Gato, que accedería sin chistar a ayudarla en lo que necesitara. Más allá de esas consideraciones materiales, la india era orgullosa. Le gustaba mucho intimar con un hombre, su naturaleza indígena le permitía gozar sin culpa, pero no con uno que no hubiese elegido ella primero.

El barrio se veía tranquilo. Las construcciones precarias salpicadas de barro, líneas horizontales en las paredes, recordaban cuán vulnerables eran esos lugares a las crecidas del río. Las mujeres dormían todavía, no se escuchaban gritos ni risas, solo el canto de un gallo a lo lejos. En unas semanas, al terminar las cosechas, la calle se llenaría de tareferos, una banda tocaría música y el alcohol precipitaría a los hombres en excesos, riñas y deudas. Deudas que deberían nuevamente pagar con la fuerza de sus manos, el agotamiento de sus cuerpos, el alma vendida de por vida a sus acreedores.

Entró en la casa pintada de celeste y corrió la cortina despacio. Poco a poco, sus ojos se fueron acostumbrando a la penumbra. Miró hacia la planta alta, siguiendo con los ojos la curvatura de la baranda sin lustre, se escuchaban gemidos. En alguna habitación, la cabecera de una cama golpeaba rítmicamente la pared. Hall se preguntó si eran sus oídos que de pronto estaban más alertas o simplemente que el lugar dejaba pasar todos los ruidos de lo que sucedía detrás de sus delgadas paredes. Como hombre, no disfrutaba de esos lugares, provocaban en él cosas extrañas, instintos animales, ganas de tener un coito breve y brutal con una mujer depravada y experimentada en el arte del amor. No quería saber nada con niñas o impúberes, tampoco entendía cómo podía gustarles a ciertos hombres gozar de una chiquilla atemorizada o alcoholizada.

Esos prostíbulos no eran más que un eslabón más en la perversa cadena que llevaba a los mensúes a gastar toda su paga y seguir siendo deudores de sus empleadores. Salvo comerciantes de paso y algún pionero montaraz, la mayoría de los clientes eran tareferos. Un hombre con buena ropa era para esas mujeres como miel para las abejas: todas se dedicaban a mirarlo y si, como Martin, además era apuesto, se lo recibía con sonrisas y se alentaría a la más linda a servirle. Hasta las guainas que solo frecuentaban los capataces, las más guapas, no podían evitar mirarlo de reojo y llamarlo con un guiño. Pero Hall no buscaba problemas, sino información.

Olores espesos, capas y capas de instantes de sexo y muerte parecían sedimentarse sobre las paredes quedando allí como chorreadas de grasa fría imposible de lavar.

Si seguía prestándole atención a los gemidos de la mujer de arriba, tendría una erección, entonces trató de pensar en otra cosa, se concentró en lo que lo había llevado hasta allí: preguntar por la india Tula, más conocida en los parajes como “Cara Quemada”.

Se acercó a la dueña del local. Le tenía un poco de miedo, no sabía bien por qué. Dos veces le había vendido chicas nuevas y no pudo discutir el precio. Tal vez un poco por vergüenza; no le gustaba vender mercancía humana, era un negocio que hacía de prisa, como para sacárselo de encima. Aunque la vida en las plantaciones era tan dura que las más delicadas preferían el prostíbulo. Eran respetadas, buscadas no solo por sus atributos físicos, sino por ofrecer un hombro para llorar las penas de los mensú. Se sabía de algunas que incluso se habían escapado con sus hombres, para casarse lejos y formar familia.

La llegada de nuevas chicas traía alegrías y peleas entre los hombres, se mataban a golpe de machete cuando el amor lo complicaba todo. Hall no se sentía atraído por las chinas, entendía el papel importante que jugaban para esos hombres desarraigados y explotados, pero él tenía su corazón tomado. Su ideal de mujer era fuerte, independiente y refinada, como su Irina.

—¿Qué se le ofrece, don Martin? —dijo la dueña al verlo, mientras le servía un vaso de caña con azúcar—. Tengo una nuevita, le pusieron de nombre “Sapucai” porque cuando acaba, cae como un árbol con un rugido que le sale de acá —agregó y llevó la mano de Martin un poco

debajo del ombligo.

Hall, evitando mirarla, retiró su mano para agarrar el vaso que le ofrecía:

—Busco a una joven con media cara quemada, ¿no ha escuchado nada sobre ella?

La mujer lo miró sorprendida, tenía restos de maquillaje en las mejillas y unos pendientes pesados le estiraban de forma grotesca los lóbulos de las orejas.

—¿La Tula? ¿Qué anda queriendo con esa india? Es una araña venenosa "espantahombres". No quiero verla ni de cerca por acá. No, no he escuchado nada, mis clientes no quieren indias, creen que cuando se quedan dormidas, se transforman en yararás y los matan mordiéndoles ya sabe qué. Sí escuché que en el hospital de Posadas hay un compadre que fue apuñalado hasta el mango por una mujer, buscá por allí, guapo, tal vez sea ella.

Hall fue a comprobarlo, pero el paciente ya había muerto. Y no había sido apuñalado por una mujer, sino en una riña entre vecinos.

Llovió tres días seguidos y tuvo que parar su investigación. Las calles anegadas no permitían que pasaran ni los carros. Se encerró en su pieza para dibujar de memoria los caminos y picadas que conocía, y formó así un mapa inédito de las rutas que unían los obrajes, los yerbales, las madereras, los ríos y los pueblos.

El Mono tampoco tenía noticias de su hermana, pero volvía con varios hombres que querían unirse al grupo de los contrabandistas. Martin decidió que era tiempo de reunirlos a todos y asumir su rol de jefe. Suponía que, al ritmo que iban las malas noticias, si algo malo le hubiese sucedido a Tula, tarde o temprano, se enteraría.

7 En guaraní, ¡Ánimo! ¡Ánimo!

40

En un principio, viéndolo tan joven, no todos los reclutas confiaban en él, Martin lo sabía; era preciso preparar un discurso convincente y actuar con un temple de acero. Accedería a ofrecer refugio a mensúes que se escapaban de los yerbales, amenazados por una bala de plomo que daría, certera, en sus cabezas, si los encontraba el capataz. A cambio, se exigía lealtad.

Las gotas repiqueteaban pesadas sobre el techo de una capilla en refacción. El párroco le debía ciertos favores a Martin. Los hombres que habían sido tareferos escuchaban al inglés con atención, pero tres correntinos, tentados únicamente por una buena paga, lo miraban con recelo, escrutando cada uno de sus gestos. Uno de ellos era conocido por ser experto en el manejo de barcos de carga. Hall quería a toda costa tenerlo de su lado.

—¿Quieren entregar sus almas al diablo? —preguntó Martin, alzando la voz, mirando en dirección al grupo de los correntinos—. ¡Vayan adelante! ¡Firmen su condena, conchábense y pronto verán sus cadáveres boyando, se quedarán barrados en las orillas rojas de este infierno verde! Los engañan, les fían, les prometen buena paga, solo recibirán deudas infinitas que la vida no les alcanzará para pagar. ¡Muéstrales, Caimán! ¡Muéstrales cómo te dejaron la espalda los capangas del paraje San Benito!

El Caimán se levantó lentamente de su silla. Avanzó dos pasos hasta el halo de luz y se sacó la camisa. No se escuchaba ni el zumbido de una mosca. Ninguno desvió la mirada, pero muchos cerraron los puños con impotencia; sentían en la piel la escritura de una injusticia que las

palabras no podían describir. Imposible contar la cantidad de azotes en la espalda, ni siquiera se podía imaginar uno cómo Caimán seguía de pie. Los huesos de las vértebras se confundían con pliegues de epidermis y líneas horizontales cruzándose unas sobre otras como las ruedas de los carros de bueyes en el fango. Muchos entendieron por qué Hall había elegido para él ese apodo, su piel tenía tantas cicatrices que parecía la de un reptil, dura, fría, despojada ya de todo lo que caracterizaba a la piel humana: sensibilidad y elasticidad.

—¡Hijos de puta! —se escuchó en la sombra.

El viejo volvió a su lugar en silencio, no hacía falta más para terminar de convencer a los indecisos.

De pronto, la voz del Mono resonó grave y profunda:

—¡Seremos los Invisibles! Hombres de selva y de ríos, fieras entre las fieras que habitan el monte. Jamás al servicio de los negocios de otro, jamás al alcance de la justicia y solo guiados por la voz de nuestro jefe, como las tribus a sus caciques.

—¡Así se habla! —contestaron algunos, al tiempo que todos levantaron los vasos en dirección al Gato.

Fue así como Martin se convirtió en el jefe de los contrabandistas.

***

Para el principio del verano, los Invisibles ya estaban organizados. Tenían su lugar secreto, una cueva en medio de la selva, dos encuentros mensuales y varias misiones que cumplir. Martin tuvo la frivolidad de dejarse crecer el bigote y usar una faja de carpincho donde llevar su machete. Puso lo poco que poseía en la cueva, transformándola en un lugar casi acogedor. Dos de los hombres, expertos carpinteros, fabricaron sillas, camas y mesas y hasta unos estantes para guardar los insumos lejos de la humedad de la piedra. En el centro, un hueco en la tierra servía de hogar y una cortina de lianas dejaba la entrada fuera de la vista de los intrusos. En el suelo, a la entrada de la cueva, unos porongos viejos se guardaban para las prácticas de tiro y unos enormes racimos de plátanos esperaban su maduración. Allí también escondían sus botines, curaban a los enfermos y jugaban a las cartas los días de tormenta.

Los días de sol, Hall tenía, como todo felino, su lugar preferido sobre la parte superior de la cueva. Allí tomaba baños de sol acostado sobre un colchón de hojas de bananos.

—¡Buena vida, jefe!

—Qué quiere, Oso, tengo que estar buenmozo por si conozco a alguna mozuela de buena cepa.

—¡No se ande con chiquitas, señor Gato! Usted, con esa pinta, podría tener a la que fuera. Acá se dice que el que no la corre de joven la corre de viejo y créame, a la primavera de la vida hay que sacarle el jugo.

El Gato lo sabía, pero no era corriendo detrás de las polleras que le sacaría el jugo a la vida; albergaba otras ambiciones. No tenía buenos recuerdos de las familias numerosas y los críos siempre llorando. Sus padres hubiesen sido mucho más felices de no tener tantos hijos. Recordar su infancia le borraba la sonrisa. No, esa no era la vida que quería vivir.

Volvió a admirar el paisaje y se preguntó si alguna vez lograría entender todos los misterios que la selva guardaba en su interior.

41

La camarera era una polaca huesuda que a duras penas entendía otras palabras fuera de las que se referían a las bebidas que ofrecían en la pulpería.

Unos correntinos se presentaron a la entrevista, tenían el *chamigo* fácil y se reían casi de todo, pero cuando se empezó a hablar de trabajo, hacían alarde de su experiencia con seriedad. Decían ser hermanos, hijos de navegantes, conocedores de la navegación fluvial, de sus riesgos, de la responsabilidad que suponía manejar unas embarcaciones con cinco o incluso siete toneladas de carga por angostas correderas o inmensos cauces de ríos en el Litoral. Sabían manejar vapores y chatas, lanchas y canoas. Con su padre, llevaban harina y trigo, mercancía que bajo ningún concepto podía mojarse. A Martin le pareció estupendo, era justo lo que necesitaba para su nuevo negocio.

Esa tarde, el viento del sur arrastró el calor de los días anteriores y cuando Hall salió de la pulpería, se sintió de pronto lleno de entusiasmo y energía. Un coche pasó por la calle. Martin lo miró sorprendido, eran muy pocos los que circulaban por esos parajes. Tal vez algún día no tan lejano también él podría darse el lujo de recorrer el pueblo en un flamante Ford.

Caminó a pasos ligeros hasta el galpón donde guardaba sus barcos. Inspeccionó con la yema de los dedos la pintura del casco para ver si estaba seca. Él mismo se había tomado el trabajo de pintar las embarcaciones, pero contrató a un dibujante profesional para las letras y los firuletes que decoraban la proa.

La noche del sábado, durante el baile, ofreció una ronda a sus compañeros. La música de la orquestra suiza apenas se superponía al bullicio de las conversaciones y de las risas que se elevaban hacia el cielo estrellado. Se rio de buena gana de los chistes de Lagarto y hasta se animó a invitar a bailar a una moza suiza que se ponía colorada cada vez que le pisaba los pies.

Los correntinos a cada rato levantaban los vasos para brindar por la salud del Gato.

—Nos hicimos a la mar —decían ellos con una falsa humildad—. Mi hermano, acá presente, fue práctico en varias embarcaciones de gran calado que comerciaba entre Argentina y el resto de las Américas. La navegación siempre fue nuestra vida, sabemos más de eso que de cualquier otra cosa.

—Soy experto en navegación fluvial —decía el otro—. Es, como sabrá, la más difícil de todas. Se necesita mucha habilidad para subir a las lanchas cuando hay poca agua y encarar las subidas con la chata llena hasta las barandas con bolsas de harina de hasta setenta kilos cada una. ¡Y cuidado con que la mercadería se moje! Nosotros garantizamos que todo llegue a buen puerto y seco. Si se estropea, pagaremos los daños.

Era más de lo que Martin podía esperar. Tenía tres barcos y tres hermanos expertos para navegarlos, solo faltaba encontrar los clientes que quisieran confiarles sus productos para transportarlos a los distintos puertos, con la posibilidad de sortear los impuestos aduaneros, de ser necesario, para ahorrar en gastos.

La primera embarcación partió por un viaje corto con el práctico correntino, sus hermanos, un maquinista, un cocinero y algunos hombres más. Hall se quedó asombrado por la rapidez con la que maniobraban el vapor, sorteando las piedras grandes que se encontraban a veces en medio de los ríos o las correntadas que empujaban las embarcaciones hacia cualquier lado.

Pronto, se encargaron de transportar yerba, mandioca, planchones de madera de pino, canastos de naranjas, en tanta cantidad que apenas si se podía transitar por la proa. Azúcar proveniente del Brasil y hasta algunos pasajeros que pagaban bien el viaje río abajo. Si la carga era muy preciada, atrancaban de noche en los puertos de Alba Posse, San

Javier, Posadas y hasta Federación. La yerba mate sapecada a mano y canchada con mayales, tardaba cinco a seis días en llegar a los molinos portuarios de Rosario y Buenos Aires donde era molida y envasada.

Los negocios de Martin prosperaban de a poco. El sistema de transporte terrestre seguía siendo dificultoso, caro y lento. La ley de Aduanas de 1835 disponía que las importaciones que llegaban a Buenos Aires en barco de río estarían sujetas a un impuesto adicional del veinticinco por ciento, sumado a eso el costo portuario de atraque y descarga. Frente a la expansión del mercado consumidor porteño, los empresarios menos escrupulosos elegían sin dudarlo a los contrabandistas.

Hall observaba cada maniobra de los correntinos para aprender de ellos, pero solo navegaba una sola embarcación. Necesitaba más clientes para pagar a una tripulación tres veces superior a la que ocupaba en ese momento. Y aunque fuese en apariencia contradictorio, se puso como objetivo primordial ser el más honesto de los contrabandistas, acelerando los tiempos de entrega, asegurando la seguridad de las cargas y, sobre todo, el menor costo de transporte. La velocidad de la entrega ahorraba a los comerciantes porteños las comisiones de almacenaje y estacionamiento. El éxito estaba asegurado. Con tres embarcaciones surcando el río Paraná, Hall manejaría el ciclo completo del traslado de las materias primas del Litoral hacia Buenos Aires y el retorno de mercaderías europeas para venderlas a los más grandes almacenes del Interior.

Los correntinos lo alentaban a poner lo más pronto posible sus tres barcos en funcionamiento. El día en que Lucio, el más viejo de los hermanos, le pasó el timón para que probara en una parte tranquila del ancho río, se sintió en la gloria. El runrún del vapor, el agua arqueando el lomo contra la proa, rajando con su casco la superficie centellante del agua, el balanceo continuo del casco, la libertad de viajar sin quedarse más de un día en cada puerto, el dinero ganado con facilidad, todo eso, era lo más cercano a lo que el Gato imaginaba que era la felicidad.

Así fue como Martin se volvió capitán de barco.

42

Al paraguayo no le gustaba la vida de embarcado. Decía que el oleaje le pegaba peor que la caña pura. Martin lo perdió un poco de vista, tan ocupado que estaba con sus barcos, hasta que un día de mal tiempo fue a visitarlo a su casa, pero no estaba. Preguntó en la casa vecina. Nadie sabía sobre su paradero.

Hall encontró finalmente a su amigo Avelino recostado en el potrero, sucio y tan borracho que ni se molestaba en espantar las moscas que se le pegaban a la cara.

—¿Qué pasa, Mono?

—Es mi hermana.

—¿Tula? ¿Qué hay con ella? ¿Le ha pasado algo malo?

—Justamente, es lo que quiero averiguar. Me dicen mis compadres que nunca llegó al pueblo y…

—¿Qué? Dale, decime, aprovechá que estás bajo el efecto de la caña para decírmelo todo, ¡huevón!

El insulto pretendía sonar inofensivo, casi tierno.

—Ella fue la que se llevó la plata del cargamento de yerba de don Emilio. Hay testigos, unas lavanderas la vieron cruzar el río en canoa, sola, cargada de una bandolera de cuero marrón, como esa donde guardamos esa vez el dinero.

Martin se estremeció. ¿Tendría la desaparición de Tula algo que ver con lo que le había escuchado decir al comerciante? Lo asaltó un pensamiento terrible: Tula estaba entre las mujeres arrestadas por contrabandear cigarrillos.

Le restó importancia al dinero, algún motivo apremiante habría

tenido para robarlo y no era difícil imaginar la razón, pero no podía decirle nada al Mono, que ignoraba el embarazo de su hermana. De saberlo, no hubiera entendido por qué Martin no asumía sus responsabilidades y probablemente no solo no lo podría entender, sino que no lo perdonaría.

Miró a su alrededor. De pronto, sus ojos dieron con lo que estaba buscando. Se acercó al bebedero, tomó del asta un balde de zinc y sin fijarse por la claridad del agua o por su temperatura, llenó el balde de un amplio movimiento del brazo y tiró su contenido sobre el paraguayo. En esta época del año, el agua debía de estar muy fría. Avelino enderezó la espalda de prisa, como tirado hacia arriba por unos hilos invisibles, y se quedó mirando a Martin con una mirada que transmitía más sorpresa que enojo. Lanzó una maldición al aire, un gruñido.

—¡No la voy a buscar yo solo a tu hermana, indio! ¡Vamos! ¡Levantate! ¡Valés más que eso!

Ahora, la mirada de bronca era la del inglés. Estaba sinceramente enojado y preocupado por su amigo, odiaba esas recaídas.

Luego de resbalarse dos veces en el fango, Avelino, resignado, levantó el brazo hacia Hall:

—Está bien, pero ayudame, será la última vez. No puedo salir de allí solo.

Martin no estaba seguro de si el paraguayo hacía referencia al barro o a su adicción al alcohol, cualquiera fuera el caso, lo ayudaría sin dudarlo.

Los dos hombres unieron las manos y, jalando con fuerza hacia atrás, Martin logró levantar al indio. Viéndolo de pie, se percató de su audacia, el paraguayo medía una cabeza más que él y tenía manos poderosas. Una cerda se acercó y empezó a frotar su hocico sobre la pierna de Avelino, casi con ternura. Le hubiese parecido cómico si no estuviese tan preocupado por el destino de Tula.

El Mono de pronto tiró del cuello de la camisa de Martin, este perdió el equilibrio hacia adelante, su amigo lo recibió en un abrazo.

El apretón fue largo y silencioso. Seguramente, estando sobrio, el indio no se hubiese animado a mostrarse frágil, pero el joven lo recibió con el mismo afecto pudoroso. En los lugares inhóspitos, las amistades

eran más fuertes.

43

Lagarto, Mono y Gato estaban acostados, los brazos detrás de la cabeza, en medio de un claro de pasto recién cortado. Era el comienzo de una tarde de enero, no se veía una sola nube, solo una luna creciente, delgada como el velo de una novia. Su jefe estaba de viaje y Hall tenía tiempo libre para rencontrarse con sus amigos, disfrutar después de varios meses de arduo trabajo. Luego de largos días de frío y humedad, recostarse al sol era una bendición. Lagarto era tan flaco que su abdomen desaparecía entre las arcadas de sus costillas. El Mono, a la inversa, tenía una panza abombada y peluda que doraba al sol complacido y el Gato, con un palo de regaliz entre los labios, miraba la inmensidad del cielo, soñador, los pies apoyados sobre un viejo arado de hierro.

—La verdad, Lagarto, no puedo más que felicitarte, tu finca es la mejor que he visto en toda la zona —dijo el Gato.

El Mono dijo algo en guaraní que parecía un chiste. Lagarto, un ucraniano con un apellido impronunciable, heredero de unas tierras de parte de su padre y juntando laboriosamente un dinero ganado en changas y contrabando, había logrado comprar algunos vacunos, dos caballos y estaba por terminar un predio para la cría de cerdos. Un mandiocal cubría la superficie de una pendiente que bajaba hacia un tajamar de agua cristalina, compartiendo la tierra con una joven plantación de frutales, hortalizas y, cerca de la humilde casa, un gran lapacho en flor decoraba de forma alegre la entrada, en armonía con la hospitalidad de sus dueños. Tenía seis hijos y un séptimo en camino. Era lo que se podía llamar un hombre feliz.

—Pues, es cierto, compadre, no le tengo nada de envidia al fulano que encontró ese tesoro.

Lagarto hacía referencia a un acontecimiento que estaba en boca de todos en ese paraje: un italiano que pocos meses antes se había adueñado de un yerbatal silvestre cerca de las grandes cataratas, al parecer había encontrado un tesoro. Las más grandes fantasías corrían al respecto, el boca a boca había transformado el hallazgo en algo casi sobrenatural.

—Yo sí le tengo envidia —suspiró Martin tirando a lo lejos su palito de regaliz. Se incorporó, agarrando sus rodillas entre sus brazos.

—¿Y qué harías vos con ese tesoro? —preguntó el Mono impasible.

El Gato se rascó la barba, estaba pensando en Irina, la bella e inalcanzable Irina Kozatov, sirviéndose una taza de té con su samovar de plata. Con ese tesoro, podría presentarse a ella como uno de los hombres más ricos del país, apabullarla de diamantes, conquistarla y llevarla en un automóvil lujoso a una fiesta organizada solo en su honor, como una princesa de cuentos de hadas. Pero no podía decirle eso a sus compañeros, se burlarían:

—Me compraría una flota de barcos y una casa con todo el servicio. Lo que tiene Barthel sería un poroto al lado de lo mío. Ya me imagino el cartel en el embarcadero: “Hall & Company”, blanco con letras rojas. Lagarto sería mi secretario y el Mono, mi guardaespaldas, ¿qué les parece?

—¡Que te pondrás tan gordo que te parecerás a un bagre viejo! —dijo Mono con su voz grave.

—¿Y qué? ¡De la felicidad del bagre no sé nada, pero de gordos felices, pues he visto a muchos compadres! —replicó Lagarto.

Los amigos se rieron y cayeron nuevamente en ese letargo de la hora de la siesta, inmersos en sus pensamientos. El paraguayo estaba melancólico; los momentos de bienestar no le sentaban bien, le recordaban ese vacío que tenía en su pecho luego de la muerte de su mujer y de su hijo. Ningún tesoro sobre la Tierra se los devolvería.

44

Las cuatro mujeres avanzaban cabizbajas, a tropezones en el barro. Uno de los hombres que las escoltaba les pegaba un grito o las zamarreaba tirándoles del brazo. Tula tenía tanta tierra pegada a los pies que apenas si lograba despegar los talones del suelo. Pero sabía que lo que le esperaba al llegar al destacamento sería peor. El nuevo comisario tenía fama de odiar a los marginales y más aún si eran mujeres. Su poder se había visto incrementado por las recompensas monetarias que le daba uno de los grandes dueños de cafetales brasileños cada vez que se sentenciaba a un *cangaceiro*,[8] una mula o un contrabandista. Sin juicio ni posibilidad de réplica, el desalmado se los llevaba a lo más profundo de la selva. Ninguno había regresado, ni vivo ni muerto.

Tula no quería ni siquiera intercambiar una mirada con la mujer que caminaba a su lado, solo le miraba la panza tratando de adivinar si escondía en ella alguna mercancía o era un embarazo genuino, como el suyo. Por lo general, los pechos turgentes y pesados hacían la diferencia. No conocía el nombre de las otras. ¿Cómo decirles que se trataba de un error? Imposible preguntar, les habían advertido que a la mínima palabra, recibirían una lección. Pasaba una y otra vez por su cabeza, el momento de la detención, ella se encontraba en el puente justo cuando las otras cruzaban en sentido contrario. Solo sabía que, como ella, tenían el pelo negro y sucio, las piernas cansadas de tanto andar y el miedo en las entrañas.

Cuando las hicieron pararse en fila ante el comisario, la más joven entró en un estado de histeria; presa del pánico, dejó caer al piso,

sacudiéndose, el saco que llenaba su panza, un saco lleno de habanos cubanos de primera calidad. Con una sonrisa de costado, el comisario dio vuelta su fusil y se preparó para encajarle un golpe a la panza de la segunda mujer que, resignada, hizo como su compañera. La tercera ni siquiera esperó que fuera su turno para soltar la mercancía.

Cuando llegó el turno de Tula, el comisario clavó sus ojos en los de ella preparándose para dar el golpe, pero ella no se movió, temblorosa, puso sus manos delante de su panza como para protegerse. Interpretando su gesto como un desafío, el comisario le serenó un culetazo preciso justo debajo del ombligo. El golpe fue tan fuerte que Tula cayó sobre sus nalgas con una mueca de dolor. Uno de los policías que miraba la escena, atónito, fue el primero en entender que esa mujer, a diferencia de las demás, cargaba con una criatura y no con cigarros. Pero no se animaba a intervenir. Ella seguía en el piso cuando el comisario le serenó un segundo golpe. Al tercero, el policía, la frente brillante de transpiración, los ojos desorbitados, se persignó. La culata quedó suspendida en el aire, presa de la duda.

Tula yacía inconsciente sobre el suelo de tierra, todos la miraron, pensando que se había muerto.

—¡Ocúpese de esa perra! ¡Las otras, al calabozo! —gritó el jefe.

El policía esperó a que su superior se retirase y se precipitó para ayudar a la mujer, pero al ver las cicatrices que cubrían la mitad del rostro de la india, retrocedió aterrado, pensando que se trataba de una bruja. Fue a buscar el balde de zinc cerca de las letrinas y le tiró agua a la cara, desde lo más lejos posible.

Un gemido desgarrador se escuchó en la sala. Volviendo en sí, Tula abrazó su panza con una mano y con la otra apuntó hacia el joven policía, pidiendo ayuda. Este soltó el balde y salió corriendo, dejándola sola con su llanto y su dolor.

Sintió que algo estaba mal, su panza se había puesto dura y la presión sobre sus pulmones apenas la dejaba respirar. Desde el otro lado de la sala, una de las mujeres le gritaba algo y le hacía señas de que se acercara a la celda. Pero ella no podía moverse, sentía como si su cuerpo entero se hubiese petrificado.

Cuando volvió el policía acompañado por la vieja partera, la india yacía en una mezcla de barro y sangre, tierra colorada bebiendo el

rojo de la vida.

El niño vivía aún. La madre, exhausta, sintió las primeras contracciones. Las manos arrugadas de la partera tocaron la panza, reacomodaron la matriz, los líquidos, los miembros y dio su veredicto de una voz tranquila:

—Este niño todavía vive, a pesar de los golpes, late su corazón, pero nacerá antes de tiempo.

La cabeza apoyada sobre una bolsa de granos, Tula miraba delante de ella, a la escucha de su cuerpo, dolorida, asustada. La llevaron a la celda con las otras mujeres. Con sus manos, juntaron la paja del suelo para hacerle una cama. Las contracciones siguieron toda la noche, pero al día siguiente, se detuvieron. Había tiempo.

De pronto, la voz cristalina de una de las presas se elevó más allá de las rejas, un canto lleno de pena iluminó con su hermosura la oscuridad del calabozo, una copla temblorosa, un rezo desgarrador que exprimió el corazón de todos los que la escucharon en ese atardecer rosado.

***

Amanecía. Rápido se corrió la voz de lo que les había sucedido a esas mujeres.

Martin fue el primero en llegar. Pagó holgadamente por la libertad de las presas y se llevó a Tula acostada en una carreta, decidido a vengar su infortunio. La llevó a su casa, en sus brazos la cargó, la dejó despacio sobre la cama y veló su dolor.

Puso un ramo de flores silvestres en la mesa de luz, le dio tisanas de yuyos, pero ni sus besos ni sus cuidados le devolvieron a la india la luz a los ojos. Hall vacilaba entre la rabia y la impotencia, le pedía perdón, con un hilo de voz, sin saber bien por qué, perdón en nombre de todos los hombres. El mutismo de la india lo desesperaba, los primeros días, solo salían de su boca unos gemidos desgarradores. Pasó noches en vilo preguntándose si ir al encuentro de Ayala, pero para afrontar a un tipo de esa especie precisaba un plan muy certero.

Por suerte, el paraguayo estaba lejos, ocupándose de acompañar una carga de yerba y cueros hacia Rosario. Nunca supo del padecer de su

hermana, Hall solo le dijo que había llegado a su destino. El cuerpo de Tula se repuso; su alma, nunca más.

Una mañana, la vio ponerse las alpargatas, abrir la puerta y marcharse, solo le dijo:

—No volveré. Tengo el corazón seco como una roca, no te puedo dar nada. Me iré al monte a parir, la naturaleza cuidará de mí mejor que los hombres.

En el umbral giró y agregó con una voz sepulcral:

—No tengo nada que perdonarte, nada de lo que pasó fue tu culpa, ahora simplemente olvidate de mí.

Por primera vez desde el día en que se habían llevado a su padre, Martin lloró. Se sintió un cobarde, muy confundido, incapaz de retener a la mujer que llevaba su hijo en su vientre. El alba asomaba tímidamente, no era más que una línea de luz violeta en el horizonte. Se apoyó contra un árbol, dejando caer sus lágrimas sobre el rocío del pasto, escuchó el canto melódico del ave y poco a poco se serenó. El aire tibio lo envolvió suave, húmedo, perfumado. Decidió ir a buscar una cascada para bañarse, no iría al hotel ni a la gruta, quería estar solo, inmerso en la polifonía de los sonidos de la jungla, para no escuchar más su voz interior.

Caminó sin prisa entre arbustos y lianas, vio correr delante de él una liebre, que, al descubrirlo, levantó sus grandes orejas, hociqueó el aire y prosiguió su carrera.

—No la amo —dijo Martin pensando en voz alta—, no lo suficiente como para guardarla siempre a mi lado. Eso es lo que me pasa.

La cascada estaba cerca, ya se escuchaba su continuo sonido. Giró hacia la derecha, metiéndose aún más dentro de la espesura del bosque. Llegando a la vertiente, miró con asombro la belleza del lugar; la superficie verde y brillante del agua estaba rodeada de una corona de flores amarillas desde las cuales parecían brotar mariposas y colibríes. El suave gorgoteo de la vertiente producía una vibración que animaba destellos de luz cerca de las rocas. Una gran frescura subía desde la pileta natural. Se sacó la ropa y penetró despacio en el agua, hasta que le llegase al cuello, luego desapareció debajo de la superficie para resurgir unos metros más adelante, más cerca del lugar donde, con pesadez, caía el agua desde una terraza de roca. Recordó la

mirada serena y orgullosa de Irina, las manos ágiles de Tula. Todo en ese lugar era femenino, como si fuese el reino de una diosa. Una extraña sensación de paz embargó el alma de Martin. Más allá del entramado de ramas sobre su cabeza, donde estaba el sol, decidió que volvería a esa cascada. A partir de ese día, sería su lugar secreto, su santuario privado. Le vinieron a la mente las palabras de su amigo el Mono: “Para adorar a Dios, prefiero ir al bosque antes que a la iglesia”.

Como el rugir de una fiera inmensa, el sonido de un trueno sobrevoló la copa de los árboles. Hall abrió los ojos, se había quedado dormido, miró extrañado el cielo todavía azul, parpadeó, levantó la vista, las ramas no le dejaban ver de qué lado se aproximaban las nubes, temía a los rayos. Se vistió de prisa y, machete en mano, emprendió el camino de regreso. A su alrededor, reinaba ahora un extraño silencio, escuchaba su respiración jadeante, sus latidos, el crepitar de las ramas bajo sus pies, se sintió de pronto vulnerable, más chiquito que una hormiga. Cortó con furia unas lianas, tropezaba y maldecía, odiaba eso, sentirse frágil, pequeño y frágil. Martin era extrovertido, pero luego de la partida de Tula, tuvo unos días oscuros. El alma le pesaba. La selva, lejos de ser ese crisol de vida, parecía un lugar ominoso. Cuando llegó al pueblo, vio pasar un carro tirado por bueyes, los cuernos decorados con flores y cintas negras, el cortejo iba en dirección al cementerio, al pie del cerro.

Se sacó la boina cuando la procesión pasó a su lado. El féretro era pequeño, seguramente un niño. Pensó en el suyo, ¿estaría vivo? ¿O había muerto antes incluso de decir sus primeras palabras, enterrado sin sepultura en algún lugar del monte? Cerró los puños, los ojos húmedos. Ese niño que debía ser un regalo para una buena mujer se había transformado en un doloroso recuerdo que llevaría el resto de su vida, enterrado en lo más profundo de su ser, como ese cajón de madera de incienso.

8 Bandolero brasileño.

Tercera parte
Floración y cosecha

45

Que la recuerde así, en su mejor momento, cuando, haciendo el amor, ella cubría su pecho de sus cabellos negros. A través de las mechas, su sonrisa blanca, y detrás de la espesa cortina de cabello, una mujer feliz, gozando.

"Un esfuerzo más", pensaba Tula mientras se alejaba rumbo a su destino y sentía que su matriz sanaba lentamente. Ni una sonrisa había podido darle ese día, ni a Martin ni a nadie, eso llevaría más tiempo. Su destino ahora estaba teñido del color de la venganza, volvería para matar al comisario, arrancarle los ojos con las uñas y clavarle un puñal en las tripas. Pero no quería involucrar al inglés en su odio, era demasiado avasallador, abrasivo como un ácido, imposible de controlar, destruiría todo lo que encontrase en su camino. Entonces se iba para preservar al hombre que amaba, porque lo amaba. Incluso, era lo único que amaba ahora en esta tierra, por eso esa vergüenza y ese dolor, porque le había sido arrebatado el fruto de un amor puro, hermoso y solo un ángel podría haber nacido de semejante amor. Tula tenía los ojos color musgo y el pelo negro jaspe, ahora también era oscura su alma.

Se escondió entre los matorrales del parque del hotel, para verlo una vez más. Su hermano le había dicho que *el inglé* había vuelto a trabajar como mozo. Mono no lo entendía, pero Hall necesitaba un descanso de las actividades delictivas. Tula posó las retinas en su amado, era el hombre más guapo y dulce que hubiese conocido. Lo miró acercarse a las mesas con agilidad, servir con destreza, erguido en su chaquetilla negra. Tenía la tristeza de perderlo, pero la satisfacción de saber que

alguna vez ese hombre había sido suyo, todo de ella, la Cara Quemada, la "india bruja", como le decían.

Por la noche, cruzó el gran río, no iba hacia el Paraguay, iba hacia el Brasil. La decisión la había tomado la noche que se sintió tan vacía que pensó que la vida ya no valía la pena. Buscaría a un hombre sin miedo. Tenía sed de sangre, Tula, y solo un hombre sin miedo podría ayudarla a satisfacer su deseo de venganza.

No se detuvo a ver el alba, tampoco a mirar, como antes lo hacía, las gotas de siete colores que colgaban de los árboles luego de la lluvia. No escuchó el canto de las chicharras ni de los sapos apareándose. La endecha de su llanto resonaba de tanto en tanto en el cielo. Seguía caminando, los ojos enrojecidos. La tierra estaba suave y tibia, la selva parecía abrirse para facilitarle el paso. Las aves mismas callaban cuando la veían acercarse. Dejaba tras su paso un surco profundo. No se detenía; comió ceniza, comió huesos, comió raíces; no se detenía, esa era su fortaleza.

Encerró su cabello en una larga trenza, dejando al descubierto sus dos rostros, el de la mujer atractiva que era y el de la mujer herida, mordida por el fuego, salvaje.

Las hojas crepitaban bajo sus pies. Esquivó una enorme tela de araña agachándose entre las ramas y permaneció en silencio escuchando lo que le decía la selva. Cuando se paraba para tomar aire, las manos apoyadas en las caderas, parecía un gran jarrón con dos asas redondas a los costados. Sus piernas eran fuertes. Prosiguió por horas su avance, con una resistencia sorprendente.

Tula sabía mejor que nadie que, en la selva, la competencia por la vida, por la luz y por el alimento era la más despiadada del mundo. Sabía que, en ningún otro lugar del planeta, los cadáveres se descomponían en pocas horas y que el camuflaje era el arma más poderosa.

A la orilla de un arroyo, tomó tierra colorada, formó una pella compacta y se frotó con ella el rostro, los brazos y las piernas. Al secar, formaría una capa que la protegería de las picaduras de los mosquitos y la volvería invisible entre la vegetación baja, tupida, que cubría todo a su alrededor. Comió frutillas silvestres, plátanos y madera de yacaratia, luego de haber sacado la corteza con un pequeño cuchillo

que llevaba en su cintura.

Al acercarse la noche, sintió como un aguijón el deseo del cuerpo de Martin. Con la espalda apoyada en el tronco de un palo rosa, se quedó allí largos minutos. Lloraría sus pérdidas por última vez, sacando desde su garganta un grito que parecía un aullido bestial.

Era insistente el golpeteo del pájaro carpintero, continuo el canto de las ranas y envolvente el soplo del viento. Tula iba a parir, había llegado el momento, su cuerpo estaba decidiendo que nacería su hijo antes del plazo. Los golpes de la culata, como lo había anunciado la partera, adelantarían el alumbramiento. La india buscó con apremio unas hojas de tila para calmar el dolor y se abrazó a un árbol, respirando hondo, profundo, el perfume de la corteza. El niño fue recibido por un manto de musgo, su madre lloró de alegría, lo lavó con el agua de un arroyo y, sintiendo la leche subirle a los pechos, se sentó sobre una cama de hojas de bananos para contemplarlo y nutrirlo. Le susurró su nombre:

—"Chumira" te llamarás, hombre vigoroso y fuerte serás, hijo del Mbarakayaguata, el que tiene el caminar del gato montés, el hombre prudente y reservado que he amado. Fruto del bosque has nacido, niño mío, en la tierra sin mal.

Una gran luna cubría la selva, plateaba la verde inmensidad, cobijaba con su manto blanco a los seres nocturnos. La madre durmió apacible, envolviendo con su cuerpo el de su cría.

Luego de dos días de marcha, llegó a una aldea tupi guaraní. Fue bien recibida. La abuela de Tula era conocida como curandera. Las mujeres se ocuparon del bienestar del niño y de su madre y, mientras descansaba, le confeccionaron una cesta trenzada de raíz de güembé y tallos de tacuapí para llevar el pequeño a su espalda.

—El hombre blanco odia la selva, odia los árboles; si crías a tu pequeño con ellos, él será como ellos —le advirtió la más vieja de la aldea.

Tula no contestó. Recordó el rostro jovial de Martin, su sonrisa blanca y franca, sus besos. No todos eran así, algunos poseían la sensibilidad suficiente para admirar la naturaleza y la suficiente humildad para temer su furia.

—Renuncia a tu venganza, quédate con nosotros, estás a salvo.

La joven cerró los ojos, escuchó afuera de la choza la risa de los niños, el canto continuo de un arroyo, el cacareo de las gallinas. Sería tan fácil la vida allí, pero sería como vivir escondida, sintiendo el odio, como una gangrena, infectar todos sus sentimientos.

—Me quedaré un tiempo. —Contestó al fin, abriendo los ojos. En ellos, la anciana reconoció la determinación de una descendiente de guerreros tupíes.

"Sé muy bien quiénes son mis enemigos —pensó Tula—, sé muy bien adónde tengo que ir: hacia el Chaco, para buscar a Facón Rojo".

La abuela de Tula no quiso tener a su nieto en brazos:

—Sabes que algo está mal con ese niño, ¿verdad? Nació muy temprano, no verá la próxima primavera —le dijo en guaraní.

Tula lo sabía, una parte de ella lo sabía, pero otra parte no quería admitirlo, el dolor era demasiado grande. El bebé que había parido en el monte, sola, agarrada a una liana, tenía los ojos saltones y una barriga prominente, unas patitas arqueadas y los ojos apenas abiertos. Hizo todo lo posible para salvarlo, lo tuvo contra su cuerpo día y noche, le cantaba y le acercaba un pecho lleno de leche que el pequeño no tenía la fuerza de succionar. Finalmente, dejó ir su diminuta alma. Ella misma lo envolvió en un paño blanco y lo enterró al pie de un gran árbol. Ese día, algo en ella murió también. Maldijo a Dios y maldijo al hombre que le había arrebatado lo que más deseaba en el mundo.

Al día siguiente de la muerte de su niño, dejó la aldea de su abuela. No volvería allí nunca más.

Tomó un vapor en Posadas y viajó, como en estado de ebriedad, hasta el puerto de Barranqueras. Allí caminó varios días, sesenta kilómetros tierra adentro sin comida, durmiendo en medio de altos pastizales que la cubrían entera, como una hormiga.

Pasó como una sombra. Nadie reparó en su presencia, salvo unos niños que le tiraron piedras, pensando que se trataba de una loca.

Pero Tula no se había vuelto loca, sabía perfectamente a dónde ir y por qué. Cada día le sorprendía más la fuerza que tenía dentro de ella para seguir ese propósito.

46

La gran domadora estaba detrás del biombo. Con precisión, las dos manos detrás de la espalda, liberaba la cinta de seda que cerraba su corsé. En su pelo todavía centelleaban las hebillas de brillantes. Aborrecía los pequeños problemas de lo cotidiano, por eso nunca dejaba de actuar, incluso cuando nadie la observaba.

Oyó que se abría la puerta del camarín. Se estremeció, era él. Hubiese deseado que las hojas de la madera laqueada escondiesen algún pasaje secreto por el cual escaparse, pero no existía tal cosa. En la vida real, uno enfrentaba sus elecciones y pagaba el precio. Salvo que ella no había elegido. Nunca olvidaría esa mañana fría de octubre en la que su padre la entregó a ese hombre, sin que se le moviera un solo músculo de la cara. Ese enano maldito, encargado de espiarla día y noche. Podía sentir el olor de su colonia a metros de distancia.

Se acercó sigiloso, llevaba todavía puesta su bigotera, una bata de terciopelo hecha a medida y unas pantuflas negras con sus iniciales bordadas en hilo de oro. Desvió rápidamente la mirada cuando sus ojos encontraron su reflejo en el espejo. Irina lo observaba de reojo a través de los arabescos esculpidos en las hojas del biombo, intentando controlar el odio que sentía por ese hombre. Él, inalterable, le dijo mientras recogía del suelo una media de red:

—El señor Roemers está muy contento con tu prestación. Nos ofreció la suite por un tiempo ilimitado. También nos invitó a un banquete en su estancia, solo tendremos que ofrecer un pequeño espectáculo para agasajar a sus invitados y vos, bueno, ya sabés, algún encuentro en privado. Esta vez quiere que te pongas una gorra de

militar, él te conseguirá unos grilletes y un sable.

Irina contestó con un suspiro.

—No me digas que te cansaste de él. Es el mejor hombre que hemos tenido. Además, quiere que lo castigues un poco más, quiere ver sangre, por eso el sable. ¿No es eso tierno, querida?

Baku, ese aristócrata deforme que se escondía de una Rusia revolucionaria, era dueño de todo: del circo, de sus sueños, de su vida misma. Y la gran Irina tenía miedo, no de él, no, tenía miedo de la miseria, la enfermedad, la soledad. Con los años, había sellado un pacto abyecto con ese hombre: se encargaba de hacer de ella la reina del circo ruso, viviría en el lujo y la gloria, pero, a cambio, él miraría, miraría con voracidad cada vez que intimaba con un hombre y, año tras año, el espectáculo se volvía más audaz. A pesar del éxito de la compañía, Irina poseía, como únicas riquezas, los regalos de sus amantes y Baku, la llave de la caja.

—Buscame otro cliente, necesito un tapado de piel nuevo y una montura más cómoda.

Bakulin carraspeó cuando ella salió de detrás del biombo. Sus labios temblaron ligeramente al verla desnuda. Arrimó una mano hacia las nalgas, pero antes de poder siquiera tocarle la piel, recibió una bofetada.

—¡Se *mirrra*, pero no se toca! —dijo con odio en la mirada e insistiendo en la "r"—. Ese es el trato.

El pequeño hombre se frotó la mejilla, viendo su imagen reflejada en el gran espejo. Apretó los puños:

—Me pegás una vez más y te dejo en la calle.

Irina se dio vuelta al tiempo que se tapaba con una boa de plumas de avestruz:

—¿Y quién va a ser la atracción del circo? ¿Vos, acaso? El enano maldito. Seguro que mi tiara te va a quedar de maravillas.

Estira sus medias largas, blancas, sobre unos muslos muy firmes. Deja pasear sus dedos sobre la piel, como si nada, pero sabe que lo está volviendo loco.

Bakulin escupió al piso. La deseaba tanto que con el tiempo se había transformado en odio, un odio puro y poderoso más fuerte incluso que cualquier amor.

—Te voy a buscar un cliente para tus pieles. El más perverso que pueda existir sobre la faz de la Tierra. Te va a dar una buena lección por tu soberbia.

Como si le hubiese dicho algo sin importancia, Irina corrió un mechón de pelo que cubría su hombro con un gesto de la cabeza. La textura aterciopelada de un seno apareció sin pudor.

—¿Acaso crees que los hombres me dan miedo? —Irina sacó su peine y sacudió su cabellera riéndose de forma diabólica.

El portazo hizo temblar las paredes.

—Eso es —murmuró ella una vez a solas—, búscame al más diabólico, al más cruel. Te tengo reservada una sorpresa.

Hacer el inventario de las alhajas que poseía la serenaba, se dejó caer sobre su cama y vacío sobre ella el contenido del cofre de nácar. Sus dedos dieron rápidamente con la medalla de su madre. Llevándola a su boca, le dio un beso. Le asaltó una nostalgia dolorosa, cerró los ojos, allí estaba, en su recuerdo, un Martin erguido y sonriente en medio del picadero, se estremeció.

—Saltarín —dijo para sus adentros—, ¿algún día me perdonarás? Quisiera poder explicarte, eres el único hombre al que amé de verdad. Tal vez pueda buscarte, después, algún día, cuando todo esto haya terminado.

Sus pupilas se dilataron, alejó el recuerdo de Martin, no quería sentirse frágil e intentó pensar en otra cosa. Se vio cubierta con el nuevo tapado de piel, una hermosa prenda, digna de una reina; además era una inversión, podría venderla a buen precio si un día estaba en apuros. Sus pulsaciones volvieron a la normalidad. Cerró los ojos y repasó el plan que tenía para recobrar la libertad. Era joven todavía, podía empezar de nuevo, ser feliz. Era cierto que disfrutaba de pegarles a los hombres, a esos hombres a los que el dinero y el poder habían podrido por completo, los que ya no poseían ni un atisbo de virtud.

—¡Quieren que se les castigue porque ya no soportan el peso de su conciencia!

Se levantó y, mirando su lecho, reparó en que no había comido nada todavía. Levantó la mano hacia una soga que colgaba cerca de la puerta y se escuchó el tintineo de una campana. En menos de media

hora, su ama de llave le traería una colación servida en platos de porcelana sobre una bandeja de plata pulida. Los deseos de la gran domadora eran órdenes y ningún integrante del circo supo jamás que, en realidad, la persona más poderosa de esa gran familia era el enano Bakulin.

Irina no entendía por qué ella era así, por qué el dolor de sus amantes le provocaba tanto placer. Las pocas veces que se tomaba el tiempo para pensar en ello le venía en mente el recuerdo de su padre, en su pequeño laboratorio improvisado, disecando animales que encontraba en su camino. La muerte era la mejor protección contra el dolor, ninguno de esos seres vivos sentía los instrumentos sobre su piel, tampoco le podían decir a ella si disfrutaban el hecho de ser objeto de estudio a favor de una ciencia efervescente que en esa época buscaba demostrar la teoría de la evolución. Su padre nunca llegó a una teoría revolucionaria como un Lamarque o un Darwin, pero jamás dejó de explorar. Hasta le parecía a Irina que, por momentos, su padre, con un vaso de aguardiente de más, hubiese agarrado el bisturí y la hubiese abierto, solo para ver cómo eran sus órganos, cómo latía su corazón o se estiraban sus músculos; luego hubiese cerrado de nuevo su pecho, como quien cierra un armario. La miraba de forma extraña y cuando la miraba de esa forma, ella simplemente se desmayaba, saliendo de la escena, ofreciéndose a sus manos. Una nube envolvía la memoria de esa época, solo recordaba que su padre la miraba de esa forma y que le gustaba sacarle fotos, vestida con lo que ella pensaba que era ropa de señora. En realidad, eran enaguas con encaje que le quedaban grandes y dejaban a la vista su cuerpo de niña. Ella se desmayaba o fingía hacerlo, él le daba unas pequeñas bofetadas para reanimarla y le mojaba los labios con vodka. Podía portarse bien o mal, su padre no la castigaba. Su amiguita, en cambio, la hija del vecino Potochka, siempre aparecía con moretones, Irina entonces empezó a imaginar que Potochka era un buen padre, porque les enseñaba a sus hijos la diferencia entre el bien y el mal. El padre de Irina solo le sacaba fotografías desnuda para vendérselas a compradores en el mercado negro, pero la pequeña Irinushka nunca sospechó que eso era algo malo.

Durante la gran hambruna de 1891, ese padre lograba llevarle algo

de comer a su hija y siempre le dejaba la papa más grande, el tubérculo más rico. Se hubiese cortado un dedo si fuese necesario para alimentar a la pequeña, cuando ya no quedaba ningún animal vivo en el circo, pero ella era demasiado pequeña para recordarlo. Lo que nunca olvidaría era ese día nublado de mayo de 1896, cuando su padre la llevó al teatro Aquarium para ver el nuevo invento de los hermanos franceses Lumière: *le cinématographe* o fotografías en movimiento. Al momento en que el tren avanzó con estrépito hacia los espectadores, hubo pánico; la gran mayoría se precipitó hacia la salida, pero su padre no se movió. Lo recordaría siempre mirando la pantalla, llorando de emoción, apretando con fuerza la mano de Irinushka. El cinemógrafo ruso fue irreverente, sin censura, también revolucionario y alimentó la imaginación de la pequeña Kozatov: allí, en la oscuridad de la sala, germinó su deseo de ser ella también una estrella.

En 1905, el señor Kozatov era parte de esa *inteligencia* rusa naciente, febril, que emergía entre dos mundos completamente diferentes: el de los campesinos atascados en una era medieval y la nobleza aferrada a sus privilegios. La Revolución Rusa desde el punto de vista de los liberales fue la *intelligentsia*, ese conjunto de hombres de profesiones liberales, cultos y letrados cuyas ideas predominaban en la esfera política antes de la asunción de Lenin en octubre de 1917. Pero cuando se sublevó la clase obrera, los liberales fueron acallados por la oleada de protestas. La gran explosión roja lo sumergió todo a la vera de la Primera Guerra Mundial. Las crisis no son buenas para los circos y cuando el viejo Kozatov tomó la decisión de irse de su país hasta que pasara la revuelta, nunca pensó que la guerra le impediría volver. Irina siguió a ese padre débil y enfermo, y la cámara de fotografías quedó olvidada en uno de los baúles de la casa de San Petersburgo. A su muerte, dejó a su hija al cuidado de su más fiel servidor, su contador, Baku Bakulin, un joven desgraciado físicamente pero hábil con los números, capaz de sacar de memoria todas las cuentas del circo. Un hombre que, desde siempre, todas las noches, miraba las fotografías de la pequeña Irinushka, como un mendigo famélico mira las vitrinas de una pastelería. Sabía que la hija de Kozatov nunca llegaría a amarlo, entonces, si no los podía unir el amor, decidió que los uniría el odio.

El día en que Irina cumplía trece años, el enano le mostró la fotografía de una prostituta en ropa ligera y botines a cordones recostada en un diván, mirando la cámara lascivamente.

—¡A los hombres les gusta mirar! —le dijo con sorna—. Las niñas son todavía más apetitosas, con su inocencia. Son como rosas recién abiertas al sol primaveral.

El ojo redondo de la cámara apuntándole, la espalda de su padre encorvada debajo de la tela negra detrás del aparato y el frío en ese instante de inmovilidad exigido para la pose. Todo lo olvidado volvió, podrido, putrefacto, viciado, como un cadáver que sale a la superficie de un lago luego de meses de sumersión.

—Si me dejas mirar, puedo hacer que el circo sea el más grande del mundo —le había dicho Bakulin y lo peor es que cumplió con su promesa.

Entonces Irina tuvo que cumplir con la suya. A partir de ese día, empezó a pegarles a los hombres y descubrió que eso le gustaba.

Pero la bella Kozatov no era cruel, todo lo contrario, aliviaba el dolor moral de sus clientes, las lastimaduras de la carne no eran nada en comparación. Incluso, era capaz de amar. Confundida, pensó que si algún día se encontrase libre de amar a un hombre, iría en busca del Saltarín, ¿sería ya demasiado tarde? ¿conseguiría conquistarlo una vez más? Entonces su angustia volvió a emerger, como un globo cada vez más inflado, y ocupó todo su pecho, sacándole el aire de los alvéolos, aplastándola bajo un peso enorme.

La noche siguiente, al entrar en su camarín, ahogó un grito. La cabeza de un bovino yacía con los ojos abiertos sobre su cama. Reconoció de inmediato la letra, en alfabeto cirílico, del enano, en la carta ensangrentada pegada a la lengua del animal:

Si me traicionas, la próxima vez será uno de tus caballos.

47

Bakulin probó con el ojo derecho, luego con el izquierdo. No, con el derecho veía mejor. Veía los bordes del círculo en la pared, la cama de punta a punta y hasta una parte del armario esculpido de arabescos. Estaba agitado como un niño, pocas cosas le provocaban tanta euforia como la espera del encuentro de la domadora con clientes perversos. Se había sacado los zapatos para ponerse más fácilmente en puntas de pie sobre el taburete si la escena lo requería. Ya se escuchaban algunos ruidos en el pasillo. El cliente entró primero, caminaba de un lado a otro de la habitación, visiblemente nervioso: era su primera vez. Se paró delante del espejo, reacomodó una mecha de pelo, secó su frente transpirada con un pañuelo, miró su perfil y sacó de un bolsillo algo que parecía ser una cuerda. Sin saberse observado, la guardó en el cajón de la mesa de luz, junto a una pequeña Biblia. Luego de una hesitación, agarró la Biblia y la cambió varias veces de sitio, como si quisiera hacerla desaparecer. Finalmente, estirándose, la dejó arriba del armario, lo más lejos posible de la cama, como si el libro sagrado pudiese ser testigo de lo que iba a suceder en unos instantes.

Cuando Kozatov se presentó ante el ministro, Bakulin sonrió ante la debilidad del hombre. Turbado, sintiéndose intimidado frente a una mujer tan hermosa, se puso a balbucear unas palabras inteligibles. Con un gesto implacable, extendió su brazo esperando que le pusiera el objeto en su mano. El hombre buscó en el bolsillo de su pantalón, ya un poco excitado. Retiró un estuche bañado en oro, parecido a una pequeña bala de cañón.

—No fue fácil conseguirlo, todavía hay pocos en el mundo, este vino

directo de París.

Irina lo abrió, con las pupilas, satisfecha. Lo acercó a sus labios y empezó a pintarse los labios, el rojo teñía la carne, la volvía más carnosa.

El ministro no puede dejar de mirarla, de gozar del poder que esa mujer ejerce sobre él. Poder aún más placentero que sabe relativo, ya que, si lo desea, con una sola misiva, podría hacerla detener por depravación. El hombre jadea como un perro. Empiezan el ritual con el ruido seco del látigo que dibuja una curva en el aire. Ella le ordena, él obedece.

La domadora dejó caer su tapado y sacó la fusta, la cara solemne, mirando al hombre con desdén. Empezó a sacarse él también la ropa, Irina tuvo tiempo de constatar que llevaba un arma en su cintura. El ministro de Seguridad era un hombre precavido, nunca salía de su casa desarmado.

El dulce castigo empezó. La cara de preocupación del ministro dejó lugar a un rostro bañado del resplandor del goce. Cada golpe o insulto de Irina sacaba suspiros de placer. La sonrisa del enano no abandonaba sus labios, la importancia del cliente, lo que representaba ese hombre ya entrado en edad, no hacía más que agregar picante a la escena. Pensaba ya en todas las ventajas que podría obtener si un día tuviese que chantajearlo. Pero, de pronto, algo sucedió. Bakulin vio que el hombre tomaba violentamente del brazo a Irina, la tiraba contra la cama, sacaba la soga y rodeaba su cuello con ella esquivando los golpes que la mujer intentaba darle para liberarse. Sacó el ojo del agujero, esa inversión de los roles nunca había sucedido. Dudó, no sabía cómo reaccionar. Se preguntaba si el ministro llevaría el juego hasta las últimas consecuencias. La cabeza distraída en sus elucubraciones no escuchó lo que Irina le dijo al oído a su cliente:

—Cuidado que alguien nos está viendo.

Con un hilo de voz, logró articular esas palabras mientras giraba la cabeza en dirección a la pared de la habitación contigua. Pronto la soga no le permitiría emitir un solo sonido. Ya sentía la necesidad apremiante de respirar y toser.

Al escuchar ruidos de muebles que se corrían y gritos, Baku cerró el grifo del baño. Estaba por subirse nuevamente a su taburete, cuando la

puerta de su habitación se abrió con estruendo.

El político, vestido solamente con su pantalón, los tiradores colgando a cada lado de su cintura, lo miraba enfurecido.

Irina escuchó un altercado, luego, un silencio extraño. Llenó sus pulmones de aire y agudizó los sentidos: ¿habría llegado el fin de sus tormentos? Se estremeció pensando que tal vez el ministro vendría luego por ella. Se precipitó hacia la salida agarrando su abrigo al vuelo.

Si su curiosidad la hubiese llevado a mirar por el agujero, hubiese visto cómo el filo de la navaja atravesaba el cuello del enano. Seguramente, luego se hubiese asombrado de la precisión con la que el ministro, acostumbrado a ver escenas del crimen, retiraba los anillos de oro de los dedos a la víctima, vaciaba su billetera, desordenaba el cuarto, lanzaba al aire los cojines, instalando el escenario de un robo premeditado.

Nadie reclamó el cuerpo de Bakulin, que fue trasladado a la morgue de la Facultad de Medicina.

Tal vez había sido un error, pero ya estaba hecho. Irinushka no se podía retractar. El mensaje, en su sobre cerrado, sobre el escritorio y enviado al ministro firmado por Irina Kozatov, decía, en pocas palabras, que el señor Bakulin no había sido el único en asistir al espectáculo de la habitación 216. Que si, por alguna razón, se atentaba contra el circo o contra ella, la prensa recibiría de primera mano otros testimonios que comprometerían la carrera del político.

Al día siguiente, dio la orden de partir: todos los artistas del circo tenían cinco horas para alistarse. No importaba, por esta vez, cumplir con las fechas de las representaciones anunciadas al público. La larga caravana del Circo Kozatov empezó a moverse como una gran serpiente, acarreando hombres y animales hacia otra gran ciudad de ese inmenso país.

Unas nubes rosadas pasaban ligeras. Irina las contemplaba soñadora, ya estaba lejos y a medida que avanzaba la caravana, crecía en ella la esperanza de vivir como una mujer decente. Deseaba llevar su espectáculo hacia el sur, ver los grandes lagos de los cuales había escuchado hablar, sentir el frío, la nieve. “Tal vez había sido un error, pero ya estaba hecho”, pensó. Por supuesto que no existían otros

testigos de la escena, lo importante no era eso, sino ganar tiempo para huir, ir lo más lejos posible.

Ella misma se encargaría de gerenciar el circo; después de todo, era su circo. Nadie preguntó por el enano, nadie lo lloró tampoco, ni siquiera apareció en los diarios la noticia de su muerte, solo había llegado un oficial de policía intimando al circo ruso a abandonar la ciudad. Corrieron rumores entre los artistas, incluso, se inventaron las historias más estrafalarias en relación con su muerte, Irina nunca se pronunció, nunca reveló lo sucedido, solo se imaginaba que, a los treinta y cinco años, era una mujer libre: había pagado con creces la deuda de su padre.

Irina parecía soñar con los ojos abiertos. La melancolía que siempre velaba su rostro ya no existía. Por momentos, creía sentir el cosquilleo de la felicidad. Volvería a su tierra natal, algún día, para casarse con su príncipe en la Catedral del Cristo Salvador de Moscú. Cerró los ojos, sonriendo al nuevo día, viéndose vestida de blanco con una corona dorada, como la catedral misma, pura y luminosa.

48

El Gato sintió una bronca como nunca en su vida, a tal punto que percibió sus músculos endurecerse y levantar temperatura. Como un resorte listo para saltar de una caja, todo su cuerpo se tensó al máximo, apenas si su diafragma se levantaba lo suficiente como para dejarlo respirar y su glotis empujaba una bola de saliva espesa. Empuñó el mango de la pistola. En su cabeza, desfilaban a gran velocidad todas las estrategias posibles para matar a su enemigo. Pero la imagen de la niña baleada en la calle Guido se interpuso. No, él no era un asesino. Su pulso seguía acelerado, sin embargo, el arma quedó en su lugar.

Lobito y Chingolo colgaban uno al lado del otro de la rama más gruesa de un anchico, las cabezas con el pelo desordenado y una sombra de bigote arriba de los labios azulados colgaban de costado, como si estuviesen rezando, humildes ante Dios. Los dos hermanos habían ingresado a la banda de los Invisibles hacía poco más de un mes. Estaban llenos del entusiasmo de la juventud, a tal punto que, probablemente, queriendo cumplir con la misión de los mayores, hubieran cometido alguna imprudencia y caído en manos del enemigo.

—¡Pobres guríes! —suspiró Lagarto mientras se persignaba.

Martin y los tres Invisibles que lo acompañaban cavaron las tumbas al pie de unas ruinas cubiertas de helechos. Carpincho, quien, en su pasado, había sido sacerdote, dio una breve misa para los polaquitos. Se ofreció también para el trabajo más duro: ir a la chacra de los padres para informarles de la pérdida.

Desde ese día, Hall decidió no volver a admitir niños en el grupo, a

pesar de la ventaja que ofrecían para recorrer las colonias a la pesca de información sin levantar demasiada sospecha.

Desde la retirada de Barthel, los Invisibles controlaban casi todos los puestos de paso de mercancía que dejó el magnate. Como su natural heredero, Martin dirigía ahora esos negocios, haciéndose también con numerosos competidores de ambos lados de la ley. Sin embargo, su peor enemigo era el heredero del imperio yerbatero, el hijo único del empresario que, con la complicidad de su par brasileño, el dueño de los cafés Da Sousa, había jurado matar uno a uno a todos los contrabandistas.

Fue durante la primavera de ese mismo año que Martin Hall escuchó hablar por primera vez de una joven descendiente de italianos que vivía en la villa del difunto "loco de Monteverde", como lo llamaban los locales, a unas leguas de Puerto Aguirre. Luego, se cruzó con varios mensúes que se dirigían hacia allí. Se decía que, aunque el yerbal no era de los más extendidos de la zona, se trataba bien a los tareferos y la paga era digna.

***

Martin permaneció allí un momento, frente a las imponentes cataratas. Nunca había visto algo parecido. El guía, un baqueano de la zona, le ofreció volver al refugio para almorzar. Pero el joven declinó la propuesta, quería quedarse más tiempo admirando el paisaje. Preguntó por una gran entrada enrejada y solemne que habían pasado camino al río Iguazú.

—Pertenece a las tierras de la señorita Monteverde.

"De nuevo ella", pensó Hall. Ese nombre estaba en boca de todos desde que la misteriosa mujer había sobrevivido sola luego de perderse en lo más profundo de la selva por varios días. Se decía que era bruja, que sabía de plantas medicinales y se creía que tenía el poder de comunicarse con los animales salvajes.

—¿Y cómo llegó a perderse allí?

El baqueano arrugó la frente:

—Al parecer, fue una emboscada, don, o algo así. ¡No sé en qué está metida esa dama, pero no le faltan problemas!

Sin conocerla, Martin sintió de pronto preocupación por ella. Sabía lo difícil que era para un porteño aclimatarse a Misiones, peor aún debía serlo para una mujer joven.

—¿Es linda? —preguntó.

El baqueano levantó los hombros:

—No la he visto en persona, pero, al decir de algunos, es bien bonita la doña.

—Entonces no solamente tiene problemas, sino que está en peligro.

Como adivinando sus pensamientos, el gaucho le dijo:

—Perdón que me meta en lo que no es mi tema, pero un hombre joven como usted no debería estar solo. Yo llevo muchos años casado, no hay como el calor que le da una mujer a un hogar, don Martin.

Por toda respuesta, recibió una palmada en la espalda. Hall se quedó pensativo; era cierto que, últimamente, desde que su sueño de vida con Irina se había desvanecido, se sentía muy solo.

49

Después de mucho andar, llegó Tula a Pampa del Infierno. Entre los días de caminata, la poca comida, el hijo que amamantó y el sosiego que arrastraba no era más que una hembra huesuda y sucia con los pies llenos de llagas.

Se encontró con uno de los hombres de Facón Rojo. Muy a desgano, este la llevó a verlo, pero escuchó que le decía a su jefe:

—Hay una hembra fea y pobre que dice que quiere verlo.

Facón Rojo accedió a recibirla.

—Los pobres no tienen quién los defienda —dijo.

Debajo de las tupidas cejas negras, la observó detenidamente, pero al contrario de lo que decía su compañero, lo que vio en Tula fue otra cosa:

—Estás equivocado Ñato, esa mujer está devastada, pero tiene odio en la mirada y es más fuerte que cuarenta hombres, ¿no es así, india?

Tula mojó con la lengua sus labios cuarteados y secos y contestó sin vacilar:

—Es cierto que no tengo nada para ofrecer más que mi deseo de venganza. No tengo armas y no tengo dinero, pero soy hija de un cacique y de una curandera y si no me morí en el camino, es que soy fuerte y gran conocedora del monte. No tengo nada que perder porque ya lo he perdido todo.

Facón Rojo se acercó a ella y, poniendo la pesada mano sobre su hombro, ordenó que le dieran comida y ropa. La luna llena fue testigo de ese encuentro.

Con todos los relatos que Tula había escuchado sobre el bandido,

había tejido en su mente una imagen del hombre, pero la realidad superó con creces sus esperanzas. Se quedaban cortas las leyendas: era el gaucho más alto, más justo y viril que jamás hubiese visto.

En medio de los bañados, del viento del norte, del grito de los teros y de los rojos quebrachales, la india se repuso de su largo viaje. Entonces, el jefe de los bandidos del Chaco se dio cuenta de que no se había equivocado, esa mujer tenía la determinación de una tigresa y el orgullo de los valientes.

Le empezó a gustar su cintura, los brazos fuertes y su mirada chispeante. Ella lo intuyó. Se ofreció a él una tarde incendiada de sol a la sombra de un rancho abandonado. Se abandonó en sus brazos con la urgencia de ser amada, ahogando gritos de placer, aturdida por el canto de los grillos, los dedos empuñando una yerba de pasto, cayendo en el vértigo del placer.

Se encontraron todas las tardes de ese verano, a la hora de la siesta, mientras un sol cenital se tragaba todas las sombras. Reteniéndolo dentro de ella, Tula se sentía completa. Le mordía el hombro y él le susurraba cosas al oído que nadie jamás le había dicho. No hubo, a leguas, amor más fuerte; nada podía separarlos. Todo lo hacían juntos. Entonces Tula aprendió a usar el facón, la pistola y, con su sentido del oído y de la orientación, se ganó el respeto de sus pares. Su cuerpo aprendió a enredarse alrededor del de su amante como una víbora todas las noches y se olvidó de sus miedos.

Ese mismo verano, Martin aprendió que, en algunos momentos de la vida, lo único que había que hacer, era sentarse a tomar mate, esperar la oportunidad y no apresurar las cosas. Lejos de los hacheros de quebracho y los campos de algodón, estaban los yerbales y los obrajes, pero era la misma miseria bajo un mismo cielo. Unos peones golondrina que iban de una provincia a otra buscando trabajo de temporada le contaron sobre una india con la cara quemada que había conquistado el corazón del gran bandido Facón Rojo. El Gato no dudó ni por un minuto de que se trataba de Tula, pero lejos de sentirse celoso, agradeció a la providencia saberla con vida y feliz.

Apoyó la cabeza contra la pared de la pulpería y siguió aspirando su bombilla en silencio. Facón Rojo era, como Isidro Velázquez, Bairoleto o Mate Cosido, un bandido rural. Era conocido por secuestrar a

empresarios, robar fábricas extranjeras, estancias con grandes parcelas de tierras y repartir el botín con los más necesitados. Pero Hall no lograba entender qué había llevado a la india a viajar hasta Chaco para encontrarse con él. Se prometió a sí mismo tratar de borrar de su memoria a esa mujer, dejarla de una vez por todas en el pasado y seguir adelante, como lo había hecho con Irina. Ambas, tan distintas, algo le habían enseñado sobre el amor, pero en algún rincón de su corazón sabía que la mujer de su vida aparecería cuando el destino lo decidiera.

"El río es viejo y el alba nueva", cantaba Facón, mientras afilaba su cuchillo.

Tula lo miraba. Como siempre, admiraba su silueta recortada en la luz indecisa del amanecer, contemplaba esos rasgos como cortados a hachazos, el pelo enredado y espeso, la mano firme, el pecho fuerte, y lo deseó una vez más. Se dio cuenta de cuánto lo amaba y le dio miedo. Se acercó con sigilo y rodeándolo con sus brazos, le dijo al oído con tono certero:

—Si me traicionás algún día con otra moza, te mataré.

Él se enderezo, levantó la mirada y se rio de buena gana:

—¡Pero qué cosa más linda sería morir por causa del amor!

—¡Hablo en serio! —le recriminó ella.

—Pero yo también, mi india —le contestó él.

Entonces le cantó a ella, le cantó una canción sobre un bagual vigoroso que nadie lograba amansar y ella lloró en silencio, escuchando con atención, porque entendió que, si él llegaba a morir, ella moriría también.

Antes que sufrir en soledad las torturas de la espera, Tula prefería acompañar a su amante en sus asaltos. Como un perro hambriento, se esforzó para demostrar que podía ser útil. Tanto se esforzó, que se volvió indispensable. Tenía buena puntería y era de lejos la más lista de toda la banda. Fue domando con astucia a los hombres y al tiempo. Dejó rodar la bola de su fama de china brava y cuando andaba bien montada al lado de Facón, los pingos asustados se abrían a sus pasos y ni una mosca volaba bajo el cielo anaranjado.

50

El ministro de Seguridad era un chacal, un hombre acostumbrado a tener el control de cada centímetro de calle que pisaba, de sus subalternos, de la información, de la prensa, de su casa. Hasta su vestimenta mostraba un cuidado exagerado y un desprecio por la improvisación. Siempre ponía a sus interlocutores en situaciones incómodas, por su falta de sentido del humor y su escasa empatía. No le interesaban las personas, le interesaban los hechos. Los problemas tenían que solucionarse de cualquier manera y para él, esa mañana de noviembre, la muerte de ese enano voyerista era un problema. No tanto porque lo había matado, eso no le quitaba el sueño, pero le molestaba que se conocieran los detalles, que su esposa sumisa, sus hijas devotas y la prensa se enterasen de su debilidad por su sexualidad perversa, eso lo ponía de peor humor que de costumbre. La única manera de recuperar la tranquilidad era eliminar el único testigo de la escena. Recordando la expresión de crueldad y la firmeza con que la domadora le azotaba la espalda con su fusta, el ministro se estremeció de placer. Era una lástima, pero en el mismo momento que cerraba el nudo de su corbata, firmó la sentencia de muerte de la domadora.

Irina Kozatov dormía todavía, como hacía muchos años no le sucedía, plácidamente y feliz. La función de la noche había sido extraordinaria, resonaba todavía en sus oídos la ovación del público. Se sintió amada por su belleza y talento. Años de esfuerzo y trabajo duro por fin reconocidos, miles de ojos mirándola. El camarín estaba cubierto de ramos de flores, algunos en baldes, porque ya no quedaba

ningún florero disponible.

Las masas, la publicidad, lo espectacular, eso, tenía que admitirlo, lo había logrado la sangre rusa de Baku. La espontaneidad de la pasión tenía que estar enmarcada por una estricta escenografía, como cuando Lenin hablaba desde su tribuna.

Sentado debajo de la carpa, en el último asiento, un hombre miraba con binoculares a la domadora bailando sobre sus caballos. Al recordar cómo la soga apretaba la suave piel de ese cuello tan blanco, se estremeció y cerró los puños. Quería sentirlo otra vez.

51

Al llegar a proximidad del embarcadero de Goya, un atisbo de preocupación oscureció la mirada de Hall. Se suponía que las tres embarcaciones navegarían juntas, evitando que mucha agua las separase, pero para esas horas del mediodía, no había ningún rastro de los barcos conducidos por los hermanos correntinos. Martin puso por tercera vez la marcha más lenta, casi dejándose llevar por la corriente y miró con los binoculares hacia delante y hacia atrás. Nada. Un poco avergonzado, preguntó al resto de la tripulación si habían visto durante la noche pasar a los vapores, tal vez estaban unos kilómetros adelantados, debido al mayor conocimiento en navegación que tenían los hermanos. Pero todos negaron en silencio, con un gesto de la cabeza, nadie se animaba a decir lo que para esas horas ya era obvio.

Volvió rumbo a Posadas, con mucha dificultad, con el río en bajante, solo animado por la esperanza de que los barcos se encontrarían allí, amarrados, listos para zarpar.

Pero nunca habían llegado, y lo único que encontró el inglés fue el rostro enfurecido de su cliente que exigía el reembolso de la carga de yerba.

Le llevó varios días a Martin caer en la cuenta de que nunca más volvería a ver a sus barcos. Incluso, tuvo que ceder a su cliente el único que le quedaba en pago de la mercadería robada. Dolido por haberse dejado engañar tan fácilmente por unos prácticos expertos, decidió alejarse un tiempo de Misiones, no soportaría las habladurías de los parroquianos los domingos a la salida de misa, ser el hazmerreír de los puertos. Se escondió en el único bote que le quedaba. La bajante

del río no lo dejaba avanzar. En su vida, como en el agua, estaba completamente atrancado y eso lo ponía de muy mal humor. El vapor estaba varado, la punta de la quilla atrapada en la arena fina y blanda del fondo, no muy lejos de la bajada vieja.

Por la noche, escuchaba a lo lejos los ruidos de los prostíbulos, la brisa húmeda como el aliento de un perro le llevaba, de a ratos, ecos de riñas, risas y gritos de borrachos. Por primera vez en su vida, recurrió al alcohol para poder dormir. En la noche cerrada, se subía al techo de la cabina y miraba las estrellas, sosteniendo una botella de caña. Necesitaba anestesiar la parte de su cerebro que calculaba sin cesar las probabilidades de dar con los ladrones. Soñaba con imágenes tortuosas de los ríos, hablaba en sueños dando órdenes a sus hombres, avanzando a once nudos en un agua agitada. Se despertaba con el corazón acelerado, con la visión desesperante de estar solo en medio de una maraña de lianas y troncos podridos. Los primeros rayos del sol pinchaban sus ojos como lanzas y una tropilla de hormigas escalaban su antebrazo para llegar al pico de la botella.

Avelino le llevaba comida, se quedaba un momento a su lado, comiendo en silencio. Sabía demasiado bien lo que sentía Hall, solo el tiempo curaría esa herida. No quería importunarlo, se encargó de informar que la tripulación embarcaría cuando el cauce del río volviera a la normalidad. Se alistaron un puñal de peones buscados por los conchabos por desertar las plantaciones.

Cuando, una semana después, prendió la caldera del barco, estaba asqueado de indecisión y de alcohol. Decidió bajar por el Litoral. Manejó río abajo casi todo el viaje, con una jaqueca que lo torturaba sin piedad. Su aspecto era deplorable. Perdió la noción de su cuerpo, del tiempo también. Ahora solo tenía sed de una sola cosa, una sed inmensa de venganza.

El Mono, mientras tanto, seguía buscando a su hermana y a los barcos por la zona de las tres fronteras, pero, con tono firme, le había dicho a uno de los que acompañaban a Hall:

—Que no le pase nada malo a este hombre, o se las verán conmigo.

En esa primavera, Hall llegó al puerto de Buenos Aires sin dinero, con los sueños hechos añicos. Lo que planeaba como una estancia llena de lujos y alegrías en la capital porteña se transformó en un mal trago.

Preguntó por sus barcos durante un tiempo, un poco al azar, perdiendo cada día la esperanza de encontrarlos. Recorrió los dieciséis docks de ladrillos rojizos, claros exponentes de la arquitectura utilitaria inglesa en Puerto Madero. Miraba de reojo los cascos de los vapores amarrados, la boina baja sobre la frente, las manos en los bolsillos, con la actitud característica del que busca una changa. Junto con la amargura de haber perdido sus vapores, el flamante puerto del ingeniero Madero lo devolvía a su tierra natal y caminaba las dársenas melancólico, sintiendo que su madre estaría esperándolo a la vuelta de la esquina. Solo faltaban los vahos y las nieblas del Támesis.

Todos le contestaban lo mismo: la empresa Barthel poseía una flota de unos treinta barcos, a veces, podían encontrarse hasta diez de esos en el puerto, todos en fila, con sus toneladas de yerba listas para ser descargadas. ¿Cómo saber si uno de ellos lo conducía un pirata? Seguramente los ladrones ya habrían cambiado el color del casco y el nombre de la embarcación. Hall veía en la mirada de los marineros algo que no soportaba: la lástima por los vencidos.

El tráfico portuario era intenso en esos tiempos, grandes transatlánticos desbordados de inmigrantes que huían de la guerra llegaban a diario al nuevo puerto. La apertura del comercio exterior exigía cada vez más tráfico fluvial, nuevos astilleros se sumaban a los tantos ya en puesto. A Martin, se le trituraba el corazón al ver las nuevas empresas de navegación con sus flamantes barcos: esa había sido su ilusión.

Entonces, abrumado por las circunstancias, vendió su último vapor al mejor postor y liberó a la tripulación luego de darles su jornal. Le pagó cincuenta pesos a cada uno, el sueldo de un mes entero de trabajo en una manufactura, además de prometer una recompensa al que tuviera noticias de los correntinos. Algo le quedaba para vivir modestamente un tiempo en la ciudad.

Vagando por el puerto, se le ocurrió que lo único que le podría devolver un poco de calor al alma era ir a ver a sus antiguos amigos del Circo Criollo.

El viento levantaba nubes de tierra en el terraplén, sacudía las camisas blancas y los coloridos pantalones de los payasos que colgaban de una larga soga entre dos casas rodantes mientras, más allá, nubes

enormes y pesadas se acercaban. Recordó su primer encuentro con Irina Kozatov, un momento de una elegancia solemne. Irina había sido como un espejismo, había muerto sin que él supiera quién era realmente, tal vez solo la gran domadora de las pasiones.

Caminaba contra el viento, la cabeza gacha. Lo habían despojado de todo lo que tenía realmente importancia en su vida. Se sentía tan vacío que imaginó que el remolino que avanzaba hacia él lo levantaría, llevándolo lejos, como una simple hoja seca.

Años más tarde, Hall recordaría ese momento de su vida como detrás de un velo de viuda, opaco y negro. Sin embargo, no eligió el camino más fácil, podría haberse dejado llevar por la melancolía, la depresión, la bebida y poner el trasero en ese tobogán empinado que lleva al abismo sin retorno de los que decidieron dejar de luchar, pero él no era así. Su madre lo había subido a un barco con los ojos llorosos porque confiaba en que podía ser un hombre de bien, si no, hubiese elegido a cualquiera de sus hermanos. Solo necesitaba los buenos consejos de don Pepe para volver a creer en los humanos.

Llamó a la puerta. A la tercera vez, se oyó una tos seca desde el interior y una voz forzada que invitaba a abrir. Martin asomó la cabeza y cuando el viejo Pepe, luego de unos segundos, reconoció al inglés, sus ojos se animaron con un brillo especial, como faroles en la niebla:

—¡Martino Tutti! ¡Pero qué buena sorpresa! ¿Qué te trae por acá?

Una nueva salva de tos impidió que siguiera hablando y levantó la mano para indicarle a su interlocutor que esperara. Martin frunció el entrecejo, cerró despacio la puerta y se sentó sobre una valija de cuero enfrente de la cama. Pepe se veía más encorvado y delgado, como esas prendas de mala calidad que se achican luego de varios lavados en agua hirviendo. Mechas de pelos grises se escapaban de ambos lados de un gorro de lana que alguna vez fue naranja. A cada ataque de tos, su rostro iba del gris al colorado, como un hierro sobre brasas incandescentes.

—¿Dónde están todos?

—En el Tornú, otros no sé…

—¿En el dispensario Enrique Tornú? ¿A donde envían a los tuberculosos?

Pepe asintió con la cabeza.

—No deberías quedarte, es peligroso.

—¿Y usted por qué no va a que lo atiendan también?

El viejo levantó los hombros:

—Los capitanes nunca abandonan su barco. Mi circo es mi navío, llevo en mi corazón la risa de los miles de niños que pasaron por aquí. El actor habla al corazón de la gente. ¿Acaso te olvidaste de que somos magos? Llegamos a un baldío con tierra árida y barro —Pepe tosió y se acercó un pañuelo a la boca— y se transforma de pronto en un mundo de fantasía, de colores y luces. Los actores vamos de la oscuridad a la luz. El circo nace de la nada y vuelve a la nada, en cada pueblo vuelve a surgir desde el primer golpe de martillo sobre las cabezas de las amarras. ¡Desde el picadero hasta la cúpula, se elevan las risas! ¡Gran estreno, gran!

Pepe esbozó una sonrisa. Se notaba el esfuerzo que hacía para respirar entre frases que, por momentos, perdían su coherencia.

—No voy a dejar que te mueras acá solo, te voy a llevar a que te curen, ¡yo me quedaré a cuidar tu circo! Hay todavía muchos niños que necesitan de tu magia.

A Pepe se le llenaron los ojos de lágrimas. No pudo contestar, pero dejó que Martin lo envolviese en su vieja bufanda, colocara sobre su cabeza la boina, los botines a sus pies y lo ayudara a salir.

Un repartidor de leche que ya había terminado su ronda aceptó acercarlos al dispensario. Pepe se había quedado dormido, la cabeza apoyada sobre una garrafa de zinc. El lechero no paraba de conversar. Martin lo escuchaba por cortesía, pero su mente estaba en otro lado, miraba la crin del caballo de tiro levantarse a cada ráfaga de viento. ¿Dónde estarían ahora los magníficos caballos de Irina? Miraba de reojo cada carruaje elegante que cruzaban respirando con alivio al constatar que no eran dos corceles negros que tiraban del rodado; si no estaban en las calles, seguían bajo los cuidados de la gran zarina del espectáculo.

Cumplió su promesa. Dejó a Pepe al cuidado de las enfermeras y regresó al circo. Al cabo de unos días, cuando pasó la tormenta, bajo la luz radiante del sol, el baldío volvió a llenarse de vida. No todo estaba perdido.

52

Tula era animal, una mujer atenta a los movimientos de su cuerpo, al flujo de su sangre, al pasaje del aire en sus pulmones, a la presión en la sien, a la vibración de sus cuerdas vocales cuando, en un grito, intentaba dejar escapar su dolor, como si fuese una bestia terrible que pudiese salir por el agujero ovalado de su boca. Luego del grito, se sintió a la deriva, como un pedazo de madera sobre la correntada.

Facón le decía, tierno, a su manera:

—No sé cuál de los dos agujeros tenés más negro, si el que tenés en el culo o el que tenés en el alma.

Ella no contestaba. Escupía en el piso. El amor y el odio eran como en el horizonte el cielo y la tierra, en algún punto, pensaba ella, se tocaban.

Una noche muy oscura, dormían en un caserón. El asedio había durado varias horas, pero finalmente espantaron a los dueños, faenaron varios animales y algunos, por primera vez de su vida, conocieron lo que era el jabón. Ella la escuchó, a metros. Era ese chirrido tan característico de la rata hembra; estaba lejos, pero Tula ubicó su recorrido con precisión: se dirigía hacia el botín. En silencio, se levantó, empuñó la pistola que guardaba debajo de la almohada y se dejó guiar por el sonido. El disparo despertó a la banda, todos empezaron a correr hacia cualquier lado, hasta que Facón prendió la lámpara de querosén y observó cómo su amante, plantada en la otra punta de la sala, le había dado en medio del cuerpo a una rata que estaba haciendo trizas los billetes apilados en la caja fuerte. Al día siguiente, la hizo cabalgar a su lado, delante de todos.

—¿No huele a quemado? —dijo, apretando los dientes, uno de los bandidos que cerraba la fila.

Eso también lo escuchó Tula. Oyó las risotadas, como un zumbido maligno envolviendo su tímpano. Siguió cabalgando al paso, la mirada al frente. El calor era tan sofocante que ni los buitres salían de la sombra. Los pulmones, a duras penas, empujaban el esternón para ingresar aire. La sed era constante, la huida era eterna, no se hallaba ningún reparo, ni del sol, ni del miedo.

A la madrugada siguiente, un grito se hizo escuchar en la llanura. Del bandido, solo se encontró una oreja clavada al tronco de un árbol.

Nadie más se animó a decir algo sobre la india, ni siquiera Facón Rojo.

53

El circo ruso pasaba el receso de verano en una gran mansión, una estancia que alquilaban a unos kilómetros de la Capital. Irina disfrutaría más ese verano que cualquier otro, no estaba Bakulin, recriminándole que por cada día de vacaciones se perdía dinero.

Desde su llegada, vestía de blanco. Había elegido tres vestidos del color más puro e inmaculado para los días estivales y cambió sus elaborados peinados por un simple rodete. El ambiente era festivo; en esa inmensa mansión, cada uno se ocupaba de sus quehaceres y al atardecer, se reunían para leer en voz alta poemas de la madre tierra, escuchar alguna serenata en el piano o simplemente charlar durante horas sobre futuro de la nación soviética, leyendo las noticias que llegaban de los familiares. Le hubiera gustado hacer un viaje a su tierra natal, como mujer libre de toda obligación, ¿pero que podría ofrecer una Irina Kozatov a una Europa en guerra? La batalla de Verdún se describía como la más letal de la historia, mientras que, en Rusia, Serguei Prokofiev escandalizaba con su música a los actores de un imperio debilitado por las hambrunas y los enfrentamientos. ¿Para qué volver? No siente el desgarro del exiliado, ella es una artista; se ofrecería al mundo con la misma pasión, el mismo fervor, se mataría el día que, por alguna razón, ya no lo pudiera hacer.

“Si acá me reconocen, me aman, ¿para qué volver?”, piensa de nuevo. Además, desde la muerte de Baku, su existencia había cambiado radicalmente. Era dueña de sus decisiones y esa sensación la embriagaba. Durante tanto tiempo anheló tomar las riendas de su vida y del circo que sabía perfectamente el rumbo que elegiría: su próximo

destino era Nueva York. El solo hecho de imaginarse allí aceleraba los latidos de su corazón.

Nadie la vio, pero fue una sonrisa lo que iluminó su rostro al mirar a sus caballos jugar y revolverse, libres, sobre el pasto fresco. Solitaria y despreocupada, volvió a pensar en el amor y curiosamente, el rostro del bello Saltarín volvía a su recuerdo. Los perfumes suaves de los campos anestesiaban sus demonios, no sus recuerdos. “Para ti, soy como la lengua rusa, podrás aprender su extraño alfabeto, pero nunca lograrás entender su alma porque no sos hijo de sus gélidos vendavales”.

Sabía lo mala que había sido con él, pero ¿cómo hallarlo ahora? En ese inmenso país, ¿cómo saber dónde se encontraba él en ese momento? Lo recordaba tan joven y alegre, ¿cómo hacerle entender que con su accionar no buscaba otra cosa que protegerlo? Su aire siempre melancólico, su tez blanca, la liviandad de la tela que la envolvía y lo negro de su cabello le daban una belleza antigua, acorde con la arquitectura clásica de la vieja casona.

Sabía Irina que le quedaban cada vez menos veranos para lucir su belleza, pronto las arrugas serían demasiadas sobre su frente, la piel se afinaría dejando ver las venas azuladas y la dulce melancolía de sus ojos se tornaría en una opacidad que solo contemplaría con tristeza el pasado. Entonces se volvería una mujer respetable, tal vez temida, pero no deseada. Suspiraba pensando lo injusta que era la vida al llevar a todo ser vivo a ver su decadencia física, mientras su espíritu seguía joven, el corazón lleno de anhelos. Pronto, el blanco se vería en ella risible y el negro funesto, y su cuerpo no tendría la agilidad para permitirle bailar sobre el lomo de sus caballos, ya algunas tardes, sus rodillas le dolían. Pero lo que más la entristecía era que los hombres pasarían a su lado sonriéndole afablemente, en el mejor de los casos, cambiando el fuego del deseo por la tibia llama de la cortesía. No estaba segura de poder soportarlo.

Se le clavaba un aguijón en el pecho al pensar que su lugar, algún día, estaría detrás de las bambalinas, mirando a las jóvenes recibir los aplausos, las alabanzas y las flores lanzadas en el aire que siempre recibía, cuando, al final del espectáculo, doblaba su fina cintura para la reverencia.

Entonces, se le ocurrió que podría morir en un accidente, como su madre, mientras todavía estaba en la cima de la gloria. Dejando tras de sí el recuerdo luminoso de su talento, de su belleza, como una estela en el cielo. Ser una sola con la eternidad, amada por siempre por los hombres que la habían abrazado y los que anhelaban hacerlo. Irina Kozatov, la gran domadora, no estaba hecha para vestir santos o quedarse cerca del hogar tejiendo. Se daría la muerte ella misma si fuese necesario, sería menor el dolor de una daga en su pecho que el de verse en el espejo envejeciendo lentamente.

Entonces, antes de morir, el día que ella lo decidiera, le escribiría una carta a Martin Hall para pedirle perdón y le diría que, de haber sido libre y joven al momento de conocerlo, lo hubiese amado con locura, porque sentía, muy profundo dentro de su alma, que era el único hombre que hubiese podido hacerla realmente feliz.

Acostada bajo la sombra de una enorme sombrilla, miraba a sus seres queridos, su familia del circo, riendo y jugando en el jardín. El circo podría seguir sin ella, la pequeña Tania prometía ser una excelente jineta y sus hermanos tenían siempre ideas más modernas para el espectáculo. La función seguiría, la música, los bailes, todo.

Habiendo tomado la decisión, sintió paz, y cuando vio acercarse al *mujik* con la bandeja de plata para ofrecerle el té, le sonrió agradecida. Con un gesto solemne, lo invitó a sentarse a su lado para admirar el atardecer.

—Si un día muero, cuidarás de mis caballos personalmente. Te lo pido.

El viejo dejó la bandeja sobre la pequeña mesa baja y besó la mano de la domadora:

—*Moya ledi*, soy su más fiel servidor, puede contar conmigo.

Luego siguió sirviendo, sin más preguntas, como si hubiese adivinado los proyectos de Irina la grande.

54

Unos hermosos ojos almendrados fue lo primero que reconoció Martin al correr el telón del escenario. Teresita estaba allí, como antes, cosiendo sentada en el piso como si se hubiesen separado hacía solo unos minutos.

—¡Martino Tutti! —exclamó al verlo—. ¡Estás hecho un galán de cine! —Y levantándose con cuidado, se acercó para abrazarlo, pero su enorme panza le impidió rodearlo con sus brazos. Empezó a reír con esa carcajada espontánea tan característica de ella. A Hall le sonó como una música, miró su cuerpito de futura madre con emoción; era un misterio de la naturaleza que una mujer tan menudita pudiese llevar en su seno un bebé tan voluminoso.

—¿Viste? ¡Ahora soy yo la luna! —dijo ella acariciando su vientre sin dejar de sonreír—. ¿Qué te trae por acá?

—Estoy de paso, por negocios. Espero no molestar.

—¡Cómo vas a molestar, hombre! ¡Vamos, si sos como de la familia! ¡Vení! ¡Van a estar todos muy contentos de verte!

Todos los que alguna vez habían conocido *al inglé* se alegraron de su visita, alabaron su corte de pelo, su bigote, su cuerpo más grande y fuerte y ese halo que el sol del norte había dejado en su piel.

Al verlo, el viejo Pepe se pasó la mano por su escaso cabello blanco, estaba más viejo y sus ojos mostraban un gran cansancio, pero abrió los brazos para recibirlo y darle unas cuantas palmadas en la espalda:

—Qué bueno verte, hijo, y saber que estás bien.

Martin sintió que afloraban las lágrimas al escuchar a Pepe decirle “hijo”, aunque sabía que no era más que una muestra de cariño muy

usada entre un hombre mayor y uno joven. Lo invitaron a compartir el almuerzo y allí se enteró de todas las novedades.

El marido y padre de la criatura era el nuevo acróbata que lo había remplazado a su partida, estaban preparando un nuevo espectáculo, el Gran Torino no había tenido la suerte de Pepe y sucumbió a la tuberculosis.

Martin se mordió los labios para no parecer grosero, pero la pregunta que deseaba hacer más que ninguna otra era si el circo ruso seguía en la Capital. No sabía bien por qué, pero la sola idea de estar cerca de Irina hizo resurgir en él un aluvión de sensaciones que pensaba totalmente olvidadas.

—¿Y hay algún otro circo en la Capital en este momento que esté dando una actuación de buen nivel? —se animó por fin a preguntar fingiendo una curiosidad genuina.

—Bueno —contestó Pepe—, después del verano volvieron los tanos, así que estamos nosotros, ellos y los rusos también volvieron este año, pero no montaron la carpa, no sé por qué. Están ahora actuando en el teatro Circo Coliseo Argentino. ¡Qué lugar! Una maravilla arquitectónica de nuestros tiempos que…

—Porque la domadora se lastimó y no puede montar sus caballos —lo interrumpió Teresita, observando con atención cómo reaccionaba Martin a esa información.

Pero el joven siguió masticando su pedazo de pan sin dejar ver sus emociones y cambió rápidamente de tema, sentía que seguir mostrando interés por la competencia era como traicionar a sus amigos.

Al atardecer, mientras Martin asistía a la función de sus antiguos compañeros de pista, Teresa, que por su preñez no podía actuar, se sentó discretamente a su lado:

—A mí no me podés mentir, sé que te morís de ganas de verla.

—¿A quién?

—A la rusa.

Luego de un silencio, Teresita retomó con tono más serio:

—Supimos que tuviste una aventura con ella, yo al principio estaba un poco celosa, pero luego entendí, cuando fui a verla, entendí hasta qué punto un hombre podía enamorarse de semejante mujer. Es muy

bella —agregó como para sus adentros—, aunque dicen que es más ácida que ciruela verde.

—No, se equivocan, no es mala mujer.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué ese halo de tristeza que siento en vos? No es así como te recordaba.

Él no le contestó. Si seguía la conversación en torno a Irina, arruinarían ese encuentro.

—Fui egoísta contigo, Teresita, lo siento, no supe cómo despedirme.

—No fue eso, estabas bajo el hechizo de la Kozatov. Pero no te preocupes, está todo perdonado. Es más, si es varón, quiero que se llame Martin. Le dará suerte, porque vos sos un tipo con suerte, ¿no es así?

Martin alzó los hombros, mirando fijo un punto en el escenario.

"Últimamente, no tanto", pensó. Aunque lo de los vapores no había sido mala suerte, era peor: estupidez. Era haber confiado en unos malnacidos que apenas conocía, no haber tomado las precauciones. Si hubiese formado al Mono y al Búho para manejar los barcos, aunque hubiesen tardado un poco más a llevar la mercadería, estarían festejando en algún bodegón de San Telmo. Miró cómo el viento del otoño empujaba unas hojas muertas hacia los bastidores.

—¿Por qué las mujeres son tan certeras para leer los sentimientos de los hombres?

—Tal vez porque tenemos que defendernos de sus mentiras.

La muchacha sonrió, recordando un episodio gracioso.

—¿Qué?

—¿Te acordás de cuando la mujer del panadero te tiró unos claveles después de tu número, le mandaste un beso en el aire a cambio y tuve que esconderte en mi baulera porque el marido te la había jurado?

Martin se sonrojó, lo que hizo reír aún más a su amiga. Su carcajada le hizo bien, sonaba como el tintineo de un trineo navideño. Al final, él se rio también de buena gana.

Teresa tiritaba. Hall se quitó su gabardina. Estaba a punto de colocarla sobre los hombros de su amiga, cuando ella levantó la mano:

—Soy una mujer casada ahora y mi marido, que está allá sobre el escenario, podría vernos. No quiero lastimarlo, es un buen hombre.

—Tenés razón, disculpame, no era mi propósito incomodarte.

—Ya lo sé, vos también sos una muy buena persona y sabés de modales.

De pronto, algún recuerdo le sacó una sonrisa pícara.

—¿Qué? —preguntó él.

—¿Recordás esa vez que Don Pepe te quiso enseñar a andar en bicicleta?

—Cómo olvidarlo, Teresita, nunca te vi reír tanto. Bien que te burlaste de mí.

—Perdoná, es que parecías estar sentado arriba de un barrilete. Fue muy gracioso.

—Fueron buenos tiempos, tuve suerte de haberlos conocido.

Teresita saludó con la mano a su esposo, un joven atleta de tez morena, que, para el gusto de Martin, se esforzaba demasiado en mostrar la musculatura.

—Me retiro —dijo ella—. Hace frío de pronto. Nos veremos mañana.

La vio alejarse con la alegría de la gente simple. Él ya no podía disfrutar de esa simpleza, no podía con su genio, necesitaba meterse en problemas para sentirse vivo. Inmerso en sus pensamientos, no se percató de que la función ya estaba por empezar. No había muchos espectadores, tal vez por el viento.

Teresa lo dejó con la sensación de que últimamente llegaba tarde a todo. Pero también se dio cuenta de que tenía que reaccionar, no llevaba hacia ningún lado dejarse arrastrar por la amargura. Las explosiones de risas y aplausos lo sacaban de a ratos de sus cavilaciones, pero su mente se iba hacia otro circo. ¿Para qué volver a ver a Irina? ¿Tenía eso algún sentido? El último encuentro no había sido muy grato. Justamente había terminado como un libro malo, un capítulo inconcluso, una escena con actores que no desempeñaban bien su papel. Quería volver para algo, pero no sabía bien qué. Tal vez para convencerse de que ella no era para él o, porque la seguía amando a pesar de todo, amaba tanto una parte de ella como odiaba la otra. O, tal vez, simplemente necesitaba estar en los brazos de una mujer, por unas horas, aunque fuese la peor mujer para él en ese momento de su vida.

55

Buenos Aires, 1916

La bella Kozatov salió del teatro envuelta en un tapado de visón y con un bastón en la mano derecha. Habían pasado tres años desde la muerte de Bakulin. Volvía a Buenos Aires. La mente llena del recuerdo de las grandes planicies del sur, las montañas, los lagos de agua cristalina, hasta Chile había llevado su circo, pero se acababan las reservas de dinero, necesitaba reconquistar el público porteño.

A pesar del frío, era un hermoso día de julio. El cielo era de un azul profundo y claro. Decidió caminar despacio las pocas cuadras que separaban el teatro del consultorio del médico. Esperando para cruzar, levantó la mirada hacia las cúpulas y los balcones de la avenida Callao, la cara cubierta de una red negra, suponía que nadie la reconocería. Ocupada en reflexionar sobre la noticia de la muerte de Rasputín y sus consecuencias para la madre patria, giró en una calle equivocada. Se percató de su error cuando, lejos de escuchar el trajín de la avenida, solo se oía el ruido del agua que caía de una gotera y sus tacones sobre el asfalto. Le llamó la atención la poca distancia que podía haber en las grandes ciudades entre barrios colmados de gente y calles desiertas.

De pronto, escuchó otros pasos detrás de ella que se acercaban lentamente, pero decididos. Tenía miedo y quiso acelerar, pero sintió una punzada en la rodilla como si le hubiesen atravesado una aguja de tejer en el hueso. El dolor fulgurante la obligó a sostenerse en la pared más cercana. A través de su guante de cuero podía sentir la humedad

fría de la piedra. Los pasos a su espalda seguían el mismo ritmo y se acercaban. Primero pensó que se trataba de un ladrón, una mujer sola en una callejuela era una presa fácil. De pronto, el miedo se incrementó cuando le vino en mente la idea funesta. “Vienen a matarme”, pensó, “y no puedo escapar. Moriré acá, como una rata, en este lugar horrible”.

La única puerta que daba a la calle parecía la de un depósito, una espesa cadena abrazaba sus manijas.

Su gran inteligencia le hizo suponer enseguida que el ministro de Seguridad no la dejaría con vida después de la muerte de Bakulin. En realidad, la había sorprendido que no la hubiera asesinado a ella también. Tal vez le había perdido el rastro mientras ella descansaba en el campo. Incapaz de seguir avanzando, decidió mirar a la muerte de frente. Titubeó, jadeante, y giró decidida a mirar a los ojos a su perseguidor.

Su cerebro tardó unos segundos en reconocer al individuo. Se quedó sin palabras. Una voz conocida le decía:

—No tengas miedo, soy yo, Martin, el Saltarín. Me recordás, ¿verdad?

Hall la sostuvo de la cintura justo en el instante en que a Irina se le aflojaban nuevamente las rodillas. Martin no supo en ese instante qué sensación era más suave, si sus dedos penetrando el espesor del visón o sus ojos descifrando en los de Irina una alegría inesperada. Ella rodeó el cuello del joven y le susurró en el oído:

—Llévame lejos de aquí.

En la avenida, el sol los encandiló. Se separaron levemente para no llamar la atención de los transeúntes. Martin alzó la mano para llamar a un taxi y ayudó a la domadora a subirse. Sintiéndose segura en el interior del auto, Irina levantó su velo y le dijo en voz baja una dirección a Martin para que se la transmitiera al chofer.

Fue recién en el ascensor de su edificio que el inglés se animó a mirar de reojo a la bella domadora.

—Me encuentras cambiada, ¿verdad? Más vieja, seguramente.

Martin le besó la mano con efusión, negando con la cabeza. Ella siguió con un tono suave que él le escuchaba por primera vez:

—Es bueno que hayas venido a verme, aunque desconozco tus

razones. Me he portado tan mal contigo. Necesito tanto de un amigo. Tengo miedo, Martin, han pasado cosas terribles.

—Haré todo lo que pueda para protegerte, te lo prometo.

Apenas se cerró la puerta del departamento, sus labios se buscaron y la confusión del encuentro fue arrasada por un deseo que se llevó puesto hasta el mínimo rastro de pudor.

Hall sintió sobre sus mejillas las lágrimas de Irina, al tiempo que su acelerada respiración era un llamado a tomarla y hacerle olvidar, por un momento, todos sus tormentos. Esta vez fue él quien marcó la cadencia y la melodía del placer, y ella se abandonó. Su larga cabellera negra cayó sobre su espalda como la lava volcánica, mientras los amantes se enzarzaban en una lucha desesperada y contradictoria por llegar a la cima del placer, reteniéndolo, como uno se aferra a las riendas de un caballo desbocado. El orgasmo los sorprendió al mismo tiempo, fue como una explosión que dispersa sus chispas y deja ardiendo todo a su alrededor.

Permanecieron abrazados, jadeantes, las piernas y los brazos enredados, la mente en blanco. Eran como dos buzos flotando en lo profundo del océano, sin deseos de volver a la superficie.

56

El departamento de Irina Kozatov era demasiado grande para una sola persona. Eso pensaba Martin. Se veían pocos muebles, aunque todos de muy buen gusto, y algunas cajas de madera sin abrir.

—Me mudé hace más de un mes, pero no tuve tiempo todavía de sacar todas mis cosas y no confío mis objetos a terceros. Algunos vienen de Rusia y tienen un valor incalculable para mí.

La gran domadora insistió en regalar a su joven amante un traje nuevo y un sombrero borsalino. Era también la excusa para pasar otra tarde juntos.

Cuando entraron en la casa del sastre, Irina presentó a Martin como su joven sobrino. Le dijo unas palabras en ruso que él fingió entender, mientras se probaba un saco gris. Hall se sentía incómodo. Tardó en aclarar sus ideas, pero por la noche, luego de intimar con ella por segunda vez en el día, le dijo:

—No necesito que me hagas regalos, yo te amo, Irina.

Ella le puso el índice sobre los labios, exigiéndole silencio:

—No digas nada, a mí me hace feliz. Además, no podés ir por la calle al lado de la gran Kozatov vestido como un *mujik* —se mofó ella.

Cruzaron a un grupo de amigas que levantaron la mirada debajo de sus sombreros campana para ver pasar a esa extraña pareja. Martin percibió la tensión en su amante.

—¡Por Dios, Saltarín, esas muchachas deben haber pensado que yo era tu madre! —murmuró ella y le soltó el brazo—. Llama a un taxi, quiero volver a mi departamento.

Su voz sonaba como un hierro que, minutos antes incandescente, al

contacto del agua helada, se hubiese transformado súbitamente en un metal duro y frío. El joven aprobó la idea y solo cuando tuvo nuevamente en sus brazos a Irina, a salvo de las miradas, en la penumbra de la habitación, sintió que se relajaba la tensión. Con una pasión renovada, Irina se entregó a él. Hicieron el amor, tomaron vodka.

Y entonces reapareció en sus ojos esa chispa, esa soberbia de reina solitaria.

—¡Pégame!

Martin negó con la cabeza, frunciendo el entrecejo:

—Sabés que ese juego no me gusta.

Irina entonces tomó su brazo y clavó en él sus dientes. Al grito de su amante, aflojó la mandíbula y enderezó la cabeza. Un hilo de sangre corría al borde de sus labios.

—¿Por qué? —preguntó él con dulzura.

—Porque así, aun cuando no estés a mi lado, me recordarás —contestó ella con los ojos ardiendo de deseo—. Además —agregó ladina—, tu amor es lo que más me duele, nunca me sentí tan viva como cuando estoy a tu lado. Pero sé que me abandonarás, te irás pronto y será el peor de los dolores.

Entonces Martin recordó que el tren que debería haber tomado para volver a Misiones estaría partiendo en ese mismo momento sin él. Las horas en compañía con la domadora le habían hecho olvidar todo, su vida en la selva, sus amigos, la pérdida de sus barcos. Ya no sabía con certeza adónde quería estar.

Irina le dio a Martin una copia de las llaves de su departamento y se retiró para ir al teatro, segura de que, a su retorno, él la esperaría en la cama, recargado de todo su vigor de hombre joven, listo para amarla. Irina le dijo, coqueta, que solo le permitía salir para encargar la cena y que estaría de vuelta poco después de la medianoche. Hall conocía los movimientos del circo, Irina era siempre la última en irse a descansar luego de la función, no dejaba nunca el circo o el teatro sin asegurarse de que todas las cosas estuviesen en su lugar y todas las lámparas de gas apagadas.

Apenas escuchó que se cerraba la puerta de entrada, Martin, agotado, se durmió respirando, entre las almohadas de pluma, el

perfume de la mujer que pensaba que era el amor de su vida.

57

Lo obligaron a sentarse sobre una silla de madera en medio de la sala. Algo tibio corría desde su ceja derecha hacia la comisura de sus labios. Reconoció el gusto tan característico: sangre.

—¿Edad? —le gritó el subcomisario.

—Veinticinco

—¡Más fuerte!

—¡Veinticinco!

—¿Nacionalidad?

—Argentina.

—¿Ocupación?

Martin intentó abrir los ojos, el pulso acelerado, la boca seca. Le dolía la paliza de bienvenida a su ingreso a la Penitenciaría. La lámpara girada hacia su rostro lo encandilaba demasiado, no podía ver más que un halo de luz que se le clavaba en la retina. La camiseta a rayas negras y blancas sería, a partir de ese instante, su uniforme de preso. El subcomisario le mostró nuevamente la fotografía de Irina. Dudó un instante antes de contestar:

—Comerciante.

—¿Qué relación tenía usted con la víctima?

—Ya se lo dije, éramos amigos. —Empezó a temblar.

—¡No sea arrogante! No está usted en posición de darse el lujo de suspirar. Se lo repito una vez más: ¿dónde está el arma del homicidio? ¿Cuál fue su móvil? ¿Celos?

Las palabras suenan incongruentes a los oídos de Hall. ¿Celoso? ¿Cómo iba a ser celoso de una mujer como Irina? Hubiese sido la

forma más rápida de perderla. La recuerda viva, su risa, su perfume, esa mirada que tanto lo intimidaba y su corazón late como un ave desesperada por salir de una caja, le duele el pecho. La fotografía muestra a una mujer que luchó para no morir, luchó como una fiera indomable, dando patadas y manotazos, desarmando su peinado, arañando a su agresor, desgarrando su vestido, aferrándose a la vida.

—¡Yo no la maté! —gritó Martin, con un grito ahogado por el nudo que tenía en la garganta desde que vio por primera vez la fotografía de su Irina con el cuello cortado por un alambre.

Martin se estremeció, su cerebro interrumpió inmediatamente todos los circuitos, no era el momento para mostrarse débil. Levantó la vista, determinado a luchar por su inocencia.

—Usted, señor… Hall, es el último que fue visto con la víctima por el vecindario. A las 10.30 de la noche, la portera lo vio salir a la calle y a las 12.05 el vigilante encontró el cuerpo de la señora *Kuzu*… *Kuzutof* en la esquina de su edificio.

El prontuario firmado por el comisario está sobre la mesa. Un papel. Solo unas hojas de papel que lo describen como el peor de los asesinos. Como alguien capaz de agarrar un hilo de alambre y simplemente ahorcar con mano firme a una mujer indefensa sin que le tiemble el pulso.

Un agente apostado cerca de Martin observaba la escena con una curiosidad macabra. Recordaba que algunos inculpados mojan la silla con orina, pero ese joven parecía demasiado abatido, como si todavía no entendiera la gravedad de su situación.

—Llévese al recluso.

En el sumario, nunca constaría si la golpiza fue una sola o varias, o si también le hundieron la cabeza en la bañadera. Ni que lo dejaron semidesnudo toda una noche, en pleno invierno, hasta que lo metieron en el calabozo con ese traje a rayas. Ahora el interrogatorio, ¿y luego?, ¿tendría el derecho a un juicio, a una defensa?

Hall mira el cenicero repleto de colillas de cigarrillos. El aire es irrespirable en esa pequeña pieza. Solo quiere que terminen de hacerle preguntas estúpidas para poder pensar y ordenar sus ideas. No podía ser tanta desgracia, que Irina fuese asesinada allí, que la portera lo viera solamente a él cuando salió hacia el restaurante y no cuando

volvió con el paquete con la cena, que no tuviera plata ni influencias que pudieran ayudarlo. Que la extrañaba mucho.

—¡Llévese al recluso!

La orden esta vez fue un grito.

El subcomisario reacciona, cierra con destreza las esposas sobre las muñecas del preso, evitando mirarlo a los ojos. Ha visto a tantos de esos hombres que, arrasados por una pasión mortífera, prefieren ver a su amante muerta que en brazos de otros hombres. Hall sabe que tiene pocas chances de probar su inocencia.

Una vez solo, Martin intenta recuperar y ordenar sus recuerdos. En la única conversación que habían tenido durante las horas que duró su relación, él le había contado una mentira sobre por qué estaba en la Capital solo y sin pertenencias. Demasiada vergüenza tenía de haber sido engañado tan fácilmente por los correntinos como para contárselo. Le dijo que, en el tren, alguien le había robado las maletas y que estaba en Buenos Aires por un tema de trabajo. Ella, en cambio, no habló mucho. Dijo que algo terrible había sucedido un poco antes del verano anterior, que sus caballos estaban en el campo y que había elegido ese teatro porque, además de su prestigio, tenía un escenario giratorio y una fosa para animales, que mientras le dolieran las rodillas no volvería a montar. Había pena en sus ojos, pero también otra cosa, algo que él recién interpretaba como miedo.

Martin, tembloroso, sentado sobre una cama de madera sin colchón, guarda una pequeña esperanza: no tienen pruebas para inculparlo, es cierto que podrían inventarlas. Su cabeza vuelve siempre a la fotografía, no logra convencerse de que esa imagen forma parte de la cruda realidad.

La muerte de la gran domadora estaba en todos los diarios. Se decía que se trataba de un crimen pasional, porque ni sus joyas u otras pertenencias habían sido robadas. Lo que se decía también, pero que Martin no podía saber, era que estaban detenidos dos sospechosos, él y otro hombre más, al que un vendedor ambulante sorprendió corriendo, cuando salía de una calle a dos cuadras de donde se encontró el cuerpo de la dueña del circo.

El joven miraba con desesperación creciente la luz blanquecina que entraba por la ventana abarrotada, pensando que tal vez nunca

volvería a ver la selva.

Fue así como Martin conoció las tinieblas del alma y se volvió un preso de la Penitenciaría Nacional. Preso de su soledad, de su desamparo, de sus recuerdos.

58

A las dos semanas, por intermedio del viejo Pepe, la hermana de Hall fue informada por la madre superiora de lo que le había sucedido a su hermano menor. A Rose se le concedió el permiso de salir del convento. Con el corazón en un puño, acudió a la sala de visita.

Sor Rosita tenía los ojos enrojecidos por el llanto. Martin la consoló, jurándole su inocencia.

—Me han dicho que el caso no está cerrado, hermanita. Con un poco de suerte, me liberarán por falta de pruebas.

—Es mi culpa, todo es mi culpa. Dios me castiga, porque le había prometido a madre que cuidaría de vos —contestó ella entre sollozos.

—No digas zonceras, Rosita, ya soy un hombre. Cómo me vas a cuidar vos que tenés miedo hasta de tu propia sombra. ¿Eh?

La hizo reír entre lágrimas.

—Escuchame bien, el único hombre que me puede ayudar se llama Doménico Tucci, si todavía está en la Capital. Él tiene relaciones con la prensa, tal vez pueda alertar a la población de cómo tratan a los inocentes en la cárcel, levantar la opinión pública a mi favor, él solía hacer esas cosas.

Hall tragó saliva. Miraba fijo a su hermana, captando toda su atención.

—Hay que hacer ruido. Lo peor que me pude pasar es que me tomen por un hombre sin defensa. ¿Lo harás por mí? Doménico no es peligroso, él me dio una mano hace unos años, ¿te acordás, cuando salí del orfanato? Seguro que no me olvidó.

—¿Y cómo daré con ese hombre? Sabés bien que no me gusta andar

por las calles.

Martin se quedó pensando un momento. De pronto, se le ocurrió una idea:

—Anotate discretamente la dirección que te voy a dar, solo tendrás que ir allí y preguntar por él. Es la sede de la FORA,[9] seguro que encontrarás a alguien que te diga dónde ubicarlo. Deciles, por las dudas, que sos una prima de su esposa. Gianna se llama.

Rosita se secó una lágrima con un pañuelo blanco y prometió buscar a ese individuo.

***

¡Y vaya que hizo ruido! Para los primeros días de octubre de ese mismo año, la noticia de que un supuesto inocente originario de Gran Bretaña esperaba su sentencia definitiva en condiciones infrahumanas llegó hasta oídos del cónsul británico en Buenos Aires.

Se apeló a una herramienta que empezaban a utilizar los investigadores forenses, una técnica novedosa en esa época, pero que ya había dado sobradas muestras de su eficacia a la hora de determinar quién era el verdadero culpable de un crimen. Los diarios anarquistas estaban haciendo tanta presión para que se resolviera el caso y se liberara a los inocentes que, temiendo una sublevación carcelaria, los jueces habían ordenado terminar lo más pronto posible con ese espinoso asunto.

El uso de los relieves de las huellas dactilares, aunque nacido en Europa, había sido perfeccionado por un austríaco residente en Argentina. Juan Vucetich era el antropólogo forense especialista en identificar a las personas a partir de las marcas dejadas por la yema de los dedos en la escena del crimen. Volviendo a la calle donde Irina había sido estrangulada, y mirando esta vez el entorno con una real preocupación por encontrar pruebas, Juan, con su ojo experto, vio contra una chapa de hierro que servía para tapar una vitrina unas marcas de dedos amarronadas. Si uno no prestaba atención, parecían unas simples manchas de óxido. Pero Juan Vucetich sí prestó atención. Alisó su barba, ordenó cortar el pedazo de chapa donde figuraban las huellas y se lo llevó a la ciudad de La Plata para corroborar los datos

con su sistema dactiloscópico para comparar esas circunferencias de piel con las del recluso Martin Hall.

Mientras tanto, el recluso no perdía tiempo. Se sumó a un grupo de jugadores presos por deudas de juego y les pidió que le enseñaran a jugar. Se sentaban en cualquier rincón de la cárcel, sacaban un viejo mazo de cartas y jugaban, frenéticos, absortos, hasta que un carcelero les gritaba que se dispersaran. Le costó a Hall varias raciones de pan, perdió, ganó, volvió a perder, pero al cabo de tres meses, jugando durante horas, logró tener en sus manos una flor imperial. Entonces, sintiendo la adrenalina correr en sus venas, recordó las palabras de Bakulin: era algo realmente muy difícil de lograr.

Cuando finalmente llegaron los resultados de las investigaciones de Vucetich, no había coincidencia. Con esa prueba, más el ruido de su encarcelación arbitraria, Martin fue liberado. Gianna lo esperaba a la salida. Estaba avejentada, pero conservaba todavía la dulzura de siempre. Al verla, le volvió a Hall el recuerdo de un niño bajo el porche de una casa humilde a quien le habían arrebatado todos los panfletos que debía distribuir y cómo, entonces, ella le tomó la cara entre sus manos y, con una sonrisa débil, le susurró:

—¡Quién te vio y quién te viera, Martincito! Ya sos todo un hombre. Vení, vamos, que te voy a preparar algo rico, como en los viejos tiempos.

De pronto, Gianna frunció el entrecejo mirando el corte en el rostro de Hall arriba del ojo derecho. No dijo nada, no era el primer hombre malherido que le devolvía la Penitenciaría. Guardaba en su casa lo necesario para suturarle la herida. En unos pocos meses, solo le quedaría una pequeña cicatriz.

***

Doménico no había cambiado demasiado: se conservaba activo y locuaz, solo que ahora su pelo era gris, pero no le quedaba mal, le daba un aire serio de profesor. Los dos hombres se abrazaron, se miraron y rieron. No se habló del pasado. Intercambiaron noticias sobre sus actividades y cuando el antiguo mentor de Gato se enteró de que vivía en Misiones, lo invitó a sentarse en su pequeño despacho. La

mesa, como siempre, estaba atestada de papeles, diarios, revistas, pilas de libros y afiches. Hall reconoció el diccionario de esperanto que su mentor valoraba sobre todas las cosas, tiras de diarios sobresalían de las páginas a modo de marcadores. La silla crujió cuando Doménico apoyó los dos codos sobre el escritorio para acercarse a Martin, que permanecía sentado del otro lado, un poco tenso. Intuyó que algo raro se avecinaba, el anarquista nunca daba puntada sin hilo:

—¿Has estado en los yerbatales? —preguntó en voz baja.

Martin miró discretamente a su alrededor. Estaban solos en la pieza. El único sonido provenía de la sala principal, era el runrún sincopado de la máquina de coser. No entendía por qué Doménico hablaba como si fuera a conversar de algo secreto, tal vez la costumbre de ser perseguido durante años.

—Sí, he estado allí. No como tarefero, pero los he visto trabajar —contestó en voz baja, imitando a su interlocutor.

—¿Trabajar? ¡Eso no es trabajo, amigo mío, es peor que la esclavitud! Quiero pedirte un favor. Tuve un corresponsal allí, el doctor Spegazzini. Escribía para el diario *La Vanguardia* sobre los abusos de los capangas y conchabadores en los obrajes y yerbales, pero tuvo que volverse a Italia por la guerra. En fin, necesito alguien que pueda testimoniar sobre lo que está pasando, esos pobres hombres nos necesitan.

—Lo haré con gusto, pero bajo un seudónimo.

Martin no quería arriesgarse a que los herederos de Barthel supieran que jugaba a dos puntas. Todavía conservaba en la cara una pequeña cicatriz de la primera paliza. Desde la renuncia del gobernador Lanusse, su expansión en la región había sido considerable y si bien el magnate había regresado a Francia, su hijo seguía a la cabeza del imperio y era aún más despiadado que su padre. Era la empresa con mayor movimiento de trabajadores hacia los campos, pero también los sometidos a las peores condiciones de vida. Martin había respetado al padre porque, a pesar de todo, era un hombre con cierta ética, con carácter e inteligencia para los negocios. El hijo, en cambio, era solo un pobre diablo a quien le importaba un comino el dolor humano.

—¿Un seudónimo? ¡Por supuesto! Pero tu descripción ha de ser precisa y exacta, sin escatimar ningún detalle de los maltratos

recibidos ni de las estafas a las que son sometidos. Quiero los nombres de los culpables y de los cómplices.

—Contá conmigo, le enviaré mis testimonios con la firma de “el Pirata”.

Al día siguiente, Martin se puso una corbata negra en señal de luto. Compró una cesta de jazmines para Gianna y le pidió a Doménico un avance sobre el pago de su próximo artículo para comprarse el boleto de vuelta a Posadas.

Las manos de la muerte habían cerrado los ojos violetas de la mujer que algún día amó. No le quedaba ninguna razón para quedarse en la Capital.

9 Federación Obrera Regional Argentina.

59

El Mono observó con detenimiento el tatuaje que el Gato le mostraba con orgullo, arremangando su camisa.

—Y… ¿duele?

—No más que los golpes de la cana —contestó Hall con una amplia sonrisa—. ¿Sabés lo que me dijo el viejo que me lo hizo mientras me pudría en esa maldita jaula? Que me tatúe un ancla, para recordar siempre a esos hijos de puta que me robaron los vapores. Los vapores los llevo ahora acá, en la piel —dijo efusivo golpeándose en hombro—. Y no voy a permitir nunca más que algún gil me tome por boludo.

—¿Y cómo lograste salir?

—Tengo algunas viejas amistades en la Capital. ¿De los barcos se supo algo?

—Nunca más, es como si los hubiese tragado el río.

Martin miró pensativo las copas de los árboles, se movían lentamente empujadas por un viento de tormenta.

—Si das con esos hijos de puta que te robaron, ¿qué pensás hacerles? —preguntó el indio mientras terminaba de cerrar el cigarrillo con la punta de la lengua.

Hall esperó. Había tanta humedad en el ambiente que los fósforos se apagaban antes de que el tabaco llegara a prender. En la cárcel, se había hecho esa pregunta miles de veces y llegaba siempre a la misma encrucijada: no era un asesino, pero el castigo debía ser ejemplar para que nadie tuviera la idea de volver a engañarlo.

Los dos compañeros están sentados sobre un tronco que el indio empezó a hachar para fabricar un nuevo caico. Levanta las solapas de

su sacón hasta media cara, la niebla se condensa delante de sus ojos, recuerda el frío de la celda, nada para cubrirse, vivir con el frío metido en los huesos… Finalmente responde. La voz no parece la de Martin, es una voz sin matices, chata, metálica, como la de un autómata:

—Una vez conocí a una pequeña mujer china. Se llamaba Flor de Loto. Caminamos el Litoral juntos y por la noche, tenía la maldita costumbre de contarme todos los tipos de tortura que se hacen en su país. Yo siempre la escuché, sentía que necesitaba que alguien más cargara con esos horrores en la cabeza. Nunca pensé que el ser humano fuera capaz de hacer cosas tan crueles. Pero, sí. Pienso en una en especial, es sencilla y muy dolorosa. Solo necesito dos grandes ratas hambrientas y un balde.

Avelino escrutó el rostro de su compañero. ¿Sería capaz de poner esa tortura en ejecución? Nunca se conoce realmente a las personas. Escupió un poco de tabaco que tenía entre los labios:

—No me digas más, prefiero no saber.

Hall escuchó el canto melancólico de un pájaro. Los dos hombres se quedaron en silencio. Avelino sacó una pizca de tabaco de su bolsillo, le ofreció un cigarrillo a su amigo, pero Hall nunca fumaba antes del mediodía. Bostezó, volvió a tener esa mirada chispeante tan peculiar:

—¡Cómo extrañé eso, Mono!

—¿Qué cosa?

—Ser invisible.

60

Es la hora del zorzal, la hora del contrabandista. Martin lleva su gorra metida hasta la punta de las orejas. Se aseguró previamente de que fuera noche sin luna. Camina sigilosamente hacia su canoa, el agua del río da unos lengüetazos a sus muslos. La temperatura es agradable, refrescante. Es tan ágil que la canoa apenas se mueve cuando se sube. Tiene su caña de pescar y una linterna a gasoil. Está un poco nervioso, pero no quiere que se note. La otra orilla no está tan lejos, pero la correntada fuerte lo obliga a sacar toda la fuerza de sus brazos para guiar la embarcación. No quiere pasarse del punto preciso de encuentro. Otra linterna le indica el lugar. En el medio del río, las cosas se complican, hay que hacer más fuerza y Martin empieza a transpirar. El sudor hace que su agarre sobre los remos sea más difícil, pero si suelta un segundo para secarse las manos, haría varios metros a la deriva y no se lo puede permitir. Por fin alcanza la otra orilla, extenuado, un Invisible ayuda a amarrar la barca y suben tres individuos aterrados. Un hombre y dos mujeres.

—No saben nadar, ¿no?

—Apenas si saben hablar español —contesta el Invisible.

—¿Tienen dinero para pagar?

El extranjero vestido en harapos le hace señas a Hall para indicarle que tiene el dinero en el bolsillo:

—¿Yo pagarte ahora? —pregunta.

—No, no, buen hombre, del otro lado. Rápido suba que nos vamos.

—¿De dónde son?

—¡Lejos! Ucrania.

Luego silencio. Los remos crujen sobre el borde de la canoa, el sonido gelatinoso del agua contra el casco y el llanto de una de las mujeres.

—No tengan miedo, va a estar todo bien, ¡hago esto casi todas las noches! —miente Hall.

Miente porque piensa que el miedo no sirve para nada, estorba, como una piedra en el camino. Miente también porque no puede evitar ponerse en el lugar de esa gente, extranjera, obligada a confiar en desconocidos que hablan un idioma que no entienden, indefensos.

—¡Mierda! —dice por lo bajo. Odia hacer de pasador, poner la vida de la gente en peligro, pero desde que los correntinos le robaron los barcos tuvo que empezar de cero.

La mujer llorona paró en seco, pensando que a ella se dirigía la puteada.

Martin cruza la mirada cansada del hombre, le hace señas de que se acuesten, los tres, como muertos, en el fondo de la canoa y poniendo el dedo índice sobre sus labios, exige silencio. La vuelta es más fácil, se deja llevar por la correntada. Tiene tiempo de vigilar la selva, cada movimiento, cada sombra.

Sabe que si la policía paraguaya los encuentra serán cuatro cadáveres flotando a la deriva. ¡Tres prófugos y un contrabandista de extranjeros, una fiesta para la cana!

Navegan unos cinco kilómetros río abajo, rápido. Al pasar por un recodo, deja de respirar. Suelen estar allí, vigilando. Su cuerpo está en alerta, listo para saltar al agua, tan atento está que piensa que podría incluso escuchar un hombre apretar un gatillo a metros de distancias. Cualquier ruido que no sea el que lo preocupa lo molesta, los minutos parecen eternos. El agua parece un magma negro y espeso. Cuando por fin abordan tierra nuevamente, Martin solo dice:

—Tierra argentina, son libres. Este hombre los llevará hasta Posadas.

El Mono y el Gato intercambian miradas cómplices. No hace falta decir nada, cada uno sabe lo que tiene que hacer. El ucraniano paga y la mujer insiste en besarle las manos a Martin que se rehúsa con una sonrisa. Solo quiere irse a su cabaña y dormir. Le dicen unas palabras en un idioma muy extraño. Él solo responde saludando con la mano.

61

Ser pasante de inmigrantes sin papeles no devolvió al Gato la pérdida económica de sus barcos. Vivía en la gruta de los Invisibles, no tenía ni ley ni jefe, era libre, pero no se sentía feliz. Luego de la pérdida de Irina, acompañaba a sus amigos a los prostíbulos de la bajada vieja y nunca subía con las chicas, no quería intimar con ninguna. El vacío de esa muerte lo transformó en un errante sentimental.

Por su conocimiento del inglés, empezó a trabajar a desgano para cazadores furtivos, la mayoría ricos europeos en busca de piel de felinos y carpinchos. Hall se volvió experto en ahuyentar a las presas antes del disparo. Envolvía a sus clientes con historias contadas en un tono amable, sereno, mientras avanzaban a lo más profundo de la selva. Relataba leyendas de cazadores acechados el resto de sus vidas por el alma de su presa. Ninguno se percataba de las maniobras del guía para salvar a los animales y terminaban abortando sus planes de cacería, ansiosos de volver a un lugar civilizado.

Dejando lejos en su infancia la imagen idealizada del camarero de café en su chaquetilla negra, el aventurero ilustrado se convirtió en el camino a seguir para Hall, el modelo de hombre al que aspiraba.

Sin importar si el cazador lograba encontrar su presa, las caminatas en las picadas de la selva eran una excusa para esas dos almas solitarias de instruirse mutuamente sobre criaturas de la selva y hombres de la cultura universal.

62

El tero era el sonido del Chaco. Sonido repetido, agudo, por momento melancólico.

Estaban sentados sobre un viejo tronco. La india llevaba su falda verde y sus alpargatas azules oscuras. Balanceaba las piernas como hacen los niños impacientes. El bandido observaba el horizonte, como si esperase la llegada de alguien. Pero no, era una tarde serena, el viento jugaba a unos metros delante de ellos con unas hojas secas, muy callado, como había aprendido, casi instintivamente, para no romper la frágil felicidad de la hora de la siesta.

Cuando Facón Rojo estaba cerca de Tula, sus ojos de canicas negras le ardían sobre la piel como picadura de abeja. Ella nunca dejaba de mirarlo. Empezaba por la frente, amplia y decidida como la proa de un galeón, le seguía la línea recta de la nariz, le mordía el mentón, pasaba el dedo por su cuello, la yugular latiendo, la clavícula gruesa. Un solo pelo de su pecho la hacía estremecerse de placer solo al imaginar el pecho desnudo bajo la camisa de algodón blanca. Inmaculada se sentía ella, pura, lavada de todo pecado, porque su adoración por su hombre era algo cercano a lo divino.

Facón Rojo miraba el horizonte, los montes espinosos, la tierra seca y clara como polvo de hueso, tan liviana que hasta una brisa la mezclaba al aliento caliente del aire. Él estaba siempre alerta, obligado a defender su pequeña armada de todo, de las fieras, de los tobas, de los ingleses y de la policía.

A los perros del bandido no se les veían las costillas y si la sarna los dejaba pelados, los mataba de un tiro en la frente. Era bandido, pero

no soportaba el sufrimiento, la vida era vida, la enfermedad era muerte.

—Vamos —dijo el hombre de pelo negro que miraba el horizonte.

—Ahora no, quedémonos acá un poco más, es lindo ver las nubes pasar, van rápido.

—¡No! —dijo irritado. Era la primera vez que le levantaba la voz.

Ella se apretó más fuerte contra él.

—Haré lo que tú digas, mi vida, no haré alboroto. Sé cómo cuidar a mi gaucho, solo déjame estar a tu lado, prometeme que nunca me dejarás.

Facón Rojo no contestó. El silencio fue peor que cualquier otra respuesta, porque era el silencio del hombre que duda, que no quiere prometer nada. De pronto, el paisaje, a sus ojos tan bonito, se tornó siniestro. Las nubes, que parecían ángeles, ahora se acumulaban anunciando mal tiempo.

Tula vio cómo el viento jugaba con algunos cabellos de Facón. Cerró los puños; era celosa hasta del viento. Solo ella debía amarlo. Cerró los ojos suspirando. Esta noche tal vez estaría de mejor humor, la amaría otra vez. Al recordarlo chupando sus pezones como si fueran la punta de unos limones se estremeció. Quería que ya llegara la noche, estar desnuda contra él, escucharlo respirar en la penumbra y montar sobre sus caderas estimulándolo, tomar su sexo entre los dedos y hundirlo en su vagina, apretando las nalgas para no dejarlo salir.

—¡Vamos! —repitió él.

Ella asintió. Pronto llegaría la lluvia y tenía que entrar la ropa, sería una pena que se mojara, ya debía de estar seca con ese viento. Esta noche cocinaría el ñandú, ese que había matado, de un solo tiro, sin parpadear, a metros de distancias. Haría feliz a su gaucho para que no la abandone.

La india golpeó el aire con una rama que sostenía en la mano imaginando que castigaba al viento que se atrevía a acariciar a su único amor. Lo siguió como un perro apaleado. Erguida sola frente a la llanura, le gritaba al viento que se llevara los recuerdos de felicidades pasadas, la sonrisa de Martin, el olor de su bebé, la selva generosa. Despojada de toda añoranza, su mirada se volvería fría y filosa como la del yacaré. Aprendería del hombre sin miedo que el único santo de

los bandidos era San La Muerte.

Una mañana, Facón Rojo volvió a casa con una nena cuyos pechos apenas brotaban debajo de unas trenzas castaño claro. Una huérfana que podría ayudar a Tula en los quehaceres de la casa. Se llamaba Rocío. La india aceptó a la niña, que era callada y obediente.

63

La canoa se deslizaba suavemente cerca de Monte Quemado, una zona de aguas mansas, sin correderas, ideal para la pesca. El agua era tan clara que permitía ver el fondo. Martin vio pasar debajo de la embarcación un dorado bastante grande, empuñó su caña de bambú afilada en la punta y empezó a perseguir al pez con tanta torpeza que solo lograba salpicar al paraguayo.

—La desesperación te está haciendo perder el juicio —dijo el Mono secándose la cara con la mano.

—Viniendo de un hombre que se sumerge en el alcohol ante cualquier problema...

El indio dejó escapar un gruñido y contestó apretando los dientes:

—Frustración. Ojalá nunca pierdas en un incendio a tu familia, gringo.

Martin se arrepintió de su respuesta, dejó caer la cabeza entre sus manos y ofreció disculpas. Luego de un silencio incómodo retomó:

—Sé que la idea puede parecer mala, pero el comisario es el único que puede llegar a tener información sobre mis barcos. No creas que me agrada tener que pedirle ayuda a ese malnacido. Te aseguro que si hago eso es porque ya he agotado todas las otras instancias. No puede ser que mis embarcaciones se hayan desvanecido así nomás, como si el río las hubiese tragado. ¡Maldición! —Hall empuñó unas mechas de su pelo con rabia—. ¡Cómo pude ser tan estúpido!

—No seas tan duro con vos mismo, yo tampoco me la vi venir.

—No puedo quedarme así a lamentarme, ¿me entendés? Algo tengo que hacer. El que me quiera probar, me va a encontrar altivo, no estoy

dispuesto a empeñar mi felicidad.

—Bueno, pero de ahí a pedir entrevista con el hijo de puta que casi mata a mi hermana…

—¿Tenés una idea mejor?

El Mono se rascó el mentón, ladeando la cabeza de un lado a otro. No pudo contestar la pregunta.

Los dos hombres se quedaron mirando el atardecer, cada uno inmerso en sus pensamientos. La pesca había sido mala, Mono le dijo de volver; en un intento por animar a su amigo, le propuso ir esa noche al baile del pueblo, pero Hall no estaba de humor. Agradeció y se ofreció para cocinar un *mbeyu*.

La cabaña del indio se veía desprolija y oscura desde la partida de Tula. El único mueble que no estaba cubierto con ropa arrugada o restos de vajilla sin lavar era la espesa plancha de guayuvira que usaba de mesa durante el día y de cama para la noche. Unas moscas revoloteaban sin cesar alrededor de una lata de membrillo abierta.

Afuera, sobre el pasto espeso y graso, unas naranjas caídas, partidas en su impacto, dejaban ver su interior. Se les desgarró la piel, el jugo salió, quedaron allí, como esponjas secas, aplastadas bajo el peso de la gravedad. Esa imagen transportó a Martin a la tragedia de su infancia. ¡Lo que hubiese dado en ese entonces por una naranja!

Recordó a su madre llorando. Pesadas lágrimas caen en un plato vacío, no tiene nada para darles de comer a sus hijos y el más pequeño acaba de morir. Nadie se anima a levantarlo de la cuna, vaciar esa cuna sería aceptar el veredicto del hambre: la muerte.

El pequeño Martin, de cinco años, mira de reojo a ese hermanito, tan pálido, con sus labios azules y lo odia, lo odia por hacer llorar a su madre. Por eso su padre robaba, para llevarle a su familia pequeñas alegrías. En sus entrañas todavía puede sentir un dolor aún más fuerte que el del hambre, es el dolor de ver a su madre llorar y saber que nada de lo que haga podría consolarla.

Hall no quería rememorar más, sacudiendo la cabeza para salir de sus penosos recuerdos, le preguntó al indio:

—¿Los finlandeses terminaron su picada? ¿Podré pasar por ahí para acortar distancias?

El Mono le dio unas palmadas en el hombro.

—Esos tipos son como castores, nunca he visto hombres trabajar con tanta prisa. No solamente está terminada, sino que es tan prolija que hasta le hicieron pequeñas zanjas transversales para que el agua no lo desvíe.

El Gato partió la cáscara del huevo sobre el borde de la sartén, el olor a agua de Colonia que llegó hasta su nariz lo hizo sonreír. Avelino se estaba preparando para ir al baile, nunca se lo confesaría, pero seguro que alguna guaina lo esperaba allí.

Se alegró por su amigo, merecía con creces la oportunidad de formar un nuevo hogar.

64

Misiones, 1917

Luego de la partida de Barthel a Suiza, el hotel siguió con nuevos dueños, bajo el nombre pomposo de Savoy Hotel.

Cansado de pasar gente de un lado del otro del río, Martin se presentó ante los propietarios para ofrecer sus servicios con la excusa de conocer de memoria el oficio. Muchos de los empleados antiguos que aún conservaban sus puestos dieron buenas referencias sobre su desempeño, así que le fue otorgado el puesto, pero no de *maître*, sino de mozo. Martin no se quejó, tenía comida garantizada y pudo pagar el alquiler de una habitación a dos cuadras de allí. Esperaba que la temporada estival llevara comerciantes y exploradores.

De sus amigos, los Invisibles, quedaba solo un puñado de hombres, los más fieles, que estaban a su disposición, a pesar de tener un jefe que ya no podía pagarles ni realizar fechorías.

Se puso su chaquetilla negra como antes, la gomina en el pelo y el sacacorchos en el bolsillo, y volvió a hacer suspirar a alguna que otra mucama, pero no estaba de humor para una aventura amorosa, menos en su lugar de trabajo.

Fue entonces que la vio por primera vez. La vio entrar, con paso firme, como si conociese el lugar, pero, a su vez, con una mirada un poco velada por la tristeza, o tal vez fuera cansancio. No le quitó los ojos de encima mientras se sentaba sola a una mesa cerca del gran ventanal y, sin pensarlo dos veces, fue a atenderla. Mientras escuchaba el pedido, volvió a observarla fugazmente. Se imaginó que era de esas

bellezas que no cambian con la edad. Le gustaba su perfil, la delicadeza de sus rasgos, su elegancia discreta y esa fuerza que emanaba de ella por más que se sentía que la apremiaba alguna pena. Hall intuyó de inmediato que su rostro no era el de una mujer satisfecha de su suerte; a pesar de su belleza serena, no había en ella el brillo de la alegría interior. Sus facciones mostraban cierto recogimiento. Estaba tan cerca de él y tan lejana a su vez.

Logró hacerla sonreír, entonces sintió su corazón acelerarse. Supo en ese mismo instante que nunca más olvidaría esa sonrisa. Tenía ganas de sentarse en la silla vacía que le hacía frente, pedir una botella de champaña y descubrir todo sobre ella, pero era imposible, esas cosas no sucedían en la vida real, podrían suceder en un circo, un teatro, una novela, pero no en el hotel Savoy.

La desconocida tendría más o menos su edad, el pelo oscuro. Podía ser del sur de Europa. Era delgada y de mediana estatura. Lejos de tener el semblante intimidante que Irina, esa joven poseía algo profundo en su mirada, casi abismal, pero de una gran dulzura.

Al servir la mesa, se agachó discretamente detrás de ella para llenarse del delicioso perfume que la envolvía. Era un aroma espeso y misterioso que hacía pensar en lugares exóticos. Parecía almizcle, pero no, era otra cosa, algo más lejano. Ella le regaló una mirada, furtiva como el aleteo del colibrí.

A pesar de su juventud, se veía segura de sí misma. No pidió postre, lo que apenó al joven que temía verla desaparecer de la sala demasiado pronto.

La ayudó a separar su silla de la mesa para levantarse y, por primera vez, sintió que ella lo observaba, aunque fugazmente. La miró alejarse, caminando despacio entre los otros comensales, con la liviandad de un espíritu.

Sin poder esperar, Martin se escabulló del salón, caminó apresuradamente el largo pasillo que separaba el restaurante de la entrada principal y le preguntó al recepcionista el nombre de la clienta.

—Se supone que no puedo dar esa información, señor —dijo secamente el empleado que estaba detrás del mostrador.

—¡Vamos, Gunter! Usted me conoce…

—Justamente.

—¿Qué significa eso? ¿Acaso tengo mala reputación acá?

Gunter dejó de sacarse unas pelusitas de la manga del saco y clavó sus ojos en los de Martin alzando las cejas.

A Martin, ese gesto le dio ganas de abofetearlo, pero se contuvo. Estaba por volver al comedor, decidido a encontrar otra manera de obtener la información, cuando escuchó al alemán:

—Señorita Francesca Monteverde. Pero no me obligue a darle el número de la habitación, me negaré por completo a revelarlo.

—Pero ¡qué te estás imaginando, Gunter! Era solo por curiosidad. Aposté con otro mozo que era de ascendencia italiana y no española. Me he ganado diez centavos. Gracias, Gunter.

Monteverde. Martin había escuchado ese nombre en algún lado, pero ¿dónde?

"Tiene buena posición económica", pensó mientras acomodaba, frente al espejo del baño, su moño negro, "¿qué impresión le habré causado? Sin duda es una mujer casada con un hombre importante, aunque se registró como señorita".

Martin miró fijo su reflejo:

"Estás delirando, Hall, no tenés ni un centavo guardado. Irina era sublime, pero ya no está y yo quiero volver a sentirme enamorado, lo necesito. Si esa mujer no está casada…".

Martin se golpeó la frente con la palma de la mano.

"¡Ya sé! ¡El padre de esta mujer había encontrado un tesoro en la selva! Lo recuerdo perfectamente. ¡Lagarto me contó sobre ella!"

No logró conciliar el sueño esa noche; de costado, la soñaba; de espaldas, la recordaba; boca abajo, abrazado a la almohada, la deseaba: "Sé que ella también me vio, me vio con los ojos del alma. Tenía que volver a verla. Si solo existiese un ejercicio de magia para hacerla reaparecer a mi antojo".

Se durmió poco antes del amanecer, convencido de que se despertaría temprano para poder verla a la hora del desayuno, pero llegó tarde, la señorita Monteverde ya había dejado el Savoy.

Sin embargo, lejos de desanimarse, el Gato atesoró la esperanza de volver a verla. Se conocía bien, no apaciguaría la corriente desenfrenada de sus pensamientos hasta no asegurarse de la veracidad

de la información que le dio Gunter. Poco le importaba que notaran su ausencia, ya estaba harto de su trabajo.

Caía la noche cuando se introdujo sigilosamente en el parque de Monteverde, lo más cerca que pudo de la vieja casona. Albergaba la esperanza de volver a verla, aunque sea un instante, aunque más no fuera de lejos, a través del cristal de unas ventanas. Pero la vida le regaló más de lo que pretendía. Luego de una larga espera, la silueta de la bella dama apareció, casi fantasmal, caminando lentamente en medio de una huerta lindera a la pared occidental. Vestía bombacha de gaucho, camisa blanca de tela muy fina, el cabello suelto, los pasos livianos, se agachaba despacio, sacando con sus propias manos los yuyos, observando con cariño las hojas tiernas de sus plantas, cortando algunas con una pequeña tijera. En la brisa, flotaba ese mismo perfume exótico que transportaba la mente hacia escenarios de los cuentos de *Las mil y una noches*. Era el perfume de una flor carnosa, sensual que se mezclaba con el aroma de la tierra tibia. Un baile de luciérnagas se desplegó ante él, cuando, de pronto, sintió vergüenza: allí, escondido detrás de los matorrales, recordó al infame enano Baku, espiando, el ojo pegado a la pared, pero se serenó pensando: “Mi alma entera está absorta en ti, misteriosa mujer, no te miro para satisfacer curiosidades malsanas, te miro porque desde que tu imagen se pegó a mi retina, no encuentro sosiego”.

Hall contenía la respiración, era la imagen más dulce que había visto en años. Y aun cuando la oscuridad lo envolvió todo con su manto, él seguía en su escondite, sin poder alejarse de ella. De no ser por los ladridos de un perro de la casa, hubiese permanecido allí hasta el amanecer, flotando en la intangibilidad de una ilusión.

Fue así como Martin volvió a creer en el amor.

65

Regresó a toda prisa, a favor de la corriente, sol con lluvia, arcoíris, tucanes, aguas grandes, correntada y roca, serpientes acuáticas; todo lo vio y no vio nada, porque sus pensamientos estaban en otro lado, cerca de ella.

A pocos metros de la entrada del Savoy, lo llaman. Es el hijo mayor de Lagarto:

—Buenas tardes, don Gato, mi padre me manda a buscarlo.

Sonríe, nadie lo había llamado así, pero el polaquito no tiene cara de divertido, se trata de algo grave. Entonces decide que Gunter esperará un poco más, y que si se enoja no importa, los amigos están primero.

Al llegar a la chacra de Lagarto, Martin lo encontró sentado, adosado a la pared de la entrada de su casa. Lo vio con el entrecejo fruncido y antes de darle el saludo, lo interrogó con la mirada.

—Una horda de saqueadores se acercan como langostas. He escuchado los rumores. Me quedaré acá y defenderé lo mío hasta las últimas consecuencias.

Martin sintió que su alma se vaciaba de toda jovialidad, como una jarra cuarteada.

—¿Brasileños?

—No. Vinieron desde Barranqueras, me dijo otro de los nuestros, se mueven de noche, tienen armas de fuego.

—Te conseguiré un fusil, Lagarto, tu chacra es demasiado linda como para ser saqueada por extraños.

Martin no pudo decir más; al ver la mirada angustiada de su

compañero, sintió que se le cerraba la garganta.

Volvió al Savoy pensando de qué manera proteger a la familia de su amigo, cuando de pronto escuchó a lo lejos gritos de aliento y risas.

—¡La regata! —exclamó apurando el paso.

Se había olvidado de que los nuevos dueños del hotel habían organizado una regata, al estilo del Viejo Mundo, entre las distintas comunidades del pueblo. Faltaba poco para que su patrón notase su ausencia. Se puso su traje de camarero a toda prisa y salió sin mucho entusiasmo al parque. Caminó entre los comensales con la bandeja en alto, esquivando la punta de una sombrilla, contorneando un arbusto de azaleas, buscando un rostro detrás del revoloteo de un abanico. La mayoría estaba reunida al borde del río, alentando a los competidores, quienes, en mangas de camisa, iban ocupando su sitio en la largada. Y, de pronto, la reconoció. Dejó lentamente la bandeja sobre el pasto y se escondió detrás de un árbol para contemplarla sin ser visto. Era ella, más bella que nunca, con su pelo negro y sedoso apresado en un rodete decorado con flores silvestres, un vestido celeste que le daba permiso a la brisa para jugar con sus volantes y un sombrero de alas amplias que balanceaba en el aire saludando a uno de los participantes. Martin buscó, con el corazón en un puño, a quién miraba ella. Eran muchos los participantes, pero el que le devolvió el saludo era un grandulón muy rubio, de cuerpo atlético. El gurí no tendría más de doce años, pero tenía la fuerza de un hombre. Hall respiró aliviado, no entendía la relación que podría tener con la Monteverde, pero claramente no era un pretendiente.

—¡Dichoso castor! —murmuró, deduciendo que el joven era parte de la comunidad finlandesa—. Enseñame cómo hacés para que ella te sonría tanto y solo tenga ojos para vos.

Volvió nuevamente la cabeza hacia ella, "¡quisiera ser el sol que dora esa piel! Dejame amarte en silencio, bella desconocida", pensó sin dejar de mirarla. Algo en ella le recordaba a Irina. Pero no, mirándolo bien, no era altiva ni vanidosa, era pura claridad. De una belleza serena, se dirigía a los que se le acercaban con una dulzura, una frescura que la domadora no poseía.

Empezó la regata y alguien chasqueó los dedos cerca de su oído:

—¡Las bebidas no son para que se las tomen los yuyos! ¿Qué carajo

hace allí? ¿Se puede saber?

Hall se encontró con el rostro de su patrón, no se veía muy contento. Le contestó lo primero que se le vino a la mente:

—Estoy contemplando una flor imperial.

El patrón del hotel echaba humo por las orejas y ordenó en voz baja, pero firme:

—¡Andá a trabajar o es el traste tuyo el que voy a dejar como una flor!

Martin levantó la bandeja del suelo, decidido a caminar hacia su flor, pero los espectadores empezaron a correr a lo largo de la orilla acompañando, como podían, a los remeros hacia la línea de llegada. La perdió de vista. Desolado, se tomó de un trago una de las copas con champaña que llevaba, regresó a la cocina y simplemente le dijo al cocinero:

—La función ha terminado, decile al amargo que tenés de jefe que me fui y que no volveré.

No pisó nunca más el Savoy, volvió a vestirse de baqueano, le entregó el arma prometida a Lagarto y, al caer la noche, desapareció en el monte.

66

Asunción del Paraguay, 1869

La pequeña Tula logró esconderse no bien empezaron los gritos y los disparos en las calles. Su madre sabía que ella cabía dentro del armario debajo de la escalera. La dejó allí, los ojos en lágrimas con un último beso. La pequeña siente su corazón latir fuerte: es el miedo. Cuando la puerta de entrada estalló en mil pedazos y entraron los hombres del Imperio del Brasil, Tula se hizo todavía más chiquita, envolviendo sus rodillas con sus brazos: como el bicho bolita, le había dicho su madre. Entre las rendijas del armario, ve que los hombres armados revuelven toda la casa, se llevan muebles, sábanas, cuadros, todo. Y de pronto, escucha la voz suplicante de su madre, que es arrastrada del pelo por un mulato. La tiran sobre la alfombra del salón. El humo y el polvo que vienen de la calle se mezclan con la oscuridad de la noche, pero Tula ve partes de una escena que no logra comprender del todo y que la paraliza: han desnudado a su madre y un hombre la fuerza a abrir las piernas, le pega en la cara cuando ella intenta liberarse. El cuerpo del brasileño cubre entero el de su madre, ella suplica, llora. Luego, cuando el hombre se levanta, viene otro y otro y otro, el piso cruje, el hombre insulta, pega hasta que se acallan las súplicas y los llantos. El fuego que está consumiendo la casa vecina se acerca. Los hombres escapan. La pequeña se anima entonces a acercarse a su madre, que solo tiene fuerzas para cubrir sus caderas con las enaguas, pero es sangre lo que hay en el piso, sudor lo que enreda su hermosa cabellera y es dolor lo que ve en la cara de ella.

—¡Vete, Tulita! ¡Vete rápido! Busca a tu hermano, huyan y no vuelvan nunca más. Nos veremos en el cielo, amor mío. Acuérdate —una sonrisa dulce arquea lo que queda de sus labios— hacerte chiquitita como la hormiga y silenciosa como la araña. Le pedí a Dios que cuide de ti, no temas.

Escucha lo que le dice su madre en guaraní en un último soplo.

Entonces Tula, que siempre fue una pequeña niña obediente, obedece. Llega a la barricada donde está su hermano. Este, con solo mirarla, entiende lo sucedido. No saben dónde se encuentra su padre, tal vez sea uno de esos moribundos fusilados en las callejuelas o en la plaza. No hay tiempo para averiguarlo, hay que huir de ese infierno sin llevarse nada, salvo los recuerdos de un pasado feliz. Dormirá muchas noches, tapiada bajo un cielo estrellado, con tanta tristeza adentro que no le permitirá llorar, pero de madrugada, siempre encontrará a su lado a su hermano acariciándole la frente, la mirada perdida en el horizonte.

Con los años, el humo de la negación también envolvió la escena traumática y Tula inventó que su madre había muerto en combate, defendiendo la ciudad al lado de su padre, como tantas otras mujeres. Pero una tarde, años después, cuando volvía de cazar una liebre, entró a la cabaña y lo vio a Facón Rojo cubriendo con su cuerpo el cuerpo frágil de Rocío. Las dos imágenes, la de antaño y la del presente se fundieron en una sola, el recuerdo la abofeteó tan fuerte que no pudo articular palabra. La niña también suplicaba, como suplicaba su madre, tendida en el gran salón. Tula sintió una arcada, el odio apretó sus entrañas como una tenaza, se disipó de golpe el humo de sus recuerdos y entendió lo que realmente le habían hecho esos hombres a su madre. La verdad cayó sobre ella como un rayo y encendió violentamente todos sus sentidos. Con la misma precisión que horas antes había matado a la liebre, colocó la escopeta sobre su hombro izquierdo, apuntó a la nuca de Facón y disparó.

La espalda de Facón se tiñó de rojo. Estaba muerto. Tula lo empujó para liberar de su peso a la niña Rocío, cayó como un bulto con un ruido blando sobre el piso. La chiquilla no dijo una sola palabra, todavía llevaba la pollera levantada. En el aire, se percibía una mezcla de olor a pólvora y sudor agrio.

Tula reacomodó el vestido, observó a la huérfana reincorporarse sobre el borde de la mesa con una leve mueca de dolor, secarse las lágrimas y simplemente le dio la liebre que colgaba de su cintura.

—Andá a limpiarte y prepará la cena. Tengo hambre —le dijo.

Al día siguiente, Tula arrastró el cuerpo de Facón hasta el patio. Las moscas zumbaban a su alrededor sin cesar. Reunió a los hombres de la banda y declaró que ella ahora sería la jefa, los que no lo aceptaban eran libres de irse. Tres de ellos giraron primero los talones escupiendo y riéndose por lo bajo. Los mató de un tiro en la espalda a cada uno cuando ya estaban a varios metros. No se sabe qué disuadió a los que se quedaron, si su puntería inédita o la convicción de que robando solos eran presa fácil de la ley.

A partir de ese día, Tula se convirtió en la jefa de una banda de asaltantes de caminos, bandidos sin escrúpulos y escoria social que no encajaba en ningún plan de esa gran Argentina agroexportadora. Tenía suficiente odio dentro de ella como para hacerlo. Conociendo su amor por Facón Rojo, nadie nunca sospechó de ella, se creyeron el cuento de que un terrateniente fue a vengar la muerte de un hijo asesinándolo a quemarropa mientras dormía. Era la mano del destino.

Las dos mujeres no hablaron más del tema. Como un hueso duro de roer, la herida en su orgullo de mujer, la infidelidad de Facón Rojo y los recuerdos de la infancia que volvían a la superficie de la conciencia bajo la forma de pesadillas operaron una transformación profunda en Cara Quemada. Su alma se acostumbró a vivir con el peso del odio, en un mundo que iba perdiendo los colores. El resentimiento fue entonces su única fuerza.

Solo una noche Rocío levantó su rostro del plato hondo, miró por primera vez a Tula a los ojos y dijo con su voz aguda:

—Gracias.

Tula suspiró y luego de tragar un pedazo de pollo hervido, dijo:

—Las gracias dáselas a la Virgen de Itatí. A mí me darás el niño que llevás en la panza.

—¿Llevo un hijo en mi panza? —se sorprendió Roció.

—¡Ni una vaca es tan ignorante! Sí —suspiró de nuevo—, llevás un hijo en tu panza, nacerá en invierno.

67

Al entrar en el puesto policial, Martin sintió un escalofrío. Definitivamente, su cuerpo no se sentía a gusto en esos lugares. El comisario Ayala estaba detrás de su escritorio engrasando su revólver. No levantó la vista cuando el suboficial anunció a Hall.

Martin, imperturbable, aprovechó para observarlo. Ayala tenía la tez grisácea de los fumadores, sus dientes parecían las teclas de un viejo piano. Una colilla de cigarrillo colgaba de sus labios secos, pero cuando por fin levantó la frente y clavó sus ojos en los de Martin, la impresión que tuvo fue que era un hombre que ya estaba más allá de todo. El bien y el mal no significaban nada, solo palabras que usaban las devotas durante la misa dominical.

"¿Qué sucesos sórdidos vivió este hombre para que quede cristalizada en su rostro esa expresión de odio? Mejor no saberlo", pensó Hall, mientras se sentaba frente a él.

—¿A qué se debe esa visita, señor Hall? ¿No trajo masitas para tomar con el mate?

Martin se puso enseguida a la altura del sarcasmo de su interlocutor:

—Supuse que un hombre como usted preferiría algo un poco más… potente.

Martin sacó de una bandolera de cuero un licor de naranja. Se lo dio al comisario, que miró la etiqueta, desconfiado:

—Remedio de abuela, pero se agradece —enrolló delicadamente el arma en una franela y encendiendo un cigarrillo que ya tenía armado en un cajón, prosiguió: —¿En qué lo puedo ayudar? ¿Cigarrillo?

Martin negó con la cabeza y contestó con voz pausada:

—Necesito información. Me han robado tres vapores hace un par de meses, solo quería saber si usted sabe algo al respecto.

Ayala inhaló una gran bocanada de su cigarrillo; la punta se enrojeció con un sonido tenue. Martin vio con desagrado que su interlocutor lo miraba gozando con su situación de superioridad. Tal vez había sido un error acudir a ese malnacido.

—Tal vez tenga información. ¿Pero qué me da a cambio?

—Bueno, ya que lo he perdido todo, le propongo lo siguiente: si me ayuda a encontrar mis barcos, puede disponer de uno de ellos para usarlo, venderlo, lo que sea.

El joven contrabandista sintió un leve desgarro en el alma, pero no tenía otra cosa de valor para ofrecer. Pensó también que sería una oferta que motivaría la búsqueda más que cualquier otra cosa.

El comisario Ayala arqueó las cejas sorprendido:

—Vaya que debe estar desesperado para ceder así uno de sus barcos.

—Es una cuestión de honor, comisario. Seguro que un hombre como usted lo entiende perfectamente.

Ayala impostó la voz, halagado:

—Por supuesto. Vuelva mañana a la misma hora, le diré lo que sé del asunto y cómo podemos colaborar con la búsqueda.

Martin salió de la entrevista esperanzado. Todo indicaba que Ayala tenía información y hasta se sorprendió que accediera tan cordialmente a ayudarlo. Hubiera querido conocer ya todo lo que sabía el comisario al respecto, pero puso paños fríos a su ansiedad, tal vez Ayala necesitaba tiempo para hablar con sus subordinados y reunir testimonios.

Pero el Gato nunca obtuvo ninguna información de Ayala, no porque no la tuviera, sino porque al día siguiente, al llegar a la comisaría, el suboficial, pálido como una vela, le mostró la mancha de sangre sobre la pared justo a la altura donde llegaba la cabeza del comisario cuando se sentaba en su vieja butaca.

Hall bajó la vista. Sobre el escritorio solo quedaba la franela que envolvía la pistola, el arma ya no estaba. Volvió a mirar la mancha. Parecía como si alguien hubiese lanzado con todas sus fuerzas una naranja y esta hubiese explotado al impactar contra la pared. La sangre todavía no se había oscurecido. A todas luces, aunque ya

hubiesen llevado el cuerpo, hacía pocas horas que la muerte había encontrado al comisario Ayala. Sintió una arcada, dio media vuelta y salió del despacho seguido por el cabo.

—¿Se sabe quién fue?

El cabo negó con la cabeza:

—El jefe nos dijo que quería estar solo. Sé lo que está pensando, pero no fue un suicidio ni un accidente, encontramos huellas de pisadas, pies chiquitos, como los de una mujer.

Martin levantó las cejas, sorprendido.

—Vaya, vaya. El comisario tenía amoríos complicados.

—No sabría decirle, don. Se abrirá una investigación, supongo. Bueno, cuando yo lo decida, ya que soy el segundo en el mando.

—No parece hacerle ninguna gracia.

—No. A decir verdad, no sé ni siquiera por dónde empezar. ¿Alguna sugerencia?

—Empiece limpiando la mancha de la pared, queda mal. Después, asegúrese de que no se robaron nada y no mucho más. Era una inmundicia de persona ese Ayala, nadie lo va a extrañar. Confío en usted, estamos en buenas manos ahora.

El cabo alisó su bigote lentamente, la tarea de ser el nuevo comisario parecía abrumarlo por completo.

—Saque las manchas, todas las manchas de Ayala. Tome prestada una canoa y váyase a pescar, olvídese rápido de este asunto. Verá que, en algunos días, pensará con claridad.

Martin estaba por marcharse, pero de pronto se dio vuelta nuevamente hacia el cabo, como acordándose de algo:

—Por casualidad, ¿no le dijo nada el jefe sobre unos barcos que me robaron?

La cabeza del cabo se había torcido hacia un lado, parecía ido:

—No, no me dijo nada, lo siento.

Hall dejó pasar un carro polaco que avanzaba lentamente sobre la calle de tierra y, con las manos en los bolsillos, se alejó de la comisaría. Cuanto más tiempo pasaba, más se alejaban las posibilidades de encontrar los barcos.

68

Pasaron los meses, las intensas lluvias imposibilitaban transitar los caminos y, sin embarcación, no se podía pasar mercadería. El Gato temía que, al ver las fronteras vacías donde solían trabajar, los *cangaceiros* se adueñaran de su territorio.

Era el día en que los Invisibles se reunían para repartirse las ganancias, pero no había ganancias. Hall los miró a todos, como quien contempla un panorama desolador. Sintió el peso de una promesa no cumplida. No sabía de dónde sacar fuerzas para encarar la situación, afrontar esas miradas, las miradas de los Invisibles más visibles que nunca. No tenía cómo pagarles, ni siquiera la mitad, y temía que algunos reaccionaran mal a la noticia. Frunció el entrecejo para darse un aire serio, como quien tiene todo bajo control. Lagarto seguía con su sonrisa imperturbable, Mono estaba en alerta, Búho casi dormido, los demás, expectantes. Eran sus hombres, él los había convocado, porque les debía la verdad, costara lo que costara. Martin percibió que su corazón se aceleraba un poco al momento de tomar la palabra.

En este punto, el Mono creyó oportuno intervenir:

—Gato tiene que viajar esta tarde, así que seré yo el que dé la paga. Los espero acá, sobrios y en fila, antes del anochecer.

Hall se quedó atónito, hasta que una mirada de su compañero le bastó para entender que no se trataba de una broma y que era de su interés seguirle la corriente. Dejó flotar sobre sus labios una sonrisa, hasta ver el último de los contrabandistas retirarse, charlando entre ellos como lo hacían cuando se reencontraban, animosamente.

Al fin solos, el paraguayo calzó su sombrero y le dijo a Martin, antes

de pasar el umbral de la puerta:

—Me lo devolverás cuando puedas. Esos tipos, algunos son peligrosos.

—Gracias, amigo, sos el primer gran amigo que me da la vida, nunca lo olvidaré.

Con emoción en la voz, Martin dijo esas palabras, mientras miraba a su compañero alejarse, la frente inclinada hacia el piso, como cuando cargaban las ponchadas de hojas de mate sobre el lomo de los mensúes.

El gesto de Avelino no solamente sacó a Martin del apuro, sino que lo forzó a reaccionar. Mientras esperaba que volvieran tiempos mejores para el contrabando, algo tenía que hacer. Regresó unos días a Posadas y puso un aviso en el diario local más importante: se ofrecía como guía para los aventureros que quisieran conocer las Cataratas del Iguazú.

69

El tiempo estaba inestable. Martin miraba el cielo, como si pudiese avisarle de sus intenciones futuras.

—Va a llover —dijo taciturno.

—¡No me importa! —dijo el explorador—, vamos igual.

—Mire que acá cuando llueve, llueve.

El viejo aventurero lo miró, entre divertido y perplejo:

—Es algo muy inteligente lo que acaba de decir, joven. Le pago lo suficiente como para pensar un poco antes de abrir la boca. Me han dicho que usted es un hombre perspicaz y valiente y hasta ahora, no veo brillar luces en su cerebro ni rasgo de valentía.

Era cierto, el señor Chester le había pagado una fortuna para servirle de guía hasta las grandes cataratas. Pero Hall se sentía incómodo en ese papel; de no ser porque necesitaba el dinero, nunca hubiese aceptado, aunque era uno de los pocos que hablaba inglés en los parajes. Chester era un personaje excéntrico: su pelo ya canoso se prolongaba hacia sus pómulos en patillas frondosas, una nariz pequeña y redonda en la punta, labios delgados, carácter ponderado, ojos curiosos detrás de unos pequeños anteojos y, a pesar de ser dueño de una barriga que delataba sus inclinaciones por la buena comida, era de una sorprendente resistencia al esfuerzo. Desde pequeño, Hall veía con facilidad rasgos de animales en los rostros de los humanos, Chester era un castor, lo supo desde el primer encuentro, un hermoso y venerable castor. Como casi todos los exploradores, llevaba un montón de bártulos colgando de su mochila y hablaba mucho. El sonido de sus artefactos chocándose entre ellos hacia volar bandadas de aves

multicolores a su paso. Martin tomó la delantera, abriendo el camino entre helechos gigantes a la sombra de portentosos árboles. El explorador iba preguntando los nombres de cada uno de ellos y anotaba en un cuadernillo. Se erguía frente al tronco, sacaba el lápiz y preguntaba:

—¿Este?

—Urunday.

—¿Este?

—Curupay.

—¿Este?

—Aguaribay.

—¿Este?

—Mudurubay —Martin inventaba descaradamente cuando no conocía la respuesta.

De repente sintió caer sobre su frente las primeras gotas. Miró a su alrededor: no había ningún sitio donde refugiarse, solo ramas, lianas y follaje. Pocos minutos después, la lluvia caía pesada y derecha como hilos de alambre. Como al explorador no le molestaba avanzar empapado como un trapo de piso, Martin no se detuvo tampoco. Varias serpientes cruzaron sus pasos, deslizándose fugazmente en el musgo. Eso tampoco perturbó el avance del señor Chester, entonces Hall empezó a tenerle un poco más de respeto.

A medida que avanzaban, el aire se tornaba más húmedo. Siluetas de monos se adivinaban entre las ramas más altas y se asomaban como curiosos a los balcones de las casas. Ya se escuchaba el rugido continuo y potente de la caída de agua. El follaje por momentos se volvía infranqueable. Una larga serie de chillidos agudos los siguió varios metros, a pesar de todo ese universo extraño, el explorador parecía inmutable, avanzaba decidido, interrumpiendo el relato de sus aventuras con preguntas.

—¿Le puedo hacer una pregunta indiscreta?

—Depende.

—¿A qué se dedica exactamente?

—Soy experto en piedras.

Martin lo miró perplejo.

—Me crie en las Indias Británicas, estudié antropología, etnología y

gemología.

Chester empezó entonces un largo monólogo sobre sus distintos saberes, entrecortado por pausas donde se secaba la frente con un pañuelo de un color ya difícil de describir, algo entre el amarillo y el verde.

Aburrido y distraído, Martin avanzaba en tierras poco conocidas. Fue muy de a poco que empezó a disfrutar de lo que contaba el explorador. A la noche, alrededor de una fogata, viajaba a lugares muy lejanos, transportado por las palabras del hombre. El Cairo, el Kilimanjaro, las islas Canarias, la Ciudad Prohibida.

—¿Podré yo también algún día viajar a esos lugares? —preguntó una vez, mirando las estrellas.

—Bueno, muchacho. Eso depende de ti, necesitas un poco más de instrucción ya que valentía no te falta, y un buen mapa y una brújula.

—Pero, disculpe la pregunta, ¿qué es lo que busca realmente en todos sus viajes?

—No hay pregunta tonta, jovencito. Toda pregunta ofrece una respuesta y toda respuesta lleva a otra pregunta. Así pasa con los viajes también: un viaje lleva a otro, y cuanto más descubro, más pienso en todo lo que me queda por descubrir.

—¿Pero para qué? —insistía Hall.

Le era muy difícil entender que se podía pasar una vida viajando sin razón ni profesional, ni económica, ni política, ni siquiera amorosa.

—Porque me hace feliz. Vuelvo de mis viajes cargado de recuerdos bonitos, como un glotón sale de la confitería con la panza llena de pasteles.

La simplicidad de la respuesta desorientó aún más al joven guía.

Emprendieron la bajada de un cerro. A lo lejos, se veía un grupo de casas pintadas de colores fuertes. Tal vez esos brasileños les darían techo para pasar la noche.

—Pensé —dijo Hall sin dejar su descenso—, pensé que usted era otro de esos buscadores de tesoros que andan por la provincia.

Chester rio.

—Solo conocí un hombre que dio con un tesoro, un italiano.

—¿Faustino Monteverde?

—Así es. Lo conocí durante mi primer viaje a Misiones a principios

de 1908. Un hombre muy educado, amante de las artes, que en paz descanse.

Quedaron en silencio, el joven no sabía que el italiano había fallecido.

—Tiene una hija, ¿la conoció también?

—No, no tuve el gusto. ¿Y usted? ¿Cómo se volvió guía de europeos extravagantes?

Martin detuvo su avance para brindarle a su interlocutor el tiempo suficiente para tomar un poco de agua fresca. Era extraño, Monteverde. Ese apellido parecía seguirlo. Terminó de tomar él también y le contestó a su compañero de expedición:

—Estoy pagando el precio de un error cometido en mi pasado que me dejó un gran hueco en el alma y en el estómago.

Chester tuvo un gesto con los labios que podía interpretarse como una señal de que entendía perfectamente lo que Hall sentía. Secó sus labios con la manga de su camisa y extendió el brazo para darle la cantimplora a Martin. Consciente de que era un tema doloroso, no volvió a hablar sobre ello.

Sin embargo, no era eso lo que daba vueltas en la cabeza del Gato, sino una cuestión mucho más simple, terrenal, casi banal: si el padre de Francesca estaba muerto y de la madre nunca había escuchado hablar, ¿a quién le pediría su mano? O tal vez, ante una mujer así, no se pedía permiso a los padres para llevarla al altar, se conquistaba con delicadeza, como si fuera una orquídea silvestre.

Las piernas avanzaban, pero su imaginación lo llevaba lejos de allí. Su lado romántico armaba para él un escenario bucólico: un casamiento en una capilla cubierta de flores blancas, sentados en los bancos de las naves laterales, Lagarto acompañado de su mujer, sus siete hijos, todos vestidos de domingo, y el Mono como testigos de su felicidad. Avanzó inmerso en un sueño despierto varios kilómetros, no reparaba ni en el crepitar de las ramas bajo sus pies, ni en el viento que agitaba todo a su alrededor. Al llegar a una aldea, volvió al presente y miró a Chester mostrándole con su dedo índice un secadero de tabaco donde pasar la noche. Contempló el lugar al tiempo que se borraba lentamente la imagen de la capilla, los sietes hijos rubios de Lagarto, la melodía del órgano. Se extrañó; no era su estilo imaginarse

el día de su boda. Escuchó en su interior su propia voz, grave y burlona, como cuando actuaba de Juan Moreira:

> *¿Qué te pasa, Gato? ¿Cambiarías tu libertad por un lugar calentito en el regazo de esa mujer? ¡Que sí! Compadre, por esa dama lo cambiaría. Conquistarla será toda una proeza, pero como siempre decía Barthel: cuanto más grande el riesgo, más grande la ganancia.*

Chester ya estaba cortando un pedazo de pan y sacaba de su mochila lo necesario para una comida frugal. Martin también tenía hambre, pero su hambre de conocimiento lo apremiaba aún más. Esperaría el momento en que el explorador sacaría su pipa, que fumaba siempre después de cenar, para preguntarle todo lo que sabía sobre el señor Monteverde.

70

La orilla del río estaba tan densamente arbolada que era difícil encontrar un lugar donde abordar. La canoa que Martin y Chester habían comprado por dos monedas a un canoero estaba a punto de partirse por la mitad:

—Esperemos que este sea el lugar, porque nuestra embarcación no sirve para regresar.

Chester sacó de nuevo su brújula y le indicó con cierta precisión a su compañero el rumbo a seguir. Hall levantó el machete y empezó a abrirse paso entre las lianas y los helechos gigantes. Luego de dos horas de marcha, escucharon a lo lejos el murmullo de las cataratas. Sus pasos se detuvieron justo al borde de un precipicio desde donde se levantaban vapores que empañaron los lentes del inglés. Martin nunca había visto algo tan imponente: la hermosura del espectáculo de la caída de agua lo dejó sin palabras. Se hubiese quedado horas a contemplar esa naturaleza, pero al cabo de unos minutos, Chester emprendió la retirada. El ruido del agua era tan ensordecedor que ni siquiera valía la pena intentar intercambiar una sola palabra. Cuando finalmente vieron a los lejos los techos de unas casas de colonos y una picada abierta por carros de bueyes, Hall propuso sentarse sobre unas rocas para comer los pocos víveres que les quedaban.

—¿Por qué me mira así? —preguntó Chester con la boca llena de pan.

—¿Así cómo?

—Bueno, de reojo. Parece sospechar de mí.

—No le puedo negar que hay cosas que no encajan.

—¿Como qué, por ejemplo?

—Me hizo guiarlo hasta las cataratas. Pagó un buen dinero por eso y cuando llegamos apenas las miró. Dice ser escritor, pero nunca lo veo tomar notas y, sobre todo, dice ser inglés, pero no sabe quién es Harry Mallin.

El explorador carraspeó, pero se mantuvo en silencio. A lo lejos, por encima del estruendo de las cataratas, como un redoble de tambor, se oían los truenos que se acercaban. El sonido recorría el cielo como una locomotora y luego, la naturaleza entera se quedaba en suspenso, como sin respirar, esperando el siguiente relámpago.

Finalmente, Hall tuvo una respuesta evasiva de parte de su interlocutor, pero lejos de satisfacerlo, lo dejo aún más desorientado:

—No hay nada extraño en eso, como le dije, crecí en la India —contestó mirando las copas de los árboles que formaban una bóveda sobre sus cabezas—. Espere hasta mañana y entenderá todo, todavía no puedo decirle nada.

Habían llegado a Puerto Aguirre justo a tiempo antes de que cayera sobre la región un aguacero. Estaban alojados en una casa grande de una sola planta, rústica pero muy bien amueblada, que pertenecía a un supuesto amigo del explorador. El dueño no se encontraba en su propiedad; los recibió un casero obsecuente, les ofreció una cena y los guio hasta dos habitaciones contiguas que se comunicaban a través de una amplia galería que daba al jardín. Los dos hombres miraban la lluvia, sentados cada uno en una butaca de mimbre, esperando que oscureciese un poco más para ir a dormir. Era la primera vez en días que sus cuerpos descansarían por fin en una cama. Pero Martin estaba inquieto, algo extraño estaba sucediendo. Desde que llegaron a Puerto Aguirre, el explorador había pasado a ser el guía y él, el que se dejaba guiar.

De pronto, el misterioso Chester se levantó y, luego de un largo bostezo, preguntó:

—¿Quién es ese tal Harry Mallin?

Hall le contestó levantándose a su turno:

—El campeón de boxeo más famoso de Inglaterra, peso mediano, expolicía.

El viejo inclinó la cabeza.

—Siento decepcionarlo, compatriota. No soy experto en deportes. Le deseo las buenas noches —y se encerró en su dormitorio.

Martin se mordió el labio superior. Se preguntó si acaso había ofendido a Chester. No era su intención.

Tendido sobre la cama, reflexionó sobre lo que acababa de ocurrir. Al cabo de unos largos minutos, finalmente entendió lo que le sucedía con ese hombre: le tenía envidia. Todos esos viajes, esa vida de investigación y descubrimientos era la vida que en el fondo él quería vivir. Al día siguiente le pediría disculpas, no quería que se instalara ninguna animosidad entre ellos.

71

Lo primero que escuchó al despertar fueron las gotas que caían, constantes, a un ritmo regular, desde una gotera situada a un extremo de la galería. Debían de aterrizar en un balde de zinc por la fuerza del ruido. La noche había transcurrido rápido, como si solo hubiese giñado un ojo y no dormido profundamente tantas horas. El cansancio acumulado luego de varios días de mal sueño en la selva todavía le pesaba, pero al recordar la última frase del misterioso explorador, la intriga lo hizo abrir del todo los ojos.

Se levantó con prisa, viendo la luz del día pasar a través de los postigos. Usó el agua de una palangana para lavarse la cara, pero no encontró nada a mano para afeitarse la barba crecida durante su expedición. En esos momentos, extrañaba tener una casa propia, con las mínimas comodidades para ser un hombre civilizado.

Se vistió mirando con lástima su camisa que ya daba signos de un uso intenso y salió a la galería. A pesar del sol, se veían todavía unas grandes nubes blancas en el cielo, que flotaban como los algodones de azúcar que se vendían en los entreactos del circo. El sonido lejano de unas voces lo guio hasta una hermosa estructura de vidrio y acero, una suerte de jardín de invierno donde habían servido el desayuno. Sobre una mesa redonda, alrededor de un jarro azul lleno de hortensias frescas, una vajilla de porcelana ofrecía todo tipo de pastelerías. Sus glándulas salivales entraron en acción.

Los tres comensales lo saludaron y la que supuso era la dueña de la casa lo invitó a sentarse a su lado. Devolvió el saludo y cuando el explorador le presentó al dueño del lugar, lo reconoció enseguida. Era

el antiguo contador del señor Barthel. Se acercó para recibir la mano del anfitrión en la suya, la fuerza del saludo le trituró los dedos. Lo miró sorprendido, era el mismo hombre que había cruzado cuando iba y venía del despacho del magnate, aunque las horas pasadas bajo el sol estival habían transformado su tono blanquecino en un rosa intenso. Los dientes se veían muy blancos en aquel semblante jovial.

—¿Me recuerda, señor Hall? —preguntó.

Martin asintió devolviendo la sonrisa.

—Resulta que, luego de la partida de Don Barthel, recibí una propuesta para brindar mis servicios contables a un compatriota, el señor Otto Gemberg. Nos ofreció instalarse en esa magnífica casa, cerca de sus yerbales. Oficio de contador y de secretario.

—Hermoso lugar —dijo Hall admirando el techo de vidrio.

—¡No es cierto! Mire esa construcción, proveniente de Barcelona en su totalidad y reconstruida acá, en suelo misionero.

Mientras escuchaba con atención al señor Giménez, la señora llenaba su plato de suculentas facturas teutonas. Era una tortura esperar que terminase la descripción de su esposo sobre la historia de la propiedad antes de poder probar bocado.

Martin tuvo, sin embargo, tiempo de reparar en que la señora Giménez llevaba un vendaje que envolvía dos de sus dedos de la mano derecha. Se apuró en ayudarla a servir el café.

72

Con los retazos de su ser, Tula surgió a la superficie como la lava incandescente de un volcán. Como langostas, ella y sus hombres entraron y robaron las propiedades de los terratenientes, avanzando desde el sur de la provincia de Chaco hacia el nordeste. No sentía ni los tábanos del atardecer, tan curtida estaba su piel. “El fuego me ha hecho de piedra”, decía ella. Como una ternera sigue a su madre, Rocío seguía a Tula y cargaba con el niño que ya no era más de ella. Paraban en las fondas a robar comida y velas de cebo, y luego se escondían en el monte cerrado, como el yacaré. En un asalto, liberaron a una mujer que les suplicó ayuda; tenía un solo ojo, el otro se lo había arrebatado el cuero de emborebí de un tuyuruguay. Su amo, le dijo llorando a Tula, le pegaba a ella y a todo lo que lo rodeaba, rompía la guampa de las vacas con palos y la espina dorsal de los perros.

—Ese hombre no merece vivir —le contestó Tula—. Mostrame dónde se encuentra.

Lo sorprendió a la hora de la siesta. Tres de sus hombres lo ataron a un timbó, rociaron el tronco con querosén y prendieron fuego el árbol y al hombre. Los gritos llegaban hasta los confines espinosos de la llanura chaqueña.

—Ahora sos viuda, la chacra es tuya, viví feliz y rezá por el alma de tu hombre que seguirá quemándose en la hoguera del infierno por la eternidad.

La mujer cayó de rodillas y besó sus manos. De ese rancho, solo se llevó una mula.

Rocío le cosió a Tula una máscara con piel de serpiente que le cubría la parte herida de la cara. La india se miró satisfecha en el reflejo de una laguna, era ahora la Mujer Serpiente.

73

La primera vez, el contador no le había causado una fuerte impresión a Hall, pero ese día, en su propiedad, el asturiano se veía más importante, más corpulento, más audaz, por decirlo de alguna manera. No era el patrón, pero en ausencia de este, se comportaba como tal.

Giménez miró a su esposa de una manera especial, de esa forma que tienen los matrimonios longevos de comunicarse sin decir una sola palabra. Ella entendió que tenía que retirarse; de ahora en más, la conversación sería entre hombres. Se despidió y salió de la sala con una sonrisa amable flotando en los labios.

Martin se enderezó levemente sobre la silla. El explorador y el contador empezaron a hablar al mismo tiempo hasta que el primero le cedió la palabra al segundo con una inclinación de la cabeza.

Giménez sacó del bolsillo de su saco de lino una gema de tonalidades violetas que pareció iluminarse al contacto del sol matutino. Le dio la piedra a Martin y le dijo:

—Esta es la razón de por qué lo hemos traído hasta acá, señor Hall. Usted creyó ser el guía, pero en realidad, nosotros lo invitamos hasta aquí. Y esa piedra es la única razón.

—No entiendo.

Chester le hizo señas de que esperara y escuchara el resto del relato.

—Habrá visto que mi mujer tiene una lastimadura en la mano derecha.

Hall asintió.

—Pues bien, se hizo esa lastimadura mientras lavaba un vestido a la

orilla del río, sus dedos se cortaron al encontrarse bajo el agua con algo filoso y cuando miró con más atención, vio una luz que provenía de las profundidades. Tengo fuertes razones para pensar, y acá, nuestro amigo geólogo nos confirmará si estoy en lo cierto, que hay muchas más de esas piedras, algunas semipreciosas, tal vez incluso podría haber diamantes, pero, para saberlo, necesitábamos un experto en explosivos, alguien que supiera fabricar algo ni demasiado débil ni demasiado potente, y el que teníamos más a mano era usted.

El joven no contestó de inmediato, se frotó el mentón, atando cabos. Una sola vez había usado una pequeña carga explosiva para destruir un puente cerca de la frontera correntina, no le sorprendió que Barthel le hubiese contado esa hazaña a su contador, le gustaban las cosas extravagantes.

Martin miró a Giménez y a la piedra. Arqueando las cejas, preguntó:

—Les agradezco la confianza, caballeros, pero no tengo nada conmigo para fabricar explosivos.

—No se preocupe, hemos pensado en eso también. Tengo en el garaje todo lo necesario, no perdamos más tiempo. Venga, sígame.

Los dos hombres se levantaron para seguir al anfitrión al lugar indicado, se percibía en el aire cierta excitación, cierto nerviosismo, como si fueran tres niños preparándose para alguna travesura.

Efectivamente, Giménez tenía en su garaje, escondido en el baúl de un viejo auto, lo que necesitaba Hall. Incluso sobraban algunos productos.

—¿Podría ponerse a trabajar inmediatamente, señor Hall? Iríamos hasta el lugar en cuanto termine.

—No es conveniente hacerlo acá, es peligroso. Además, prefiero llevar el material en el lugar y armar los explosivos con la información precisa de lo que se necesita derrumbar.

Giménez y Chester se miraron satisfechos. La respuesta no dejaba dudas sobre el profesionalismo del joven.

—Pues, entonces, que cada uno se prepare. Partiremos de aquí en una hora, si les parece. Voy a decirle a la patrona que prepare algo de comer para llevar.

Una vez solo en el garaje, al agarrar con sumo cuidado los cilindros de dinamita, vino a su mente la imagen de la pequeña y su nana esa

mañana. La explosión en Buenos Aires. Era perturbador, pero algo en él le decía que esta vez sería diferente, que la suerte estaba de su lado y que pronto sería un hombre rico.

74

Al llegar al sitio, Chester confirmó:

—Estamos caminando sobre lava solidificada. Es un yacimiento muy antiguo, las geodas puedes estar en cualquier parte. Yo diría de empezar por la parte más abultada. De todas formas, tenemos suficiente dinamita como para hacer varias pruebas, ¿no es así, Hall?

El calor sofocante no penetraba hasta lo profundo de la cueva, así que se podía pensar con claridad. Martin aprobó los dichos del experto en roca: la primera detonación podía darse en cualquier parte, sería el punto de partida para comprobar lo que escondía la pared de piedra. Buscó con cuidado, sobre la superficie basáltica, un nicho donde colocar la dinamita.

Giménez, prudente, se quedó a la entrada de la cueva, como si fuera necesario vigilar que nadie se acercara.

Luego de la detonación, y que bajara el polvo de sílice, los tres hombres salieron de detrás de la roca que los protegía. Lo que vieron entonces superaba ampliamente sus más alocadas esperanzas: la cueva se había convertido en un túnel, desde la roca ahuecada surgían destellos como chispas de carnaval. Ninguno lograba pronunciar una sola palabra, sus ojos también brillaban. Giménez prendió una mecha de querosén y, a lo largo de todo el túnel, las hendiduras provocadas por la explosión devolvían la luz del fuego en reflejos multicolores.

—Cuarzo rosa, citrino, pirita, ¡amatista! ¡Tal vez, diamantes! —murmuró como para sí Chester, acercándose a las partes de la piedra que exponían sus gemas como una mujer hermosa expone parte de su piel debajo de un vestido de gala.

—Y esto no es más que el comienzo —le contestó jadeando el asturiano cuyos ojos parecían sobresalirse de las órbitas.

—Mañana haremos la segunda apertura, la parte este —dijo Martin.

—¿Por qué esperar a mañana?

—Porque el ruido de una segunda detonación podría llegar a los oídos de cualquier baqueano que se encuentre en los parajes. La primera lo haría dudar de lo que escuchó, la segunda no. Supongo que ninguno de ustedes quiere compartir este secreto con alguien más. Tenemos que ser como una bandada de estorninos, todos moviéndose en la misma dirección, sin jefe, para el bien de todos.

Los otros no parecían escuchar lo que decía Martin. Ya martillaban las paredes para extraer los pedazos de brillantes. Como bajo el efecto de un hechizo, nada en el mundo podría haberlos distraído de esa tarea. Hall dio por sentado que sus palabras habían sido escuchadas y, haciéndose él también con martillo y cincel, empezó a dar golpecitos que retumbaban al unísono en la profundidad del túnel, bajo una bóveda centellante.

Retornaron al anochecer, a la luz de la luna, las mochilas llenas de piedras de distintos tamaños. La esposa del asturiano los recibió aliviada, la mano sobre el pecho:

—¡Qué susto que me han dado!, pensé que algo les había ocurrido. Gracias a Dios están bien.

—¿Bien? —preguntó su esposo con una amplia sonrisa—. ¡Bien es poco decir! ¡Ya verás! ¡Estamos muertos de hambre mujer! Te contaremos mientras cenamos.

***

Giménez se había quedado dormido, su enorme cuerpo arqueaba levemente la reposera de jute, le pareció divertido a Hall ver una panza hacia arriba subir y bajar al ritmo de su respiración. La noche tenía algo mágico, el cielo dejaba ver una miríada de estrellas, algunas fugaces, y la selva alrededor parecía un animal domado, poderoso, sumiso.

—Voy a poder volver a Inglaterra.

Hall volvió la vista hacia Chester, que jugaba a formar círculos con

el humo de su cigarrillo.

—¿Qué se lo impedía antes?

—Deudas, amigo mío. Mis acreedores me están esperando sentados al borde del canal de la Mancha.

—¿Deudas de póquer?

—Oh, no… diría más bien deuda moral, cultural —respondió carraspeando.

—No lo entiendo, Chester. ¿Podría hablar claro por una vez? Ahora ya no tenemos más secretos. ¿O sí?

Chester empezó a reír de buena gana y volvió a servirse un vaso de licor de naranja.

—Hace unos años, he convencido a unos banqueros de financiar una expedición en la Mesopotamia. Estaba convencido de encontrar allí pruebas del nacimiento de la escritura, los primeros signos jamás escritos por el hombre.

—¿Y no los encontró?

—Sí, sí, luego de varias excavaciones, di con lo que buscaba: tablas de arcilla magníficas, con signos testigos de registros contables de almacenes de palacios. Era una hermosa escritura cuneiforme. Tuve en mis manos el ancestro del libro, probablemente escrito unos tres mil años antes de Cristo.

—¿Entonces?

—Tenía un socio, pensé que era un amigo.

—No me diga más. Ya me imagino lo que sigue. Se hizo con las tablas, las llevó a los banqueros y fue recibido como el gran descubridor, alabado en su lugar por la elite social y con su cara en tapa de los periódicos.

—Exacto, pero eso sería muy simple, un cuento para niños. La realidad es a menudo mucho más retorcida, Hall. Resulta que las tablas eran falsas. Mi socio había vendido las verdaderas por una suma exorbitante a un coleccionista turco. Cuando se dieron cuenta, como el otro se había evaporado, vinieron a mí, a reclamar no solamente el reintegro del préstamo para la expedición, también me echaron de la universidad, mi título de profesor ya no servía sobre el territorio británico. Mi mujer me dejó, el deshonor era demasiado grande para ella. Me escapé hacia el Perú y luego hacia la Argentina, cuando leí un

aviso de Giménez que decía buscar un experto en piedras preciosas. ¿Sabe por qué la letra A es la primera del alfabeto? Porque si da vuelta la letra A mayúscula, verá la cabeza de un toro y el toro, para las primeras civilizaciones, era el símbolo de la fuerza.

—¿Y?

—Piense, Hall. ¿Qué se necesita para que todo en este mundo funcione?

Martin frunció el entrecejo, como para mostrar que buscaba la respuesta, pero en realidad estaba demasiado cansado para pensar.

—Fuerza vital, energía, Hall. Sin fuerza vital, no hay movimiento y sin movimiento, no hay vida. —Chester se levantó de la mesa y llevándose su vaso de licor, inclinó la cabeza—. Le deseo una buena noche, vaya a descansar, mañana lo necesitamos bien despierto para dinamitar la segunda gruta.

La confesión del explorador lo había dejado melancólico. Sintió una gran admiración por ese hombre tan culto. Por primera vez, se imaginó él también vestido de explorador, recorriendo desiertos lejanos o volando arriba de las pirámides de Egipto.

75

La Mujer Serpiente siguió su camino. Había dejado su antigua piel a un costado del camino y su veneno se acumulaba entre los colmillos, escamas de su rostro brillaban al caer sobre ellas la lluvia y hasta reflejaba la luna en las noches sin nubes.

Los únicos momentos de regocijo eran cuando los hombres festejaban y se emborrachaban luego de hacerse de un buen botín. Pero Rocío era la única que sabía que Tula llevaba en su corazón una tristeza tan inmensa que hasta le impedía sonreírle al bebé que la miraba con sus ojos negros y brillantes, como preguntándole de dónde venía tanta pena. Que le dijera en qué lugar su corazón se había contagiado de tanto dolor, porque allí no quería ir. Pero ella le cantaba llorando que no había tal lugar, ella era la única responsable de su destino.

Entonces, en las noches solitarias, mientras los bandidos dormían abrazados a su botella de aguardiente, su pensamiento volvía, tímidamente, hacia Martin, el único hombre honrado que conoció y que no la había traicionado, porque nada le había prometido. Era cierto, su corazón le pesaba como una piedra. Ya no sabía hacer otra cosa que robar, robarles a los demás sus bienes y la felicidad. Ella y sus bandidos no se quedaban nunca más de un día y una noche en un mismo lugar, huían, eran como una nube de polvo que arrastra el viento pampeano.

La policía le pisaba los talones, lo sabía, entonces decidió dejar el monte chaqueño y volver a la selva misionera. Mientras tanto, los monos seguirían comiendo las flores de los lapachos y el algodón

volaría liviano, errático, arriba de los campos, como pedacitos de nubes.

76

Cuando oyó el estruendo que retumbó en toda la selva, Martin se lanzó a la carrera hacia el lugar de donde provenía la detonación. Alertado también por el ruido, Giménez levantó su pesado cuerpo y pasó torpemente por la apertura de la carpa abrochando su pantalón mientras intentaba seguir los pasos de Hall.

A medida que se acercaban, se confirmaban los peores temores de ambos hombres.

Chester estaba tendido boca arriba, cubierto de tierra y sangre, la camisa desgarrada sobre el pecho. Era tal la confusión de elementos que lo cubrían que Martín no lograba encontrar la herida, hasta por un segundo tuvo la ilusión de que el explorador estaba ileso. Pero cuando advirtió el corte profundo en su abdomen, se le derrumbaron todas las esperanzas. La onda expansiva de la explosión había causado varias heridas graves. Chester tenía, además del corte en los intestinos, los oídos sangrando, quemaduras y laceraciones en todo el cuerpo. Las esquirlas habían desgarrado su ropa y su piel. Salvo el temblor descontrolado que agitaba todo su cuerpo, era obvio que el hombre no podía mover ni siquiera un dedo.

El gordo Giménez estaba enloquecido de miedo, caminaba alrededor del herido sin saber hacia dónde ir ni qué hacer. El médico más cercano se encontraba, con suerte, a dos días de marcha.

Se escuchó la voz temblorosa de Chester, con lo que le quedaba de aire:

—¡Deje de dar vueltas así, Giménez, me está mareando!

Tenía sobre los labios una sonrisa forzada, como si quisiera

tranquilizar a sus compañeros. La valentía del explorador dejaba atónito al asturiano. Hall, conteniendo el llanto, se arrodilló, listo para recibir las últimas palabras del moribundo:

—No hay nada que se pueda hacer, caballeros, lo sé, así que guarden sus fuerzas para la vuelta. Cometí un grave error y lo estoy pagando caro. Ayer era un hombre afortunado y rico, hoy estoy a punto de morir. Es extraña la vida. Soy el único culpable de lo que me sucede, quise saber qué había detrás de la segunda perforación, pero mi pie se enredó en una liana y no tuve tiempo de tomar distancia de la explosión. Me avergüenza mi estupidez.

—¡Por el amor de Dios, Chester, en qué estaba pensando! ¡Lo hubiéramos hecho juntos, como el primer túnel! —exclamaba Hall desesperado, mientras trataba de retener la sangre dentro del cuerpo de Chester haciendo presión con su camisa hecha un bollo.

Chester empuñó la muñeca del joven como para detenerlo, el dolor se estaba haciendo insoportable:

—Deje, nomás, es inútil. Solo escúcheme, por favor, y deme un poco de agua.

Martin volvió la cara hacia Giménez que entendió que le tocaría a él buscar la cantimplora en el campamento y se retiró apurando el paso, bañado en sudor.

—Escúchame, muchacho —dijo Chester, tirando del brazo de Martin para que lo escuchara sin tener que esforzar mucho la voz—, tengo una pequeña propiedad en las sierras centrales, a unas leguas del pueblo de Oberá. No tengo herederos ni familia, no hay mucho allí, solo algunas cosas que junté durante mis exploraciones. Quiero que sea tuyo, te recomiendo leer los libros que tengo en la biblioteca con atención, te gustarán y harán de ti un hombre más ilustrado. Tienes pasta para ser alguien importante, pero te falta educación. Cuando uno es sabio, el resto viene solo.

Martin sintió sus ojos humedecerse, pero siguió escuchando con atención.

—Tengo también una gata. Te va a parecer tonto, pero con la edad, me fui encariñando con los animales. Confío más en ellos que en los hombres. Pero esa gata es muy especial, sé que me entiende cuando le hablo, no quiero que quede en manos de cualquier persona. Cuídala

por mí, por favor, es la única familia que tengo.

Martin secó sus ojos con la yema de los dedos, un rastro de tierra colorada dibujó una línea gruesa sobre su mejilla.

—No me importa mucho lo que piensen de mí y menos ahora, pero prométeme que vas a cuidar de ella.

Hall le tomó las manos e hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Pregunta por la "casa del dragón", los lugareños te dirán cuál es. Las llaves están escondidas debajo de una maceta en la entrada. Te doy también mi parte del botín, allí donde voy, no lo necesitaré.

Giménez volvía con el agua. Se escuchaba una corta respiración a metros de distancia. Se arrodilló al lado de Chester y se la acercó a los labios.

—No me quiero morir —su rostro expresaba la más profunda angustia—. ¿Sabe el padrenuestro, asturiano? Recen por mí luego de ponerme en tierra. —Miró a Martin por última vez—. Mi gata, Hall, mi gata se llama *Wanda*, no lo olvide, Wanda, como la princesa polaca.

Eso fue todo. Luego de unas muecas de dolor, Chester dejó de luchar. El corazón del explorador se rindió, exhausto, bombeando sangre inútilmente.

Luego de despedir al cuerpo, Giménez y Hall se sentaron a la sombra de la cueva, callados, la mirada perdida en el horizonte. Los diamantes parecían haber perdido su brillo.

—Me había jurado nunca más tocar un explosivo —dijo Martin con un nudo en la garganta.

La mano pesada del asturiano se posó sobre su hombro.

—Usted no tiene la culpa, es la codicia lo que vuelve insensatos a los hombres.

Aunque pareció una eternidad, transcurrió media hora hasta que Giménez decidió que ya era tiempo de empacar las cosas y volver.

—Agarre lo que quiera del primer túnel, yo exploraré el segundo cuando tenga las fuerzas de hacerlo. De todas formas, si ninguno de los dos habla de ese lugar, nadie se enterará de su existencia, por ahora. Confío en su discreción.

Martin se frotó sus manos llenas de barro contra el pantalón.

—Vaya empacando, Giménez, lo alcanzo en un momento.

Los diamantes relucieron proyectando un aura de luz sobre las

paredes de la cueva antes de que los guardara en su bolsillo. Chester había elegido los más duros y puros que se podían encontrar en el lugar.

—¡Gracias, amigo! —murmuró Hall—, seguro que nos vamos a entender de maravillas con tu gata. Descansa en paz.

Dejaron el cuerpo en lo más profundo de la cueva, en una fosa rocosa, rodeado de brillantes. La idea había sido de Martin, no le cabía ni la mínima duda de que a Chester le hubiese encantado reposar allí, rodeado de piedras preciosas.

—Mire —le había dicho a Giménez—, parece feliz.

77

De noche, los sonidos de la selva son distintos de los de cualquier otro lugar. Las plantas parecen respirar, susurrar las hojas, se escucha de pronto el batir de unas alas, un repentino alarido, el canto melancólico de un búho que anuncia la llegada de las lluvias.

Martin ya estaba acostumbrado a esos ruidos, sin embargo, las primeras noches en la casa de Chester se quedó despierto en la oscuridad. El lugar parecía habitado por la presencia fantasmagórica del explorador; no era una presencia hostil, más bien como si el alma no pudiera todavía despedirse de su preciada casa. Porque la casa de Chester era todo excepto común. Era una construcción en madera, como todas las de la región, pero su diseño se inspiraba en las pagodas asiáticas, algo nunca visto por los vecinos y fácil de encontrar. No había un solo baqueano que no supiera cuál era la casa del colorado excéntrico.

La construcción, edificada sobre dos plantas, a orilla de un pequeño arroyo, se adaptaba perfectamente el paisaje boscoso que la rodeaba. Las ramas de un timbó milenario le daban una preciada sombra, como si fuera una sombrilla gigantesca. La amplia terraza semicubierta de la segunda planta servía de galería a la primera; en lugar de poseer los típicos postigos hechos con planchas de madera gruesa, las celosías eran como cortinados de encaje hechos de incienso. Pero era el techo con sus canaletas puntiagudas lo que le daba al edificio su carácter oriental. En el interior, amplios ambientes separados por biombos pintados albergaban todo tipo de bártulos. Las tonalidades suaves de las maderas, al ser acariciadas por el sol de la mañana, daban al

conjunto un color ámbar que transmitía calidez y sosiego.

El conjunto era lujoso, no tanto por la fineza de su elaboración, como por la originalidad de sus formas, como una vasija encontrada en una excavación arqueológica.

Una cabeza de dragón esculpida sobre la tranquera principal ahuyentaba a los curiosos. Martin pasó por abajo casi sin verla, agotado por una larga marcha, compungido por la pérdida de su compañero de viaje. Mientras giraba la llave en la cerradura, dijo, como pensando en voz alta:

—¡No esperaba menos de usted, Chester! No podía hacer su casa como todos los demás, supongo.

La llave gira dos veces y la puerta cede, pero no del todo, como una mujer virgen que se resiste al amor. Hall apoya todo su cuerpo en la madera y empuja, primero suavemente, luego con más insistencia. Se siente un poco como un ladrón. Las ventanas de la planta baja están cubiertas de plantas trepadoras, nidos, telarañas, nada que no se pueda sacar en una media tarde de trabajo. Finalmente, con un gruñido, logra entrar. Le salta a la cara un perfume denso, es el perfume de los lugares sacros, una mezcla de humedad y flores marchitas.

Lo primero que ve, sobre una mesita de la entrada, es un sombrero de caballero y una caja de cigarros, como olvidados allí, entre tantas cosas que debió empacar Chester antes de marcharse. Martin se lo imaginaba, un poco atolondrado, excitado por la idea de ir a explorar un posible yacimiento de piedras preciosas, ansioso de encontrarse con su guía. Ubicaría meticulosamente la llave debajo de la maceta y tal vez se daría vuelta para verificar que todo estaba en orden. No, no se olvidó los cigarros y el sombrero, los dejó a propósito, pensó Martin, no los necesitaba, o tal vez, esa misma mañana, tomó la resolución de dejar de fumar, porque él nunca lo había visto con un puro entre los labios.

Tenía hambre, en la cocina, solo encontró unas latas de sardinas, esa fue su primera comida en la casa del dragón.

Los dos primeros días no encontró a la gata por ningún lado, Martin pensó que ya no estaba en la casa. Una madrugada, escuchó un largo maullido, como un llamado. Allí estaba ella, parada en una de las ramas del timbó, lista para saltar hacia la barandilla de la terraza.

Miró al nuevo huésped de la casa, a la distancia. Era un animal precioso. Martin volvió de la cocina con unas rebanadas de jamón que dejó allí, sobre la baranda.

Conquistar a Wanda fue como conquistar a la casa oriental en su totalidad. El día en que la gata lo aceptó, se levantó el velo de extrañeza que sentía Hall en ese lugar y pudo finalmente dormir tranquilo.

78

Sentada sobre sus mullidas ancas, Wanda se lamía una pata. La relación entre ambos mejoraba, era evidente. Los primeros días, la gata atigrada con tonos cobrizos solo se quedaba observándolo a la distancia, midiendo sus intenciones. Lo primero que Hall le había dicho apenas la vio fue*:* "Wanda, a mí me gustan las morochas, pero si te mostrás educada, podremos ser buenos amigos y recordar juntos al viejo Chester".

Desde entonces, siguieron una serie de diálogos entre ambos. Él le contaba de su vida pasada y ella aprobaba, cerrando suavemente sus ojos ámbar o pronunciando un lánguido maullido. Ahora estaba en su regazo, a tal punto confiada que se dormía, obsequiándole un ronroneo apacible.

El joven apoyó, soñador, el libro que acababa de terminar sobre la pila que tenía al lado de la butaca: *Ivanhoe*, de sir Walter Scott. Debajo de ese reposaban *La isla del tesoro*, de Stevenson; *El libro de la selva*, de Kipling; cuentos de Edgar Allan Poe, las obras completas de Shakespeare, poemas de Lord Byron y ensayos de Darwin sobre su viaje a la Patagonia.

Los había leído todos, cada uno con pasión, acompañando a sus personajes en sus aventuras y descubrimientos, entrando por vez primera en la magia de los libros. Ese era el regalo más preciado que le había dejado Chester, mucho más incluso que la casa, los muebles, la vajilla o el telescopio de bronce que descansaba en su funda de terciopelo.

Ese verano había sido atípico en la vida de Martin; sin sentirse solo

un solo momento, pasaba sus días encerrado en esa extraña casa de dos plantas, demasiado grande para un solo hombre, leyendo, soñando con grandes aventuras y manteniendo intercambios extraños con Wanda, suerte de charlas entre pupilas y ronroneos.

Era como si Chester todavía estuviese allí o, mejor dicho, como si, además de su casa y sus pertenencias, el explorador le hubiese dejado a Hall un poco de su personalidad. Las noches de tormenta se pasaba horas absorto, leyendo, a la luz de un candil, las enciclopedias. Miraba con admiración las imágenes de los templos griegos, las pirámides mayas o la anatomía del cuerpo humano. Fue para Martin como completar su destreza física con el poder del conocimiento.

Le leía a Wanda sus descubrimientos. Ella parecía entender todo lo que le decía y ver, incluso, más allá de lo visible. A lo largo de los días, el joven se fue mimetizando con el antiguo dueño de la casa: se dejó la barba, vestía ropa de lino clara, sombrero de paja y se paseaba siempre con un libro bajo el brazo o una lupa.

Pero si no se alejaba de la casa, no era solamente porque no sabía bien adónde ir, sino que no quería apartarse del escondite donde guardaba los diamantes. La única vez que se alejó fue para enviar un telegrama a su viejo amigo Avelino y así darle a conocer su nuevo paradero.

La comodidad del lugar anestesiaba todo su ímpetu de antaño. Wanda parecía haberlo hechizado. Una dulce apatía lo envolvía, sobre todo al atardecer. Solo el canto de un gallo madrugador le daba a Hall una idea del tiempo transcurrido.

Una vecina se ofreció para cocinarle y ayudarlo con la limpieza. Se negó amablemente, él mismo se encargaría. La sorpresa en el rostro de la mujer lo dejó pensativo. Finalmente accedió, pero solo dos días a la semana. Temía que se tejieran rumores alrededor de él, sobre todo luego de correrse la voz de que Chester había fallecido en un accidente en la selva y en su compañía.

La mujer, con su pecho generoso y sus piernas flacas, le parecía a Hall una gallina. Era habladora y, siempre que podía, le contaba a Hall chismes del pueblo. Uno llamó su atención: una joven porteña tenía la intención de abrir un hotel cerca de las cataratas, en una mansión recibida en herencia. Lo decía escandalizada, como si eso fuese un

pecado mortal o algo muy sospechoso, solo por el hecho de que se tratase de una joven criada en Buenos Aires, soltera e inteligente; nada bueno podría resultar de esa mezcla. A la semana, el chisme fue creciendo como la sarna: la joven había sido involucrada en una pelea con armas de fuego en una ruta volviendo de Posadas y acababa de regresar de la selva profunda donde supuestamente se había refugiado. Ya era un caso de brujería, sin duda.

Cuando aparecía ella, Hall se instalaba en su escritorio, delante de la máquina de escribir. La mayor parte del tiempo terminaba mirando por la ventana sin poder hilar una sola idea, pero no tuvo que hacer mucho más para que corriese el rumor de que era periodista.

Se pasaba horas balanceándose sobre su silla de madera, buscando desafiar la gravedad, inclinándose hacia atrás, poniendo el peso de su cuerpo en las dos patas traseras de la silla y los pies arriba del escritorio. Entre dos pilas de libros, a través de los postigos abiertos de par en par para dejar pasar una brisa fresca y perfumada, observaba, admirado, el vigor con el que la *señora gallina* fregaba las galerías, lustraba sus botas, sacudía los tapices y lavaba los platos. Era otro misterio de la ciencia: cómo con la fuerza de sus brazos limpiaba sin quebrar la porcelana o el palo del escobillón.

Al cabo de varios meses de lectura, pudo redactar un artículo para *La Vanguardia*. Su descripción de la vida en los yerbatales no pasó inadvertida y llegó hasta las cúpulas de los sindicatos. Dio pie, entre otras cosas, a una serie de huelgas en toda la provincia.

Así fue como Hall se convirtió en periodista.

Con esa fama, se sentía libre de hacer toda clase de preguntas, con el entrecejo fruncido y un anotador en mano. La empleada satisfacía con entusiasmo su curiosidad y siempre terminaban hablando de la porteña.

A partir de ese momento, Martin albergó el deseo de conocer a esa joven intrépida, con sumo cuidado, trataba de sacar información de su empleada sin parecer intrigante o inquisitivo, solo de forma *profesional*. Respondía con “Oh” y “Ah”, como si compartiese el asombro que provocaban en algunos las aventuras de la Monteverde.

Martin nunca había sido poseedor de tantas riquezas, sin embargo, se sentía pobre, solo, sin mujer ni amigos con quien compartir sus

cenas, con vecinos que sospechaban de su integridad y una gata que no hacía más que dormir casi la mayor parte del tiempo.

Atesoraba recuerdos, experiencias de las más diversas, aventuras, diamantes y muebles europeos, pero luego de leer todos los libros y pasar horas acostado en la hamaca paraguaya mirando pasar las nubes, llegó a la conclusión de que ese tipo de vida no era para él.

Estaba melancólico, se despertaba seguido en medio de la noche, recordando al pobre Chester. Le volvían a la memoria las palabras del flaco Quiroga: “La muerte no es más que una circunstancia de la vida”.

79

—¡Usted, bella señora, no puede ser la esposa de ese monstruo frío! —exclamó el contrabandista, lanzando con bronca la piedra para afilar que tenía en su mano. Esta rebotó contra el tronco de un árbol y se perdió entre la grama mullida.

Con más frecuencia, Hall intentaba sacarle a su empleada información sobre Francesca Monteverde. La mujer con cuerpo de gallina era maliciosa y le reveló esa misma mañana que la moza era la esposa de un gran *fanzendero* brasileño, dueño de la más importante plantación de café del otro lado de la frontera. Observó de reojo el efecto de sus palabras dándole golpes enérgicos a un almohadón bordado.

—¿Usted está segura de eso?

—Sí, señor, segurísima —y le dio otro golpe al cojín.

Esa noticia terminó de sumir a Hall en un estado de ánimo tenebroso. Últimamente, nada salía como pretendía. ¿Y qué diablos hacía el Mono? ¿Por qué tardaba tanto en llegar? Martin sabía que lo único que podía sacarlo de ese estado fangoso de cavilaciones vanas era la acción.

“Pero se la ve siempre sola a la guaina Monteverde. ¿*Pa’* qué tanto marido si es *pa’* terminar el día en una cama fría?”.

Eso también había dicho la criada y eso también estrujaba el corazón de Martin. Esa mujer lo obsesionaba, lo perseguía hasta en sueños, la veía, morena, en medio de una calma dulce y serena, bajo la sombra azul de una glorieta, tal vez esperándolo, tal vez solamente contemplando el aleteo palpitante de un colibrí.

Los ojos de Wanda no daban ninguna respuesta a sus tantas preguntas, solo su ronroneo aportaba un poco de consuelo a la larga noche.

¿Qué significaba todo aquello? Hall era demasiado inteligente para no saber por qué se sentía dominado por un malestar tan profundo. Estaba abatido, deprimido y sin fuerzas, aunque aquel estado se debía a causas anímicas, no físicas; su cuerpo seguía joven, ágil y saludable.

Sus amigos admiraban siempre en él la objetividad y la certeza de sus juicios, pero ahora, por primera vez, no lograba ordenar sus pensamientos. Quería volver a ver aquella joven porteña, pero no sabía cómo, con qué pretexto, con qué objetivo. Si era una mujer casada, no era menester ocupar sus pensamientos con ella, era un amor imposible. Eso, era eso lo que lo volvía loco, la atracción de un amor imposible.

Por suerte, el paraguayo llegó finalmente a la casa de Chester. Los amigos se abrazaron dándose pesadas palmadas en la espalda.

El Mono quedó asombrado por la cantidad de muebles de buen gusto y calidad. Observó un buen rato una estatua de bronce que representaba a una Diana cazadora y que Martín usaba para colgar sus sombreros.

—¿Qué nuevas tenés de los amigos de la bajada vieja?

—Bueno, tu compañero de pesca, el cuentista.

—El flaco Quiroga.

—Sí, ese, se marchó de nuevo para Buenos Aires con sus dos hijos. Su mujer se suicidó tomando un líquido para revelar fotografías. Toda la comarca no habla más que de eso. Bueno, en realidad, también hablan de un hotel que abrió la italiana.

—Pobre hombre. —Martin se pasó la mano por el pelo, sintió una gota de transpiración bajar por su espalda—. ¿Y de mis vapores, se sabe algo?

—Nada. Lo único que encontraron fue una caldera que un viejo herrero de Posadas compró como chatarra, tampoco sabemos con certeza si esa caldera era de uno de tus barcos.

Recordó la mirada apagada de la compañera de Quiroga. Observó una pequeña araña que subía hábilmente por el hilo delgado de su tela, la vida le parecía muy extraña en ese momento.

Luego de un silencio, vaciló, un poco avergonzado, pero la pregunta lo apremiaba:

—La porteña está haciendo esa posada para viajeros ¿con su esposo?

—No hay esposo, volvió sola de su luna de miel. Por eso está en boca de todos. Que una mujer sola se anime a mandar en un yerbal y, además, tenga la idea de abrir una posada. Pero qué cara que pusiste, *inglé*. ¿Qué sucede?

—La amo. ¿Verdad que es una locura? ¡Yo, enamorado! De una mujer que he visto solo una vez en mi vida, una mujer casada, de la alta sociedad, encima.

Mono permaneció callado, era hombre de pocas palabras. Martin siguió hablando, mirando el vuelo majestuoso de un jote alto en el cielo:

—Pude ver sus ojos. Los más bonitos, lo más hermoso en ella. Unos ojos demasiado grandes para aquel rostro, marrones, de pestañas largas, velados. Ese día tenían una expresión de profunda tristeza. Hablaban de muchas cosas, no eran unos ojos a los que se les pudiera engañar, eran ojos apasionados, a pesar de todo, y de una dulzura que no he visto nunca. Su piel tiene el perfume de una flor exótica, algo parecido al almizcle, se te mete en el mate y no se va más. No puedo sacar su imagen de mi cabeza, compadre. Si no la vuelvo a ver, me voy a volver loco —un largo suspiro salió de su pecho—. Con todas las palabras que existen en el mundo, no encuentro una sola para describirte lo que siento, amigo.

Avelino lo miró, levantando sus frondosas cejas:

—Yo no soy bueno con las palabras, pero solo se me ocurren dos.

—¿Cuáles?

—Estás frito.

80

Rocío balancea con el pie la cuna donde está su hijo que ya no es su hijo. En el aire, flota un olor a coliflor y a sudaderas. Recuerda que todavía le falta engrasar las sillas de montar y cortar leña. Inmensas sombras bailan sobre las paredes: provienen de la chimenea. El ruido tenue del agua hirviendo en la cacerola, la madera que se consume lentamente en el fuego, el viento afuera, el llanto por fin ahogado del bebé que por momentos se sofoca, tose, como acordándose de que tiene que llorar para llamar la atención, todo la conduce hacia el camino del sueño. Canta en voz baja una canción de cuna improvisada, con palabras que llegan hasta su cerebro perezosamente. Pronto, se le caen de las manos las agujas de tejer, sus párpados parecen pesarle demasiado como para sostenerlos abiertos, inclina la frente, la pieza se aleja, su cuerpo se aleja de la cacerola, del llanto, de la penumbra. Tiene trece años y necesita dormir, es una necesidad imperiosa, urgente, fisiológica. Ya no le importa nada, ni siquiera su hijo que ya no es su hijo.

—¿Tula, por dónde estarás?

Hace varios días que se fue dejándola sola con todo y Rocío tiene sueño, mucho sueño. Se arrodilla y arrastra hasta las sudaderas, se envuelve en el olor a caballo, tiene frío, pero piensa que volver a cargar leña en el hogar es un esfuerzo que está fuera del alcance de su cuerpo, el bebé llora. "¿Qué es lo que le pasa ahora? ¿Cuánto tiempo pasó desde que le dio la última papilla? ¿Otra vez quiere comer? Pero ya no hay comida… ¿dónde está Tula?". Si el mal tiempo sigue, pasará otra noche sin dormir, ¡tiene tanto sueño!

Rocío siente que alguien le canta una canción de cuna, pero es su propio canto que suena en la casa. Sigue cantando para no escuchar el viento, tiene miedo. Afuera, solo hay ráfagas locas y polvo que sube hacia el cielo girando como polleras de bailarinas. Cómo le gustaría a ella ir al pueblo a bailar un chamamé, pero Tula no la deja, le pegaría si se entera de que fue sola al pueblo. Es la vida de los bandidos.

El viejo fortín era la única construcción de ladrillo y techo de chapa a kilómetros a la redonda. Tula había tomado la casa abandonada en medio del Impenetrable, cerca del río Bermejo, sin saber toda la carga histórica que habitaba el lugar, de todos ya olvidado.

Se había marchado la jefa, armada hasta los dientes. Llevaba dos fusiles colgados, ambos en bandolera, al cinto llevaba un cuchillo y enrolladas a su hombro unas boleadoras. ¿Y con qué se suponía que Rocío se defendería si venía el malón?

Aguraguazúes, corzuelas pardas, tamaduás, hurones, pecaríes de collar, gatos moros, guasunchos, monos carayá, cocoés, ranas trepadoras, curiyús, osos hormigueros y tapires, a esos habitantes del monte nos les importaría su destino.

81

Avelino pasó su dedo sobre una pequeña escultura de bronce que representaba a un Buda meditando:

—¿Así que todo eso es tuyo ahora? ¿Me vas a contar cómo sucedió?

—Ya te lo contaré, fue algo extraño —dijo Martin, extendiendo la mano para prender la lampara de aceite—. Sabés, no siento que esa casa sea mía, más bien me siento como si fuera su cuidador. Las primeras noches, no podía pegar un ojo, pero me fui acostumbrando.

Luego de prender la lámpara, se dirigió hacia una cómoda, abrió uno de los cajones y sacó con cuidado, de una funda de terciopelo, uno de los diamantes de la cueva.

—Tomá, compañero, te devuelvo lo que me diste para pagarles a los Invisibles.

Mono abrió grandes los ojos.

—Pero eso vale mucho más que lo que te presté.

—Digamos que sumé los intereses. También te quiero hacer un regalo.

Le dio en mano un objeto largo envuelto en un paño blanco, era un largo catalejo marino de latón:

—Puede ser útil, para anticiparse a los eventos. Uno nunca sabe. Si algún día llego a tener un nuevo barco, serás el segundo en el mando. Nunca puse en duda tu lealtad.

Mono agradeció con un gesto de la cabeza. No salía de su asombro, aunque tal vez Martin no lo notara. Esa casa lo había transformado.

—No me gusta no tener los pies en tierra firme, prefiero cuidar de la gruta en tu ausencia. Planté unas mudas de cítricos alrededor, porotos.

Se apersonaron unos peones más, los buscan por delito de estafa, como tantos otros, lo de siempre —contestó, recorriendo con la vista los extraños objetos que adornaban la sala.

El paraguayo no era bueno con las palabras, pero era observador. Notaba a su amigo cambiado. Veía en su mirada algo de tristeza, algo profundo, tal vez cansancio, pero también hablaba de forma más pausada. Vestía ropa limpia todos los días y ya no usaba alpargatas, sino botas de tiro alto de cuero negro. Se había vuelto un hombre elegante. De su barba, solo quedaba un fino bigote. Disciplinaba su pelo con gomina y usaba camisas de lino: estaba hecho un bacán.

—Sé lo que estás pensando. No te preocupes. Me ves acá con esta ropa, rodeado de bártulos extraños, de libros y mapas complicados, pero en el fondo, Mono, soy el mismo tipo sencillo que conociste y, en cuanto pueda, volveré a la acción con los Invisibles.

Esa confesión pareció aliviar a Avelino de un gran peso. Cenaron charlando animadamente, armando la lista de los Invisibles que formarían parte de la próxima tripulación, porque ese era el plan, Martin usaría las piedras preciosas de la cueva del gordo Giménez para comprarse otros barcos, volvería a cruzar mercadería y jugar al gato y al ratón con los empleados de la aduana. Eso era lo que realmente le divertía.

82

La niña, muy rubia, fue hasta el río con un balde, lo cargó de agua sin dejar de mirar a lo lejos, pero no se veía ningún barco, solo unas aves se mecían sobre la superficie verdosa. Desde allí, podía escuchar que el niño se había despertado y lloraba de nuevo. Volvió arrastrando los pies, caminado torcida bajo el peso del balde.

Como el niño no se calmaba, Rocío lo envolvió en un paño delgado y lo llevó al maizal. Canturreaba una canción inventada*: La rana se viste de fiesta, dice señora rana que para que caiga la lluvia, el pericón hay que bailar.*

Cuando Tula regresó por la tarde, le pegó a la chiquilla hasta que encontraron al niño. El pequeño estaba jugando con la sombra de las hojas de maíz.

Tula le dio de comer cola de yacaré. Era tierna y blanca, le gustó al pequeño. Luego fue a buscar al cacique Toba y le dijo:

—Te cambio a la hija del sol por algo que me puedas dar que me sirva; a mí, ella ya no me sirve.

El cacique Toba pensó unos minutos y luego contestó:

—Tengo un barco que no sé manejar, a mí no me sirve barco que no sé manejar.

Cambió a la hija del sol por el barco de fuego. Se hizo el trato; sobraban las palabras, cada uno se fue con lo suyo. El niño sintió el olor de su madre, escuchó su determinación en cada latido, se tranquilizó, lo agarraban manos firmes, sonrió. Dos dientes asomaban, perforando las encías, tenía la mirada franca de los inocentes. La madre india le devolvió la sonrisa, el rostro escondido debajo de una

cortina de pelo para que no la vieran. Tula les ordenó a sus hombres que hacharan mucha leña para la caldera. También mataron un chivo, y cortaron grandes trozos de carne con el hacha, se salaron para su conservación y colgaron del techo de la bodega. Y se llevaron huevos y cuando el viento se calmó, el vapor zarpó hacia el norte.

En la orilla del río Bermejo, una rana grande hizo sonar su croar. Estaba complacida: en su pago, reinaba la paz.

83

Terminaba el verano.

Una mañana, el Gato le dijo a su amigo el Mono que había soñado con el í Porá. Entonces el Mono se rascó una picadura de mosquito que tenía debajo del imponente mentón y le contestó:

—Es una señal. Tendrías que ir a recorrer un poco el río. El fantasma del agua seguro esconde allí un regalo para ti.

—¿Me acompañarías, compadre? Tengo un empacho de soledad, ya tuve demasiado por el momento. Si lo que decís es cierto, tendremos una buena cena esta noche.

Partieron, subieron la red y las cañas de bambú a la canoa, pensando que el í Porá les reservaba una pesca abundante. Efectivamente, el río estaba tan bajo y tan clara el agua que se podía ver el fondo todavía a varios metros de la orilla. Se encontraron con inmensos cardúmenes de sábalos y dorados, tantos eran que no les alcanzaban las manos para agarrarlos. De pronto, en un recodo, los dos amigos se encontraron frente a un barco encallado, aunque de poco calado. Martin lo reconoció enseguida.

—¡Es uno de mis barcos! —exclamó, avanzando hacia él lo más rápido que el agua, que le llegaba hasta las rodillas, le permitía.

El paraguayo, más prudente, miró a su alrededor. Nadie en su sano juicio dejaría semejante embarcación sin vigilancia armada. El Mono imitó el grito de un ave, una señal conocida de Hall que giró la cabeza en su dirección. Lo vio agachado, con el dedo índice sobre los labios, recomendando silencio.

Caminaron hacia un costado del barco tratando de hacer el menor

ruido posible.

El barco yacía, levemente inclinado hacia un costado, casi en medio del río. Era evidente que la persona que lo había llevado hasta allí no tenía experiencia en navegación y se vio sorprendida por la bajante. Varias lenguas de agua lamían su vientre oxidado por el uso. Quienes fueran los dueños no lo habían cuidado con tanto cariño como lo hubiese hecho Hall.

Los dos hombres no volvían de su sorpresa: era el sitio donde menos pensaban encontrar a ese vapor, tan cerca de donde había sido robado meses atrás.

—¿Alguna vez te dije que soy un hombre con suerte? —murmuró el más joven.

El Mono no le contestó, seguía en alerta. Era muy apresurado pensar en la suerte.

Sigiloso y ágil como solo él podía serlo, Hall se subió al vapor trepando por una de las cuerdas de amarre. La embarcación ni chistó, todo seguía rodeado de esa calma tan característica de los lugares acuáticos. Estaba por entrar a la cabina cuando escuchó una voz conocida que lo increpó:

—¿Qué hacés en mi barco?

Hall se dio vuelta muy lentamente y, viendo de frente la boca de una escopeta, levantó los brazos por encima de la cabeza. Tal vez por la camisa mojada que se le pegaba a la piel, o tal vez por la sorpresa, tuvo un escalofrío que recorrió su espina dorsal.

Una mujer flaca como un junco, con la mitad de la cara cubierta por la piel de un reptil y vestida con ropa de hombre, lo miraba intensamente.

—¿Tula?

La mujer repitió la pregunta, con un tono un poco más suave, casi amistoso:

—¿Qué hacés en mi barco?

Martin sintió que sus músculos se relajaban y contestó lo más afectuosamente que pudo.

—No sé cómo esa chata llegó a ser tuya, pero antes de ser tuya, era mía.

Tula lo miró perpleja, bajó levemente el arma.

—Tengo pruebas de lo que digo —retomó—. Si te fijás bien, debajo de la pintura, en el casco, dice “El Gato Montés”. Es el nombre que en su momento le di a mi empresa de transporte. Hasta que tuve la desgracia de caer en manos de tres hermanos embusteros, aunque tampoco estoy seguro de que fueran hermanos. En fin, me los robaron.

—Es la verdad. Fue así como él te dice, Tulita.

La voz del Mono se hizo escuchar grave y profunda proveniente de la cubierta. Hacía tantos años que no la llamaban Tulita. Se le había olvidado. Le apareció la imagen de una niña llena de sueños y esperanzas jugando en una ciudad hoy devastada.

Llamados y gritos se sintieron desde la tierra firme.

—Son mis hombres —dijo Tula volviendo al presente y giró antes de salir de la cabina—. Esperen aquí, no se muestren.

El Gato y el Mono se miraron como para asegurarse de que habían escuchado lo mismo. ¿Esos salvajes con el torso desnudo, armados de cuchillos y pistolas, respondían a esa mujercita?

Hall se preguntó repetidas veces, a lo largo de su vida, cómo Tula había podido sufrir semejante transformación. Su mirada no era más la de esa joven que lo envolvía con sus piernas y brazos, era la de un caimán esperando al acecho que una presa se acercara lo suficiente como para matarla.

Mientras se escondían, afuera, Tula organizó una pequeña reunión con los bandidos. Martin suponía que les explicaba que no era necesario transformar en colador a su antiguo novio y su hermano.

84

Los dos hermanos se encontraron en la orilla del río. Conversaron un buen rato solos, no hubo altercados. Tula hablaba y Avelino escuchaba, sentado, los pies en el agua, sus grandes manos sobre sus rodillas. Los hombres de la cacique estaban descansando acostados sobre la proa, la cara tapada con sus camisas, algunos roncaban, otros tosían de tanto en tanto. Martin, sentado en un banco situado en popa, miraba el agua correr suavemente, esperando su turno. En su mente, ya tenía preparados los argumentos para recuperar su embarcación, le daría a cambio a Tula unos de los diamantes encontrados en las grutas de *Wanda*, seguro de que ella no rechazaría una oferta tan valiosa.

No la oyó acercarse. Cuando ella le puso la mano en el hombro, se sobresaltó. Ya el sol se escondía detrás de las copas de los árboles, dando a la selva una tonalidad dorada. Ella lo invitó a seguirla y bajaron hacia la bodega. El vientre del barco estaba vacío, olor a óxido, penumbra. Tula se paró en el lugar más oscuro, un haz de luz solo iluminaba la parte inferior de su cuerpo. Quería observar al contrabandista sin que él adivinara sus sentimientos. Turbada, sentía despertarse nuevamente una atracción visceral hacia el que algún día había sido su amante; incluso, observándolo, lo encontró más atractivo. No tenía la fuerza viril de Facón, pero era como una liana, fibrosa, joven, todavía con cierta inocencia en la mirada que hizo derretir su corazón de mujer serpiente.

—Te voy a devolver tu barco —dijo ella—, solo te pido una cosa a cambio.

Martin percibió que su cuerpo se tensaba. Se acercó un poco más

hacia ella para estar seguro de escuchar bien lo que le estaba por decir.

—A cambio pido que vos y tus hombres se retiren del territorio sur de la provincia, yo seré la que controle la tierra baja. Te dejo la tierra alta, que los Invisibles se escondan allí.

—¿En qué te has convertido, Tula?

—Soy una sobreviviente, como vos. Hago justicia, robo a los ricos para darles a los pobres.

Martin vaciló, pero tenía que sacarse esa duda que lo apremiaba desde hacía mucho tiempo.

—¿Y el hijo que tuvimos?

—Ha muerto apenas salió de mi vientre y el asesino se pudre en el infierno.

—Entonces vos fuiste la que mato a Ayala… Por él volviste.

—Yo fui la que hizo justicia, ya que ni los hombres ni Dios lo hicieron por mí.

Si Hall hubiese sentido en Tula la quebradura del dolor, la hubiese tomado en sus brazos, sin dudarlo, le hubiese pedido perdón, consolándola, pero no había tal sentimiento en su voz, ella se mantenía firme, erguida, más allá de cualquier sufrimiento. Su cabeza iba atando cabos: las huellas de pie chiquito sobre el suelo de la comisaría, la mancha de sangre en la pared. Era ella.

—Acepto el trato, me quedaré con la tierra alta, no haré contrabando en el sur, pero dejame navegar río abajo si necesito atracar en los puertos del Litoral.

—Te dejaré pasar siempre y cuando me pagues, como todos los demás —contestó desafiante mientras se corría de la frente unos pelos mojados de transpiración.

En eso entonces se había convertido Tula, en una mujer bandida, la jefa de un grupo de hombres temibles que querían dominar las regiones del Litoral, robando y controlando los principales caminos terrestres y fluviales para sobornar a los que transitaban por allí.

Desde la distancia que los separaba, Martin podía oler el perfume dulzón del sudor de la Mujer Serpiente, reconoció su aroma, recordó los dos cuerpos enlazados, pero no se despertó en él el deseo de tomarla. La mujer que tenía frente a él le daba un poco de miedo, la

Tula que había amado ya no estaba más.

Para Avelino, por más armas que tuviera alrededor de su cintura, ella seguía siendo Tulita. Era su hermano mayor, compartían los recuerdos de la guerra y sus atrocidades, tenía de ella la imagen cristalizada de una niña callada, jamás la vería como una mujer, una madre y, menos aún, una asesina despiadada. Martin sentía cierta perplejidad, no sabía qué lo sorprendía más, si el cambio en su antigua amante o la capacidad de negación de su amigo.

Rápida como una lagartija, Tula se subió a cubierta, llamó a sus hombres con un grito feroz y, en menos de lo que canta un gallo, ya no quedaba en los alrededores ni rastro de ellos.

—Bueno —dijo Mono volviéndose hacia la canoa—, voy a hacer el fuego. Esta noche comeremos pescado.

Los dos amigos se sentaron alrededor del fogón. El indio sacó su zampoña para ofrecerle al río la melodía de sus ancestros. La música actuó como un bálsamo luego de una jornada cargada de sorpresas. La visión de su barco flotando delante de él fue lo que se llevó de ese día, antes de caer profundamente dormido.

Los dos hombres nunca más hablaron de lo sucedido durante esa tarde. Para los Invisibles, el í Pora le había devuelto a Hall su barco. Esa fue toda la explicación que recibieron. La mayoría se lo creyó.

85

Su padre había muerto en la horca, su madre gastaba sus ojos cosiendo por un salario de miseria, la gran Irina había sido atrozmente asesinada, el hijo que había crecido en el seno de Tula había muerto. Martin empuñó el timón de su barco con rabia. Nunca más se dejaría engañar, pisotear, robar o explotar. Había llegado la hora de un nuevo comienzo. Sentía chispas en su torrente sanguíneo, como si fuese uno de esos automóviles nuevos con motor a explosión que se arrancaban girando la manija. Necesitaba acción.

—¡Ponele más leña que vamos a ir a todo motor! —le gritó al Mono que estaba cerca de la caldera.

El Gato Montés, como despertándose de un largo sueño, gruñó un poco, pero apenas salió del embarcadero, enfiló ligero sobre el agua amarronada.

Llevaba a bordo todos los tesoros de Hall: sus diamantes, los mejores muebles de Chester, la Diana cazadora, los libros, la gata Wanda y, por supuesto, un puñado de hombres fieles al Gato, dispuestos a tomar posesión de la zona del Alto Uruguay y del Iguazú. Un lugar inhóspito, casi desconocido, solo poblado por tribus guaraníes y algunos colonos dispuestos a comenzar una nueva vida, muy lejos de sus países de origen.

Habían sido tantas cosas a lo largo de su vida, pero, por sobre todas las cosas, había sido un hombre libre.

Sin saberlo, Tula era la impulsora del cambio. Hall pensaba volverse el mayor contrabandista de las tierras selváticas, más en ese momento, cuando Brasil comenzaba a diversificar el comercio hacia Argentina

exportando tabaco, yerba mate además del café, azúcar y maderas de ley, ya que la producción nacional no era suficiente para abastecer la demanda interna.

En unos pocos meses, armó el circuito y lo hizo funcionar a la perfección: los Invisibles tenían un refugio secreto en la selva, una gruta amplia y profunda donde guardaban todos sus bártulos, el dinero y a partir de donde se manejaban las operaciones de contrabando. El acceso se hacía solo por agua, cruzando un arroyo profundo, ese mismo arroyo desembocaba sobre el río Iguazú. *El Gato Montés* tenía su muelle camuflado por una arboleda frondosa y aunque pareciese que el lugar era impenetrable, estaba al alcance de los puertos más importantes de la zona, cerca de la Triple Frontera. El camino por tierra para acceder a Puerto Aguirre era largo y azaroso, a menos que se cruzara por el medio de las tierras de Monteverde. Hall lo había hecho ya varias veces, en el claroscuro fresco del amanecer, a sabiendas de cruzar tierras privadas y, tal vez, con la secreta ilusión de encontrar allí a su bella dueña.

Topo, quien además de su talento para orientarse en los lugares más cerrados del bosque, poseía dones de escultor, había tallado en una madera de incienso una Virgen protectora de los Invisibles. Colocada en la entrada de la cueva, la figura empezó a encarnar una suerte de diosa de la selva, madre de los desterrados. Las velas, que cada uno le ponía a los pies, rápidamente se transformaron en un montículo amorfo, como si la Virgencita reposara arriba de una nube blanquecina.

“¡Tuita iluminada así, parece que está viva!”, había gritado uno de ellos.

Cuando todos sus compañeros dormían y él montaba la guardia, Hall también le rezaba a la Virgencita de los Invisibles, miraba fijamente el rostro de madera y a la luz de los candelabros, ella parecía hablarle.

Una noche, la voz cálida y profunda del Mono lo sacó de sus cavilaciones:

—La vi ayer en la botica de Puerto Aguirre. Andaba empilchada como cualquier hija de colono, supe que era ella por su forma de hablar, habla como alguien… ya sabés, una porteña.

Martin lo alentó a contar más. Satisfecho, Mono aplastó con su enorme mano una mosca que reposaba sobre su antebrazo. Pensaba sus palabras:

—Escuché a las cotorras del pueblo en la feria del domingo. Algunas están escandalizadas, ya sabés cómo son. Porque tiene una hijita, pero no se sabe quién es el padre de la criatura, no está nunca con ellas. La casona solo está habitada por una familia de serenos y un capataz mestizo.

—Gracias, compadre. Me gustaría conocerla. —Sintió que se sonrojaba, empezó a lustrar con la manga la cabeza del Buda, como si fuese la lámpara mágica de Aladino.

—¿Y qué esperás? ¿No ves que el destino te acerca cada vez más a ella?

El rostro de Hall se iluminó, su amigo era un hombre de mucha intuición, tal vez estaba en lo cierto.

—Le voy a dar una ayudita al destino. Pero primero quiero reunir de nuevo a los Invisibles, retomar el control de las rutas fluviales del norte, volver a ser un contrabandista.

El Mono le dio una palmada en el hombro y volvió a recostarse en su catre. Varios murciélagos salieron de la cueva intercambiando unos chirridos agudos, era para ellos la hora de la cacería.

Así fue como Martin se volvió a enamorar.

***

Era alegre y fresco el camino bajo las ramas, Martin caminaba con paso seguro sabiendo que pisaba la propiedad de Monteverde, casi deseoso de ser atrapado, llevado a punta de cañón por el capataz ante la bella dueña de esas tierras fértiles. Caminar esas tierras tenía sentido después de haber recorrido su camino interior. Le pareció a Martin que todo encajaba, que ahora era el momento perfecto de su vida para conocer a esa joven. De pronto, en medio de un rincón de hierbas perfumadas, encontró una cascada. Los pocos rayos de sol que la selva dejaba pasar tocaban el agua con destellos dorados, mariposas azules y amarillas llenaban el aire de sus vuelos erráticos, el agua se veía fresca y translúcida bajo la canícula del mediodía estival. Hall no

pudo resistir la tentación de zambullirse. Tiró su machete y su ropa al suelo y nadó hasta la cortina de agua con brazadas seguras. Su espalda se inclinó bajo el peso del agua que bajaba con fuerza desde unos metros de altura, su pelo le cubrió la frente y sacó la lengua para beber.

86

Entonces, cuando estuvo frente a ella, se acordó de las palabras de la gran domadora: “hacerse una imagen mental de lo que quería que sucediera”. Se acercaría a ella, sonriente, confiado, tomaría su cintura entre las manos y la besaría con toda la pasión que corría por sus venas. Daría un salto al vacío, como siguiendo un impulso alocado. En realidad, había ensayado ese salto tantas veces en su imaginación, tanto lo anhelaba, que no cabía la menor posibilidad de que algo saliera mal.

Luego de haber sido anarquista, hornero, actor, mago, contrabandista, montaraz, espía, capitán de barco, jefe de bandidos y periodista, estaba listo para conocer a la mujer de su vida.

Respiró profundo, suave, llenó sus pulmones de dicha y le ofreció a la muchacha su mejor sonrisa, confiado, porque sabía que esa sonrisa era su mejor carta.

***

El perro negro que acompañaba a Francesca en su recorrido por las tierras fue el primero en ver al hombre que salía del agua, mucho antes que su dueña. Olía bien, era joven y saludable, su piel emanaba un perfume dulzón. La joven le ordenó con un movimiento de la mano que se quedara quieto. Era innecesario. El perro no tenía la necesidad de mostrar sus colmillos, intuía que el extranjero era un buen hombre y que le gustaba a su dueña. Sus oídos atentos escucharon acelerarse el corazón de la hembra. Ambos corazones latían con fuerza, pero el del

extraño mantenía una cadencia controlada. Hablaron, el perro escuchó los sonidos de sus voces: no había agresividad en ellas, al contrario, el juego de la seducción comenzaba en los humanos siempre con la voz, las manos, los ojos. No se percataban de los olores que generaba su piel en esos momentos. Ella cambió el peso de su cuerpo sobre la otra pierna. El perro bajó las orejas, ya se sentía más a gusto, no había peligro. Miró un lugar donde acostarse bajo la sombra, sería agradable echarse allí, a una distancia prudencial de los humanos. Seguramente se dormiría, el paseo lo había agotado, pero antes, tomaría un poco de esa agua, se veía deliciosa. Observaría el entorno, pisando con las patas las piedras cuidadosamente, sabía que eran resbaladizas. Detrás de él, los dos humanos ya estaban entrelazados, acostados ellos también sobre el pasto, a la sombra del espeso follaje. Ya no conversaban, eran caricias lo que intercambiaban. El can dio varias vueltas sobre sí mismo antes de echarse, era mullida y húmeda la tierra, pesados los perfumes de las flores de floripondio. Le agarró tanto sueño que apenas sintió cuando una hormiga subió sobre su cola. Era normal que los dos humanos se acostasen también, se gustaban, no había dudas.

Escuchó a su dueña reírse, entonces cerró los ojos y a los pocos minutos, estaba soñando que corría detrás de una mariposa azul.

NOTA PARA EL LECTOR

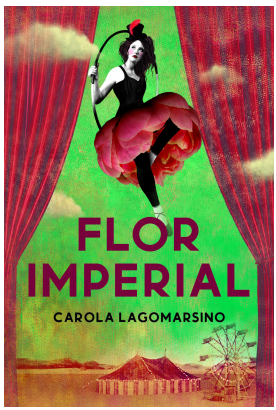
Esta novela, querido lector, es la historia de un gran amigo imaginario: Martin Hall, que, llegado a este punto de mi vida como escritora, aprendí a conocer. Seguí sus pasos cuando era niño, adulto y luego hombre maduro. A través de la *Saga de la selva* ha crecido, reído y sufrido junto a mí y sé, en este preciso momento, que lo voy a extrañar.

No está escrito aquí lo que le dijo el Gato a Francesca Monteverde en el bosque, pero los lectores de *La dama de las misiones* ya lo saben y los que no lo han leído todavía pueden imaginarse a su antojo el intercambio. La imaginación es la fuerza que impulsó toda la saga, todo lo que vino luego de ese primer mediodía, en medio de ese hervor de aromas que se fue en la brisa. Sin embargo, por miedo a que se perdiera en las brumas del tiempo, lo hice libro, abrí una ventana a un mundo nuevo del cual, lector, ya sos parte. Y si un día viajás a Misiones, recorrés sus misteriosos senderos, y de pronto escuchás el canto de un zorzal, es que Martin Hall te envía un saludo.

AGRADECIMIENTO

Mis más profundos agradecimientos al magister en Historia Pablo Camogli, por su ayuda y orientación en mis investigaciones sobre la historia de Misiones.

Los personajes son ficticios y los eventos históricos fueron modificados para poder adaptarse a la trama de la novela.



¿Cuántas vidas caben en una vida? En una Inglaterra sumida en la pobreza y con solo diez años, Martin Hall no puede imaginarlo, pero sí sentir que nació en un mundo demasiado injusto y que siempre estará del lado de los que sufren. Luego de ver con sus propios ojos cómo su familia se derrumba, sube junto a su hermana a un barco que los trae a una tierra llena de oportunidades. Pero en Buenos Aires nada es mejor que en Londres, el desamparo y el hambre se hacen sentir y el joven Hall debe hacerse fuerte entre los débiles. Su suerte cambia cuando los anarquistas lo suman a sus filas, pero se enfrentará a la muerte, al dolor y a la culpa una vez más. Con la fuerza de la ambición corriendo por sus venas, decide salir de gira con el Circo Ruso para vivir las más increíbles aventuras en la selva misionera y enamorarse perdidamente de una mujer única. A ganar y a perderlo todo.
La nueva novela de Carola Lagomarsino es una historia que nos sumerge en una geografía exótica, que despliega una serie de personajes inolvidables y que hará vibrar a cada lector de principio a fin.

Flor imperial es una aventura que desnuda con profundidad y humor la

esencia del ser humano y esa capacidad de luchar por sus sueños.

CAROLA LAGOMARSINO

Nació en Buenos Aires, pero emigró a Francia cuando era una niña. Se crio en París en una familia de artistas y en ese país obtuvo el Bachillerato en Letras y Filosofía y un diploma en Turismo especializado en Historia del Arte. Regresó en 2001 a la Argentina, donde se licenció en Psicología Clínica. Fundó junto a su marido un hotel boutique ubicado en la selva misionera. Es autora de las novelas *La dama de las misiones*, *El hijo del río* y *La niña café*.

Fotografía de la autora: © Alejandra López

Lagomarsino, Carola
Flor imperial / Carola Lagomarsino. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : P&J, 2023.
(Narrativa Femenina)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-644-673-4

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané

Edición en formato digital: marzo de 2023
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-644-673-4

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar

Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

Flor imperial
Dedicatoria
Primera parte. Semillas y germinación
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22

23
24
25
26
27

Segunda parte. Plántula y desarrollo

28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44

Tercera parte. Floración y cosecha

45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56

57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
Nota para el lector
Agradecimiento
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos